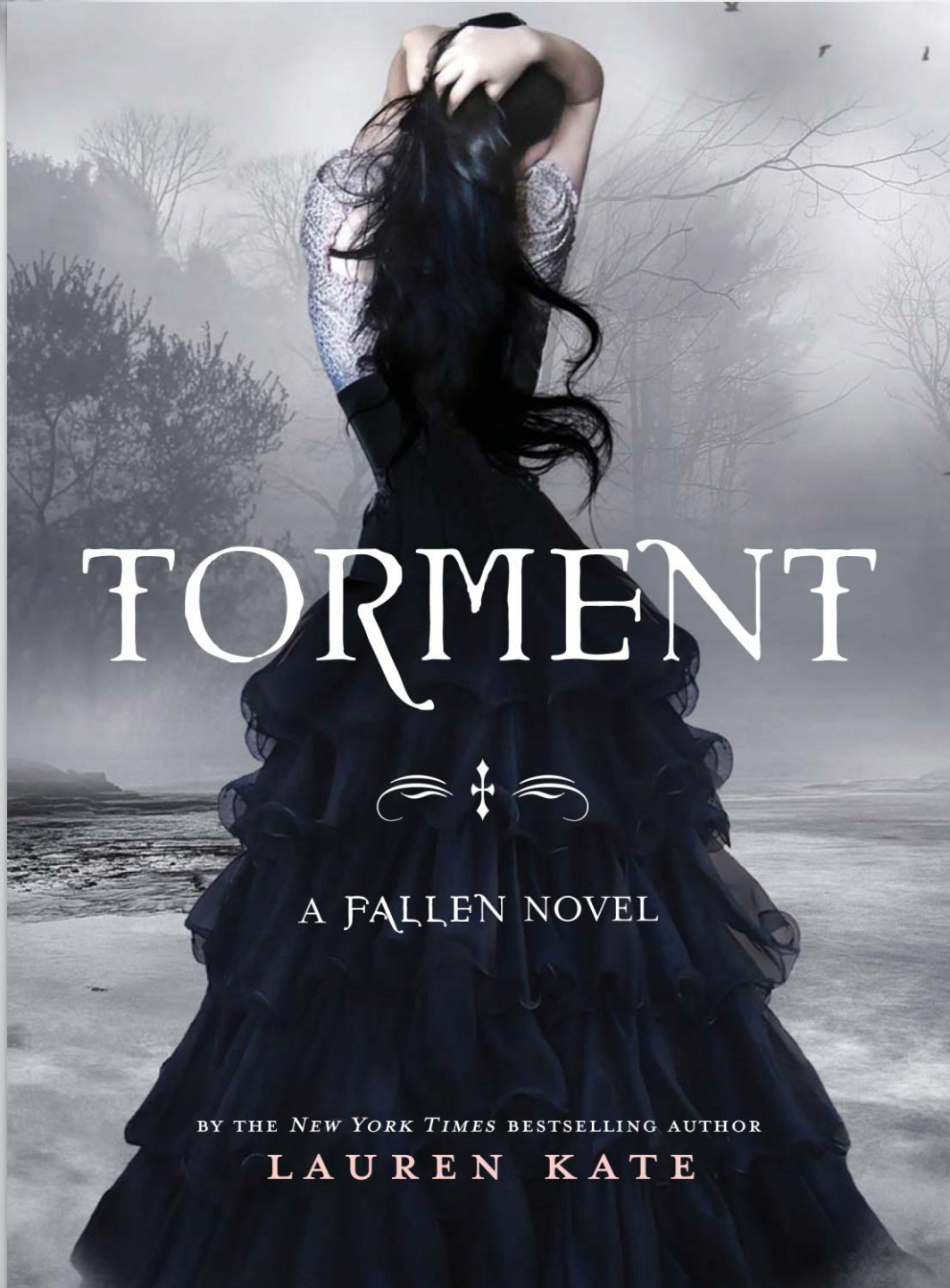


Lauren Kate

Foro Purple Rose

# Torment

Por Laurent Kate



# Torment

*“La segunda novela en la adictiva  
Serie Fallen... Donde el Amor nunca  
Muere.”*

# Agradecimientos

## Staff de Traducción

Genesis\_480, Dany\_DarkGuardians, Anelisse, Pimienta, Majo, Lovenadead, Yosbeツ,  
Emii\_Gregori, Vampirica, Clo, ::madeleine:, Aishliin, Ruthiee, Strella, moonrose,  
Dham-Love, \*!!!BellJolie!!!\*, Veroniica, Bautiston, Darkgirl, flochi, Berenaissss,  
Melo, cYeLy DiviNNa, kuami

## Staff de Corrección

Ellie, Anelisse, Loo!\*, Andre27xl, Aguamarina, V!an\*

## Moderadoras

Genesis\_480, elamela y Clo

## Recopilación

Ellie

## Diseño de Documento y Formato

Dany\_DarkGuardians

# Índice

Sinopsis.....	5
Prólogo: Aguas Neutrales.....	6
Capítulo 1: Dieciocho Días.....	13
Capítulo 2: Diecisiete Días.....	26
Capítulo 3: Dieciséis Días.....	42
Capítulo 4: Quince Días.....	54
Capítulo 5: Catorce Días.....	68
Capítulo 6: Trece Días.....	77
Capítulo 7: Doce Días.....	89
Capítulo 8: Once Días.....	98
Capítulo 9: Diez Días.....	114
Capítulo 10: Nueve Días.....	126
Capítulo 11: Ocho Días.....	137
Capítulo 12: Siete Días.....	147
Capítulo 13: Seis Días.....	162
Capítulo 14: Cinco Días.....	175
Capítulo 15: Cuatro Días.....	185
Capítulo 16: Tres Días.....	195
Capítulo 17: Dos Días.....	203
Capítulo 18: Acción de Gracias.....	213
Capítulo 19: La Tregua Está Rota.....	231
Epílogo: Caos.....	239
Sobre la Autora: Bio de Laurent Kate.....	243
Próximo Libro: Passion “Libro 3 de la Saga Fallen” ¡El Final se Aproxima! .....	244



# Sinopsis

*Infierno en la tierra.*

*Eso es para Luce estar separada de su novio ángel caído, Daniel.*

*Tardaron una eternidad para encontrarse, pero ahora él le ha dicho que debe irse.*

*Solo lo suficiente para cazar a los Rechazados inmortales que quieren matar a Luce.*

*Daniel la lleva a Luce a Shoreline, una escuela en la rocosa costa de California con estudiantes inusualmente dotados: Nephilim, los hijos de los ángeles caídos y los seres humanos.*

*En Shoreline, Luce aprende lo que las sombras son, y cómo puede utilizarlas como ventanas para sus vidas anteriores. Sin embargo, cada vez que Luce aprende mas, más sospecha que Daniel no le ha contado todo. Está escondiendo algo, algo peligroso.*

*¿Qué pasa si la versión de Daniel del pasado no es realmente cierta? ¿Qué pasa si Luce estaba predestinada a estar con alguien más?*

# Prólogo

*Traducido por Génesis\_480 y Dany\_DarkGuardians*

*Corregido Por Ellie*

## Aguas Neutrales

Daniel miró hacia la Bahía. Sus ojos eran tan grises como la espesa neblina que envolvía el Shoreline Sausalito. Ya el agua estaba picada, lamiendo la playa de guijarros bajo sus pies. No había violeta para nada en ellos, podía sentirlo. Ella estaba demasiado lejos.

Él se puso frente al viento que mordía el agua. Pero incluso mientras se acercaba más, su grueso abrigo negro sabía que no servía de nada. Cazar siempre lo dejaba frío.

Sólo una cosa podría calentarlo hoy, y ella estaba fuera de su alcance. Extrañaba la forma en que la corona de su cabeza hacía la saliente perfecta para sus labios. Él se imaginaba llenando el círculo de sus brazos con su cuerpo, inclinándose para besar su cuello. Pero era algo bueno que Luce no pudiera estar aquí ahora. Lo que vería la horrorizaría.

Detrás de él, el balido de los lobos marinos dejándose caer en montones a lo largo de la costa sur de la isla Ángel dio voz a la manera en que se sentía: ásperamente solo, sin nadie alrededor para escuchar.

Nadie excepto Cam.

Él estaba en cuclillas delante de Daniel, empatando un ancla oxidada en torno a la empapada figura abultada a sus pies. Incluso participando en algo tan siniestro, Cam se veía bien. Sus ojos verdes brillaban y su cabello negro estaba corto. Era la tregua, siempre traía un resplandor brillante a las mejillas de los ángeles, un brillo a su pelo brillante, un corte aún más fuerte a sus impecables cuerpos musculosos. Los días de tregua eran para los ángeles lo que unas vacaciones en la playa era para los seres humanos.

Así que, a pesar de que Daniel moría cada vez que era forzado a terminar con una vida humana, él parecía que regresaba de una semana en Hawai: relajado, descansado, bronceado.

Apretando uno de sus intrincados nudos, Cam dijo: —Típico Daniel. Siempre haciéndose a un lado y dejándome hacer el trabajo sucio.

—¿De qué estás hablando? Yo fui el que acabó con él. —Daniel miró abajo al hombre muerto, desde el cabello gris mate en su frente pastosa, sus retorcidas manos y sus chanclos de goma baratos, a la lágrima roja oscura a través de su pecho. Lo hizo sentir frío

otra vez. Si la matanza no fuera necesaria para asegurar la seguridad de Luce, para salvarla, Daniel nunca levantaría otra arma. Nunca lucharía otra batalla.

Y algo sobre matar a este hombre no se sentía muy bien. De hecho, Daniel tenía un vago sentimiento incómodo de que algo estaba profundamente mal.

—Acabar con ellos es la parte divertida. —Cam serpenteó la cuerda alrededor del pecho del hombre y la apretó debajo de sus brazos—. El trabajo sucio es tirarlos al océano.

Daniel aún sostenía la rama del árbol en su mano. Cam se había reído por su elección, pero nunca le importaba a Daniel qué arma usaba. La rama de un árbol, una daga, un rifle automático... bien podría haber sido un plumero; Daniel podía matar con lo que fuera.

—Apresúrate —gruñó, enfermo por el obvio placer que Cam tomaba de la matanza humana—. Estás desperdiciando el tiempo. La marea está saliendo ahora, de todos modos.

—Y si no hacemos esto a mi manera, mañana la marea alta traerá al muerto aquí, de vuelta a tierra. Eres demasiado impulsivo, Daniel, siempre lo fuiste. ¿Alguna vez piensas más de un paso por delante?

Daniel se cruzó de brazos y miró hacia atrás, hacia las crestas blancas de las olas. Un catamarán turístico en el muelle de San Francisco se deslizaba hacia ellos. Una vez, la visión de aquel barco podría haber traído una avalancha de recuerdos. Mil viajes felices que había tomado con Luce a través de los mares de mil vidas. Pero ahora... ahora que ella podía morir y no volver, en esta vida cuando todo era diferente y no habría más reencarnaciones... Daniel siempre fue muy consciente de cómo su memoria era lacia. Esta era la última oportunidad. Para los dos. Para todos, realmente. Así que era la memoria de Luce la que importaba, no la de Daniel, y tantas verdades impactantes tendrían que ser cuidadosamente traídas a la superficie si es que ella iba a sobrevivir. La idea de lo que ella tenía que aprender hacía a todo su cuerpo tensarse.

Si Cam creía que Daniel no estaba pensando en el siguiente paso, estaba muy equivocado.

—Sabes que sólo hay una razón por la cual sigo aquí —dijo Daniel—. Necesitamos hablar sobre ella.

Cam se rió. —Yo estaba hablando de Luce. —Con un gruñido, levanto el cadáver empapado por encima de su hombro. El traje de trabajo de la marina del hombre muerto hacía juego con las cuerdas con las que Cam lo había atado. La pesada ancla descansaba sobre su pecho ensangrentado.

—Este es un poco cartilaginoso, ¿no? —Preguntó Cam—. Estoy casi ofendido de que los ancianos no enviaran a uno más joven, un asesinato más desafiante.

Entonces, como si se tratara de un tiro olímpico de un lanzador, Cam dobló las rodillas, giró tres veces para agarrar envión, y lanzó al hombre hacia el agua, a un centenar de pies de distancia.

Por unos largos segundos, el cadáver voló por el aire. Entonces el peso del ancla lo arrastró hacia abajo... abajo... abajo.

La profunda agua turquesa salpicó con grandilocuencia. Y al instante se hundió fuera de la vista.

Cam se limpió las manos —Creo que acabo de establecer un record.

—¿Cómo puedes tomar la muerte humana tan a la ligera? —Dijo Daniel—. Es un misterio para mí.

—Este tipo se lo merecía —dijo Cam—. Realmente no ves el deporte en todo esto.

Fue entonces cuando Daniel se puso frente a su cara y dijo con furia. —Ella no es un juego para mí.

—Y así es exactamente cómo vas a perder.

Daniel agarró a Cam por el cuello de su abrigo gris y consideró echarlo al agua de la misma manera en que él había lanzado al depredador. Una nube derivaba más allá del sol, haciendo que la sombra oscureciera su rostro.

—Tranquilo —dijo Cam, con las indiscretas manos de Daniel en la distancia—. Hay un montón de enemigos, Daniel. Pero ahora mismo no soy uno de ellos. Recuerda la tregua.

—Vaya tregua —dijo Daniel—. Dieciocho días de todos los otros tratando de matarla.

—Dieciocho días en que tú y yo la sacaremos fuera —corrigió Cam.

Era una larga tradición celestial que una tregua dure dieciocho días. En el cielo, dieciocho años era afortunado, el número que afirma la luz, el número por el cual todos los grupos y categorías se han desplomado. En algunas lenguas mortales, dieciocho había significado la vida misma, aunque en este caso, por Luce, podría fácilmente significar la muerte.

Cam estaba en lo cierto. Como la noticia de su mortalidad corría por las gradas celestiales, las filas de sus enemigos se duplicarían y redoblarían todos los días. La señorita Sofía y sus secuaces, los veinticuatro ancianos de Zhsmaelin, aún detrás de Luce.

Daniel había vislumbrado a dos ancianos en las sombras proyectadas por los anunciantes sólo esa mañana. Él había visto algo más, también, otra oscuridad, una profunda astucia que no había reconocido al principio.

Un rayo de sol se punzaba entre las nubes, y algo brillaba en la esquina de la visión de Daniel. Se volvió y se arrodilló para encontrar una sola flecha de plata plantada en la arena mojada. Era más delgada que una flecha normal, de color plateado mate, atada con remolinos de diseños grabados. Estaba caliente al tacto.

El aliento de Daniel estaba atrapado en su garganta. Habían pasado eones desde que había visto una estrella caliente. Sus dedos temblaban mientras suavemente la sacaba de la arena, con cuidado para evitar su mortal filo.



Ahora Daniel sabía de dónde había venido esa otra oscuridad en los Mensajeros de esa mañana. La noticia fue aún más oscura de lo que había temido. Se volvió a Cam, él la tomó ligera como una pluma, equilibrada en sus manos. —No estaba actuando solo.

Cam miraba rígido la flecha. Él se movió hacia ella casi con reverencia, llegando a tocarla de la misma manera en que Daniel lo había hecho. Los dos sabían que era increíblemente raro. —Para que este tipo de arma valiosa fuera dejada, el Desterrado debe haber estado con mucha prisa por marcharse.

Los Desterrados: Una secta de malas espigas, en palabrería de ángeles, rechazados por el cielo y el infierno. Su única gran fuerza era el solitario ángel Azazel, una de las pocas estrellas mitológicas, que todavía sabía cómo producir estrellas calientes. Cuando sale de su arco de plata, una estrella caliente podía hacer poco más que una contusión mortal. Pero para los ángeles y los demonios, era el arma más letal de todas.

Todo el mundo los quería, pero no estaban dispuestos a asociarse con los marginados, por lo que el trueque de estrellas calientes se realizaba siempre en la clandestinidad, a través de un mensajero.

Lo que significaba que el tipo que Daniel había matado no era un asesino a sueldo enviado por los Ancianos. Él no era más que un barterero. Los marginados, el enemigo real, los había espiado, probablemente en la primera vista de Daniel y Cam.

Daniel se estremeció. Esto no era una buena noticia.

—Hemos matado al hombre equivocado.

—¿Qué pasa? —Cam le restó importancia—. ¿No es el mundo mejor con un depredador menos? ¿No lo es para Luce? —Miró a Daniel, y luego al mar—. El único problema es...

—Los Desterrados.

Cam asintió con la cabeza. —Así que ahora la quieren a ella, también.

Daniel podía sentir las puntas de sus alas erizadas bajo el suéter de cachemira y su pesado abrigo negro, una picazón ardiente que le hizo estremecerse. Se quedó quieto, con los ojos cerrados y los brazos a los costados, tratando de someterse a sí mismo antes de que sus alas brotaran violentamente como las aspas de despliegue de un buque, y lo llevaran hacia arriba y fuera de esta isla y sobre la bahía y a distancia.

Directo hacia ella.

Cerró los ojos y trató de recordar la imagen de Luce. Él había tenido que arrancarse esa idea de su sueño tranquilo en la pequeña isla al este de Tybee. Sería en la noche, no ahora. ¿Estaría ella despierta? ¿Tendría hambre?

La batalla en Espada y Cruz, las revelaciones, y la muerte de su amiga, todo había tomado peaje en Luce. Los ángeles esperaban que durmiera todo el día y toda la noche. Pero mañana por la mañana era necesario un plan en su lugar.

Esta era la primera vez que Daniel había propuesto alguna vez una tregua. Para establecer los límites, las reglas, y establecer un sistema de consecuencias para uno y otro lado... era una enorme responsabilidad estar hombro a hombro con Cam. Pero por supuesto que lo haría, haría cualquier cosa por ella... *sólo quería asegurarme de que lo hiciste bien.*

—Tenemos que ocultarla a un lugar seguro —dijo—. Hay una escuela en el norte, cerca de Fort Bragg.

—La Escuela Shoreline. —Cam asintió con la cabeza—. Pensé en ello también. Ella será feliz allí. Y educada de una manera que no la pone en peligro. Y, lo más importante, estará protegida.

Gabbe ya le había explicado a Daniel el tipo de camuflaje que Shoreline puede ofrecer. Muy pronto, la palabra se extendería que Luce fue escondida allí, pero por un tiempo al menos, dentro del perímetro de la escuela, iba a ser casi invisible. En el interior, Francesca, la ángel más cercana a Gabbe, se ocuparía de Luce. Y Daniel se ocuparía del exterior, y Cam cazaría y mataría a cualquiera que se atreviera acercarse a los límites de la escuela.

¿Quién hubiera dicho que Cam lo ayudaría? A Daniel no le gustaba la idea de conocer su lado más que el suyo. Ya estaba maldiciéndose a sí mismo por no visitar la escuela antes de que hicieran esa elección, pero había sido lo suficientemente duro dejar a Luce cuando lo hizo.

—Ella puede comenzar mañana... Si quiere. —Los ojos de Cam pasaron por encima de la cara de Daniel—. Asumiendo que digas que sí.

Él se llevó la mano al bolsillo del pecho de su camisa, donde tomó una fotografía reciente. Luce en el lago en Espada y Cruz. Y su húmedo cabello brillante. Con una rara sonrisa en la cara.

Por lo general, en el tiempo había tenido la oportunidad de obtener una foto de ella en cada vida, y entonces la perdía de nuevo. Esta vez, ella todavía estaba aquí. Era él quien no estaba con ella.

—Vamos, Daniel —dijo Cam—. Los dos sabemos lo que necesita. Nosotros le permitiremos entrar, y entonces que ella decida. No podemos hacer nada para acelerar esta parte, pero la dejaremos en paz.

—No puedo dejarla sola tanto tiempo. —Había arrojado las palabras demasiado rápido. Miró hacia abajo, a la flecha en sus manos, con una sensación de malestar. Quería arrojarla al mar, pero no pudo.

—Así que. —Cam entrecerró los ojos—. Tú no le has dicho.

Daniel se congeló. —No puedo decirle nada. No podemos perderla.

—Tú podrías perderla —se burló Cam.

—Sabes lo que quiero decir. —Daniel se puso tenso—. Es demasiado arriesgado suponer que ella podría tener todo sin... —Cerró los ojos para desterrar la imagen de la llama agonizante al rojo vivo. Pero siempre quemaba en la parte posterior de su mente, amenazando con extenderse como pólvora.

Si le decía la verdad y eso la mataba, esta vez ella realmente se habría ido. Y sería por su culpa. Daniel no podría hacer nada, él no podría existir sin ella. Sus alas quemaban ante la idea. Era mejor refugiarla un poco más.

—Qué conveniente para ti —murmuró Cam—. Sólo espero que ella no esté decepcionada.

Daniel no le hizo caso. —¿De verdad crees que ella será capaz de aprender en esta escuela sin distracciones?

—Yo... sí —respondió lentamente Cam—. Suponiendo que estamos de acuerdo en que no habrá distracciones externas.... Eso significa que nada de Daniel y nada de Cam. Eso tiene que ser una norma fundamental.

¿No verla durante dieciocho días? Daniel no podía entenderlo. Más que eso, no podía comprender que Luce estuviera de acuerdo con él. Acababan de encontrarse uno al otro en esta vida y finalmente tenían la oportunidad de estar juntos. Y, como de costumbre, explicarle los detalles podría matarla. No podía oír hablar de sus vidas pasadas de boca de los ángeles. Luce no lo sabía todavía, pero muy pronto, por su cuenta lo averiguaría... todo.

La verdad enterrada, específicamente lo que Luce habría pensado de ella, aterraba a Daniel. Pero Luce descubrió por sí misma la única manera de salir de este ciclo horrible. Por esa razón, su experiencia en Shoreline era tan crucial. Por dieciocho días, Daniel podría arruinar muchas parias que vinieran por ella. Pero cuando la tregua hubiera terminado, todo estaría en las manos de Luce otra vez.

Únicamente en las manos de Luce.

El sol se ponía sobre el Monte Tamalpais y la niebla nocturna se fue balanceando hacia arriba.

—Déjenme llevarla a Shoreline —dijo Daniel. Sería su última oportunidad de verla.

Cam lo miró extrañamente, preguntándose si concederlo o no. Por segunda vez, Daniel tuvo que forzar físicamente su dolorida espalda para que sus alas permanecieran en su piel.

—Bien —dijo por fin Cam—. A cambio de las estrella caliente.

Daniel le entregó el arma, y Cam la guardó en el interior de su abrigo. —Llévala hasta la escuela y luego encuéntrame. No metas la pata; voy a estar viéndote.

—¿Y después?

—Tú y yo tenemos que ir de caza.

Daniel asintió y desplegó sus alas, sintiendo el profundo placer de la puesta en libertad de su cuerpo. Se detuvo un momento, recolectando energía, sintiendo el viento bruto en resistencia contra su armadura.

Era hora de huir de esa maldita y fea escena con Cam, para dejar que sus alas lo llevaran de nuevo a un lugar donde pudiera ser su verdadero yo.

Volver a Luce.

Y de nuevo a la mentira con la que tendría que vivir un poco más.

—La tregua comienza a la medianoche de mañana —dijo Daniel, rebotó pulverizando gran parte de la arena en la playa cuando sus rodillas se doblaron, entonces despegó y se remontó en el cielo.



# Capítulo 1

*Traducido por Pimienta y Yosbe ヴ*

*Corregido Por Anelisse*

## Dieciocho días

Luce planeó mantener los ojos cerrados las seis horas del vuelo desde Georgia hasta California, justo hasta el momento en el que las ruedas del avión tocaron el suelo en San Francisco. Medio dormida, resultaba mucho más fácil fingir que ya se había reunido con Daniel. Sentía como si hubiese pasado toda una vida desde que lo había visto, a pesar de que sólo habían sido unos pocos días. Desde que le había dicho adiós a Espada y Cruz en la mañana del viernes, todo el cuerpo de Luce se sentía aturdido. La ausencia de su voz, su calidez, el toque de sus alas: se había metido en sus huesos, como una extraña enfermedad.

Un brazo chocó contra el de ella, y Luce abrió los ojos. Ella estaba cara a cara, con los ojos abiertos, con un chico de pelo castaño unos años mayor que ella.

—Lo siento —dijeron ambos al mismo tiempo, cada uno retirándose unos cuantos centímetros a cada lado del apoyabrazos.

Por la ventana, la vista era sorprendente. El avión estaba haciendo su descenso hacia San Francisco, y Luce nunca había visto nada como esto antes. A medida que trazaron el lado sur de la bahía, una bobina azul afluyente parecía atravesar la tierra en su camino hacia el mar. La corriente dividía un campo verde vibrante en un lado de un remolino de algo de color rojo brillante y negro por el otro. Apretó la frente sobre el panel de plástico doble y trató de obtener una mejor vista.

—¿Qué es eso? —se preguntó en voz alta.

—Sal —respondió el chico, señalando. Se inclinó más cerca—. La han sacado del Pacífico.

La respuesta era tan simple, tan... humana. Casi una sorpresa después del tiempo pasado con Daniel y los otros (ella era inexperta en el uso de los términos todavía), los ángeles y demonios. Miró hacia el agua azul oscura, que parecía extenderse hacia el infinito oeste. El sol sobre el agua siempre había significado la mañana en la costa atlántica, donde se había criado Luce. Pero aquí era casi de noche.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad? —le preguntó su compañero de asiento.

Luce negó con la cabeza, pero se mordió la lengua. Siguió mirando por la ventana. Antes de que hubiera dejado Georgia, por la mañana, el Sr. Cole la había entrenado sobre cómo mantener el perfil bajo. Los otros maestros habían dicho que los padres de Luce habían solicitado un traslado. Era mentira. En cuanto a los padres de Luce, ni Callie, ni nadie lo sabía, ella aún estaba matriculada en Espada y Cruz. Unas semanas antes, eso la

habría enfurecido. Pero las cosas que habían sucedido los últimos días en Espada y Cruz habían hecho de Luce una persona que se tomaba el mundo con más seriedad. Ella había visto un instante de su otra vida... una de tantas que había compartido antes con Daniel. Había descubierto que el amor era más importante para ella que lo que habría pensado nunca que fuera posible. Y entonces lo había visto todo amenazado por una mujer mayor, con un puñal en la mano, y loca, en quien ella había pensado que podía confiar.

Había más como la señorita Sophia, y Luce lo sabía. Pero nadie le había dicho cómo reconocerlos. La señorita Sophia parecía normal, hasta el final. Podría parecer como los demás inocentes... ¿como el chico de pelo castaño sentado a su lado? Luce tragó, cruzó las manos sobre su regazo y trató de pensar en Daniel. Él estaba llevándola a un lugar seguro. Luce lo imaginaba esperando en una de esas sillas de aeropuerto de plástico gris, los dos codos sobre las rodillas, su rubia cabeza metida entre los hombros. Meciéndose hacia adelante y hacia atrás en sus zapatillas Converse negras. De pie, a cada rato paseando por el carrusel de equipaje.

Hubo una sacudida cuando el avión aterrizó. De repente estaba nerviosa. ¿Estaría tan feliz de verla como ella lo estaba de verlo a él? Se concentró en el patrón de color marrón y beige de la tela del asiento delantero. Su cuello estaba rígido debido al vuelto tan largo y su ropa tenía un olor rancio, el olor cargado del avión. El suelo era de color azul marino, adaptado a una tripulación que detrás de la ventana parecía estar tomándose un tiempo anormalmente largo para dirigir el avión a su estacionamiento.

Sus rodillas se balanceaban de la impaciencia.

—¿Supongo que te vas a quedar en California durante algún tiempo? —el chico junto a ella le ofreció una sonrisa perezosa que sólo hizo que Luce se sintiera más ansiosa por levantarse.

—¿Por qué dices eso? —Preguntó rápidamente— ¿Qué te hace pensar eso?

Él parpadeó. —Con esa enorme bolsa roja y todo.

Luce se movió lejos de él. No se había dado cuenta de este tipo hasta hacía dos minutos, cuando se había despertado. ¿Cómo sabía él cual era su equipaje?

—Oye, nada raro —él le disparó una extraña mirada—. Estaba detrás de ti en la fila cuando nos registrábamos.

Luce sonrió torpemente. —Tengo novio —escuchó salir de su boca. Al instante, sus mejillas enrojecieron.

El chico tosió. —Entiendo.

Luce hizo una mueca. No sabía por qué había dicho eso. Ella no quería ser grosera, pero la luz del cinturón de seguridad se apagó y todo lo que quería hacer era correr más allá de este tipo y del avión.

Tenían que haber tenido la misma idea, porque él dio un paso hacia atrás en el pasillo y barrió su mano hacia adelante. Con toda la cortesía que pudo, Luce se abrió paso y se dirigió hacia la salida.

Sólo para quedar atrapada en un cuello de botella de lentitud agonizante en el estacionamiento. Maldiciendo en silencio a todos los Californianos ocasionales que arrastraban los pies delante de ella. Luce se puso de puntillas y pasó de un pie a otro. Para el momento en que entró a la terminal, se conducía a sí misma medio loca de impaciencia. Finalmente, pudo moverse. Tejió hábilmente entre la multitud y se olvidó de todo sobre el hombre que acababa de conocer en el avión. Ella olvidó sentirse nerviosa por no haber estado nunca en su vida en California... nunca había ido más al oeste de Branson, Missouri, cuando sus padres la llevaron a ver a Yakov Smirnoff haciendo monólogos de comedia. Y por primera vez en días, aunque fuera brevemente, se había olvidado de las horribles cosas que había visto en Espada y Cruz. Ella se dirigía hacia la única cosa en el mundo que tenía el poder de hacerla sentirse mejor. Lo único que podría hacerla sentir que todas las angustias que había pasado, todas las sombras, la batalla irreal en el cementerio, y lo peor de todo, la angustia por la muerte de Penn, que valía la pena sobrevivir.

Allí estaba él.

Sentado tal y como se lo había imaginado, en el último bloque de sillas de triste color gris, junto a una puerta automática que se mantenía abriéndose y cerrándose a sus espaldas. Por un segundo, Luce se detuvo y sólo disfrutó de la vista. Daniel usaba chanclas, unos vaqueros oscuros, que nunca había visto antes, y una camiseta roja estirada por fuera, cerca del bolsillo delantero. Él tenía el mismo aspecto, pero estaba, de alguna manera, diferente. Más descansado de lo que había estado cuando se despidieron el otro día. ¿Y precisamente eso era por lo que ella lo había echado mucho de menos, o era por que su piel estaba más radiante de lo que recordaba? Él miró hacia arriba y finalmente la vio. Su sonrisa prácticamente brillaba.

Ella echó a correr hacia él. En un segundo, sus brazos estaban a su alrededor, con el rostro enterrado en su pecho, y Luce dejó escapar el más largo y profundo suspiro. Su boca encontró la suya y se hundieron en un beso.

Ella se relajó feliz en sus brazos.

No se había dado cuenta hasta ahora, pero había una parte de ella que se preguntaba si alguna vez volvería a verlo, si todo lo sucedido podría haber sido un sueño. El amor que sentía, el amor recíproco de Daniel, todo aún se sentía surrealista. Seguían atrapados en un beso, Luce apretando ligeramente su bíceps. No era un sueño. Por primera vez desde hacía no sabía cuánto tiempo, se sentía en casa.

—Estás aquí —le susurró él al oído.

—Estás aquí.

—Los dos estamos aquí.

Se rieron y siguieron besándose, comiendo cada pedacito de dulce torpeza por verse de nuevo.

Pero cuando Luce menos lo esperaba, su risa se convirtió en un gimoteo. Ella buscaba la manera de decirle lo difícil que los últimos días habían sido para ella, sin nadie,



medio dormida y atontada. Consciente de que todo había cambiado. Pero, ahora, en los brazos de Daniel, ella no podía encontrar las palabras.

—Ya lo sé —dijo él—. Vamos a coger tu bolsa y a salir de aquí.

Luce se volvió hacia el carrusel de equipaje y encontró a su vecino de pie enfrente de ella, con las correas de lona de su enorme bolsa en sus manos.

—Vi que se iba —dijo con una sonrisa forzada en su rostro, como si estuviera empeñado en demostrar que sus intenciones eran buenas—. Es tuya ¿no?

Antes de que Luce tuviera tiempo de contestar, Daniel socorrió al hombre cogiendo la pesada bolsa, con una sola mano.

—Gracias, hombre. Yo la llevaré a partir de aquí —dijo él con suficiente decisión como para poner fin a la conversación.

El chico vio cómo Daniel deslizaba la otra mano por la cintura de Luce y la conducía lejos.

Esta era la primera vez desde Espada y Cruz que Luce había sido capaz de ver a Daniel como el mundo lo hacía, su primera oportunidad para preguntarse si otras personas pondrían decir, con sólo mirar, que había algo extraordinario en él.

Después pasaron a través de las puertas corredizas de cristal y ella tomó su primer respiro verdadero de la Costa Oeste. El aire de principios de noviembre se sentía fresco, rápido y sano de alguna manera, no empapado y frío como el aire de Savannah esta tarde, cuando su avión había despegado. El cielo era de un azul vivo y brillante, no había nubes en el horizonte. Todo parecía nuevo, acuñado y limpio, incluso el apartamento después de la fila de coches recién lavados. Una línea de montañas lo enmarcaba todo, de color marrón tostado con ralos puntos de árboles verdes y una colina ondulada.

Ella ya no estaba en Georgia.

—No puedo decir que esté sorprendido —bromeó Daniel—. Te dejo salir de debajo de mi ala unos días y otro chico se abalanza sobre ti.

Luce puso los ojos en blanco. —Vamos. Apenas hablamos. En realidad, me dormí durante todo el vuelo —ella le dio un codazo—. Soñando contigo.

Los labios fruncidos de Daniel se convirtieron en una sonrisa y le dio un beso en la parte superior de la cabeza. Ella se detuvo con ganas de más, sin siquiera darse cuenta de que Daniel se había detenido delante de un coche. Y no cualquier coche. Un Alfa Romeo negro.

La mandíbula de Luce cayó cuando Daniel abrió la puerta del pasajero. —Es... Esto —balbuceó ella—. Esto es... ¿Sabías que este es absolutamente el coche de mis sueños?

—Más que eso —Daniel se echó a reír—. Este solía ser tu coche.

Se echó a reír cuando ella prácticamente saltó por sus palabras. Todavía estaba acostumbrándose a que la reencarnación fuera parte de su historia. Era tan injusto. Todo



un coche que ella no podía recordar. Vidas completas que no podía recordar. Estaba desesperada por saber de ello, como si sus antiguos yo fueran hermanas de las que la habían separado al nacer.

Apoyó su mano en el parabrisas, en busca de una brizna de algo, un deja vu.

Nada.

—Fue un regalo de tu gente en tu quinceavo cumpleaños hace un par de vidas. — Daniel la miró de reojo, como si estuviera tratando de decidir cuánto hablar. Él sabía que tenía hambre de detalles, pero podría no ser capaz de tragarlos todos a la vez—. Acabo de comprarlo a un hombre en Reno. Lo compró después de que tú, eh... Bueno, después de que...

*Ardiera espontáneamente*, pensó Luce, llenándose de la amarga verdad de que Daniel no se lo contaría. Eso era lo único de sus vidas pasadas: el final rara vez cambiaba.

Excepto que parecía que esta vez podría hacerlo. Esta vez ellos podían cogerse las manos, besarse, y... no sabía qué otra cosa podrían hacer. Pero se moría por descubrirlo. Se sorprendió a sí misma. Deberían ser cuidadosos. Diecisiete años no eran suficientes y, en esta vida, Luce no quería quedarse esperando a ver cómo era realmente estar con Daniel.

Aclaró su garganta y dio unas palmaditas al reluciente capó negro. —Aún corre como un campeón. El único problema es...

Dirigió su mirada al pequeño maletero del convertible, luego al bolso de lona de Luce, y de regreso al maletero.

Sí, Luce tenía un terrible hábito de sobre-equipaje, era la primera en admitirlo. Pero, por una vez, no era su culpa. Arriane y Gabbe habían empacado sus cosas del dormitorio de Espada y Cruz, cada una de aquellas prendas de ropa negra o no-negra que ella ni había tenido oportunidad de vestir.

Había estado demasiado ocupada despidiéndose de Daniel, y de Penn, como para empacar. Dio un respingo, sintiéndose culpable por estar aquí, en California, con Daniel, tan lejos de donde había dejado a su amiga enterrada. No le parecía justo. El Sr. Cole seguía asegurándole que la señorita Sophia sería tratada por lo que le había hecho a Penn, pero cuando Luce le había presionado para saber qué era exactamente lo que quería decir aquello, él tiró de su bigote y no dijo ninguna palabra más.

Daniel echó un vistazo con recelo alrededor del aparcamiento y abrió el maletero, con el inmenso bolso de lona de Luce en la mano. Era imposible que cupiese, pero en ese momento un leve sonido de succión salió de la parte trasera del coche y el bolso de Luce comenzó a encogerse. Un momento después, Daniel cerró rápidamente el maletero. Luce parpadeó.

—¡Hazlo otra vez!

Daniel no reía. Parecía nervioso. Se deslizó en asiento del conductor y encendió el coche sin decir una palabra. Era una cosa nueva, extraña para Luce: ver su rostro tan

sereno en la superficie, sin embargo, lo conocía lo suficientemente bien como para sentir que había algo mucho más abajo.

—¿Qué ocurre?

—El Sr. Cole te advirtió sobre mantener un perfil bajo ¿Verdad?

Ella asintió.

Daniel retrocedió en el lugar, luego dio media vuelta para salir del aparcamiento, deslizando una tarjeta de crédito dentro de la máquina en camino a la salida.

—Eso fue estúpido. Debí haberlo pensado.

—¿Cuál es el problema? —Luce metió su cabello oscuro detrás de sus orejas mientras el auto aceleraba—. ¿Crees que vas a atraer la atención de Cam por meter un bolso en el maletero?

Daniel tenía una mirada lejana en sus ojos y sacudió su cabeza. —No. No la de Cam. —Un momento después, el apretó la rodilla de ella—. Olvida lo que he dicho. Yo sólo... es sólo que ambos debemos ser cuidadosos.

Luce le oía, pero estaba demasiado abrumada para escucharlo con detenimiento. Le encantaba ver a Daniel trabajando expertamente con la palanca de cambios a medida que tomaba la rampa hacia la autopista y se movía rápidamente a través del tráfico; le encantaba sentir el viento azotándola a través del coche mientras pasaban veloces hacia la imponente ciudad de San Francisco. Le encantaba, sobre todo, simplemente estar con Daniel.

En San Francisco propiamente dicho, el camino se tornaba demasiado empinado. Cada vez que alcanzaban una colina y comenzaban descender a toda velocidad otra, Luce captaba una visión diferente de la ciudad. Parecía antigua y nueva al mismo tiempo: los ventanales como espejos en los rascacielos se apostaban directamente contra los restaurantes y bares que parecían de un siglo de antigüedad. Coches diminutos alineados en las calles, estacionados en ángulos que desafiaban la gravedad. Perros y carriolas por todas partes. La chispa azul del agua por todo el borde de la ciudad. Y la primera visión del dulce rojo manzana del puente Golden Gate en la distancia.

Sus ojos revoloteaban de un lado a otro para mantenerse al día con todo lo que veía. Y, aunque había pasado la mayor parte de los últimos días durmiendo, de repente sintió una oleada de agotamiento.

Daniel estiró su brazo alrededor de ella y le guió la cabeza hacia su hombro. —Un hecho poco conocido acerca de los ángeles: Somos almohadas excelentes.

Luce rió, estirando su cuello para besar su mejilla. —Probablemente no podría dormir —dijo, rozándole el cuello con su nariz.

En el Puente Golden Gate, una multitud de peatones, ciclistas expandiéndose, y corredores flanqueaban los coches. Abajo, a lo lejos, la bahía era brillante, salpicada de barcos de velas blancas y los primeros tonos de una puesta de sol violeta.

—Hace días que no nos vemos. Quiero ponerme al día —dijo—. Dime lo que has estado haciendo. Cuéntamelo todo.

Por un instante, creyó ver las manos de Daniel estrecharse alrededor del volante. —Si tu objetivo no es quedarte dormida —dijo, rompiendo en una sonrisa—, entonces realmente no debería ahondar en las minucias de la reunión de ocho horas de duración del Concilio de Ángeles en la que me quedé atrapado todo el día de ayer. Verás, el consejo se reunió para discutir una enmienda a la proposición 362B, que detalla el formulario aprobado para la participación de querubines en un circuito de tercera...

—Está bien, entendido —le dijo zarandeándolo. Daniel estaba bromeando, pero era una extraña nueva forma de bromear. Estaba siendo realmente abierto con el hecho de ser un ángel, lo cual le encantaba, o al menos le encantaría, una vez que ella hubiese tenido tiempo de procesarlo. Luce aún se sentía como si su corazón y su cerebro estuvieran luchando por ponerse al día con los cambios en su vida. Pero estaban de nuevo juntos para siempre, así todo era infinitamente más fácil. No había nada que ocultar el uno del otro, nunca más. Tiró de su brazo.

—Al menos dime a dónde vamos.

Daniel se estremeció, y Luce sintió un frío nudo extendiéndose en su garganta. Ella se movió para poner su mano sobre la de él, pero él la apartó para reducir la velocidad del coche.

—Una escuela en Fort Bragg llamada Shoreline. Las clases comienzan mañana.

—¿Nos vamos a inscribir en otra escuela? —Preguntó—. ¿Por qué? —Sonaba tan permanente. Esto se suponía que iba a ser un viaje provisional. Sus padres ni siquiera sabían que ella había dejado el estado de Georgia.

—Te gustará Shoreline. Es muy progresista, mucho mejor que Espada y Cruz. Creo que podrás... desarrollarte allí. Y nada podrá dañarte. La escuela tiene una protección especial. Un escudo tipo... camuflaje.

—No lo entiendo. ¿Por qué necesito un escudo de protección? Pensé que venir aquí, lejos de la Señorita Sofía, era suficiente.

—No es sólo la Señorita Sofía —dijo Daniel tranquilamente—. Hay otros.

—¿Quiénes? Puedes protegerme de Cam, o Molly, o quien sea. —Luce se rió, pero el sentimiento frío en su pecho se extendió a su estómago.

—No son Cam o Molly, tampoco. Luce, no puedo hablarte de ello.

—¿Conoceremos a alguien más allí? ¿Algunos otros ángeles?

—Hay algunos ángeles allí. Ninguno que conozcas, pero estoy segura que lo harás. Hay una cosa más. —Su voz era plana mientras miraba fijamente hacia adelante—. No estaré inscripto. —Sus ojos no se desviaron de la carretera—. Sólo tú. Es sólo por poco tiempo.

—¿Cuán poco?

—Unas pocas... semanas.

Siendo Luce la que estuviera detrás del volante, en ese momento ella habría frenado de repente.

—¿Unas pocas semanas?

—Si pudiera estar contigo, lo haría. —La voz de Daniel era tan plana, tan calmada, que hacía que Luce estuviera más molesta—. Viste lo que recientemente pasó con la bolsa y la maleta. Ese fue como mi disparo de bengala hacia el cielo para dejar saber dónde estamos. Para alertar a cualquiera que esté buscándome a mí, y cuando digo a mí, me refiero a ti. Soy muy fácil de encontrar, muy fácil de localizar. ¿Y eso con la bolsa? No es nada comparado con las cosas que hago cada día para llamar la atención de... —Él sacudió la cabeza bruscamente—. No te pondré en peligro, Luce, no lo haré.

—Entonces no lo hagas.

La cara de Daniel lucía adolorida. —Es complicado.

—Y déjame adivinar: No puedes explicarlo.

—Ojala pudiera.

Luce se llevó las rodillas a su pecho, apartándose de él, y se recostó contra la puerta del lado del pasajero, sintiendo una especie de claustrofobia bajo el gran cielo azul de California.

Por media hora, los dos estuvieron en silencio. Se adentraban y salían de los parches de neblina, subiendo y bajando por el rocoso y árido terreno. Pasaron señales de Sonoma, y en cuanto el coche cruzó los frondosos viñedos verdes, Daniel habló. —Faltan tres horas más para Fort Bragg. ¿Vas a estar molesta conmigo todo ese tiempo?

Luce lo ignoró. Pensó y se negó a darle voz a cientos de preguntas, frustraciones, acusaciones y, ultimadamente, disculpas por actuar como una niña mimada.

En el desvío para Anderson Valley, Daniel cruzó al oeste y trató de tomar su mano. —¿Tal vez me perdonarías a tiempo para disfrutar nuestros últimos minutos juntos?

Ella quería hacerlo. Ella realmente no quería pelear con Daniel ahora. Pero la fresca mención de que había una cosa como “pocos minutos juntos”, él dejándola sola por razones que ella no podía entender y que él se negaba a explicar, hizo a Luce ponerse nerviosa, luego aterrorizada, luego frustrada, una y otra vez.

En el mar agitado que conllevaba un nuevo estado, una nueva escuela, nuevos peligros en donde fuera, Daniel era la única roca que tenía para aferrarse. ¿Y él estaba a punto de dejarla? ¿No había pasado suficiente? ¿No habían pasado los dos por suficiente?

No fue hasta que pasaron por unas secoyas y salieron a una estrellada noche azul ultramar que Daniel dijo algo que la desmoronó. Acababan de pasar una señal que decía BIENVENIDOS A MENDOCINO, y Luce estaba viendo al oeste. Una luna llena brillaba sobre



un grupo de edificios: un faro, torres de agua y filas de casas de madera vieja bien conservadas. En algún lugar más allá de todo eso había un océano que ella podía escuchar pero no ver.

Daniel señaló al sureste, en la oscuridad, un denso bosque de secoyas y árboles de arce. —¿Ves el remolque estacionado adelante?

Ella no lo habría hecho si él no lo hubiese señalado, pero ahora Luce entrecerró los ojos para ver un estrecho camino donde un cartel de madera con cal endurecida decía en letras blanqueadas CASAS RODANTES MENDOCINO.

—Solías vivir aquí.

—¿Qué? Luce contuvo el aliento tan rápido que empezó a toser. El estacionamiento lucía tan triste y solo, una embotada línea de cajas cortadas a la misma medida se disponía en un barato camino de gravilla.

—Eso es horrible.

—Viviste aquí antes de que fuera un estacionamiento de remolques —dijo Daniel, apartando el coche a un lado del camino—. Antes había casas rodantes. Tu padre en ese tiempo trajo a tu familia de Illinois durante la fiebre del oro. —Parecía mirar hacia adentro en alguna parte, y tristemente sacudió su cabeza—. Solía ser un lugar agradable.

Luce vio a un hombre calvo con barriga arrastrando a un perro naranja sarnoso con una correa. El hombre estaba usando una camiseta blanca y unos boxers de lana. Luce no se veía allí de ningún modo.

Sin embargo, era muy claro para Daniel. —Tenían una cabina de dos cuartos, y tu madre era una terrible cocinera, así que todo el lugar olía a repollo. Tenían esas cortinas a cuadros azules que yo solía abrir de manera para subir por tu ventana en las noches después de que tus padres estuvieran dormidos.

El carro estaba estacionado. Luce cerró sus ojos y trató de luchar contra sus estúpidas lágrimas. Escuchar la historia de ellos la hizo sentir posible e imposible. Escucharla también la hizo sentir extremadamente culpable.

Se había unido con ella durante tanto tiempo, a lo largo de tantas vidas. Había olvidado lo bien que él la conocía. Más de lo que se conocía a si misma. ¿Sabría Daniel lo que estaba pensando ahora? Luce se preguntó si, de alguna manera, sería más fácil ser ella y nunca recordar a Daniel, lo que era para él pasar esto una y otra vez.

Si él decía que tenía que irse por unas pocas semanas y no explicarle el por qué... ella tenía que confiar en él.

—¿Cómo fue la primera vez que me conociste? —preguntó ella.

Daniel sonrió. —Cortaba leña a cambio de comida en ese entonces. Una noche cerca de la hora de cenar, estaba caminando por tu casa. Tu madre cocinaba el repollo, y olía tan mal que casi me salto tu casa. Pero luego te vi en la ventana. Estabas cocinando. No podía apartar mis ojos de tus manos.

Luce miró sus manos, sus pálidos, afilados dedos y sus pequeñas y cuadradas palmas. Se preguntó si siempre habían lucido igual. Daniel las alcanzó a través del panel de mandos. —Son tan suaves como lo eran entonces.

Luce agitó su cabeza. Ella amaba la historia, quería escucharla mil veces más, pero no era lo que había querido decir. —Quiero saber sobre la primera vez que me conociste —dijo—. La primera vez verdadera. ¿Cómo fue?

Luego de una larga pausa, finalmente dijo: —Se está haciendo tarde. Ellos te esperan en Shoreline antes de la medianoche.

Pisó el acelerador, tomando hacia la izquierda al centro de Mendocino. En el retrovisor, Luce vio el estacionamiento de casas rodantes volverse más pequeño, oscuro, hasta que desapareció completamente. Pero luego, unos segundos después, Daniel estacionó el coche en frente de un restaurante *24 horas*, vacío, con paredes amarillas y ventanas que llegaban del techo al suelo.

El bloque estaba lleno de edificios extravagantes y pintorescos que recordaban a Luce una versión menos congestionada de la costa de Nueva Inglaterra cerca de su vieja escuela de New Hampshire, Dover. La calle estaba pavimentada con adoquines desiguales que brillaban a la luz amarilla de las farolas a lo alto. En su extremo, el camino parecía caer directamente al mar. Un súbito frío la cubrió. Tuvo que pasar por alto su reflexivo miedo a la oscuridad. Daniel le explicó acerca de las sombras, que no había nada que temer de ellas, que eran simplemente mensajeros. Que debería haber sido tranquilizante, a excepción de lo difícil que era ignorar el hecho que había cosas más grandes a las que temer.

—¿Por qué no me lo dirás? —Ella no pudo evitarlo. No sabía por qué sentía que era tan importante preguntarle. Si ella iba a confiar en Daniel cuando él le dijo que tenía que abandonarla después de su anhelo de toda la vida para esta reunión, bueno, quizás ella sólo quería entender el origen de esa confianza. Saber cuándo y cómo comenzó.

—¿Sabes lo que mi apellido significa? —dijo, sorprendiéndola.

Luce se mordió el labio, tratando de recordar la investigación que Penn y ella hicieron. —Recuerdo a la Señorita Sofía diciendo algo acerca de los Vigilantes. Pero no sé lo que significa, o si se supone que debería de creer en ella. Sus dedos fueron hasta su cuello, al lugar donde había estado el cuchillo de la Señorita Sofía.

—Ella tenía la razón. Los Grigoris son un clan. Son un clan nombrado en pos de mí, en realidad. Porque ellos observaban y aprendían de lo que pasaba cuando... cuando yo todavía era bienvenido en el Cielo. Y en el tiempo cuando tú eras... bueno, todo esto sucedió mucho tiempo atrás, Luce. Es difícil para mí recordar la mayor parte de ello.

—¿Dónde? ¿Dónde estaba yo? —presionó ella—. Recuerdo a la señorita Sofía diciendo algo acerca de los Grigoris relacionándose con mujeres mortales. ¿Es eso lo que pasó? ¿Tú...?

Él la miró. Algo cambió en su rostro, y en la luz de la luna oscura, Luce no podía decir lo que significaba. Era casi como si estuviera aliviado de que ella lo hubiera imaginado, así que no tenía que ser el que lo explicara.

—La primera vez que te vi —Daniel continuó—, no había diferencia de las otras veces que te vi desde entonces. El mundo era nuevo, pero tú siempre eras igual. Fue...

—Amor a primera vista. —Esa parte ella la sabía.

Él asintió. —Simplemente, como siempre. La única diferencia fue, al principio, que estabas fuera de mis límites. Estaba siendo castigado, y me enamoré de ti en el peor de los momentos. Las cosas estaban muy violentas en el cielo. Por lo que... soy... esperaba poder mantenerme alejado de ti. Eras una distracción. El foco estaba supuestamente en ganar la guerra. Es la misma guerra que todavía sigue. —Suspiró—. Y, por si no lo has notado, todavía estoy muy distraído.

—Así que eras un ángel de rango superior —murmuró Luce.

—Cierto. —Daniel lucía miserable, haciendo una pausa, y luego, cuando volvió a hablar, mordiendo las palabras—: Fue una caída de una de las más altas perchas.

Por supuesto. Daniel tenía que ser importante en el Cielo para causar una ruptura tan importante. Para que su amor hacia una chica mortal estuviera tan fuera de los límites.

—¿Renunciaste a todo? ¿Por mí?

Él tocó su frente con la de ella. —No cambiaría nada.

—Pero yo era nada —dijo Luce. Ella se sintió pesada, como si fuese arrastrada. Arrastrándolo a él—. ¡Has dado demasiado! —Se sintió enferma del estómago—. Y ahora estas maldito para siempre.

Apagando el carro, Daniel le dio una triste sonrisa. —Tal vez no sea para siempre.

—¿A qué te refieres?

—Vamos —dijo, saltando del carro y yendo a abrir su puerta—. Vamos a dar un paseo.

Se encaminó al final de la calle, que no era un callejón sin salida después de todo, pero daba lugar a un acantilado empinado que continuaba hacia el agua. El aire era fresco y húmedo con el rocío del mar. Justo a unos pasos a la izquierda, había un sendero. Daniel tomó su mano y se movió a la orilla del acantilado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Luce.

Daniel le sonrió, enderezando sus hombros, y desplegó sus alas. Lentamente, se extendieron hacia arriba y por fuera de sus hombros, desplegando con una serie casi inaudible de suaves chasquidos y crujidos. Completamente flexionadas, hicieron un suave sonido, como un edredón de plumas colocándose sobre una cama. Por primera vez, Luce notó que en la parte de atrás de la franela de Daniel había dos pequeñas, de algún modo invisibles, ranuras, que se separaban ahora para que sus alas se deslizaran a través de ellas. ¿Toda la ropa de Daniel tenía estas angelicales alteraciones? ¿O tenía ciertas cosas especiales que él usaba cuándo sabía que planeaba volar?

De cualquier manera, sus alas nunca fallaban en dejar a Luce sin palabras.



Eran enormes, elevándose tres veces más altas que Daniel, curvadas hacia el cielo y hacia los lados como amplias velas blancas. Su amplia extensión captaba la luz de las estrellas y la reflejaba con más intensidad, de modo que resplandecía con un brillo iridiscente. Cerca de su cuerpo se oscurecían, una sombra de un color crema como la rica tierra, donde se reunían con los músculos de sus hombros. Pero a lo largo de sus bordes afilados, crecían delgadas y brillantes, volviéndose casi transparentes en las puntas.

Luce las miraba, absorta, tratando de recordar la línea de cada gloriosa pluma, para mantener todo aquello dentro de ella cuando él se fuese. Él relucía tan resplandeciente que el sol podría haber tomado luz de él. La risa de sus ojos violeta le decía cuán bien él se sentía por dejar en libertad sus alas. Tan bien como Luce se sentía cuando estaba envuelta en ellas.

—Vuela conmigo —le susurró.

—¿Qué?

—No voy a verte por un tiempo. Tengo que darte algo para que me recuerdes.

Luce lo besó antes de que él pudiera decir nada más, enlazando sus dedos alrededor de su cuello, apretándolo tan fuertemente como podía, con la esperanza de darle algo para que la recordara, también.

Con la espalda de ella recostada contra su pecho, y la cabeza sobre su hombro, Daniel trazó una línea de besos que bajaban por su cuello. Ella contuvo su aliento, esperando. Entonces él dobló sus piernas y con gracia se abalanzó hacia el borde del acantilado.

Estaban volando.

Lejos de la rocosa plataforma de la línea costera, sobre las plateadas olas chocando más abajo, formaban arcos en el cielo, como si estuvieran remontándose a la luna. El abrazo de Daniel la escudaba de cada agitada ráfaga de viento, de cada roce del frío océano. La noche estaba completamente quieta. Como si fueran las únicas dos personas que quedaran en el mundo.

—Esto es el Cielo, ¿no? —le preguntó.

Daniel rió. —Desearía que lo fuera. Tal vez un día no muy lejano.

Cuando habían volado lo suficientemente lejos para que no pudiese verse la tierra ni nada alrededor de ellos, Daniel viró delicadamente hacia el norte, y se abalanzaron sobre un amplio arco pasando la ciudad de Mendocino, que brillaba en todo su esplendor en el horizonte. Estaban muy por encima del edificio más alto de la ciudad y moviéndose increíblemente rápido. Sin embargo, Luce nunca se había sentido más segura o más enamorada en su vida.

Y luego, todo fue demasiado rápido, estaban descendiendo, acercándose gradualmente a un borde diferente del acantilado. El sonido del océano se hizo más fuerte de nuevo. Un oscuro camino bifurcaba a la carretera principal.



Cuando sus pies tocaron ligeramente abajo en un trozo fresco de la hierba espesa, Luce suspiró. —¿Dónde estamos? —preguntó, aunque por supuesto ya lo sabía.

La escuela Shoreline. Podría ver una enorme edificación en la distancia, pero desde aquí parecía completamente oscura, simplemente una figura en el horizonte. Daniel la mantuvo presionada contra él, como si estuvieran aún en el aire. Ella estiró su cabeza para ver su expresión. Los ojos de Daniel estaban húmedos.

—Aquellos quienes me maldijeron están aún observando, Luce. Lo han estado haciendo durante milenios. Y no quieren que estemos juntos. Harán cualquier cosa que puedan para detenernos. Es por eso no es seguro para mí permanecer aquí.

Asintió, los ojos le picaban. —Pero, ¿por qué estoy yo aquí?

—Porque haré cualquier cosa que esté a mi alcance para mantenerte a salvo, y este ahora es el mejor lugar para ti. Te amo, Luce. Más que a cualquier cosa. Volveré contigo tan pronto como pueda.

Quiso protestar, pero se contuvo. Él lo había dado todo por ella.

Cuando la liberó de su abrazo, abrió la palma de su mano y una pequeña figura roja dentro de ella comenzó a crecer. Su bolso de lona. Lo había tomado de la parte de atrás del auto sin que ella siquiera lo notara, cargándolo todo el camino dentro de su mano. En sólo pocos segundos, se había expandido completamente, de regreso a su tamaño original. Si no hubiera estado tan destrozada por lo que significaba que él se la entregara, a Luce le hubiera encantado el truco.

Una sola luz se encendió en el interior del edificio. Una silueta apareció en la puerta.

—No es por mucho tiempo. Tan pronto como las cosas estén más seguras, vendré por ti.

Su mano caliente le apretó la muñeca y, antes de que se diera cuenta, Luce se vio envuelta en su abrazo, atraída por sus labios. Dejó que todo lo demás se disipara, permitiendo a su corazón desbordarse.

Tal vez ella no podía recordar sus vidas anteriores, pero cuando Daniel la besaba, ella se sentía cerca del pasado. Y del futuro.

La figura en el camino de la entrada estaba caminando hacia ella, una mujer vestida con un corto vestido blanco.

El beso que Luce había compartido con Daniel era demasiado dulce para ser tan breve, y la dejó tan sin aliento como lo hacían siempre los besos entre ellos.

—No te vayas —susurró, con sus ojos cerrados.

Todo estaba pasando muy rápido. No podía dejar ir a Daniel. No aún. Ni siquiera creía que pudiera. Sintió la ráfaga de aire que indicaba que él ya había despegado. Su corazón se fue tras de él mientras abría sus ojos y veía el último trazo de sus alas desapareciendo en una nube, dentro de la oscura noche.

# Capítulo 2

*Traducido por Anelisse, Pimienta*

*Corregido por Haushiinka*

## Diecisiete Días

Thwap. Luce hizo una mueca y se frotó la cara. Su nariz picaba. Thwap. Thwap. Ahora era en los pómulos. Sus párpados derivaban abiertos y, casi inmediatamente, ella arrugó su cara de sorpresa. Una joven limpiadora regordeta y rubia, con la boca sombríamente marcada y las cejas pobladas estaba inclinada sobre ella. Su pelo estaba apilado desordenadamente en la parte superior de su cabeza. Llevaba unos pantalones de yoga y un top cruzado de camuflaje que hacía juego con sus ojos color verde avellana con manchas. Ella llevaba una pelota de ping-pong entre sus dedos, a punto de tirarla.

Luce se revolvió hacia atrás en su ropa de cama y se cubrió la cara. Su corazón ya herido por la ausencia de Daniel. No necesitaba más dolor. Ella miró, todavía tratando de recuperar su cojín, y recordado que se había derrumbado sobre la cama de manera indiscriminada la noche anterior.

La mujer de blanco que había aparecido en la estela de Daniel se había presentado como Francesca, una de las profesoras en Shoreline. Incluso en su aturrido estupor, Luce se dio cuenta de que la mujer era hermosa. Ella se encontraba a mitad de sus treinta, con el pelo rubio cepillando los hombros, los pómulos redondos, y las características grandes y suaves. *Ángel*, Luce decidió casi al instante. Francesca no hizo ninguna pregunta sobre la forma de la sala de Luce. Ella debe haber estado esperando que bajara la pasada noche, y debió sentir el agotamiento total de Luce. Ahora bien, esta desconocida que había arrojado a Luce de nuevo en la conciencia parecía a punto de tirar otra bola.

—Bien —dijo ella con voz ronca—. Estás despierta.

—¿Quién eres? —Preguntó Luce soñolienta.

—Quién eres tú, más bien. Aparte de la extraña que encuentro en cuclillas en mi habitación cuando despierto. Además de la niña que interrumpe mi mantra por la mañana con sus extraños y personales balbuceos en sueños. Soy Shelby. *Enchantée*.

*No es un ángel*, supuso Luce. Sólo una chica Californiana con un fuerte sentido del derecho. Luce se sentó en la cama y miró a su alrededor. La habitación era un poco estrecha, pero estaba muy bien decorada, con pisos de madera de color claro, una chimenea, un horno de microondas, dos profundos escritorios, libreros amplios y empotrados que hacía las veces una escalera a lo que ahora Luce se dio cuenta que era la litera de arriba. Ella podía ver un cuarto de baño privado a través de una puerta corredera de madera. Y tuvo que parpadear algunas veces para estar segura... una vista al mar por la

ventana. Nada mal para un chica que había pasado el último mes mirando hacia un viejo cementerio en una habitación más adecuada para un hospital que una escuela. Pero, entonces, al menos ese viejo cementerio y ese cuarto habían querido decir que estaba con Daniel. Ella había comenzado apenas a conseguir sentirse cómoda en Espada y Cruz. Y ahora de vuelta a empezar de cero.

—Francesca no mencionó nada acerca de que yo tuviera una compañera de habitación. —Luce supo al instante por la expresión del rostro de Shelby que esta era una cosa errónea para decir.

Así que en su lugar tomó una rápida ojeada a la decoración de Shelby. Luce nunca había confiado en sus propios instintos en diseño de interiores, o tal vez nunca había tenido la oportunidad de disfrutarlo. No había pegado alrededor de Espada y Cruz lo suficiente como para hacer mucha decoración, pero incluso antes de eso, en el cuarto que había tenido en Dover había tenido los muros blancos y vacíos. “Estéril chic”, había dicho Callie una vez. Esta habitación, por otro lado... tenía... había algo que era extraño... maravilloso. Variedades de plantas que nunca había visto antes se alineaban en macetas en la ventana; banderas de oración se encadenan a través del techo. Una colcha de retazos de colores apagados se deslizaba fuera de la litera de arriba, la mitad obstruyendo la vista de Luce de un calendario astrológico grabado sobre el espejo.

—¿Qué creías? Que ellos iban a limpiar el cuarto del decano sólo porque eres Lucinda Price?

—Um, ¿no? —Luce sacudió la cabeza—. Eso no es en absoluto lo que quería decir. Espera, ¿cómo sabes mi nombre?

—¿Así que eres Lucinda Price? —La muchacha de los ojos verdes-moteados parecía fijarse en el pijama gris y andrajoso de Luce—. Soy afortunada.

Luce enmudeció.

—Lo siento. —Exhaló Shelby y ajustó su tono, estacionándose a sí misma en el borde de la cama de Luce—. Soy hija única. León... es mi terapeuta... él está tratando de hacerme ser menos severa cuando me encuentro por primera vez a la gente.

—¿Está funcionando? —Luce también era hija única, pero ella no era desagradable con todo extraño con el que entraba en contacto.

—Lo que quiero decir es... —Shelby se movió incómoda—. No estoy acostumbrado a compartir. ¿Podemos...? —Se golpeó la cabeza— ¿...rebobinar?

—Eso estaría bien.

—Está bien. —Shelby tomó una respiración profunda—. Frankie no te mencionó que tenías un compañero de habitación la última noche porque entonces ella lo hubiera notificado... o, si ya se había dado cuenta, darse cuenta... que no estaba en la cama cuando llegaste. Vine a través de esa ventana... —señaló—, a eso de las tres.

Por la ventana, Luce podía ver una gran conexión con una porción en ángulo de la cubierta. Se imaginó a Shelby lanzándose a través de una red completa de repisas en el



techo para volver aquí a mitad de la noche. Shelby hizo un show de bostezos. —Mira, cuando se trata de los niños Nefilim en Shoreline, la única cosa con la que los profesores son estrictos es con el pretexto de la disciplina. La disciplina en sí misma no hace tanto que existe. Aunque, por supuesto, Frankie no va a advertírselo a la chica nueva. Especialmente no a Lucinda Price.

Ahí estaba de nuevo. El borde en la voz de Shelby cuando dijo el nombre de Luce. Luce quería saber qué significaba eso. ¿Y dónde había estado Shelby hasta las tres? ¿Cómo había entrado por la ventana en la oscuridad sin golpear cualquiera de las plantas de abajo? ¿Y quiénes eran los niños Nefilim? Luce tenía repentinos recuerdos vivos de la jungla de su gimnasio mental a través de la que Arriane la había llevado cuando se conocieron. La escabrosa decoración en la mitad de la habitación de su compañera de cuarto se parecía mucho a la de Arianne, y Luce recordó una similar manera de sé-que-nunca-seré-tu-amiga en su primer día en Espada y Cruz. Pero aunque Arianne había parecido intimidante e incluso un poco peligrosa, había algo desconcertantemente encantador en ella desde el principio. La nueva compañera de Luce, por el contrario, parecía molesta.

Shelby se levantó de la cama y pesadamente entró al baño para lavarse los dientes. Después de buscar a través de su bolso para buscar su cepillo de dientes, Luce siguió y señaló tímidamente la pasta de dientes. —Me olvidé la mía.

—Sin duda, el resplandor de tu celebridad se cegó a las necesidades pequeñas de la vida —dijo Shelby, pero ella levantó el tubo y lo extendió hacia Luce. Ellas se cepillaron en silencio durante unos diez segundos, hasta que Luce no podía soportarlo más. Escupió una bocanada de espuma. —¿Shelby?

Con la cabeza en el vientre del lavabo de porcelana, Shelby escupió y dijo: —¿Qué?

En lugar de hacer cualquiera de las preguntas que habían estado corriendo por su cabeza un minuto antes, Luce se sorprendió y preguntó: —¿Qué estaba diciendo en mi sueño?

Esta mañana era la primera en al menos un mes de vívidos y complicados sueños sobre Daniel, en que Luce había despertado incapaz de recordar una sola cosa de su sueño. Nada. Ni un solo roce de un ala de ángel. Ni un beso de sus labios. Ella miró a la cara áspera de Shelby en el espejo. Luce necesitaba a la chica para ayudarla a remover su memoria. Ella debe haber estado soñando con Daniel. Si no lo hubiera hecho... ¿Qué podría significar?

—Ni idea —dijo Shelby finalmente—. Fueron comentarios apagados e incoherentes. La próxima vez, trata de enunciar. —Ella salió del baño y se puso un par de sandalias de color naranja—. Es la hora del desayuno, ¿vienes o que?

Luce se escurrió fuera del baño. —¿Qué me pongo? —Ella todavía estaba en pijama. Francesca no había dicho nada anoche sobre el código de vestimenta. Pero entonces, ella tampoco había mencionado nada sobre la situación de su compañera de habitación.

Shelby se encogió de hombros. —¿Qué soy yo? ¿La policía de la moda? Lo que lleve menos tiempo. Estoy hambrienta.



Luce se puso un par de Jeans ajustados y un jersey negro envolvente. Le habría gustado pasar unos minutos más con su aspecto el primer día de escuela, pero ella agarró su mochila y siguió a Shelby hacia la puerta. El pasillo era diferente a la luz del día. En todas partes se veían las ventanas brillantes, de gran tamaño con vistas al mar, o librerías repletas de gruesos libros, con tapas duras de colores. Los pisos, las paredes, los techos empotrados y empinados, curvas escaleras de la misma madera de arce utilizada para construir los muebles de dentro de la habitación de Luce. Deberían haber dado a aquel lugar la sensación de una cálida cabaña de troncos, salvo que el diseño de la escuela era tan intrincado y extravagante como los dormitorios de Espada y Cruz habían sido de aburridos y sencillos.

Cada pocos pasos, el pasillo parecía que se separaba en afluentes pasillos pequeños, con escaleras de caracol llevándote más dentro del laberinto con poca luz. Dos tramos de escaleras y lo que parecía una puerta secreta después, Luce y Shelby pasaron a través de un conjunto de ventanales de doble cristal hacia la luz del día. El sol era muy brillante, pero el aire era bastante fresco, por lo que Luce se alegró de haberse puesto un suéter. Olía como al océano, pero no era realmente como en casa. Menos salada, más calcáreo que la orilla de la Costa Este.

—El desayuno se sirve en la terraza. —Shelby señaló a una amplia extensión verde de tierra.

Este césped estaba bordeado en los tres lados por espesos arbustos de hortensia azul y en el cuarto por un acantilado, directamente al mar. Para Luce era difícil de creer cuán hermoso era el entorno de la escuela. Ella no podía imaginar la posibilidad de permanecer en el interior el tiempo suficiente para hacer o seguir una clase. Cuando se acercaron a la terraza, Luce vio otro edificio, una estructura larga, rectangular con tejas de madera y con cristales adornados de alegre color amarillo. Con el signo de una gran mano tallada colgada encima de la entrada: "SALA DE RANCHO", leyó entre comillas, como si tratara de ser irónico. Era sin duda el rancho más bonito que Luce había visto nunca.

La terraza estaba llena de muebles de hierro enalado y aproximadamente alrededor de un centenar de estudiantes, tratando de relajarse, que Luce nunca había visto. La mayoría de ellos tenían sus zapatos fuera, y los pies apoyados en las mesas mientras comían en platos un elaborado desayuno. Huevos Benedict, gofres cubiertos de frutas belgas, cuñas de rico aspecto, quiche de hojaldre de relleno de espinacas. Los niños estaban leyendo el periódico, charlando en los teléfonos móviles, jugando al cricket en el césped. Luce había oído hablar de niños ricos en Dover, pero en la Costa Este, los niños ricos estaban apiñados y estirados, sin tomar el sol y sin preocupaciones. Toda la escena parecía más bien el primer día de verano que un martes a principios de noviembre.

Todo era tan agradable, que era difícil mirar casi de mala gana las miradas de autosatisfacción en las caras de estos niños... Casi. Luce intentó imaginar a Arriane aquí, lo que pensaría de Shelby o este comedor junto al mar, cómo ella probablemente no sabría qué hacer, de qué burlarse primero. Luce deseaba poder recurrir ahora a Arriane. Sería bueno poder reírse.

Mirando a su alrededor, accidentalmente atrapó los ojos de un par de estudiantes. Una muchacha bonita con la piel aceitunada, un vestido de lunares, y una bufanda verde

atada en el pelo de color negro brillante. Un hombre de pelo rubio y unos hombros anchos delante de una enorme pila de panqueques. El instinto de Luce era apartar su cabeza tan pronto como ella hiciera contacto visual —siempre la apuesta más segura al Cara o Cruz. Pero... ninguno de estos niños la fulminó con la mirada. La mayor sorpresa Shoreline no era el mar cristalino o la cómoda terraza de desayuno, o el aura del montones-de-dinero que se cernían sobre todos. Era que aquí todos los estudiantes estaban sonriendo. Bueno, la mayoría de ellos estaba sonriendo.

Cuando Shelby y Luce alcanzaron una mesa desocupada, Shelby recogió un cartel pequeño y lo echó al suelo. Luce se inclinó a un lado para ver la palabra RESERVADA escrito en ella, cuando un niño de su edad con un traje de camarero completamente negro se acercó con una bandeja color de plata.

—Um, esta mesa es del re... —él empezó a decir, con la voz quebrándose a destiempo.

—Café, solo —Shelby dijo abruptamente, entonces le preguntó a Luce—. ¿Qué quieres tú?

—Uh, lo mismo —dijo Luce, incómoda al ser atendida—. Quizás con un poco de leche.

—Los becarios. Tienen que trabajar como esclavos para sobrevivir. —Shelby rodó sus ojos hacia Luce cuando el camarero se alejó para conseguir sus cafés. Ella recogió el diario “Crónica de San Francisco” del medio de la mesa y desplegó la página delantera con un bostezo. Luce había tenido bastante con esta vuelta alrededor.

—Eh. —Ella empujó el brazo de Shelby abajo para que pudiera ver su rostro detrás del papel. Las cejas de Shelby se levantaron por la sorpresa—. Yo era becada —le dijo Luce—. No en mi última escuela, pero sí en la anterior...

Shelby se encogió de hombros, apartando la mano de Luce. —¿Debo estar impresionada por esa parte de tu currículum vitae, también?

Luce estaba a punto de preguntarle qué era lo que Shelby había oído hablar de ella cuando sintió una cálida mano sobre su hombro. Francesca, la profesora que Luce había conocido ayer por la noche, en la puerta, sonreía hacia ella. Era alta, con un porte imperioso, y era eso en conjunto lo que le daba estilo como sin esfuerzo. El suave pelo rubio de Francesca se volcaba limpiamente a un lado. Sus labios eran de color rosa brillante. Llevaba un elegante vestido negro ajustado con un cinturón azul y tacones de aguja con los dedos descubiertos a juego. Era el tipo de conjunto que haría a cualquiera sentirse poco elegante en comparación. Luce deseó haberse puesto rimel por lo menos. Y quizás no llevar sus Converse sucias de barro.

—Oh, bueno, veo que las dos conectaron. —Francesca sonrió—. ¡Sabía, que harías amigos rápidamente!

Shelby se quedó en silencio, pero su papel crujió. Luce sólo se aclaró la garganta.

—Creo que encontrarás Shoreline muy simple, Luce. Está diseñado de esa manera. Para que la mayoría de nuestros estudiantes dotados se sientan a gusto.

—¿Dotados?

—Claro, puedes venir a mí con cualquier pregunta. O simplemente apoyarte en Shelby.

Por primera vez en toda la mañana, Shelby se echó a reír. Su risa era algo áspera, ronca, el tipo de risa ahogada que Luce habría esperado de un anciano, un fumador empedernido, no de una adolescente entusiasta del yoga. Luce podía sentir su cara contraerse hasta fruncir el ceño. La última cosa que ella quería era “sentirse a gusto” en la Shoreline. Ella no pertenecía a este lugar, con un montón de niños mimados dotados en un acantilado con vista al mar. Ella pertenecía a la gente real, la gente con alma, en lugar de raquetas de squash, que sabían cómo era la vida. Ella pertenecía a Daniel.

Todavía no tenía idea de lo que estaba haciendo aquí, que no fuera esconderse temporalmente mientras que Daniel se hizo cargo de su... lucha. Después de eso, él iba a llevarla de vuelta a casa. O algo así.

—Bien, las veré a ambas en clase. ¡Disfrute del desayuno! —Francesca dijo por encima del hombro mientras se alejaba—. ¡Prueba el quiche! —Ella levantó la mano, señalando al camarero para que llevara un plato a cada chica.

Cuando se fue, Shelby tomó un gran sorbo de su café y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Um, Shelby...

—¿Has oído hablar de comer en paz?

Luce dejó de golpe su taza de café en su platillo y esperó con impaciencia que el camarero nervioso soltara las quiches y desapareciera de nuevo. Una parte de ella quería encontrar otra mesa. Había felices zumbidos de conversación a su alrededor. Y si no podía unirse a ninguna de ellos, sentarse sola sería mejor que estar así. Pero ella estaba desconcertada por lo que Francesca había dicho. ¿Por qué elegir a Shelby como compañera de habitación cuando estaba claro que la chica era totalmente aborrecible? Luce cortó un bocado de quiche y lo sostuvo alrededor en su boca, sabiendo que no sería capaz de comer hasta que ella hablara.

—De acuerdo, sé que soy nueva aquí, y por alguna razón te molesta. Supongo que tenías una habitación individual antes que yo llegara, no lo sé.

Shelby bajó el papel justo debajo de sus ojos. Y arqueó las cejas.

—Pero no soy tan mala. ¿Y qué si tengo un par de preguntas? Perdóname por no venir a la escuela sabiendo qué diablos son los Nephermans...

—Nephilim.



—Da igual. No me importa. No tengo ningún interés en hacer de ti mi enemiga... lo que significa que esto —dijo Luce, señalando al espacio entre ellas—, está viniendo de ti. Entonces, ¿cuál es tu problema, de todos modos?

El lado de la boca de Shelby temblaba. Dobló, dejó el periódico y se recostó en su silla. —Tú debes preocuparte del Nephilim. Vamos a ser tus compañeras de clase. —Ella echó su mano fuera, agitándola en la terraza—. Observa el precioso y privilegiado alumnado de la Escuela de Shoreline. La mitad de estos idiotas nunca los verás de nuevo, exceptuando cuando sean objeto de nuestras bromas.

—¿Nuestras?

—Sí, estás en el “programa de honor” de Nephilim, pero no te preocupes, el caso es que no eres muy brillante. —Luce resopló—. El tema del talento es sólo para encubrir, para guardarte lejos de los Nephs sin que nadie resulte nada sospechoso, de hecho la única persona que haya resultado sospechosa fue Beaker Brandy.

—¿Quién es Beaker Brandy? —Preguntó Luce, inclinándose para no gritar sobre el ruido de las olas chocando sobre la orilla

—Es de Grado A, un nerd —Shelby cabeceó como un niño regordete vestido con tela escocesa que acaba de tirar su yogurt en libros de texto en forma masiva—. Sus padres nunca aceptaron el hecho de que no fuera aceptado en la clases de honores, cada semestre emprenden una campaña, él trae en las puntuaciones de Mesa los resultados de la feria del libro, impresionantes premios Noveles y todo el asunto, pero cada semestre Francesca tiene que hacer simples pruebas para mantenerlo fuera. —Ella soltó un bufido—. ¡Hey! Beaker, resuelves el cubo de Rubik en menos de treinta segundos —Shelby chasqueó la lengua contra los dientes—, excepto que el nimrod ya pasó.

—¿Pero si se trata de un encubrimiento? —Luce preguntó sintiéndose algo mal por Beaker—. ¿Cuál es el pretexto para hacerlo?

—Por la gente como yo, somos Nephilim. N-E-P-H-I-L-I-M, esto quiere decir que llevo al ángel en mi ADN. Mortales, inmortales, pasajeros. Tratamos de no discriminar.

—¿No debería ser en singular, ya sabes Nephil, como querubín de querubines o serafín de serafines?

Shelby frunció el ceño —¿En serio te gustaría ser llamada nephil? Suena a una bolsa donde cargas tu vergüenza, no gracias. Es Nephilim no importa de cuántos estés hablando.

Así que Shelby era una especie de ángel. Era extraño. No actuaba ni encajaba en la pieza. Ella no era magnífica como Daniel, Cam o Francesca, no poseía un magnetismo como el de Roland o Arriane. Ella sólo parecía de mal humor. —Es como la escuela de preparación de ángeles —Dijo Luce—. ¿Pero para qué? ¿Entras a la universidad después de esto?

—Depende de lo que el mundo necesita, muchos se toman un año sabático antes de Nephilim Corp. Consigues un viaje, un romance con un extranjero, etcétera. Pero esto es sólo cuando, tú sabes, hay paz relativa, en momentos así...



—¿Qué?

Shelby parecía estar comiéndose las palabras. —Sólo depende de quién eres. Todo el mundo, ya sabes, tiene diversos grados de poder —continuó, como si leyera la mente de Luce—. En caso de un desliz en su árbol genealógico en escala. En tu caso...

Esto Luce lo sabía. —Estoy aquí debido a Daniel.

Shelby tiró la servilleta sobre el plato vacío y se puso de pie. —Ésta es una sorprendente manera de lanzarte contra ti misma, Luce, la muchacha de un pez-gordo de novio movió unos hilos.

¿Esto era lo que había pasado aquí? ... ¿Esto era la verdad? Shelby se acercó y robó el ultimo quiche del plato de Luce. —Si quieres un club de fans de Lucinda Price, estoy segura de que lo puedes encontrar aquí. Solamente sácame de esto, ¿de acuerdo?

—¿De que estás hablando? —Luce se levantó, quizás ella y Shelby debían de rebobinar otra vez—. Yo no quiero un club de fans.

—Mira, yo te lo dije.

Oyó una voz alta pero bastante clara. De repente, la chica de la bufanda verde estaba en frente de ella sonriendo, empujando a otra chica hacia adelante. Luce miraba más allá de ella, pero Shelby ya estaba demasiado lejos y probablemente no valdría la pena alcanzarla. La chica de la bufanda verde se parecía a una joven Salma Hayek con labios carnosos y un pecho aún mayor. La otra chica con su tez pálida, ojos castaños y cabello negro corto se parecía a una especie de Luce.

—Espera, ¿ella es realmente Lucina Price? —Preguntó la chica de tez pálida, sus dientes blancos eran pequeños y se utilizaban para celebrar unas horquillas con unas puntas con lentejuelas mientras se retorcían en pequeños grupos—. ¿Al igual que Luce y Daniel? ¿Al igual que la chica que acaba de llegar de la terrible escuela de Alabama?

—Georgia —Luce cabeceó.

—Es lo mismo. Oh, por Dios. ¿Y qué con Cam? Lo vi en uno de esos conciertos de Death Metal... por supuesto estaba algo nerviosa por conocerlo, no es que esté interesada en Cam, porque obviamente.... ¡Daniel! —Ella gorjeó—. Me caigo de trasero. Ella es Jasmine.

—Hola —dice Luce, esto era nuevo—. Um...

—No piensa, ella sólo bebe y toma café —Jasmine habló tres veces más lento que el alba—. Lo que significa que estamos encantadas de conocerte. Siempre nos dicen cómo Daniel y tú son iguales, la mayor historia de amor.

—¿En serio? —Luce apretó sus nudillos

—¿Estás en broma? —Preguntó Dawn, aún esperando que Luce estuviera en plan de broma—. ¿Lo de morir una y otra vez? ¿Te hace quererlo aún más? ¡Ohh! Yo apuesto a que lo hace, y aquel fuego que quema. —Cerró los ojos y puso su mano sobre su estómago,

renovando su cuerpo poniendo un puño sobre el corazón—. Mi mamá solía contarme la historia cuando era niña.

Luce se sorprendió y echó un vistazo a la ocupada terraza, preguntándose si alguien podía oírlas, hablando sobre “quemar”. Sus mejillas debían de ser remolacha roja ahora mismo.

Una campana de hierro sonó desde el techo del comedor para indicar el final del desayuno. Luce se alegró de ver que todos los demás tenían otra cosa con la cual centrarse. Le gustaría llegar a clases. —Tu madre, ¿cuál historia te contaba? —Preguntó Luce lentamente—. ¿Sobre Daniel y yo?

—Sólo de los aspectos más destacados —Dawn respondió abriendo los ojos—. ¿Esto te parece a un flash caliente? La clase de cosas menopáusicas no te lo haría saber.

Jasmine golpeo a Dawn en el brazo —¿Acabas de comparar a la pasión desenfrenada de Luce a un flash caliente?

—Lo siento —rió Dawn—. Estoy fascinada, es que suena tan romántica e impresionante que siento envidia... en el buen sentido.

—¿La envidia que me da cada vez que muero intentando encontrar al chico de mis sueños? —Luce se encoge de hombros.

—Esto en realidad es un tipo de mata-zumbidos.

—Que se lo digan a la chica a la cual su único beso fue con Ira Frank Irritable Bowel Syndrome. —Jasmine hace un gesto bromista a Dawn. Cuando Luce no rió, Jasmine y Dawn trataron de rellenar con una risilla tonta para apaciguar, como si ellas creyeran que estaba siendo modesta.

Luce nunca había estado del lado receptor de esas risas antes. —¿Qué era exactamente lo que tu mamá decía? —Preguntó Luce.

—Oh, sólo lo de siempre: La guerra estalló, mierda golpeando contra el ventilador, y cómo una línea fue trazada en las nubes, y cómo Daniel era todo “nada nos podrá separar”, y todo el mundo cabreado. Claro que es mi parte favorita de la historia. Así que ahora su amor tiene que sufrir el castigo eterno en el que se aman desesperadamente pero no pueden tenerse, como ya lo sabes.

—Pero en algunas vidas pueden —corrigió Jasmine a Dawn, continuando con un guiño de ojo a Luce con picardía, quien casi no podía moverse por la impresión de haber oído todo eso.

—De ninguna manera. —Dawn arrojó su mano con desdén—. El punto es que ella estalla en llamas cuando... —Al ver la expresión horrorizada de Luce, Dawn hace una mueca—. Lo siento, no es lo que quieres oír.

Jasmine se aclaró la garganta y se inclinó. —Mi hermana mayor me contaba la historia de su pasado, que te juro que...

—¡Ohh! —Dawn unió su brazo al de Luce como si aquel conocimiento no se le estuviera permitido hablar, lo que la hizo una amiga más deseable. Esto enloquecía. Luce con ferocidad había sido puesta en un aprieto, estaba avergonzada y un poco excitada. ¿Y si nada de esto era cierto? Una cosa era segura. Luce era una especie de famoso... Pero se sentía extraño, como si fuera uno de los cabezas hueca junto al nombre de la celebridad, en una foto con un paparazzi.

—Chicas —dijo Jasmine, señalando exageradamente el reloj de su teléfono—. Nos súper retardamos.

—Tenemos que reservar la clase.

Luce con una mueca tomó su mochila. No tenía ni idea de cuál era su primera clase, o de cómo encontrarla o de cómo tomar el mismo entusiasmo que Jasmine y Dawn. Ella no había visto amplias y ansiosas sonrisas desde, bueno, desde nunca.

—¿Alguna de ustedes sabe dónde puedo encontrar a mi primera clase? No creo que esté en el horario.

—Duh —dijo Dawn—. ¡Síguenos!, ¡estamos juntas todo el tiempo! Será muy divertido.

Las dos chicas caminaban junto a Luce, una a cada lado, llevándola a un recorrido sinuoso entre las mesas y niños que no habían terminado su desayuno, y a pesar de ser ya "Tan súper tarde" ambas paseaban sobre el césped recién cortado. Luce pensó en preguntarle a las chicas qué había pasado con Shelby, pero ella no quería empezar un chisme. Además, le parecían buenas. Y aunque no fuera así, Luce necesitaba nuevos amigos. Tenía que seguir recordándosele, esto era sólo temporal. Temporal, pero increíblemente hermoso.

Las tres caminaron por el sendero de hortensias que rodeaba al comedor. Dawn estaba charlando acerca de algo, pero Luce no podía apartar los pensamientos de los acantilados. Dramática. ¿Cómo se habían reducido cientos de metros al brillante océano? Las olas pasaban hacia el pequeño espacio de playa, hasta el pie del acantilado casi tan casual como el alumno del Shoreline que rodó a la escuela.

—Aquí estamos —dijo Jasmine.

Una cabina A impresionante, de dos pisos, estaba sólo al final de la ruta. Había sido construida en medio de un bolsillo sombrío de pinos. Tanto la azotea triangular y el amplio terreno de césped estaban cubiertos por agujas caídas. Había un trozo agradable de hierbas con mesas de picnic, pero la atracción principal era en si la propia cabina: Más de la mitad parecía estar hecha de vidrio, las anchas ventanas, el color y las puertas corredizas. Algo que Frank Lloyd Wright podría haber diseñado. Varios estudiantes descansaban en la enorme terraza del segundo piso que daba al mar, y varios otros montaban las escaleras gemelas que terminaban en la ruta.

—Bienvenida al alojamiento Nefi —dijo Jasmine.



—¿Aquí es donde ustedes tienen clase? —La boca de Luce era un ágape. Se parecía más a una casa de vacaciones que a un edificio de escuela. Junto a ella, Dawn chilló y apretó la muñeca de Luce.

—¡Buenos días Steven! —llamó Dawn a través del césped, saludando a un hombre mayor que estaba de pie junto a las escaleras. Tenía un rostro delgado, con unas gafas elegantes rectangulares y una cabeza de grueso cabello.

—Buenos días, chicas —el hombre las saludó y sonrió, miró a Luce el tiempo suficiente como para hacer girar su nerviosismo, pero la sonrisa siguió en su rostro—. Nos vemos en un rato —gritó y comenzó a subir las escaleras.

—Steven Filmore —susurró Jasmine, poniendo a Luce en una gran desventaja, ya que él estaba detrás, en la escalera—. AKA, S.F. También conocido como el Zorro Plateado, uno de nuestros maestros. Y, sí, Dawn está loca, verdadera y profundamente enamorada de él. Siempre hablamos de él. Ella no tiene vergüenza.

—Pero me encanta Francesca también. —Dawn dio un manotazo a Jasmine y luego volvió a Luce con el brillo de una sonrisa en sus ojos oscuros—. Yo te desafío a que no pueden desarrollar una pareja.

—Espera —Luce hizo una pausa—. El zorro plateado y Francesca, ¿son nuestros maestros? ¿Y los llaman por su nombre de pila? ¿Están juntos? ¿Quién enseña qué?

—Por la mañana tenemos un bloque al que llamamos Humanidades —dijo Jasmine—. Aunque “angelicales” sería más apropiado, Frank y Steven enseñan de manera conjunta, parte de un acuerdo. Como el ying y el yang, tú sabes, por lo que ninguno de los estudiantes se... balanceaba.

Luce se mordió el labio, habían llegado a la cima de la escalera y estaba cubierta de una multitud de estudiantes. Todo el mundo comenzaba a deambular por las puertas de cristal.

—¿Qué quiere decir “balancearse”?

—Los dos son caídos, pero han elegido distintos lados, ella es un ángel, en cambio él es más un demonio. —Dawn habló con indiferencia, como si estuviera hablando de los distintos tipos del yogurt helado. Luce tenía sus ojos bien abiertos, y añadió—. No sé si se pueden casar, sin embargo sería una boda muy caliente. Sería una especie de... vivir un pecado.

—¿Un demonio estará enseñando en clases humanísticas? —Preguntó Luce—. ¿Eso está bien?

Dawn y Jasmine se miraron entre si y se rieron entre dientes. —Muy bien —dijo Dawn—. Volverás a ver a Steve. Vamos, tenemos que irnos.

Tras el flujo de los chicos, Luce entró al salón de clases. Era amplio y tenía tres bandas poco profundas, con mesas de trabajo en ellas que conducían a un par de mesas largas. La mayor parte de la luz era gracias a las claraboyas. La iluminación natural y los techos altos lograban que el espacio pareciera más grande de lo que realmente era. Una



brisa del mar soplaba a través de las puertas casi abiertas, manteniendo el aire cómodo y fresco. No podía ser más diferente a Espada y Cruz. Luce pensó que hasta le podría haber gustado Shoreline de no ser porque el único hecho de estar allí era el que la persona más importante en su vida había desaparecido.

Se preguntaba si Daniel estaba pensando en ella. ¿Se olvidaba de cómo ella lo echaba de menos? Luce eligió un lugar entre Jasmine y un chico lindo con un jean con cortes, una gorra de los Dodgers y una sudadera azul marino. Unas pocas chicas estaban agrupadas cerca de la puerta del baño. Vio a una de ellas de cabello rizado y gafas púrpuras a cuadrillé. Cuando Luce la vio de perfil, casi salta del asiento. Penn. Pero cuando la chica se volvió hacia Luce notó que su rostro era más cuadrado y su ropa más ajustada, como su sonrisa más fuerte. Luce sintió cómo su corazón se marchitaba. Por supuesto que no era Penn, nunca lo sería.

Luce podía sentir la mirada franca de todos los demás en ella. La única que no la miró fue Shelby, que guiñó el ojo reconociéndolo. La clase no era grande, sólo veinte mesas dispuestas en banda frente a las dos grandes mesas de caoba. Dos estantes de libros de secundaria, dos cubos de basura, dos lámparas, dos computadoras portátiles, una en cada mesa. Y dos profesores, Steven y Francesca, acurrucados cerca de la sala delantera del salón, murmurando. En un movimiento que Luce no esperaba, se volvió y miró también, y entonces se deslizó en las tablas. Francesca se sentó en una de las tablas y cruzó sus piernas con uno de sus zapatos de tacón alto rozando el suelo de madera. Steve se apoyó en la otra mesa y abrió un maletín de cuero grueso y apoyó una pluma entre sus labios. Parecía un hombre mayor bien seguro, pero Luce casi deseaba que no lo fuera. Él le recordó a Cam, lo engañosamente encantador que podría ser un demonio. Esperó al resto de la clase para sacar el libro que no tenía para sumergirse en un trabajo de lectura luego, por lo que podría sentirse abrumada y sólo soñar con Daniel. Pero nada de eso sucedió, y los demás estaban con la mirada escondida.

—A estas alturas todos deben de haberse dado cuenta de que tenemos a un nuevo alumno. —Era la voz de Francesca, que se abría paso fresca como la miel, como una cantante de Jazz. Steve sonrió mostrando un destello de sus brillantes dientes—. Dime Luce, ¿qué te pareció el Shoreline hasta ahora?

El color del rostro de Luce se fue cuando los escritorios de los demás estudiantes rasparon contra el suelo. Ellos en realidad daban vuelta sus asientos para enfocarse. Podía sentir su corazón acelerándose y sus manos húmedas. Ella se encogió en su asiento, deseando ser una chica normal en un hogar escuela de Thunderbolt, Georgia. A veces, en los últimos días, había deseado no haber visto a las sombras. No haberse metido en los problemas que dejó a sus amigos muertos, o haberse involucrado con Cam o haber hecho para Daniel imposible el estar con ella. Pero su ansiosa mente siempre caía hasta llegar al mismo punto de siempre. ¿Cómo ser normal teniendo a Daniel? ¿Quién fue tan lejos de salir de lo normal? Era imposible. Esto apeataba.

—Creo que todavía me estoy acostumbrando a Shoreline. —Su voz tembló, traicionándola, haciendo eco por toda la habitación—. Pero parece ir todo bien hasta ahora.

Steve se echó a reír —Francesca y yo pensamos que no te costará adaptarte, nos cambia la velocidad de las habituales presentaciones de los estudiantes de los martes a la mañana.

Desde el otro lado de la habitación, Shelby abucheó “¡Si!”, y Luce se dio cuenta de la pila de fichas sobre su escritorio y un gran cartel a sus pies que decían LAS APARICIONES NO SON MALAS, y así Luce terminaba su presentación. Este trabajo merecía puntos a su compañero de habitación. —Lo que Steve dice —intervino Francesca—, es que vamos a jugar un juego para romper el hielo. —Ella se deslizó para bajar de la mesa y caminó por los pasillos con el ruido de sus tacones. Repartiendo una hoja a cada estudiante. Luce esperaba que ese coro de gemidos por lo general era evocado por un tipo de adolescentes. Sin embargo, este tipo de estudiantes, agradables y bien adaptados, en realidad sólo seguían la corriente.

Cuando ella puso la hoja sobre el escritorio de Luce, Francesca dijo: —Esto debe darte una idea de la clase de personas que tus compañeros son, y cuáles son los objetivos de trabajo de esta clase.

Luce miró el papel. Las líneas se habían elaborado en las páginas, divididas en veinte cajas. Cada caja tenía una frase. Era un juego que había jugado antes, en un campamento de verano en el oeste de Georgia cuando era una niña, y luego un par de veces en su clase en Dover. El objetivo era ir alrededor de la habitación y hacer un partido con un alumno diferente con cada frase. Sobre todo se sintió aliviada. Había juegos rompe-hielo más vergonzosos. Pero cuando miró más de cerca la frase, esperando algo normal como “Tener una tortuga como mascota” o “Tirarse en paracaidismo algún día”, tenía “Hablar más de 18 idiomas” y “visitar el mundo exterior”. Estaba a punto de ser evidente que Luce era la única No-Nephilim de esta clase. Pensó de nuevo en el camarero nervioso o en Shelby en el desayuno. Luce quizás estaría más cómoda entre los chicos becados. Beaker Brady ni siquiera sabía que había esquivado una bala.

—Si nadie tiene más preguntas —dijo Steve desde el frente de la sala—. Los invitamos a comenzar.

—Salgan, disfruten —añadió Francesca—. Tómense todo el tiempo que necesiten.

Luce siguió al resto de los estudiantes sobre la cubierta mientras caminaban hacia la barandilla. Jasmine se inclinó sobre el hombro de Luce, señalando una uña verde lacada sobre una de las cajas. —Tengo un pariente que es un querubín de pura sangre —dijo—. El viejo y loco tío Carlos.

Luce asintió con la cabeza como si entendiera lo que significaba y anotó el nombre de Jasmine.

—Oh, y puedo levitar —cantaba Dawn, que apuntaba a la esquina superior de la pagina de Luce—. No el cien por ciento del tiempo, pero por lo general luego de haber tomado mi café.

—Wow —Luce trató de no mirarla, Dawn parecía que no estaba bromeando. ¿Ella podía levitar? Tratando de no demostrar que cada vez se sentía más inadecuada, Luce buscaba algo, cualquier cosa, ya que ella no sabía nada al respecto. Ella tenía experiencia

en llamar a los Anunciadores. Las sombras. Daniel le había dicho el nombre propio para ello esa noche pasada en Espada y Cruz. A pesar de que ella nunca los había “convocado”, ellos siempre habían aparecido en el momento adecuado. Luce tenía algo de experiencia.

—Tú puedes escribir acá —dijo, señalando la parte inferior izquierda del papel. Ambas, Jasmine y Dawn miraron con asombro, pero no con incredulidad antes de pasar a llenar el resto de sus hojas. El corazón de Luce se ralentizó un poco. Tal vez esto no iba a ser tan malo. En pocos minutos se encontró con Lilith, la pelirroja como Prime era una de las trillizas Nephilim (Puedes diferenciar las vestigios de las colas, explicó, la mía es “rizada”). Oliver, el chico de voz profunda que había visto en el mundo exterior en las vacaciones del verano del año pasado. (“Así, totalmente sobrevalorado, no puedo ni comenzar a contarle”), y a Jack, que se sentía a punto de comenzar a leer mentes y pensó que estaría bien si Luce lo escribía para ello. (“Tengo la sensación de que estás bien con ellos, ¿estoy en lo cierto?” Él hizo una pistola con los dedos y chasqueó la lengua). Había tres cajas en la izquierda cuando Shelby tiró el papel de sus manos. —Puedo hacer dos de estas cosas —dijo señalando dos cajas—. ¿Cuál quieres que te dé? Habla más de dieciocho idiomas y ha vislumbrado una vida pasada.

—Espera un minuto —dijo Luce en voz baja—. ¿Tú... puedes dar un vistazo a las personas de antes?

Shelby agitó las cejas hacia Luce y firmó en la hoja, colocando su nombre en la caja de “habla dieciocho idiomas” por si acaso. Luce se quedó mirando la hoja frustrada de todas las vidas pasadas y cuán limitada estaba. Ella había subestimado a Shelby. Pero su compañera de habitación ya se había ido. De pie en el lugar de Shelby estaba el chico que se había sentado a su lado en el salón. Él era un buen medio pie más alto que Luce, con una sonrisa brillante y agradable, con un poco de pecas en la nariz, y ojos azul claro. Había algo en él, algo en la forma en que masticaba, incluso su pluma, su mirada era... resistente. Luce notó que era una palabra extraña para definir a alguien con el que nunca había hablado, pero no podía evitarlo.

—Oh, gracias a Dios —él se rió, golpeado su frente—. Lo único que puedo hacer es lo único que queda.

—¿Puedes reflejar en un espejo la imagen de los demás? —Dijo Luce lentamente.

Él movió la cabeza de un lado a otro y escribió su nombre en el cuadro. Miles Fisher. —Realmente impresionante para alguien como tú.

—Um. Sí. —Luce se volvió de inmediato. Alguien como ella. No sabía ni siquiera lo que eso significaba.

—Espera, ¡hey! ¿A dónde vas? —Dijo tirándola de la manga—. Oh-oh, ¿no captaste la modesta broma? —Cuando ella negó con la cabeza, el rostro de Miles se deformó—. Quería decir que, a comparación de la clase, estoy apenas a flote, la única persona a la que pude reflejar aparte de mí es mi mamá. Asustó a mi papá unos diez minutos, pero luego se desvaneció.

—Espera. —Luce parpadeó—. ¿Dijiste que hiciste una imagen de tu madre en el espejo?



—Fue un accidente. Dicen que es fácil de hacer con las personas a las que se ama. — Él se sonrojó, sólo un pequeño destello de rosa en sus pómulos—. Ahora vas a pensar que soy una especie de niño de mamá, sólo quería decir que la “facilidad” termina con mis poderes. Así que eres Lucinda Price —dijo, haciendo un gesto masculino de los dedos del espíritu.

—Deseo que dejen todos de decir eso —espetó Luce, luego, sintiéndose grosera, se inclinó contra la barandilla para mirar el agua. Fue tan duro para ella procesar la idea de que la mayoría sabía más de ella que ella misma. No tenía la intención de llevarlo a cabo de esta manera—. Lo siento, es sólo que pensé que eras del tipo que apenas se interesan. ¿Cuál es tu historia?

—Oh, soy de los que ellos llaman “diluido” —dijo, haciendo citas exageradas en el aire—. Mi mamá lleva algo de ángel en la sangre de generaciones anteriores, pero el resto de mis parientes son mortales. Mis poderes son vergonzosamente de bajo grado. Estoy aquí por la beca de mis padres, está cubierta desde que esta escuela está de pie.

—Whoa.

—No es realmente impresionante. Mi familia está obsesionada porque sea del Shoreline, debes de sentir la presión, ya sabes, algo como “comportarse como un buen Nephilim al menos alguna vez”.

Luce rió, una de las primeras verdaderas risas que había tenido en días. Miles puso los ojos de buen humor. —Por lo tanto, te vi en el desayuno con Shelby esta mañana, ¿es tu compañera de cuarto?

Luce asintió con la cabeza. —Hablando de buenas niñas Nephilim —bromeó.

—Bueno, sé que es una especie de... —Miles silbó e hizo un movimiento de agarrar con una mano, haciendo a Luce agrietarse—. De todos modos, yo no soy el estudiante estrella ni nada, pero estuve por aquí un rato y sigo pensando que es un lugar de locos. Alguna vez quiero tener un desayuno normal o algo.

Luce se encontró flotando en la cabeza, algo normal, entre los mortales, sonido para los oídos.

—Entonces... ¿mañana? —Preguntó Miles.

—Eso suena muy bien.

Miles sonrió y se fue. Luce se dio cuenta de que todos los alumnos ya se habían marchado al interior. Sola por primera vez en toda la mañana. Ella miró hacia abajo, a la hoja de papel en su mano, sin saber cómo se sentía acerca de los niños en Shoreline. Echaba de menos a Daniel. Quien podría haber descifrado bastante si no se hubiera ido solo. ¿Dónde estaba él? De todos modos, no sabía. Muy lejos.

Ella apretó los dedos en sus labios, recordando el último beso. El increíble abrazo de sus alas. Ella se sentía increíblemente fría sin él, incluso bajo la luz de California. Pero estaba allí por él. Había entrado a esa clase de ángeles por él. Lo que se aumentaba era su extraña



reputación, todo gracias a él. De un modo extraño, se sentía bien estar conectada a Daniel casi inextricablemente. Hasta que llegó ella, era todo lo que tenía para agarrarse.

# Capítulo 3

*Traducido por Majo*

*Corregido Por Lorena*

## Diesiséis Días

—Bien, impáctame, ¿cuál es la cosa más extraña acerca de Shoreline hasta el momento?

Era miércoles por la mañana antes de clases y Luce estaba sentada en una mesa soleada, desayunando en la terraza, compartiendo una taza de té con Miles. Él llevaba una peculiar camiseta amarilla con un logotipo de Sunkist, una gorra de béisbol derribada justo por encima de sus ojos azules, sandalias, y vaqueros deshilachados. Sintiéndose inspirada por el muy relajado código de vestimenta en Shoreline, Luce había cambiado su traje negro estándar. Ella estaba vistiendo un vestido rojo con una corta chaqueta de punto, la cual se sentía como el primer día de sol después de una larga estación de lluvia.

Dejó caer una cucharada de azúcar en su taza y rió. —No sé ni por dónde empezar. Tal vez por mi compañera de habitación, quien creo que esta mañana se coló justo antes de la salida del sol y se había ido de nuevo antes de que despertara. No, espera, está tomando una clase instruida por una pareja demonio y ángel. O... —ella tragó—, la forma en que los chicos de aquí me miran, como si fuera un monstruo legendario. A ser un monstruo anónimo, me acostumbré. Pero un monstruo notorio...

—Tú no eres notoria. —Miles tomó un gigante mordisco de su croissant—. Los abordaré uno por uno —dijo, masticando.

Cuando él frotó ligeramente el lado de su boca con su servilleta, Luce, medio maravillada, se rió entre dientes a su ocasionalmente impecable comportamiento en la mesa. No podía dejar de imaginarlo como un chico tomando algún curso de protocolo de elegancia en el club de golf.

—Shelby algo áspera en sus bordes —dijo Miles—, pero puede ser estupenda también. Cuando se siente así. No es como si haya presenciado ese lado de ella —él rió—. Pero es un rumor. Y la cosa Frankie/Steven me extrañó al principio también, pero de alguna manera lo hicieron funcionar. Es como un acto de equilibrio celestial. Por alguna razón, tener ambos lados presentes les da a los estudiantes de aquí más libertad para desarrollarse.

De nuevo estaba esa palabra. Desarrollarse. Ella recordó que Daniel la había usado cuando le dijo que no ingresaría a Shoreline. ¿Pero desarrollarse en qué? Eso sólo se podía aplicar a los chicos que eran Nefilim. No a Luce, quien era la única humana completa en su

clase de casi-ángeles, esperando a que su ángel tuviera ganas de bajar en picado para salvarla.

—Luce —dijo Miles, interrumpiendo sus pensamientos—. La razón por la que las personas se quedan mirándote es porque todos han oído acerca de ti y Daniel, pero nadie sabe la historia real.

—Así que, en lugar de simplemente preguntarme...

—¿Qué? ¿Si ustedes dos realmente lo hicisteis en las nubes? ¿O si su incontrollable, ya sabes, "gloria" nunca abrume a tu lado mortal? —Él se detuvo, captando lo horrorizado que se veía el rostro de Luce, luego tragó saliva—. Perdón. Quiero decir, tienes razón, ellos lo dejaron estallar en algún gran mito. Todos los demás, eso es. No trato de, eh, especular. —Miles dejó su té y miró fijamente su servilleta—. Tal vez se siente demasiado personal como para preguntar.

Miles cambió su mirada y ahora la estaba mirando fijamente, pero eso no hizo sentir nerviosa a Luce. En cambio, sus ojos azul claro y su sonrisa ligeramente torcida le pareció una puerta abierta, una invitación a hablar acerca de las cosas que aún no había sido capaz de contarle a nadie. Tanto como eso apestaba, Luce entendió por qué Daniel y el Sr. Cole le tenían prohibido acercarse a Callie o a sus padres. Pero Daniel y el Sr. Cole eran quienes la habían matriculado en Shoreline. Ellos eran quienes habían dicho que ella estaría bien aquí. Así que no veía ninguna razón para mantener su historia en secreto para alguien como Miles. Especialmente desde que él ya sabía una versión de la verdad.

—Es una larga historia —dijo ella—. Literalmente. Y todavía no sé todo acerca de ella. Pero, básicamente, Daniel es un ángel importante. Supongo que era algo así como un gran negocio antes de la Caída. —Ella tragó saliva, no queriendo encontrar los ojos de Miles. Se sintió nerviosa—. Por lo menos, lo fue antes de enamorarse de mí.

Todo eso empezó a irradiar de ella. Todo, desde su primer día en Espada y Cruz, hasta cómo Arriane y Gabbe cuidaron de ella, cómo Molly y Cam se burlaron de ella, el desgarrador sentimiento de ver una fotografía de sí misma en una vida anterior. La muerte de Penn y cómo esto la devastó. La batalla surrealista en el cementerio. Luce excluyó algunos detalles de Daniel, momentos privados que habían compartido juntos... pero para cuando terminó, pensó que le había dado a Miles una imagen bastante completa de lo sucedido. Y, con esperanza, había disipado el mito de su intriga, al menos para una persona.

Al final, ella se sintió más ligera. —Wow, realmente nunca había dicho estas cosas a nadie. Se siente muy bien decirlo en voz alta. Es más real ahora que lo he admitido a alguien más.

—Puedes continuar haciéndolo si quieres —dijo él.

—Sé que estaré aquí por poco tiempo —dijo ella—, y en cierta manera creo que Shoreline me ayudará a acostumbrarme a las personas, quiero decir, ángeles, como Daniel. Y Nephilim como tú. Pero todavía no puedo evitar sentirme fuera de lugar. Como haciéndome pasar por algo que no soy.

Miles había estado asintiendo y concordando con Luce todo el tiempo en que ella le contó la historia, pero ahora sacudió su cabeza. —De ninguna manera, el hecho de que seas mortal hace todo el asunto aún más impresionante.

Luce echó un vistazo alrededor de la terraza. Por primera vez, se dio cuenta de la clara línea divisoria de las mesas de los niños Nephilim del resto del alumnado. Los Nephilim reclamaron todas las mesas del lado oeste, más cerca al agua. Había menos de ellos, no más de veinte, pero tomaron muchas más mesas, algunas veces sólo había un niño en una mesa en la que podían sentarse seis, mientras que el resto se tenía que apretujar en las mesas restantes en el lado Este. Tomando a Shelby, por ejemplo, quien se sentaba sola, combatiendo el feroz viento sobre el papel que estaba tratando de leer. Había muchas sillas vacías, pero ningún no-Nephilim parecía considerar cruzar para sentarse con los niños “superdotados”.

Luce había conocido algunos de los niños no-superdotados ayer. Después del almuerzo, las clases fueron impartidas en el edificio principal, una estructura arquitectónicamente mucho menos impresionante, donde las asignaturas más tradicionales eran enseñadas. Biología, geometría, historia Europea. Algunos de esos estudiantes parecían agradables, pero Luce sintió una tácita distancia, todo porque ella estaba en el plan de superdotados, lo que frustraba la posibilidad de una conversación.

—No me malinterpretes, he llegado a ser amigo de algunos de esos chicos. —Miles señaló a una atestada mesa—. Me quedaría todos los días con Connor o Eddie G. o con cualquiera de los Nephilim para jugar al fútbol. Pero, en serio, ¿crees que alguno de ellos podría haber manejado lo que hiciste, y vivir para contarlo?

Luce se frotó el cuello y sintió las lágrimas pinchar en las esquinas de sus ojos. La daga de la Señorita Sophia todavía estaba fresca en su mente, y ella nunca podía pensar en esa noche sin su corazón doliendo por Penn. Su muerte había sido tan absurda. Nada de eso era justo. —Apenas viví —dijo ella suavemente.

—Sí —dijo Miles, con un respingo—. Me enteré de esa parte. Es extraño: Francesca y Steven son grandes enseñándonos acerca del presente y el futuro, pero no realmente acerca del pasado. Tiene algo que ver con nuestro apoderamiento.

—¿Qué quieres decir?

—Pregúntame cualquier cosa sobre la gran batalla que se avecina, y el papel que un atlético y joven Nephilim como yo podría jugar allí. ¿Pero las primeras cosas de las que estabas hablando? Ninguna de las lecciones de aquí realmente entra en esto. Hablando de eso... —Miles señaló la terraza, que se estaba desocupando—, deberíamos irnos. ¿Quieres hacer esto de nuevo alguna vez?

—Definitivamente. —Y Luce lo decía en serio; le gustaba Miles. Era mucho más fácil hablar con él que con otra persona que había conocido hasta ahora. Él era amable y tenía la clase de sentido del humor que ponía a Luce inmediatamente a gusto. Pero estaba distraída por algo que él había dicho. La batalla que se avecinaba. La batalla de Daniel y Cam. ¿O una batalla con el grupo de los antepasados de la señorita Sophia? Si incluso los Nephilim se estaban preparando para ello, ¿dónde quedaría Luce?



Steven y Francesca tenían una manera de vestir en colores complementarios que los hacía ver mejor equipados para una sesión fotográfica que para una conferencia. En el segundo día de Luce en Shoreline, Francesca estaba vistiendo tacones de oro de gladiador de tres pulgadas y una moderna línea de vestir coloreada de calabaza. Tenía un arco suelto alrededor de su cuello que hacía juego, casi exactamente, con el lazo naranja que Steven llevaba puesto con su camisa de Oxford de marfil y chaqueta sport azul marina.

Eran impresionantes a la vista, y Luce se sentía atraída por ellos, pero no exactamente en la forma de amor platónico que Dawn había predicho el día anterior. Viendo a sus maestros desde su escritorio entre Miles y Jasmine, Luce se sentía atraída a Francesca y Steven por razones más cercanas a su corazón: Ellos le recordaban su relación con Daniel.

A pesar de que nunca los había visto realmente, cuando estaban juntos, que era casi siempre, el magnetismo entre ellos prácticamente rompía las paredes. Por supuesto que tenía algo que ver con sus poderes de ángeles caídos, pero también tenía que ver con la forma especial en la que estaban conectados. Luce no podía dejar de estar resentida con ellos. Eran constantes recordatorios de lo que ella no tenía en ese momento.

La mayoría de los estudiantes habían ocupado sus asientos. Dawn y Jasmine iban con Luce para unirse al comité directivo para que ella pudiera ayudarles a planificar todos estos increíbles eventos sociales. Luce nunca había sido una gran chica extracurricular, pero estas chicas había sido tan amables con ella, y la cara de Jasmine parecía tan brillante cuando hablaba del viaje en yate que estaban planeando después de la semana, que Luce decidió darle al Comité una oportunidad. Ella estaba añadiendo su nombre a la lista cuando Steven dio un paso adelante, arrojó la chaqueta sobre la mesa detrás de él, y sin decir palabra extendió sus brazos a los costados.

A medida que convocaba, una parte de una profunda sombra negra apareció entre las sombras de una de las secoyas, justo afuera de la ventana. Este peló la hierba, después tomó la sustancia y la lanzó fuera de la habitación por la ventana abierta. Fue rápido, y el día ennegreció y la habitación cayó en la oscuridad.

Luce jadeó, pero no fue la única. De hecho, la mayoría de los estudiantes avanzaron nerviosamente a sus escritorios cuando Steven comenzó a girar hacia la sombra. Él acaba de alcanzarla con sus manos y comenzó a jalar más y más rápido, tanto que parecía luchar con algo. De pronto, la sombra daba vueltas alrededor, frente a él, tan rápido que se veía borrosa, como los rayos de una rueda. Una ráfaga de viento espeso fue emitida desde su núcleo, que sopló el pelo de Luce hacia la cara. Steven manipulaba la sombra, esforzando los brazos, de forma desordenada, de forma amorfa en un ámbito estrecho, negro, del tamaño de una toronja.

—Clase —dijo, con frialdad rebotando la pelota negra, que levitaba a unos cuantos centímetros por encima de sus dedos—, conozcan el tema de la lección de hoy.

Francesca dio un paso adelante y transfirió la sombra a sus manos. En los talones, era casi tan alta como Steven. Y Luce imaginó que era igual de hábil en el manejo de las sombras.

—Todos ustedes han visto a los Mensajeros en algún momento —dijo, caminando lentamente a lo largo de la media luna de los escritorios de los estudiantes para que cada uno pudiera tener una mejor visión—. Y algunos de ustedes —dijo, mirando a Luce—, incluso tienen alguna experiencia trabajando con ellos. Pero, ¿realmente saben qué son? ¿Saben lo que pueden hacer?

Chismes, pensó Luce, recordando lo que Daniel le había dicho la noche de la batalla. Todavía era demasiado nueva para sentirse cómoda diciendo en voz alta la respuesta, pero ninguno de los otros estudiantes parecía saber. Poco a poco, ella levantó la mano.

Francesca ladeó la cabeza. —Luce.

—Llevan mensajes —dijo, cada vez más segura al hablar, pensando en volver la seguridad de Daniel—. Pero son inofensivos.

—Mensajeros, sí. ¿Pero inofensivos? —Francesca miró a Steven. Su tono no decía nada acerca de si Luce había respondido bien o mal, lo que hizo que Luce se sintiera avergonzada. La clase entera se sorprendió cuando Francesca dio un paso atrás junto a Steven, se apoderó de uno de los lados de la sombra mientras él se apoderaba de la otra, y le dio un jalón—. Nosotros lo llamamos a esto “vislumbrador” —dijo.

La sombra se abultó y se estiró como un globo, explotándose. Hizo un sonido denso, borboteó cuando su negrura se distorsionó, mostrando los colores más vivos que Luce haya visto antes. Un verde-limón profundo, oro brillante, franjas marmóreas de color rosa y morado. Un mundo girando todo de color brillante, más brillante y más distinto, detrás de la sombra. Steven y Francesca seguían tirando, dando un paso hacia atrás lentamente hasta que la sombra era del tamaño y la forma de un gran protector de pantalla. Luego se detuvieron.

Ellos no se preocuparon. —Lo están a punto de ver... —Y después de un momento, horrorizada, Luce supo por qué. No había ninguna preparación para ello.

La maraña de colores separados se estableció finalmente en un lienzo de formas distintas. Estaban buscando una ciudad. Una ciudad antigua con paredes de piedra... en el fuego. El hacinamiento y la contaminación, consumida por enojadas llamas. La gente acorralada por las llamas, sus bocas abiertas, levantando los brazos al cielo. Y en todas partes una lluvia de chispas brillantes y trozos de la quema de fuego, una lluvia de luz mortal aterrizaba por todas partes y todo lo que tocaba lo encendía.

Luce prácticamente podía oler la putrefacción y la ruina viniendo a través de la pantalla de la sombra. Fue horrible verlo, pero la parte más extraña, por lejos, fue que allí no había ningún sonido. Otros estudiantes alrededor de ella estaban esquivando sus cabezas, como si estuvieran tratando de obstruir algún gemido, alguien gritando, lo que para Luce era indistinguible. Allí no había nada más que el limpio silencio mientras veía más y más personas morir.

Cuando ella no estaba segura de que su estómago podría soportar mucho más, el foco de la imagen cambió, una especie de zoom hacia afuera, y Luce pudo verlo desde una distancia. No una, sino dos ciudades quemándose. Una extraña idea vino a ella, suavemente, como un recuerdo que siempre había tenido, pero que no había pensado por

un tiempo. Ella sabía qué estaban mirando: Sodoma y Gomorra, dos ciudades en la Biblia, dos ciudades destruidas por Dios.

Entonces, como apagando un interruptor de luz, Steven y Francesca chasquearon sus dedos y la imagen desapareció. Los restos de la sombra se deshicieron en una pequeña nube de ceniza negra que finalmente se asentó en el piso del salón de clases. Alrededor de Luce, todos los estudiantes parecían estar aguantando la respiración.

Luce no podía apartar sus ojos del lugar en donde la sombra había estado. ¿Cómo habían hecho eso? Estaba empezando a coagularse de nuevo, los pedazos de oscuridad reuniéndose, lentamente, regresando a una forma de sombra más familiar. Sus servicios completos, la Anunciadora avanzó perezosamente a lo largo de las tablas del suelo, luego se deslizó fuera del salón de clases, como la sombra emitida por una puerta cerrándose.

—Deben estar preguntándose por qué los hicimos pasar por eso —dijo Steven, dirigiéndose a la clase. Él y Francesca compartieron una mirada preocupada cuando echaron un vistazo alrededor de la habitación. Dawn estaba gimoteando en su escritorio.

—Como saben —dijo Francesca—, la mayor parte del tiempo en esta clase nos gusta centrarnos en lo que los Nephilim tienen el poder de hacer. Cómo pueden cambiar las cosas para mejorar, sin embargo, cada uno de ustedes decide definir eso. Nos gusta mirar hacia adelante, en vez de mirar hacia atrás.

—Pero lo que vieron hoy —dijo Steven—, era más que sólo una lección de historia con increíbles efectos especiales. Y no sólo fue por las imágenes que evocamos. No, lo que vieron fue la verdadera Sodoma y Gomorra, cuando fueron destruidos por el Gran Tirano cuando el...

—¡Unh-unh-unh! —Dijo Francesca, meneando un dedo—. No usamos insultos aquí.

—Por supuesto. Ella tiene razón, como de costumbre. Incluso a veces caigo en la propaganda. —Steven le sonrió a la clase—. Pero, como estaba diciendo, las Anunciadoras son sombras escasas. Ellas puedes sostener información muy valiosa. De cierta manera, son sombras, pero sombras del pasado, de hace mucho tiempo, y de no hace tanto...

—Lo que hoy vieron —concluyó Francesca—, era sólo una demostración de una valiosa habilidad que algunos de ustedes pueden ser capaces de implementar. Algún día.

—No querrán intentarlo ahora. —Steven limpió sus manos con un pañuelo que había cogido de un bolsillo—. De hecho, les prohibimos intentarlo, no sea que pierdan el control y se pierdan en las sombras. Pero algún día, quizás, será una posibilidad.

Luce compartió un vistazo con Miles. Le sonrió con los ojos muy abiertos, como si estuviera aliviado de escuchar eso. No parecía sentirse excluido por todos, no de la forma en que Luce se sentía.

—Además —dijo Francesca—, la mayoría de ustedes probablemente encuentren que se sienten cansados. —Luce miró alrededor, al rostro de los estudiantes cuando Francesca habló. Su voz tenía el efecto del aloe en una quemadura de sol. La mitad de los niños tenían sus ojos cerrados, como si hubieran estado aliviados—. Eso es muy normal. Vislumbrar



sombras no se hace sin ningún gran coste. Se requiere energía para ver hacia atrás aún unos pocos días, ¿pero ver hacia atrás milenios? Bueno, pueden sentir los efectos ustedes mismos. A la luz de eso —ella vio a Steven—, vamos a dejar que hoy se vayan temprano para que puedan descansar.

—Seguiremos mañana, así que asegúrense de haber leído lo relacionado con la desaparición —dijo Steven—. Pueden retirarse.

Alrededor de Luce, los estudiantes se levantaron lentamente de sus escritorios. Se veían aturridos, agotados. Cuando ella se puso de pie, sus propias rodillas estaban un poco inestables, pero de alguna manera se sintió menos conmocionada de lo que los demás parecían estar. Apretó su cardigan alrededor de sus hombros y siguió a Miles fuera del salón de clases.

—Cosas bastantes fuertes —dijo él, bajando las escaleras de dos en dos—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo Luce. Lo estaba—. ¿Tú lo estás?

Miles frotó su frente. —Es sólo que se siente como si realmente estuviéramos allí. Me alegro de que nos dejen ir temprano. Siento que necesito una siesta.

—¡En serio! —Añadió Dawn, subiendo detrás de ellos en el sinuoso camino de vuelta al dormitorio—. Eso era lo último que estaba esperando de mi miércoles por la mañana. Me iré a dormir ahora.

Era verdad: La destrucción de Sodoma y Gomorra había sido horrible. Tan real, que la piel de Luce todavía se sentía caliente por las llamas.

Tomaron el acceso directo a las residencias, por el lado norte del comedor y por la sombra de las secuoyas. Era extraño ver el campus vacío, con todos los otros chicos en Shoreline aún en clase, en el edificio principal. Uno a uno, los Nephilim mostraron el camino y se dirigieron directo a la cama.

Excepto por Luce. Ella no estaba cansada, para nada. En cambio, se sentía extrañamente activa. Deseó, de nuevo, que Daniel estuviera allí. Tenía muchas ganas de hablar con él acerca de la demostración de Francesca y Steven, y saber por qué él no le había dicho eso antes, que allí había más sombras de las que ella podía ver.

Frente a Luce estaban las escaleras que conducen a su dormitorio. Detrás de ella, el bosque de secuoyas. Ella se paseaba fuera de la entrada del dormitorio, renuente a entrar, renuente a dormirse y olvidar esto y pretender que no lo había visto.

Francesca y Steven no habrían estado intentando asustar a la clase; sino que debieron tener la intención de enseñarles algo. Algo que ellos no podían abordar y decir sin rodeos. Pero si las Anunciadoras llevaban mensajes y ecos del pasado, ¿entonces cuál era el punto de lo que les habían mostrado?

Entró al bosque.



Su reloj decía las 11 am., pero podía haber sido medianoche bajo el oscuro dosel de los árboles. La piel de gallina se levantó en sus piernas desnudas a medida que se adentraba en el sombreado bosque. No quería pensar en ello demasiado; el pensamiento sólo aumentaría las probabilidades de arrepentirse. Estaba por entrar en un territorio desconocido. Un territorio prohibido.

Ella iba a convocar a una Anunciadora.

Ella había hecho cosas con ellos antes. La primera vez fue cuando pellizcó uno durante una clase para evitar que se metiera en su bolsillo. También, esa vez, en la biblioteca, ella había aplastado uno de Penn. Pobre Penn. Luce no podía evitar preguntarse qué mensaje era el que llevaba la Anunciadora. Si ella hubiera sabido cómo manipularlo en aquel entonces, de la manera en que Francesca y Steven habían manipulado ese hoy, ¿habría podido evitar lo que pasó?

Cerró sus ojos. Vio a Penn, apoyada contra la pared, su pecho bañado en sangre. Su amiga caída. No. Mirar atrás, a esa noche, era demasiado doloroso, y nunca llevaba a Luce a ninguna parte. Todo lo que podía hacer ahora era mirar hacia adelante.

Tuvo que pelear con el frío miedo arañando sus entrañas. Una forma familiar negra y escurridiza la acechaba al lado de la verdadera sombra de la rama baja de secuoya a sólo diez yardas en frente de ella.

Dio un paso hacia ella y la Anunciadora se echó hacia atrás. Tratando de no hacer un movimiento repentino, Luce siguió adelante, más cerca, más cerca, deseando que la sombra no se esfumara. Allí. La sombra se contrajo bajo la rama de un árbol pero se quedó donde estaba. Su corazón acelerado. Luce trató de calmarse. Sí, estaba oscuro en este bosque; y, sí, ni un alma sabía dónde estaba; y, está bien, claro, había una posibilidad de que nadie le echaría de menos por un buen rato si algo le sucedía, pero no había ninguna razón para entrar en pánico. ¿No? ¿Entonces por qué se sentía agarrada por un miedo constante? ¿Por qué conseguía el mismo temblor en sus manos que solía conseguir cuándo veía las sombras como una chica, atrás, antes de que hubiera aprendido que básicamente eran inofensivas?

Era el momento de hacer un movimiento. Ella bien podría estar aquí, congelada para siempre, o acobardarse e irse malhumorada a la residencia de estudiantes, o...

Su brazo salió disparado, dejando de temblar, y agarró la cosa. Ella la arrastró hacia arriba y la agarró, con fuerza, contra su pecho, sorprendida por su peso, por el frío y la humedad que tenía. Como una toalla mojada. Sus brazos temblaban. ¿Qué hacer ahora con eso?

La imagen de esas ciudades quemándose relampagueó en su mente. Luce se preguntó si podría soportar ver este mensaje por su cuenta. Si ella podría incluso encontrar la manera de desbloquear sus secretos. ¿Cómo funcionaban estas cosas? Todo lo que Francesca y Steven había hecho fue tirar de ella.

Conteniendo la respiración, Luce trabajó sus dedos a lo largo de los bordes plumosos de la sombra, la agarró, y le dio un suave tirón. Para su sorpresa, la Anunciadora era flexible, casi como la masilla, y tomaba cualquier forma que sus manos sugirieran.

Haciendo una mueca, trató de manipularla en un cuadrado. En algo como la pantalla que había visto a sus profesores formar.

Al principio fue fácil, pero la sombra pareció ponerse más tiesa cuando ella trató de estirla. Y cada vez que reposicionaba sus manos para tirar de otra parte, el resto retrocedía en una fría masa negra, llena de bultos. Pronto estaba sin aliento y usando su brazo para limpiar el sudor de la frente. No quería darse por vencida. Pero cuando la sombra comenzó a vibrar, Luce gritó y cayó al suelo.

Al instante, la sombra se alejó velozmente por los árboles. Sólo después de que se había ido, Luce se dio cuenta: No había sido la sombra la que estaba vibrando. Era el teléfono celular en su mochila. Se había acostumbrado a no tenerlo. Hasta ese momento, había olvidado que el señor Cole le había dado su antiguo teléfono antes de ponerla en el avión a California. Era casi completamente inútil, únicamente para que él tuviera una forma de llegar a ella, para mantenerla al día sobre qué historias estaban alimentando a sus padres, que aún creían que estaba en Espada y Cruz. De manera que cuando Luce se dirigiera a ellos, podría mentir regularmente.

Nadie, además del Sr. Cole, tenía su número. Y por motivos de seguridad realmente molestos, Daniel no le había dado una forma de llegar a él. Y ahora el teléfono le había costado a Luce su verdadero primer progreso con una sombra.

Ella lo sacó y lo abrió. El mensaje de texto que el Sr. Cole le acababa de enviar: **Llama a tus padres. Creen que tienes una A en tu examen de historia que acabo de darles. Y que estás haciendo la prueba para el equipo de natación la próxima semana. No olvides actuar como si todo estuviera bien.**

Y un segundo mensaje, un minuto más tarde: **¿Está todo bien?**

Luce metió el teléfono en su mochila y comenzó a vagar por el denso manto de agujas de madera roja hacia el borde del bosque, hacia su dormitorio. El mensaje de texto le hizo preguntarse sobre el resto de los niños en Espada y Cruz. ¿Aún estaba Arriane allí? Y si es así, ¿a quién le estaba enviando aviones de papel durante la clase? ¿Molly había encontrado a alguien más para hacerse enemiga ahora que Luce se había ido? ¿O ambas se habían trasladado desde que Luce y Daniel se habían marchado? ¿Compró Randy la historia de que los padres de Luce habían hecho su transferencia? Luce suspiró. Ella odiaba no decir la verdad a sus padres, odiaba no ser capaz de decirles cuán lejos se sentía, y cuán sola.

¿Pero una llamada telefónica? Cada palabra falsa que dijera, A en una prueba de historia inventada, pruebas para un equipo de natación falso, sólo la haría sentir más nostálgica.

El Sr. Cole debe estar fuera de su mente, diciéndole a ella que los llamara y les mintiera. Pero si les contaba a sus padres la verdad, la verdadera verdad, podrían pensar que ella estaba loca. Y si se ponía en contacto con ellos, sabrían que algo sucedía. Ellos conducirían hasta Espada y Cruz, encontrarían su ausencia, ¿y luego qué?

Ella podría enviarles un correo electrónico. Mentir no sería tan difícil por correo electrónico. Sería comprarle unos días antes de que tuviera que llamar. Les enviaría un correo electrónico esta noche.

Salió del bosque. En el camino, se quedó sin aliento. Era de noche. Ella miró hacia atrás en los bosques exuberantes, sombreados. ¿Cuánto tiempo había estado allí con la sombra? Echó un vistazo a su reloj. Eran las ocho y media. Había perdido el almuerzo. Y sus clases de la tarde. Y la cena. Había estado tan oscuro en el bosque que no se había dado cuenta del tiempo pasando, en absoluto, pero ahora todo se estrelló contra ella. Estaba cansada, con frío y hambre.

Después de tres vueltas incorrectas en la residencia de estudiantes, parecida a un laberinto, Luce finalmente encontró su puerta. Silenciosamente, esperando que Shelby estuviera dondequiera que fuera que desaparecía en las noches, Luce deslizó la llave enorme y pasada de moda en la cerradura y giró la perilla.

Las luces estaban apagadas, pero el fuego ardía en la chimenea. Shelby estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, los ojos cerrados, meditando. Cuando Luce entró, Shelby abrió un solo ojo, mirándola sumamente molesta.

—Lo siento —susurró Luce, hundiéndose en la silla del escritorio más cercana a la puerta—. No me hagas caso, haz como que no estoy aquí.

Durante poco tiempo, Shelby sólo hizo eso. Ella cerró su ojo y volvió a la meditación, y el cuarto estaba tranquilo. Luce encendió la computadora que vino con su escritorio y contempló la pantalla, tratando de formar en su cabeza el mensaje más inofensivo posible para sus padres, y, mientras estaba en ello, uno a Callie, quien había estado enviando una continua corriente de correos electrónicos no leídos al buzón de entrada de Luce la semana pasada. Tecleando tan despacio como posiblemente podía, así los golpecitos con el dedo a su teclado no le darían a Shelby otra razón para odiarla, Luce escribió:

**Queridos papá y mamá, los extraño tanto. Solamente quería dejarles caer una línea. La vida en Espada y Cruz es buena.** —Su pecho estaba apretado mientras ella se esforzaba por no escribir lo que pasaba por su mente en ese momento: *Por lo que sé, nadie más ha muerto esta semana. Aun voy bien en todas mis clases...* en cambio, escribió—: **¡Aún podría probar para el equipo de natación!** —Luce miró la ventana al cielo claro y estrellado. Tuvo que despedirse rápido. De otra manera, ella lo perdería. Se preguntaba cuándo este tiempo lluvioso dejaría de...— **¡Supongo que es noviembre en Georgia! Con amor, Luce.**

Ella copió el mensaje en un nuevo correo electrónico a Callie, cambió unas palabras selectas, movió su ratón sobre el botón *Enviar*, cerró sus ojos, presionó dos veces el ratón y bajó su cabeza. Era una falsificación horrible de una hija, una mentirosa para una amiga. ¿Y qué había estado pensando? Estos fueron más sutiles, los correos electrónicos eran dignos de una bandera roja. Ellos sólo iban a asustar a las personas.

Su estómago gruñó. Por segunda vez, en voz más alta. Shelby se aclaró la garganta. Luce se dio la vuelta en su silla para hacer frente a la chica, sólo para encontrarla en enviándole una mirada asesina. Luce podía sentir las lágrimas en las esquinas de sus ojos.



—Tengo hambre, ¿de acuerdo? ¿Por qué no presentas una queja y me envías a otra habitación?

Shelby saltó calmadamente hacia adelante en su estera de yoga, precipitó sus brazos en una posición de oración y dijo: —Sólo te iba a decir sobre la caja orgánica de macarrones con queso en mi cajón de calcetines. No hay necesidad de abastecimiento de agua. Por Dios.

Once minutos más tarde, Luce se sentaba bajo una manta en su cama, con un humeante tazón de pasta con queso, ojos secos, y una compañera de habitación que de pronto había dejado de odiarla.

—No estaba llorando porque estaba hambrienta. —Luce quiso clarificar, aunque los macarrones con queso estuvieran tan buenos, el amable regalo tan inesperado de Shelby casi trajo frescas lágrimas a sus ojos. Luce quería abrirse a alguien, y Shelby estaba, bueno, allí. Ella no se había descongelado del todo, pero compartir su alijo de comida era un gran paso para alguien que apenas había hablado con Luce hasta ahora—. Yo, um, estoy teniendo algunos problemas familiares. Es duro estar lejos.

—Lloriquea —dijo Shelby, masticando su propio plato de macarrones—. Déjame adivinar, tus padres todavía están felizmente casados.

—Eso no es justo —dijo Luce, sentándose—. Tú no tienes idea de lo que he estado pensando.

—¿Y tú tienes alguna idea de lo que yo he estado pensando? —Shelby se quedó mirando fijamente a Luce—. No lo creo. Mira, esta soy yo: hija única criada por una madre soltera. ¿Problemas de papá? Tal vez. ¿Un dolor en el culo por vivir con ello y no compartirlo? Casi cierto. Pero lo que no puedo soportar son los rostros dulces de niños mimados con una vida familiar feliz y algún novio de fantasía apareciéndose en mi terreno para quejarse sobre su mala relación amorosa a larga distancia.

Luce contuvo el aliento. —Eso no es todo.

—¿Ah no? Ilumíname.

—Soy falsa —dijo Luce—. Estoy... mintiendo a las personas que amo.

—¿Mintiendo a tu novio de fantasía? —Los ojos de Shelby se estrecharon de una manera que hizo pensar a Luce que su compañera de habitación realmente podría estar interesada.

—No —masculló Luce—. Ni siquiera estoy hablando con él. —Shelby se recostó en la cama de Luce y apoyó los pies en alto para que descansaran en la parte inferior de la litera de arriba.

—¿Por qué no?

—Es largo, estúpido, y complicado.



—Bueno, todas las chicas con la mitad de cerebro saben que sólo hay una cosa que hacer cuando terminas con tu hombre.

—No, nosotros no terminamos —dijo Luce, exactamente al mismo tiempo que Shelby dijo: —Cambia tu cabello.

—¿Cambiar mi cabello?

—Un nuevo comienzo —dijo Shelby—. He teñido el mío de naranja, lo he cortado. Demonios, una vez incluso lo afeité después de que ese imbécil realmente me rompió el corazón.

Había un pequeño espejo ovalado con un marco de madera ornamentado adjunto al tocador a través del cuarto. Desde su posición en la cama, Luce podría ver su reflejo. Dejó la taza de pasta y se levantó para acercarse. Ella había cortado su pelo después de lo de Trevor, pero eso era diferente. La mayor parte de ello había sido chamuscado, de todos modos.

Y cuando había llegado a Espada y Cruz, había sido el cabello de Arriane el que ella cortó. Sin embargo, Luce creyó entender lo que Shelby quiso decir cuando dijo “empezar de nuevo”. Tú podrías convertirte en otra persona, fingir que no eras la persona que acababas de ser por tanta angustia. A pesar de que, gracias a Dios, Luce no estaba de luto por la pérdida permanente de su relación con Daniel, estaba de luto por todo tipo de otras pérdidas. Penn, su familia, la vida que solía tener antes de que las cosas se pusieran tan complicadas.

—Realmente estás pensando en ello, ¿no? No me hagas reventar el peróxido debajo del fregadero.

Luce pasó los dedos por su corto y negro cabello. ¿Qué pensaría Daniel? Pero si él quería que ella fuera feliz aquí hasta que pudieran volver a estar juntos de nuevo, tenía que dejar de lado lo que había sido en Espada y Cruz. Se dio la vuelta para hacer frente a Shelby. —Consigue la botella.

# Capítulo 4

*Traducido por lovenadead; Yosbe ツ; Emii\_Gregori*

*Corregido Por andre27xl*

## Quince Días

Ella no estaba tan rubia.

Luce mojó sus manos en el lavabo y tiró de sus cortas ondas blanqueadas. Había superado una carga completa de clases el jueves, que incluyó un sermón de seguridad inesperadamente duro de dos horas por parte de Francesca para reiterar el por qué los locutores no debían ser tratados con indiferencias (casi parecía como si hubiera estado dirigiéndose a Luce directamente); consecutivos exámenes sorpresa en su biología “regular” y las clases de matemática en el edificio principal, y lo que sintió como ocho horas de miradas horrorizadas de sus compañeros de clases, Nephilim y no-Neph por igual.

A pesar de que Shelby había actuado bien sobre el nuevo estilo de Luce en la privacidad de su habitación la noche anterior, ella no fue efusiva con cumplidos a la manera en que Arianne era fiable, o el apoyo que Penn le habría dado. Al salir al mundo esta mañana, Luce había sido vencida por los nervios. Miles fue el primero en verla, y le había dado el visto bueno. Pero él fue tan amable, que nunca dejó saber si realmente creía que tenía un aspecto terrible.

Por supuesto, Dawn y Jasmine se habían congregado a su lado luego de la clase de humanidades, ansiosas por tocar su pelo, preguntando quién había sido la inspiración de Luce.

—Muy Gwen Stefani —Jasmine había dicho, asintiendo.

—No, es Madonna, ¿verdad? —Dijo Dawn—. Como en la era Vogue<sup>1</sup>. —Antes de que Luce pudiera responder, Dawn hizo un gesto entre Luce y ella misma—. Pero creo que ya no somos gemelas.

—¿Gemelas? —Luce negó con la cabeza.

Jasmine miró a Luce. —Vamos.... No me digas que no te has dado cuenta. Ustedes dos lucen... bueno, lucen tan parecidas. Prácticamente podrían haber sido hermanas.

---

<sup>1</sup> **Vogue:** Canción de Madonna que hace referencia al mundo de la moda.

Ahora, estando sola ante el espejo del baño del edificio principal del colegio, Luce miró su reflejo y pensó en los muy abiertos ojos de Dawn.

Ellas tenían una coloración similar: piel pálida, labios sonrojados, cabello oscuro. Pero Dawn era más baja que ella. Llevaba colores brillantes seis días a la semana. Y era de la manera más alegre que ella jamás podría ser. Algunos aspectos superficiales de lado, Luce y Dawn no podían haber sido más diferentes.

La puerta del baño se abrió y una morena de aspecto saludable en pantalones vaqueros y un suéter amarillo entró. Luce la reconoció de la clase de historia europea. Amy algo. Ella se apoyó contra el lavabo junto a Luce y se puso a jugar con sus cejas.

—¿Por qué le hiciste eso a tu pelo? —preguntó, mirando a Luce.

Luce parpadeó. Una cosa era hablar de ello con sus casi-amigos de Shoreline, pero ni siquiera había hablado con esta chica antes.

La respuesta de Shelby, “empezar de nuevo”, apareció en su mente, pero, ¿a quién estaba tratando de engañar? Todo lo que la botella de peróxido había hecho anoche era hacer que Luce se viera tan falsa por fuera como se sentía por dentro. Callie y sus padres apenas la reconocerían ahora, lo cual no era el punto en lo absoluto.

Y Daniel. ¿Qué pensaría Daniel? Luce de repente se sentía tan transparentemente falsa, que incluso un extraño podría ver a través de ella.

—No lo sé. —Pasó junto a la chica y empujó la puerta del baño—. No sé por qué lo hice.

Blanquear su cabello no había arrastrado los oscuros recuerdos de las últimas semanas. Si realmente quería un nuevo comienzo, tendría que hacer uno. ¿Pero cómo? Había tan poco de lo que realmente tenía el control completo en este momento. Todo su mundo estaba en manos del señor Cole y Daniel. Y ambos estaban muy lejos.

Daba miedo lo rápido y lo mucho que había llegado a confiar en Daniel, y daba más miedo que no sabía cuándo volvería a verlo. En comparación a los días llenos de felicidad con él en los que había estado esperando en California, esto era lo más solitaria que jamás había estado.

Caminó trabajosamente a través del campus, poco a poco comprendiendo que el único tiempo en que ella había sentido alguna independencia desde que había llegado a Shoreline había sido...

Sola en el bosque con la sombra.

Después de la demostración de la clase de ayer, Luce había estado esperando más de lo mismo de Francesca y Steven. Tenía la esperanza de que quizás los estudiantes tuvieran la oportunidad de experimentar con las sombras hoy. Incluso tuvo una breve fantasía de ser capaz de hacer lo que había hecho en el bosque delante de todos los Nefilim.

Nada de eso había sucedido. De hecho, la clase de hoy se había sentido como un gran paso atrás. Una conferencia aburrida sobre la etiqueta de Anunciador y la seguridad, y por

qué los estudiantes no deberían nunca, en ninguna circunstancia, intentar ellos solos lo que habían visto el día anterior.

Fue frustrante y regresivo. Así que, ahora, en vez de regresar al dormitorio, Luce se encontró trotando detrás de la residencia, bajando el sendero hasta el borde del acantilado y subiendo los escalones de madera del albergue Nephilim. La oficina de Francesca estaba en el anexo en el segundo piso, y ella le había dicho a la clase que se sintiera libre de venir en cualquier momento.

El edificio era remarcablemente diferente sin los otros estudiantes para darle calidez. Oscuro y con corrientes de aire y casi con sensación de abandono. Todo ruido que Luce hacía parecía mantenerse, haciendo eco en las inclinadas vigas de madera. Podía ver la luz de una lámpara en el rellano de un piso arriba y oler el aroma del café haciéndose. No sabía aún si iba a decirle Francesca lo que había sido capaz de hacer en el bosque. Puede que parezca insignificante para alguien tan experto como Francesca. O podría parecer una violación de sus instrucciones de la clase de hoy.

Parte de Luce quería sentir algo de su maestro por fuera, ver si ella podía ser alguien a quien Luce pudiera recurrir cuando, en días como hoy, comenzaba a sentir como si fuera derrumbarse.

Ella llegó a la cima de las escaleras y se encontró a la cabeza de un largo pasillo, de entrada abierta. A su izquierda, más allá de la barandilla de madera, miró hacia abajo al oscuro vacío salón de clases en el segundo piso. A su derecha había una hilera de pesadas puertas de madera con travesaños de vidrieras sobre ellos. Caminando en silencio a lo largo de las tablas del suelo, Luce notó que no sabía cuál era la oficina de Francesca. Sólo una de las puertas estaba entreabierta, la tercera desde la derecha, con luz emanando de la escena en la bonita vidriera policromada en el travesaño. Creyó oír una voz masculina en el interior. Estaba a punto de tocar cuando el tono agudo de una mujer la hizo congelarse.

—Fue un error siquiera intentarlo —Francesca dijo casi entre dientes.

—Tomamos una oportunidad. Tuvimos mala suerte.

*Steven.*

—¿Mala suerte? —Se burló Francesca—. Querrás decir imprudencia. De un punto de vista puramente estadístico, las probabilidades de un Anunciador que lleva malas noticias eran por lejos demasiado grandes. Tú viste lo que le hizo a los niños. Ellos no estaban listos.

Una pausa. Luce avanzó un poco más a lo largo de la alfombra persa en el pasillo.

—Pero ella lo estaba.

—No voy a sacrificar todo el progreso que ha hecho toda una clase sólo porque alguna, alguna...

—No seas corta de vista, Francesca. Ideamos un hermoso plan de estudio. Lo sé tan bien como tú. Nuestros estudiantes superan a cualquier otro programa de Nephilim en el



mundo. Has hecho todo eso. Tienes derecho a tener un sentido de orgullo. Pero las cosas son diferentes ahora.

—Steven tiene razón, Francesca. —Una tercera voz. Masculina. Luce pensó que sonaba familiar. ¿Pero quién era?— Bien podrías lanzar su calendario académico por la ventana. La tregua entre nuestros lados es el único cronograma que importa ya.

Francesca suspiró. —¿De verdad crees...?

La voz desconocida dijo: —Si conozco a Daniel, estará justo a tiempo. Probablemente ya esté haciendo la cuenta regresiva de los minutos.

—Hay algo más... —dijo Steven.

Una pausa, y luego lo que sonaba como un cajón deslizándose abierto, entonces un grito de asombro, luego un grito ahogado. Luce habría matado para estar del otro lado de la pared, para ver lo que ellos podían ver.

—¿De dónde sacaste eso? —La voz del otro hombre preguntó—. ¿Estás comercializando?

—¡Por supuesto que no! —Francesca sonaba herida—. Steven lo encontró en el bosque durante una de sus rondas la otra noche.

—Es auténtico, ¿no? —Steven preguntó.

Un suspiro. —Ha pasado demasiado tiempo para mí para decirlo. —El forastero fue evasivo—. No he visto una estrella caliente en años. Daniel sabrá. Se la llevaré.

—¿Eso es todo? ¿Qué sugieres que debemos hacer mientras tanto? —Preguntó Francesca.

—Mira, esto no es lo mío. —La familiaridad de la voz masculina era como un picor en la parte posterior del cerebro de Luce—. Y realmente no es mi estilo.

—Por favor —Francesca suplicó.

La oficina estaba en silencio. El corazón de Luce latía con fuerza.

—De acuerdo. ¿Si yo fuera tú? Aumentaría las cosas por aquí. Intensifiquen la supervisión y hagan todo lo posible para que estén listos. El fin de los tiempos no se supone que sea muy bonito.

El fin de los tiempos. Eso era lo que Arriane había dicho que sucedería si Cam y su ejército ganaban esa noche en Espada y Cruz. Pero no habían ganado. A menos que ahí hubiera habido otra batalla. Pero entonces, ¿qué necesitaban los Nephilim para estar listos?

El sonido de pesadas patas raspando el suelo hizo a Luce saltar hacia atrás. Sabía que no debía ser atrapada espionando esta conversación. No importaba de qué se tratara.

Por una vez, ella se alegró del interminable suministro de nichos en la arquitectura de Shoreline. Se agachó bajo una cornisa decorativa de madera cubierta de tejas entre dos estanterías y se apretó en el hueco de la pared.

Un único conjunto de pasos salió de la oficina, y la puerta fue cerrada firmemente. Luce contuvo la respiración y esperó a que la figura bajara las escaleras.

Al principio, sólo podía ver sus pies. Marrones botas de cuero europeas. Luego un par de jeans oscuros lavados aparecieron a la vista mientras se curvaba alrededor de la baranda hacia el segundo piso del albergue. Una camisa azul y blanca a rayas de botones. Y, finalmente, la perfectamente reconocible melena de rastas negra y oro.

Roland Sparks estaba de vuelta en Shoreline.

Luce saltó de su posición oculta. Ella todavía podía estar en su mejor comportamiento nervioso frente a Francesca y Steven, quienes eran desalentadoramente hermosos y poderosos y maduros y... sus profesores. Pero Ronald no la intimidaba —no mucho, de cualquier forma—, ya no. Además, él era lo más cercano a Daniel de lo ella había estado en días.

Se escabulló tan silenciosamente como pudo por el interior de las escaleras, arrebatándose luego a través de la puerta del albergue hasta el patio. Roland deambulaba como si no tuviera ningún cuidado del mundo.

—Roland —gritó ella, trotando por el último tramo de escaleras hasta el suelo y parando de golpe. Él se detuvo donde el acantilado terminaba y dejó caer abruptas y escarpadas rocas.

Estaba de pie tan quieto, mirando el agua. Luce se sorprendió al sentir mariposas en el estómago cuando, muy lentamente, comenzó a darse la vuelta.

—Bueno, bueno —él sonrió—. Lucinda Prive descubrió el peróxido.

—Oh —ella agarró su cabello. Cuán estúpida se sentía mirándolo.

—No, no —dijo él, dando un paso hacia ella, esponjando su cabello con los dedos—. Te queda bien. Un corte difícil para tiempos difíciles.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Matriculándome. —Se encogió de hombros—. Acabo de elegir mi horario, me encontré con los profesores. Parece un muy lindo lugar.

Una mochila tejida estaba colgada encima de uno de sus hombros con algo largo y estrecho y de plata saliendo de ella. Siguiendo sus ojos, Roland cambió la bolsa a su otro hombro y apretó la aleta superior con un nudo.

—Roland. —Su voz tembló—. ¿Tú dejaste Espada y Cruz? ¿Por qué? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo necesitaba un cambio de ritmo —ofreció crípticamente.

Luce iba a preguntar por los demás, Arriane y Gabbe. Incluso Molly. Si alguien había notado o le importaba que se hubiera ido. Pero cuando abrió la boca, lo que salió fue muy diferente de lo que había esperado. —¿De qué estabas hablando allí con Francesca y Steven?

La cara de Roland cambió de repente, endurecida en algo más viejo, sin preocupaciones. —Eso depende. ¿Qué tanto oíste?

—Daniel, te oí decir que él... no tienes por qué mentirme, Roland. ¿Cuánto tiempo más tardará en volver? Porque yo no creo que pueda...

—Ven a caminar conmigo, Luce.

Por extraño que se hubiera sentido que Roland Sparks pusiera su brazo alrededor de sus hombros atrás en Espada y Cruz, cuán reconfortante fue cuando lo hizo ese día en Shoreline. Ellos nunca fueron realmente amigos, pero él era un recordatorio de su pasado... un lazo que ella no podía dejar pasar ahora.

Caminaron por la orilla del acantilado, alrededor de la terraza del desayuno, y a lo largo del lado oeste de los dormitorios, más allá de un jardín de rosas que Luce nunca había visto antes. Era el atardecer, y el agua a su derecha estaba de vivos colores, reflejando el rosa, el naranja y el violeta de las nubes deslizándose delante del sol.

Roland la llevó a un banco frente al agua, lejos de todos los edificios del campus. Mirando hacia abajo, pudo ver un conjunto robusto de escaleras talladas en la roca, comenzando justo debajo de donde estaban sentados, y encabezando todo el camino hasta la playa.

—¿Qué es lo que sabes que no me estás diciendo? —Preguntó Luce cuando el silencio comenzó a molestarla.

—Que el agua es de cincuenta y un grados —dijo Roland.

—No es a lo que me refiero —dijo, mirándolo directamente a los ojos—. ¿Te envié para que me echaras un ojo?

Roland se rascó la cabeza. —Mira. Daniel está fuera haciendo lo suyo. —Hizo un movimiento fugaz hacia el cielo—. Mientras tanto... —Ella pensó que él ladeó la cabeza hacia el bosque detrás de la residencia—. Tú tienes tus propias preocupaciones.

—¿Qué? No, no tengo nada. Sólo estoy aquí porque...

—Sandeces —él rió—. Todos tenemos nuestros secretos, Luce. El mío me trajo a Shoreline. El tuyo es que has estado conduciéndote fuera hasta esos bosques.

Ella empezó a protestar, pero él la detuvo, la mirada aún más crítica en sus ojos.

—No te voy a meter en problemas, de hecho, te estoy apoyando. —Sus ojos se movieron más allá de ella, hacia el mar—. Ahora, de vuelta al agua. Es frígida. ¿Has estado en ella? Sé que te gusta nadar.

Golpeó a Luce el que hubiera estado en Shoreline por tres días, con el mar siempre visible, las olas siempre audibles, el aire salado siempre inundando todo, pero todavía no había puesto los pies en la playa. Y no era como en Espada y Cruz, donde una larga lista de cosas estaba fuera de los límites.

No sabía por qué no se le había ocurrido.

Ella sacudió su cabeza.

—Todo lo que puedes hacer con una playa fría es construir una hoguera. —Roland le dio una mirada—. ¿No has hecho ningún amigo todavía?

Luce se encogió de hombros. —Unos pocos.

—Tráelos esta noche, luego de que oscurezca. —Hizo referencia a la estrecha península de arena al pie de la escalera rocosa—. Justo ahí abajo.

Ella miró a Roland de soslayo. —¿Qué es exactamente lo que tienes en mente?

Roland sonrió diabólicamente. —No te preocupes, nos mantendremos inocentes. Pero ya sabes cómo es. Soy nuevo en la ciudad; me gustaría hacer notar mi presencia.

—Amigo, pisas mi talón una vez más, y seriamente tendré que romper tu tobillo.

—Tal vez si no estuvieras acaparando todo el haz de la linterna, Shel, el resto de nosotros podríamos ver por dónde vamos.

Luce trató de sofocar su risa mientras seguía una disputa de Miles y Shelby a través del campus en la oscuridad. Eran casi las once, y Shoreline estaba negro extremo y en silencio, excepto por el ulular de un búho.

Una saliente luna naranja estaba baja en el cielo, cubierta por un velo de niebla. Entre los tres habían sido sólo capaces de llegar con una linterna (Shelby), por lo que sólo uno de ellos (Shelby) tenía una visión clara de la ruta de acceso al agua.

Para los otros dos, los terrenos, que habían parecido tan exuberantes y bien cuidados en la luz del día, eran ahora trampas con pinos caídos, helechos de raíces gruesas, y el dorso de los pies de Shelby.

Cuando Roland le había pedido a ella traer a unos amigos esta noche, Luce había adquirido una sensación de hundimiento en su estómago.

No había sala de monitores en Shoreline, nada de aterradoras cámaras de seguridad grabando cada movimiento de los estudiantes, así que no era la amenaza de ser capturados lo que la ponía nerviosa. En realidad, escabullirse del dormitorio había sido relativamente fácil. Era la figura de una multitud lo que representaba un desafío mayor.



Dawn y Jasmine parecían los candidatos más probables para una fiesta en la playa, pero cuando Luce fue a su cuarto del quinto piso, el pasillo estaba oscuro y nadie contestó su llamada. De vuelta en su propio cuarto, Shelby se había enredado en algún tipo de pose de yoga tántrico que le dolía a Luce con tan solo mirarla. Luce no había querido romper la concentración feroz de su compañera de habitación invitándola a una fiesta desconocida, pero entonces un fuerte golpe en su puerta había hecho a Shelby caer con mal humor de su pose, de todos modos.

Miles le preguntó a Luce si quería ir por un helado.

Luce miró hacia atrás y adelante entre Miles y Shelby y sonrió. —Tengo una idea mejor.

Diez minutos más tarde, envueltos en sudaderas con capucha, una gorra de Dodgers hacia atrás (Miles) y unos calcetines de lana de deditos, por lo que todavía podía usar sus sandalias (Shelby), y con una sensación nerviosa en el intestino referente a Roland juntándose con la tripulación del Shoreline (Luce), los tres caminaban hacia el borde del acantilado.

—Entonces, otra vez, ¿quién es este chico? —Miles preguntó, señalando el camino rocoso justo antes donde Luce habría ido volando.

—Él sólo es... un chico de mi última escuela. —Luce buscó una mejor descripción mientras los tres comenzaron a bajar las escaleras rocosas. Roland no era precisamente su amigo. Y a pesar de que los chicos en Shoreline parecían bastante abiertos de mente, ella no estaba segura de que debía decirles qué lado el ángel caído Roland, cayó—. Él era amigo de Daniel —dijo ella finalmente—. Probablemente sea una fiesta pequeña. No creo que conozca a nadie más, excepto a mí.

Ellos podían olerlo antes de verlo: el delatador humo de nogal de una hoguera de buen tamaño.

Entonces, cuando estaban casi al pie de la empinada escalera, doblaron alrededor de una curva en las rocas y se congelaron cuando las chispas de un fuego naranja silvestre finalmente llegaron a la vista.

Debía haber un centenar de personas reunidas en la playa. El viento era feroz, como un animal salvaje, pero no era rival para el alboroto de los asistentes a la fiesta.

En un extremo de la reunión, más cercano al lugar donde estaba Luce, una multitud de chicos hippie con barbas espesas, largas, y camisas andrajosas tejidas habían formado un improvisado círculo de tambores. Su ritmo constante proporcionó a un grupo cercano de chicos un compás en constante cambio para bailar. En el otro extremo de la fiesta estaba la mismísima hoguera, y cuando Luce se puso de puntillas, reconoció a muchos chicos de Shoreline apiñados alrededor del fuego, con la esperanza de vencer el frío. Todo el mundo sostenía un palo dentro de las llamas, compitiendo por el mejor lugar para asar sus perros calientes y malvaviscos, sus calderas de hierro fundido llenas de granos. Era imposible adivinar cómo todos se habían enterado sobre esto, pero estaba claro que estaban pasando un buen rato.

Y en el medio de todo, Roland. Se había cambiado su camisa abotonada y sus caras botas de cuero y estaba vestido, como todo el mundo allí, con una sudadera con capucha y jeans rallados. Estaba de pie en una roca, haciendo gestos desenfrenados, exagerados, contando una historia que Luce no podía oír bien. Dawn y Jasmine se encontraban entre los oyentes cautivados, sus rostros se iluminaron al fuego, luciendo hermosas y vivas.

—¿Esta es tu idea de una fiesta pequeña? —preguntó Miles.

Luce estaba observando a Roland, preguntándose qué historia estaba contando. Algo acerca de cómo él se estaba siendo cargo le hizo a Luce recordar el cuarto de Cam, en la primera y única fiesta de verdad a la que ella había ido en Espada y Cruz, y eso hizo que extrañara a Arriane. Y, por supuesto, a Penn, quien había estado nerviosa cuando llegó por primera vez a la fiesta, pero terminó pasándola mejor que nadie. Y Daniel, que apenas hablaba con Luce en aquel entonces. Las cosas eran tan diferentes ahora.

—Bueno, no sé ustedes chicos —dijo Shelby, sacándose sus sandalias, andando a pasos lentos en la arena con sus medias—, pero yo me voy a tomar un trago, luego comeré un perro caliente, y después tal vez querré una lección de esos chicos del círculo con tambores.

—Yo también —dijo Miles—. Excepto por la parte del círculo con tambores, en caso de que no fuese obvio.

—Luce. —Roland saludó desde su posición en la roca—. Lo lograste. —Miles y Shelby ya estaban muy por delante de ella, en dirección a la estación de perros calientes, por lo que Luce caminó sobre una duna de arena húmeda y fresca hacia Roland y los otros.

—No estabas bromeando cuando dijiste que querías hacer notar tu presencia. Esto es realmente algo, Roland.

Roland asintió amablemente. —Algo, ¿huh? ¿Algo bueno o algo malo?

Parecía una pregunta capciosa, y lo que Luce quería decir era que no podía decir más.

Pensó en la acalorada conversación que había oído en el despacho del profesor. Cómo la voz de Francesca Sharp había sonado. La línea entre lo bueno y lo malo se sentía increíblemente borrosa. Roland y Steven eran ángeles caídos que pasaron a ser... demonios, ¿verdad? ¿Acaso siquiera sabía lo que eso significaba? Pero entonces allí estaba Cam, y... ¿qué quiso decir Roland con esa pregunta? Ella entrecerró los ojos, viéndolo. ¿Tal vez él estaba sólo preguntando si Luce estaba divirtiéndose?

Un gran número de coloridos asistentes se arremolinaban alrededor de ella, pero Luce podía sentir las interminables olas negras cerca. El aire cerca del agua era azotador y frío, pero la fogata se sentía caliente en su piel. Tantas cosas parecían estar en contradicción en este momento, todas empujaban contra ella a la vez.

—¿Quiénes son estas personas, Roland?

—Vamos a ver. —Roland señaló a los chicos hippie en el círculo de los tambores—. Pueblerinos. —A su derecha, le hizo un gesto a un grupo grande de chicos tratando de

impresionar a un grupo mucho más pequeño de chicas con unos movimientos de baile muy malos—. Esos tipos son los marines estacionados en Fort Bragg. Por la forma en que festejan, espero que estén de baja por el fin de semana. —Cuando Jasmine y Dawn se deslizaron a su lado, Roland puso un brazo alrededor de cada uno de sus hombros—. Estas dos, creo que lo sabes.

—No nos dijiste que eras tan amigo del director social celestial, Luce —dijo Jasmine.

—En serio —Dawn se inclinó para susurrarle en voz alta a Luce—, sólo mi diario sabe cuántas veces he deseado ir a una fiesta de Roland Sparks. Y mi diario nunca lo dirá.

—Oh, pero yo podría —bromeó Roland.

—¿No hay gusto en esta fiesta? —Shelby apareció detrás de Luce con Miles a su lado. Ella sostenía dos perros calientes en una mano y sacó la otra para Roland.

—Shelby Sterris. ¿Quién eres tú?

—Shelby Sterris —repitió Roland—. Soy Roland Sparks. ¿Alguna vez viviste en el Este de Los Ángeles? ¿Nos hemos visto antes?

—No.

—Ella tiene una memoria fotográfica —Miles añadió, deslizándole a Luce un perro caliente de verduras, que no era su favorito, pero era un buen gesto, sin embargo.

—Soy Miles. Buena fiesta, por cierto.

—Muy buena —convino Dawn, balanceándose con el ritmo de la batería de Roland.

—¿Qué pasa con Steven y Francesca? —Luce tenía prácticamente que gritarle a Shelby—. ¿No nos escucharán aquí abajo? —Una cosa era escabullirse bajo el radar. Otra cosa era plantar una detonación sónica directamente en el radar.

Jasmine miró hacia el campus. —Ellos nos oirán, sí, pero nuestra cuerda es bastante larga en Shoreline. Al menos para los chicos Nephilim. Mientras nos mantengamos en el campus, bajo su paraguas de supervisión, podemos más o menos hacer lo que queramos.

—¿Eso incluye una competición de limbo? —Roland sonrió con picardía, sacando una rama larga y gruesa detrás de él—. Miles, ¿vas a sostener el otro extremo para mí?

Segundos más tarde, la rama estaba levantada, el ritmo de los tambores había cambiado, y parecía que todo el grupo había dejado lo que estaban haciendo para formar una larga fila, la animada fila de limbo.

—Luce —Miles la llamó—. No vas a quedarte parada allí nada más, ¿no?

Ella estudió la multitud, sintiéndose rígida y arraigada a su lugar en la arena. Sin embargo, Dawn y Jasmine estaban haciendo una abertura en la fila para que ella se metiera entre las dos. Una vez en la competición, probablemente nació compitiendo, Shelby estaba estirando su espalda. Incluso los marineros altivos iban a jugar.



—Bien. —Luce se rió y se metió en la fila.

Una vez que el juego comenzó, la fila se movió rápidamente, a la tercera ronda, Luce se zarandeaba fácilmente debajo de la rama. La cuarta vez, bajó con sólo un poco de problema, teniendo que inclinar la barbilla hacia atrás lo suficiente para ver las estrellas. Y obtuvo una ronda de aplausos por hacerlo. Pronto estuvo animando a los otros chicos también, sólo un poco sorprendida de encontrarse a sí misma saltando arriba y abajo cuando Shelby lo logró.

Había algo sorprendente en arquearse en la postura del limbo, después de un exitoso cambio, la fiesta entera parecía alimentarse de eso. Cada vez, le daba a Luce un sorprendente arrebató de adrenalina.

Divertirse no era usualmente una cosa tan simple. Por mucho tiempo, la risa usualmente venía seguida de cerca por la culpa, un persistente sentimiento del que no se suponía debía disfrutar, por una razón u otra. Pero de alguna manera esta noche se sentía más ligera. Sin darse cuenta, ella había sido capaz de hacer caso omiso de la oscuridad.

Pero en el momento en que Luce se deslizó en su quinto turno, la fila era significativamente más corta. La mitad de los chicos de la fiesta ya habían salido, y todo el mundo estaba vitoreando cerca o de Miles o de Roland, viendo a los últimos chicos que permanecían. En la parte posterior de la fila, Luce estaba mareada y un poco trastornada, por lo que el fuerte apretón que sintió en su brazo casi la hizo perder el balance. Ella comenzó a gritar, luego sintió unos dedos cubrir su boca.

—Shhh.

Daniel estaba llevándola hacia fuera de la fila y fuera de la fiesta. Su mano fuerte y cálida deslizándose por su cuello, los labios rozándole un lado de la mejilla. Por un momento, el roce de su piel en ella, unido con el resplandeciente brillo violeta de sus ojos, y su acumulada y creciente necesidad de apoderarse de él y nunca dejarlo ir, hizo a Luce sentirse divinamente embriagada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró. Ella quería decir “Gracias a Dios que estás aquí” o “Ha sido tan difícil estar separados” o, lo que realmente quería decir: “Te amo”. Pero también había algo de “Me abandonaste y pensé que no era seguro” y “¿Qué es eso de una tregua?” Todas ellas dando vueltas en su cerebro.

—Tenía que verte —dijo. Mientras la llevaba detrás de una gran roca volcánica en la playa, había una sonrisa cómplice en su rostro. La clase de sonrisa que era contagiosa, encontrando el camino en los labios de Luce también. La clase de sonrisa que no sólo reconocía que estaban violando las reglas de Daniel, sino que estaban disfrutando de hacerlo.

—Cuando estuve lo suficientemente cerca para ver la fiesta, noté que todos bailaban —dijo—. Y me puse un poco celoso.

—¿Celoso? —Luce preguntó. Estaban solos ahora. Ella le echó los brazos alrededor de sus anchos hombros y miró sus ojos de color violeta.



—¿Por qué estarías celoso?

—Porque... —dijo, frotando las manos en la espalda de ella—, tu tarjeta de baile está llena. Para toda la eternidad.

Daniel sostuvo su mano derecha en la suya, la envolvió alrededor de su hombro izquierdo, y comenzó un lento paso doble en la arena. Ellos todavía podían oír la música de la fiesta, pero del otro lado de la roca se sentía como un concierto privado. Luce cerró sus ojos y se fundió en su pecho, encontrando el lugar donde su cabeza encajaba dentro de sus hombros como la pieza de un rompecabezas.

—No, esto no está del todo bien —dijo Daniel después de un momento. Él señaló los pies de ella. Ella notó que él estaba descalzo—. Quítate los zapatos —dijo—, y te enseñaré cómo bailan los ángeles.

Luce se quitó sus zapatillas y las arrojó a un lado de la playa. La arena entre sus dedos era suave y fresca. Cuando Daniel la atrajo hacia él, puso sus pies encima de los de él y casi perdió el equilibrio, pero sus brazos la mantuvieron estable.

Cuando miró hacia abajo, sus pies estaban encima de los de él. Y cuando miró hacia arriba, la visión que anhelaba noche y día: Daniel desplegando sus blancas alas de plata llenaron su campo de visión, extendiéndose seis metros hacia el cielo. Amplias y hermosas, brillantes en la noche, deben haber sido las alas más gloriosas de todo el Cielo. Debajo de sus propios pies, Luce sintió a Daniel apenas elevándose un poco del suelo. Sus alas se batieron suavemente, casi como un latido, sujetándolos a los dos, pulgadas por encima de la playa.

—¿Lista? —preguntó.

Lista para qué, no lo sabía. No importaba.

Ahora se movían hacia atrás en el aire, como los mejores patinadores artísticos se movían en el hielo. Daniel se deslizó sobre el agua, sosteniéndola en sus brazos. Luce jadeó cuando la primera ola espumosa rozó sus dedos. Daniel se rió y los elevó a un poco más alto en el cielo. Él la inclinó hacia atrás. Los hizo girar dos vueltas en círculos. Ellos estaban bailando. En el océano.

La luna era como un reflector, brillando sólo sobre ellos. Luce estaba riendo de alegría, riendo tanto que Daniel se echó a reír también. Ella nunca se sintió más ligera.

—Gracias —ella susurró.

Su respuesta fue un beso. Él la besó suavemente al principio. En su frente, luego en la nariz, y finalmente encontró su camino a los labios.

Ella le devolvió el beso profundo y con hambre y un poco desesperada, lanzando todo su cuerpo en ello. Esto era como venir de casa de Daniel, la manera en que sintió el amor que habían compartido durante tanto tiempo.

Por un momento, todo el mundo quedó en silencio, luego Luce se apartó, jadeando por aire. Ni siquiera había notado que estaban de vuelta en la playa.

Su mano estaba ahuecada la parte posterior de la cabeza, la gorra de esquí que había tirado hacia abajo sobre sus oídos. La gorra ocultaba su cabello rubio. Él lo vio y una ráfaga de brisa del océano les golpeó la cabeza. —¿Qué le hiciste a tu cabello? —Su voz era suave, pero de alguna manera sonaba como una acusación. Tal vez fue porque la canción había terminado, y el baile y el beso también, y ahora eran sólo dos personas de pie en una playa.

Las alas de Daniel se arquearon detrás de sus hombros, aún visibles, pero fuera de su alcance.

—¿A quién le importa mi cabello? —Lo único que importaba era quién lo sostenía. ¿No era que él no debía preocuparse por todo demasiado?

Luce alcanzó para tomar de vuelta la gorra de esquí. Su cabeza rubia al desnudo se sentía muy expuesta, como una bandera de color rojo brillante alertándole a Daniel que ella podría estar cayéndose en pedazos. Tan pronto como empezó a alejarse, Daniel puso los brazos alrededor de ella.

—Hey —dijo, tirando de ella de nuevo—. Lo siento.

Ella exhaló, señalándolo, y dejó que su toque pasara lentamente sobre ella. Ella echó la cabeza hacia arriba para encontrarse con sus ojos.

—¿Es seguro ahora? —preguntó ella, queriendo que Daniel fuera el único que apareciera en la tregua. ¿Finalmente podrían estar juntos? Pero el aspecto desgastado en sus ojos le dio la respuesta antes de abrir la boca.

—Yo no debería estar aquí, pero me preocupo por ti. —La sujetó con su brazo extendido—. Y como parecen las cosas, estoy en lo correcto al preocuparme. —Él tocó un mechón de su cabello—. No entiendo por qué hiciste esto, Luce. No eres tú.

Ella lo apartó. Siempre se había molestado cuando la gente le decía eso. —Bueno, yo soy la que está teñida, Daniel. Así que, técnicamente, soy yo. Tal vez no soy la “yo” que tú quieres que sea.

—Eso no es justo. No quiero que seas alguien que no sea quien eres.

—¿Quién es quién, Daniel? Porque si tú sabes la respuesta a eso, siéntete libre de incluirme. —Su voz se hizo más fuerte cuando la frustración alcanzó la tentación de deslizarse entre sus dedos—. Estoy aquí por mi propia cuenta, tratando de averiguar por qué. Tratando de averiguar lo que estoy haciendo aquí con todos estos... aunque no soy aun...

—¿Cuándo no eres qué?

¿Cómo habían llegado tan rápidamente de bailar en el aire a esto?

—No lo sé. Sólo estoy tratando de soportarlo día tras día. Hacer amigos, ¿sabes? Ayer me uní a un club, y estamos planeando un viaje en yate en algún sitio. Cosas como esas. —Lo que realmente quería decir era de las sombras. Y sobre todo lo que había hecho en el bosque. Pero Daniel había reducido a sus ojos como si ella ya hubiera hecho algo mal.

—No irás a un viaje en yate a ningún lugar.

—¿Qué?

—Te quedarás aquí, en este campus hasta que yo lo diga. —Exhaló, sintiendo su ira en aumento—. No me gusta estar dándote reglas, Luce, pero... estoy haciendo mucho para mantenerte a salvo. No voy a dejar que nada te pase.

—Literalmente. —Luce apretó los dientes—. Bueno o malo, o de otra manera. Parece que cuando no estás alrededor, no quieres que yo haga nada.

—Eso no es cierto. —Sacudió un dedo contra ella. Nunca lo había visto perder los estribos con tanta rapidez. Luego miró hacia el cielo, y Luce siguió su mirada. Una sombra pasó rápidamente sobre sus cabezas, como un completo concierto de fuegos artificiales dejando una cola mortal, llena de humo. Daniel parecía ser capaz de leerlo de inmediato.

—Tengo que irme —dijo.

—Qué impactante. —Ella se volvió de inmediato—. Apareces de la nada, empiezas una pelea, luego la evades. Esto debe ser amor verdadero.

Él la agarró por los hombros y la sacudió hasta que encontró sus ojos. —Es amor verdadero —dijo él, con tal desesperación que Luce no podía decir si estaba bromeando o añadiendo dolor a su corazón—. Sabes que lo es. —Sus ojos violetas no quemaron con ira, sino con un deseo intenso. El tipo de mirada que le hizo amarlo tanto; lo echaba de menos, incluso cuando él estaba de pie justo frente a ella.

Daniel agachó la cabeza para besarla en la mejilla, pero ella estaba demasiado cerca de llorar. Avergonzada, dio la vuelta lejos. Oyó su suspiro, y luego: el ritmo de las alas.

*No.*

Cuando volteó su cabeza, Daniel se alzaba a través del cielo, a medio camino entre el océano y la luna. Sus alas estaban encendidas de un color blanco brillante bajo un rayo de luna. Un momento después, era difícil diferenciarlo de cualquiera de las estrellas en el cielo.

# Capítulo 5

*Traducido por Vampírica y Clo*

*Corregido Por Ellie*

## Catorce Días

Durante la noche, una capa de niebla se movía sin viento como un ejército, instalándose en la ciudad de Fort Bragg. No se fue cuando salió el sol, y su tristeza se filtraba en todos lados. Así, durante todo el día del viernes en la escuela, Luce sentía que estaba siendo arrastrada por una lenta marea. Los maestros estaban fuera de foco, sin compromisos, y lentos en sus conferencias. Los estudiantes se sentaban aletargados, luchando por mantenerse despiertos a través de las largas horas del día.

Para el momento en que las clases estaban terminando, la tristeza había penetrado hasta la misma esencia de Luce. Ella no sabía lo que estaba haciendo en esa escuela que no era en realidad la suya, en esta vida temporal que sólo resaltaba su carencia de una real, permanente. Todo lo que quería hacer era meterse en su cama y dormir hasta que todo pasara, no sólo el clima o su larga primera semana en Shoreline, sino también la discusión con Daniel y todas las preguntas e inquietudes que daban vueltas por su mente.

Dormir la noche anterior había sido imposible. En las horas más oscuras de la mañana, había vuelto sola a su habitación. Había caminado y girado sin tener realmente sueño. El hecho que Daniel se mantuviera distante ya no la sorprendía, pero eso no significaba que fuera más fácil. ¿Y esa orden insultante que le había dado de permanecer dentro del perímetro de la escuela? ¿En qué época estaban, en el siglo XIX? Se le cruzó por la cabeza que tal vez Daniel le había hablado así hace siglos, pero —al igual que Jane Eyre o Elizabeth Bennet<sup>2</sup>— Luce estaba segura de que a ninguna versión anterior de ella misma le habría gustado eso. Y ciertamente no le gustaba ahora.

Aún estaba enojada y perturbada después de clases, moviéndose a través de la niebla hacia los dormitorios. Sus ojos estaban nublados y ella estaba prácticamente sonámbula en el momento en el abrió la puerta de su habitación. Tambaleándose en el cuarto oscuro y vacío, casi no vio el sobre que alguien había deslizado por debajo de su puerta.

Era de color crema, suave y cuadrado, y cuando lo giró, vio su nombre escrito en él. Lo abrió, esperando una disculpa por parte de él. Sabiendo que ella le debía una también.

La carta estaba escrita a máquina en un papel de color crema doblado en tres partes.

---

<sup>2</sup> **Jane Eyre** es la protagonista de la novela del mismo nombre escrita por Charlotte Brontë, publicada en 1847; mientras que **Elizabeth Bennet** es la protagonista de “Orgullo y Prejuicio”, la más famosa de las novelas de Jane Austen, publicada en 1813. Ambas transcurren en el siglo XIX y son consideradas clásicos de la literatura en lengua inglesa.



**Querida Luce:**

**Hay algo que he esperado demasiado tiempo para decirte. ¿Puedes encontrarte conmigo en la ciudad, cerca de Noyo Point, a eso de las seis de esta noche? El autobús N° 5 pasa a un cuarto de milla al sur de Shoreline, por la autopista 1. Utiliza este pase de autobús. Estaré esperándote cerca del Acantilado Norte. No puedo esperar a verte.**

**Con amor, Daniel.**

Sacudiendo el sobre, Luce sintió un pequeño papel en el interior. Sacó una delgada tarjeta azul y blanca, un billete de autobús con el número cinco impreso en la parte delantera y un improvisado mapa de Fort Bragg dibujado en la parte de atrás. Eso era todo. No había nada más.

Luce no podía entenderlo. No decía nada acerca de lo que pasó en la playa. Ninguna indicación de que Daniel entendía lo errático que era prácticamente desvanecerse una noche, y esperaba que ella fuera a su encuentro al día siguiente.

No había disculpas de ningún tipo.

Era extraño. Daniel podía aparecer en cualquier lugar en cualquier momento. Él solía ser ajeno a las realidades logísticas que los seres humanos tenían que soportar.

La carta se sentía fría y rígida en sus manos. Su lado más temerario tenía ganas de pretender que nunca la había recibido. Estaba cansada de discutir con Daniel, cansada de que él no le confiara los detalles. Por el estúpido lado enamorado de Luce se preguntaba si no estaba siendo demasiado dura con él. Porque su relación valía la pena el esfuerzo. Ella intentó recordar cómo sus ojos habían brillado y cómo su voz había sonado cuando le contó esa historia acerca del tiempo que habían pasado juntos en California durante la fiebre del oro. La forma en que la había visto a través de la ventana y se había enamorado de ella por milésima vez.

Esa era la imagen que se llevó con ella pocos minutos después, mientras caminaba a través del largo camino hacia la puerta principal de Shoreline, hacia la parada donde podría tomar el autobús que la llevaría hasta Daniel. Una imagen de sus suplicantes ojos violetas arrulló su corazón mientras esperaba de pie bajo un húmedo cielo gris. Observaba los coches incoloros materializarse en la niebla, pasando rápidamente por las curvas cerradas sin barandillas de la autopista 1, y desapareciendo de nuevo.

Cuando se giró para mirar el formidable campus de Shoreline en la distancia, recordó las palabras de Jasmine en la fiesta: "siempre que nos quedemos bajo la sombrilla de su vigilancia, podemos hacer casi todo lo que nos plazca". Luce estaba saliendo de debajo de la sombrilla, pero, ¿dónde estaba el daño? Ella no era realmente una estudiante allí y, de todos modos, ver a Daniel de nuevo valía el riesgo de ser atrapada.

Unos minutos después de la media hora, el autobús número cinco se detuvo en la parada.

El autobús era viejo, gris y destartado, al igual que el chofer que hizo palanca al abrir la puerta para permitirle subir a Luce. Ella tomó un asiento vacío cerca de la parte delantera. El autobús olía a telas de araña, o a un ático rara vez utilizado. Tuvo que aferrarse al barato cojín del asiento de cuero sintético mientras el autobús salía disparado alrededor de las curvas a cincuenta millas por hora, como si a unos pocos centímetros más allá del camino, el acantilado no cayera una milla directo hacia el irregular océano gris.

Para el momento en que llegaron a la ciudad, estaba lloviendo, una constante llovizna ladeada apenas por debajo de un aguacero real. La mayoría de los negocios en la calle principal ya estaban cerrados, y la ciudad se veía húmeda y un poco desolada. No era exactamente la escena que había tenido en mente para una feliz conversación de reconciliación.

Al bajar del autobús, Luce sacó la gorra de esquí de su mochila y se la jaló encima de la cabeza. Podía sentir el frío de la lluvia en su nariz y en sus dedos. Divisó un doblado letrero verde de metal y siguió su flecha hacia Noyo Point.

El punto era una península ancha, sin el exuberante verde del terreno del campus de Shoreline, sino con una mezcla de hierba desigual y costras húmedas de arena gris. Los árboles mermaban aquí, con hojas despojadas por el irregular viento marino. Había un solitario banco en un trozo de barro en el borde final, a unos cien metros de la carretera. Allí debe haber sido donde quería Daniel que se encontraran. Pero desde donde estaba, Luce podía ver que él todavía no estaba allí. Miró su reloj. Ella había llegado cinco minutos tarde.

Daniel nunca llegaba tarde.

La lluvia parecía asentarse en las puntas de sus cabellos en lugar de empaparlo como por lo general lo hacía. Ni siquiera la Madre Naturaleza sabía qué hacer con una Luce teñida de rubio. No tenía ganas de esperar a Daniel en la intemperie. Había una hilera de tiendas en la calle principal. Luce fue a pasar el rato allí, parándose en un porche de madera bajo un toldo de metal oxidado. LOS PECES DE FRED, decía el letrero con descoloridas letras azules en la tienda cerrada.

Fort Bragg no era pintoresco como Mendocino, la ciudad donde ella y Daniel se habían detenido antes de que él la hubiera llevado volando hasta la costa. Era más industrial, un pueblo pesquero realmente antiguo con muelles podridos, asentado en la entrada de una curva donde la tierra se estrechaba paulatinamente hacia el agua. Mientras Luce esperaba, una bote lleno de pescadores llegaban a tierra. Ella observó la delgadísima línea de hombres, entumecidos en sus empapados impermeables, subir las rocosas escaleras desde los muelles debajo.

Cuando llegaron al nivel de la calle, caminaron solos o en grupos silenciosos, pasando junto al banco vacío y los tristes árboles ladeados, más allá de las calladas entradas de las tiendas hasta un estacionamiento de grava en el borde sur de Noyo Point. Se subieron a las viejas y maltratadas camionetas, encendieron los motores, y se fueron, con el sombrío juego de caras diluyéndose hasta que una se destacó —y él no provenía de ningún bote. De hecho, parecía haber aparecido de repente entre la niebla. Luce saltó hacia atrás contra la persiana metálica de la tienda de peces y trató de recuperar el aliento.

Cam.

Él estaba caminando hacia el oeste por la grava justo delante de ella, flanqueado por dos pescadores vestidos de oscuro que no parecían notar su presencia. Estaba vestido con estrechos jeans negros y una chaqueta de cuero negro. Su pelo oscuro era más corto que cuando lo había visto por última vez, y brillaba bajo la lluvia. Un indicio del negro estallido del tatuaje era visible a un lado de su cuello. En contraste con el telón de fondo del cielo sin color, sus ojos eran tan intensamente verdes como lo habían sido siempre.

La última vez que lo había visto, Cam había estado al frente de un repugnante ejército negro de demonios, tan insensible y cruel y simplemente... demoníaco. Hizo que se le helara la sangre. Ella tenía una cadena de maldiciones y acusaciones listas para lanzarle, pero sería aún mejor si pudiera simplemente evitarlo por completo.

Demasiado tarde. La verde mirada de Cam cayó sobre ella... y ella se congeló. No porque él encendiera cualquier falso encanto ante lo que casi había caído en Espada y Cruz. Sino que él se veía realmente alarmado de verla. Él viró, moviéndose contra el flujo de los pocos pescadores rezagados, y estuvo a su lado en un instante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Cam parecía más que alarmado, decidió Luce, parecía casi atemorizado. Tenía los hombros agrupados en torno al cuello y no podía depositar los ojos en nada por más de un segundo. Él no había dicho nada acerca de su cabello, casi parecía como si no lo hubiera notado. Luce estaba segura de que no se suponía que Cam supiera que ella estaba aquí en California. Mantenerla alejada de gente como él era el punto principal de su reubicación. Ahora ella lo había estropeado.

—Yo sólo... —Ella miró el camino de grava blanca detrás de Cam, que cortaba a través de la hierba que bordeaba los acantilados—. Sólo estoy dando un paseo.

—No lo estás.

—Déjame en paz. —Trató de empujar más allá de él—. No tengo nada que decirte.

—Lo que estaría bien, ya que no se supone que debemos estar hablando el uno con el otro. Pero se supone que no debes dejar la escuela.

De repente se sintió nerviosa, como si él supiera algo que ella no. —¿Cómo sabías siquiera que voy a la escuela aquí?

Cam suspiró. —Lo sé todo, ¿de acuerdo?

—¿Entonces estás aquí para luchar con Daniel?

Los ojos verdes de Cam se estrecharon. —¿Por qué yo...? Espera, ¿estás diciendo que estás aquí para verlo?

—No suenes tan conmovido. Estamos juntos. —Parecía como si Cam aún no hubiera entendido que ella había escogido a Daniel en lugar de a él.



Cam se rascó la frente, viéndose preocupado. Cuando finalmente habló, sus palabras fueron apresuradas. —¿Fue él quien envió por ti? ¿Luce?

Ella hizo una mueca, cediendo ante la presión de su mirada. —Recibí una carta.

—Déjame verla.

Ahora Luce se tensó, examinando la expresión peculiar de Cam, intentando entender lo que él sabía. Él parecía tan incómodo como se sentía ella. Ella no se movió.

—Fuiste engañada. Grigori no enviaría por ti justo ahora.

—No sabes lo que haría él por mí. —Luce se dio la vuelta, deseando que Cam no la hubiera visto nunca, deseando estar lejos. Sintió la estúpida necesidad de alardearle a Cam que Daniel la había visitado anoche. Pero el alarde terminaría ahí. No había mucha gloria en transmitirle los detalles de su intercambio de palabras.

—Sé que él moriría si tú murieras, Luce. Si quieres vivir un día más, es mejor que me muestres la carta.

—¿Me matarías por un pedazo de papel?

—Yo no lo haría, pero el que te envió esa nota probablemente tiene la intención de hacerlo.

—¿Qué? —Sintiéndola casi ardiendo en el bolsillo, Luce resistió el impulso de empujar la carta en sus manos. Cam no sabía de lo que estaba hablando. No podía. Pero cuanto más la miraba, más se empezaba a preguntar acerca de la extraña carta que llevaba. Ese billete de autobús, las instrucciones. Había sido extrañamente técnica y formulista. No como Daniel, en lo absoluto. La sacó del bolsillo, los dedos temblando.

Cam se la arrebató, haciendo una mueca mientras leía. Él murmuró entre dientes mientras sus ojos recorrían el bosque al otro lado de la carretera. Luce miró a su alrededor también, pero no pudo ver nada sospechoso acerca de los pocos pescadores que quedaban cargando su equipo en camiones oxidados.

—Vamos —dijo finalmente él, agarrándola por el codo—. Ya pasó la hora para regresarte a la escuela.

Ella se apartó. —No voy a ningún lugar contigo. Te odio. ¿Qué estás haciendo siquiera aquí?

Él la rodeó en círculo. —Estoy cazando.

Ella lo evaluó, tratando de no demostrar que todavía la ponía nerviosa. Un Cam delgado, vestido de punk-rock, desarmado. —¿En serio? —Ella ladeó la cabeza—. ¿Cazar qué?

Cam miró más allá de ella, hacia el ocaso que barría el bosque. Él asintió una vez. —Ella.



Luce estiró el cuello para ver de quién o de qué estaba hablando Cam, pero antes de poder ver algo, él la empujó bruscamente. Hubo un extraño resoplido de aire, y algo plateado pasó rápidamente delante de su cara.

—¡Al suelo! —Gritó Cam, presionando fuertemente los hombros de Luce. Ella se hundió en el suelo del porche, sintiendo el peso de él encima, oliendo el polvo en los tablones de madera.

—¡Sal de encima de mí! —Gritó. Mientras se retorció con asco y sentía el frío miedo presionándola. Quienquiera que estuviera afuera, tenía que ser realmente malo. De lo contrario no habría estado nunca en una situación en la que Cam fuera quien la protegía.

Un momento después, Cam salió disparado por el vacío estacionamiento. Estaba corriendo hacia una chica. Una chica muy bonita, más o menos de la edad de Luce, vestida con una larga capa marrón. Tenía rasgos delicados y cabello blanco-rubio alzado en una cola de caballo, pero había algo extraño en sus ojos. Tenían una expresión vacía que, incluso desde esta distancia, dejó a Luce rígida por el miedo.

Había más: La chica estaba armada. Ella sostenía un arco de plata y estaba posicionando una flecha a toda prisa.

Cam aceleró hacia adelante, con los pies crujiendo en la grava mientras se movía en línea recta hacia la chica, cuyo extraño arco de plata brillaba incluso en la niebla. Como si no fuera de esta tierra.

Apartando los ojos de la lunática chica con la flecha, Luce giró de rodillas y escaneó el estacionamiento para ver si alguien más sentía tanto pánico como ella. Pero el lugar estaba vacío, inquietantemente tranquilo.

Sus pulmones se sentían apretados, casi no podía respirar. La chica se movía como una máquina, sin vacilación. Y Cam estaba desarmado. La chica estaba tirando de la cuerda del arco y Cam estaba en el campo de tiro.

Pero le tomó una fracción de segundo demasiado larga. Cam se estrelló contra ella, golpeándola hasta que cayó de espaldas. Luchó brutalmente hasta sacarle al arco de las manos, aporreándola con el codo en la cara hasta que ella lo soltó. La chica dio un alarido —un inocente sonido alto— y retrocedió en el suelo mientras Cam giraba el arco contra ella. Ella levantó la mano abierta en actitud de súplica.

Luego Cam desató la flecha directo en su corazón.

Al otro lado del estacionamiento, Luce gritó y se mordió el puño. A pesar de que quería estar muy, muy lejos, se encontró poniéndose torpemente de pie y acercándose al trote. Algo estaba mal. Luce esperaba encontrar a la chica allí tendida, sangrando, pero la chica no luchaba, no lloraba.

Porque ella ya no estaba allí en absoluto.

Ella, y la flecha que Cam le había disparado, habían desaparecido.

Cam recorrió el estacionamiento, agarrando las flechas que la arquera había derramado, como si fuera la tarea más urgente que hubiera realizado alguna vez. Luce se agachó donde la chica había caído. Pasó el dedo por la áspera grava, desconcertada y más aterrada de lo que había estado un momento antes. No había ninguna señal de que alguien hubiera estado allí alguna vez.

Cam regresó al lado de Luce con tres flechas en una mano y el arco de plata en la otra. Instintivamente, Luce estiró la mano para tocar una. Nunca había visto nada igual. Por alguna razón, la recorrió una onda de extraña fascinación. Se le puso la piel de gallina. Su cabeza nadaba.

Cam jaló las flechas lejos. —No lo hagas. Son mortales.

No parecían mortales. De hecho, las flechas ni siquiera tenían punta. No eran más que palos de plata que terminaban en un extremo plano. Y sin embargo, una había hecho desaparecer a esa chica.

Luce parpadeó un par de veces. —¿Qué acaba de suceder, Cam? —Su voz se sentía pesada—. ¿Quién era ella?

—Era una desterrada. —Cam no la miraba. Estaba obsesionado con el arco de plata en sus manos.

—¿Una qué?

—La peor clase de ángel. Se puso del lado de Satanás durante la revuelta, pero en realidad no puso los pies en el mundo subterráneo.

—¿Por qué no?

—Ya conoces esa clase. Igual que las chicas que quieren ser invitadas a la fiesta pero que en realidad no piensan aparecer. —Él hizo una mueca—. Tan pronto como terminó la batalla, trataron de dar marcha atrás al cielo, pero ya era demasiado tarde. Sólo tienes una oportunidad con esas nubes. —Miró a Luce—. La mayoría de nosotros, de todos modos.

—Así que, si no están con el Cielo... —Ella aún se estaba acostumbrando a hablar en concreto sobre estos temas—. ¿Están... con el infierno?

—Difícilmente. Aunque recuerdo cuando vinieron gateando de regreso. —Cam se rió de forma siniestra—. Por lo general tomamos casi a cualquier persona que podamos conseguir, pero aún Satanás tiene sus límites. Él los expulsa permanentemente, los engeuece para agregar heridas al insulto.

—Pero esa chica no era ciega —susurró Luce, recordando la forma en que su arco había seguido a Cam en cada movimiento. La única razón por la que no le había atinado era porque él se había movido tan rápido. Y aun así, Luce había sabido que había algo fuera de lugar en esa chica.

—Lo era. Ella simplemente utiliza otros sentidos para sentir su camino en el mundo. Ella en cierto modo puede ver. Tiene sus limitaciones y sus ventajas. —Los ojos de él

nunca dejaron de peinar la línea de árboles. Luce se calló por completo ante la idea de más Desterrados anidados en el bosque. Más de esos arcos de plata y flechas.

—Bueno, ¿qué pasó con ella? ¿Dónde está ahora?

Cam se limitó a mirarla. —Está muerta, Luce. *Poof*. Es historia.

¿Muerta? Luce miró el lugar sobre el terreno en donde había ocurrido, ahora tan vacío como el resto del lote. Dejó caer la cabeza, sintiéndose mareada. —Yo... yo pensé que no podías matar a los ángeles.

—Sólo por falta de una buena arma. —Él hizo brillar las flechas hacia Luce una última vez antes del embalarlas en una tela que sacó del bolsillo y meterlas dentro de su chaqueta de cuero—. Estas cosas son difíciles de conseguir. ¡Oh, deja de temblar!, no te voy a matar. —Se volvió y empezó a probar las puertas de los coches en el lote, sonriendo cuando vio la ventanilla baja del lado del conductor de una camioneta gris y amarillo. Metió la mano dentro y giró la cerradura—. Agradece que no tengas que caminar de regreso a la escuela. Vamos, entra.

Cuando Cam abrió la puerta del lado del pasajero, a Luce se le cayó la mandíbula. Ella se asomó a la ventana abierta y lo vio palanqueando el encendido. —¿Crees que simplemente voy a entrar a un coche recién cableado justo después de verte asesinar a alguien?

—Si yo no la hubiera matado... —tanteó los alrededores debajo del volante—, ella te habría asesinado, ¿de acuerdo? ¿Quién crees que te envió esa nota? Fuiste sacada de la escuela para ser asesinada. ¿Eso lo hace parecer más fácil?

Luce se apoyó en el capó de la camioneta, sin saber qué hacer. Pensó de nuevo en la conversación que había tenido con Daniel, Arriane y Gabbe justo antes de haber dejado Espada y Cruz. Habían dicho que la señorita Sofía y los demás en su secta podrían venir tras ella. —Pero ella no se parecía a... ¿son los Desterrados parte de los Ancianos?

Para entonces, Cam ya tenía el motor en marcha. Él saltó rápidamente fuera, dio la vuelta, y apresuró a Luce dentro sobre el asiento del pasajero. —Avanza, date prisa. Esto es como arrear a un gato. —Por último, la tenía sentada y con el cinturón de seguridad puesto—. Desafortunadamente, Luce, tienes más de un tipo de enemigo. Razón por la cual te voy a regresar a la escuela, donde es seguro. Justo. Ahora.

Ella no pensaba que sería inteligente estar a solas en un coche con Cam, pero no estaba segura de que estar aquí por su cuenta fuera más inteligente. —Espera un minuto —dijo mientras él giraba hacia Shoreline—. Si estos Desterrados no son parte del cielo o el infierno, ¿de qué lado están?

—Los Desterrados son una repugnante sombra gris. En caso de que no te hayas dado cuenta, hay peores cosas allí afuera que yo.

Luce cruzó las manos sobre su regazo, ansiosa por volver a su dormitorio, donde podría sentirse —o por lo menos fingir que se sentía— a salvo. ¿Por qué debería creerle a Cam? Había caído en sus mentiras muchas veces antes.



—No hay nada peor que tú. Lo que quisiste... lo que trataste de hacer en Espada y Cruz fue horrible y estuvo mal. —Ella sacudió la cabeza—. Sólo estás tratando de engañarme de nuevo.

—No lo hago. —La voz de él tenía menos argumentos de lo que ella habría esperado. Parecía pensativo, incluso sombrío. Para entonces, había aparcado en el largo y arqueado camino de entrada de Shoreline—. Nunca quise hacerte daño, Luce, nunca.

—¿Es por eso que llamaste a todas esas sombras a la batalla cuando yo estaba en el cementerio?

—El bien y el mal no están tan claramente definidos como piensas. —Miró por la ventana hacia los edificios de Shoreline, que parecían oscuros y deshabitados—. Tú eres del sur, ¿verdad? En esta ocasión, de todos modos. Entonces deberías entender la libertad que tienen los vencedores para reescribir la historia. Semántica, Luce. ¿Qué piensas del mal? Bueno, para los de mi clase es un simple problema de connotación.

—Daniel no lo cree así. —Luce deseaba poder haber dicho que era ella quien no lo creía así, pero todavía no sabía lo suficiente. Todavía se sentía como si estuviera asimilando muchas de las explicaciones de Daniel por fe.

Cam estacionó la camioneta en un pedazo de hierba detrás de su dormitorio, salió y caminó alrededor para abrirla a ella la puerta del pasajero. —Daniel y yo somos dos caras de una misma moneda. —Él le ofreció la mano para ayudarla a descender, ella la ignoró—. Debe dolerte escuchar eso.

Ella quería decirle que eso no podía ser verdad, que no había similitudes entre Cam y Daniel, sin importar qué tanto Cam intentara encubrir las cosas. Pero en la semana que había estado en Shoreline, Luce había visto y oído cosas que entraban en conflicto con lo que ella había creído una vez. Pensó en Francesca y Steven. Ellos nacieron del mismo lugar: Érase una vez, antes de la guerra y de la Caída, en la que había habido un solo lado. Cam no era el único que clamaba que la brecha entre los ángeles y los demonios no era del todo blanco y negro.

La luz estaba encendida en su ventana. Luce imaginó a Shelby sobre la alfombra naranja, con las piernas cruzadas en la posición del loto, meditando. ¿Cómo podría Luce entrar y fingir que no acababa de ver morir a un ángel? ¿O que todo lo que había sucedido esta semana no la había dejado llena de dudas?

—Vamos a dejar los acontecimientos de esta noche entre nosotros, ¿de acuerdo? —Dijo Cam—. Y de aquí en adelante, haznos a todos un favor y permanece en el campus, donde no te meterás en problemas.

Ella pasó junto a él, fuera del haz de los faros de la camioneta robada y dentro de las sombras que cubrían las paredes de su dormitorio.

Cam volvió a entrar en la camioneta, acelerando el motor desagradablemente. Pero antes de alejarse, bajó la ventanilla y le gritó a Luce: —No hay de qué.

Ella se dio la vuelta. —¿Por qué?



Lauren Kate

Foro Purple Rose

Él sonrió y apretó el acelerador. —Por salvar tu vida.

# Capítulo 6

*Traducido por ::madeleine::, Emii\_Gregori, Yosbe ツ, Anelisse*

*Corregido Por Haushiinka*

## Trece Días

—Es aquí —cantaba en alto una voz delante de la puerta de Luce a la mañana siguiente. Alguien estaba golpeando—. ¡Ya está aquí! —Los golpes se hicieron más insistentes. Luce no sabía qué hora era, pero era demasiado temprano para todas las risas que se oían al otro lado de la puerta.

—Tus amigos —dijo Shelby desde la litera de arriba. Luce gimió y se deslizó fuera de la cama. Ella miró a Shelby, quien estaba apoyada sobre su estómago desde la litera de arriba, ya vestida con vaqueros y una camiseta roja hinchada, haciendo el crucigrama del sábado.

—¿Alguna vez duermes? —Murmuró Luce, alcanzando en su armario de un tirón el manto púrpura que su madre había cosido para su cumpleaños número 13. Ella apretó la cara contra la mirilla y vio las caras sonrientes de Dawn y Jasmine. Ellas estaban con bufandas brillantes y orejeras. Jasmine traía un portavasos con cuatro cafés y Dawn traía una gran bolsa de papel marrón en la mano, volvieron a llamar.

—¿Las vas a llevar lejos de aquí o debo llamar a la seguridad del campus? —Preguntó Shelby.

Haciendo caso omiso de ella, Luce abrió la puerta y las dos niñas pasaron junto a ella a la habitación, hablando a millas por minuto. —Ya era hora... —rió Jasmine, le entregó a Luce una taza de café antes de seguir platicando—. Tenemos mucho que discutir.

Ni Dawn ni Jasmine habían estado en su habitación antes, pero Luce estaba disfrutando de la forma en que actuaban como si fuera su casa. Eso le recordó a Penn, que le había “prestado” la llave de repuesto a la habitación de Luce para que pudiera ir si fuera necesario. Luce miró su café y tragó saliva. De ninguna manera podía emocionarse aquí, ahora, en frente a ellas tres. Dawn estaba en el baño, a través de los armarios al lado del fregadero. —Como miembro integrante del comité de planificación, creemos que debes ser parte del discurso de bienvenida de hoy —dijo, mirando a Luce con incredulidad—. ¿Cómo no te has vestido todavía? El barco se va, como, en una hora.

Luce se rascó la frente. —Mmm, ¿recuérdame?

—Ugh —gimió Dawn espectacularmente—. ¿Branshaw Amy? ¿Mi pareja de laboratorio? ¿Cuyo padre es propietario del monstruoso yate?

Todo estaba volviendo a ella. Sábado. El viaje en yate por la costa. Jasmine y Dawn habían puesto la idea al comité de Shoreline, y había de alguna manera conseguido su aprobación. Luce había accedido a ayudar, pero ella no había hecho nada. Todo lo que podía pensar ahora era en el rostro de Daniel; cuando ella le había hablado de ello, inmediatamente desechó la idea de que Luce podía tener diversión sin él. Ahora Dawn fue a rebuscar en el armario de Luce. Sacó una camiseta de manga larga de color berenjena, se la tiró a Luce, y la metió en el cuarto de baño. —No se te olvide ponerte mallas por debajo. Hace frío en el agua.

En su camino, Luce tomó su teléfono celular del cargador. Anoche, después de que Cam la había dejado, ella se había sentido tan asustada y sola que había roto la regla número uno del Sr. Cole y había enviado un mensaje de texto a Callie. Si el Sr. Cole supiera lo necesario que era saber de su amiga... que probablemente aún estaría furiosa con ella. Ahora era demasiado tarde. Ella abrió la carpeta de mensajes de texto y recordó que sus dedos habían sido sacudidos cuando escribió el texto: **¡Finalmente obtuve un teléfono celular! Recepción irregular, pero voy a llamar cuando pueda. Todo está muy bien aquí, pero, ¡te echo de menos! ¡Escribe pronto!**

No hubo respuesta de Callie. ¿Estaba enferma? ¿Ocupada? ¿Fuera de la ciudad? ¿Ignorando a Luce por haberla ignorado? Luce se miró en el espejo. Ella se veía y se sentía como una mierda. Pero había acordado ayudar a la Dawn y Jasmine, así que se puso la camiseta y el vestido y se trenzó el pelo rubio con unas pocas horquillas. Para el momento en que Luce salía del cuarto de baño, Shelby estaba ayudando a las chicas con el desayuno que habían traído con ellas en la bolsa de papel. Se veían muy bien: panecillos de cereza y buñuelos de manzana, panecillos y bollos de canela y tres diferentes tipos de jugo. Jasmine le entregó un panecillo de gran tamaño de salvado y una tarrina de queso crema. —El alimento del cerebro.

—¿Qué es todo esto? —Miles asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

Luce no podía ver sus ojos bajo su gorra de béisbol tirada hacia abajo, pero su cabello castaño estaba volteado a los lados, y los gigantes hoyuelos se le formaban cuando sonreía. Dawn entró en un ataque instantáneo de risa, por la sencilla razón de que Miles era lindo, y Dawn era Dawn. Pero Miles no parecía darse cuenta. Él era más relajado e informal en torno a un grupo de niñas femeninas, y Luce era ella misma. Tal vez él tenía un montón de hermanas o algo así. No era como algunos de los otros niños en Shoreline, a quienes ser popular les parecía importante. Miles era auténtico, era real.

—¿No tienes amigos de tu mismo sexo? —Preguntó Shelby, pretendiendo estar más molesta de lo que realmente estaba. Ahora que conocía a su compañera de habitación un poco mejor, Luce estaba empezando a encontrar el humor abrasivo de Shelby casi encantador.

—Por supuesto. —Miles entró a la sala, totalmente imperturbable—. Es justo, mis amigos no suelen aparecer con el desayuno. —Él deslizó un enorme rollo de canela de la bolsa y le dio un mordisco gigante—. Te ves bien, Luce —dijo con la boca llena.

Luce se sonrojó, Dawn detuvo su risa y Shelby comenzó a toser en la manga: — ¡Incómodo!

Al primer sonido de la bocina en el pasillo, Luce saltó. Los demás la miraron como si estuviese loca, pero Luce todavía estaba acostumbrada a las alarmas en Espada y Cruz. En su lugar, la voz de Francesca se escuchó en la habitación: —Buenos días, Shoreline. Si quieren unirse a nosotros en el viaje de vela de hoy, el autobús hacia la marina se va en diez minutos. Vamos a convocar a la entrada sur por un conteo de votos. ¡Y no se olviden de llevar ropa abrigada!

Miles tomó otro pastel para el camino. Shelby se puso un par de botas con un patrón de puntos. Jasmine apretó la banda de sus orejeras rosadas y se encogió de hombros hacia Luce. —¡Hasta ahí llegó la planificación! Tendremos que mandar a volar la dirección de bienvenida.

—Siéntate junto a nosotras en el autobús —instruyó Dawn—. Nosotras marcaremos en el mapa todo el camino hasta Noyo Point.

*Noyo Point.* Luce tuvo que forzarse a tragar un bocado de panecillo de salvado. La expresión muerta en el rostro de la chica Desterrada, incluso mientras estaba viva; el horrible viaje a casa con Cam —el recuerdo le puso la piel de gallina a Luce. No ayudaba que Cam le hubiera restregado en la cara el hecho de que salvó su vida. Justo después de que le dijera que no saliera del campus otra vez. Una cosa tan extraña para decir. Casi como si él y Daniel estuvieran confabulados.

—¿Así que todos vamos? —Ella nunca había roto una promesa a Daniel antes. A pesar de que nunca había prometido realmente no ir en el yate. Pero si estaba de acuerdo con aceptar las reglas de Daniel, tal vez no tendría que enfrentarse a que otra persona perdiera la vida. A pesar de que era probablemente su paranoia de niña de nuevo.

Esa nota la había atraído fuera del campus. Un viaje en barco de la escuela era algo completamente distinto. No era como si los Desterrados pilotearan el barco.

—Por supuesto que todos vamos. —Miles agarró la mano de Luce, tirando de ella a sus pies y hacia la puerta—. ¿Por qué no lo haríamos?

Este fue el momento de la elección: Luce podía permanecer con seguridad en el campus de la manera en que Daniel (y Cam) le habían dicho. Como una prisionera. O podría salir por esa puerta y demostrarse a sí misma que su vida era suya.

Media hora más tarde, Luce estaba mirando, junto con la mitad del total de estudiantes de Shoreline, a un brillante yate blanco de lujo de 130 pies. Hasta en Shoreline el aire había sido más puro, pero en el agua, en la marina adyacente a los muelles, había todavía una fina niebla de fieltro de sobra del día anterior. Cuando Francesca bajó del autobús, ella murmuró: —Ya es suficiente —y levantó la palma de la mano en el aire. Muy casual, como si estuviera haciendo a un lado las cortinas de una ventana, literalmente, la niebla se separó con sus dedos, abriéndose un camino de cielo despejado directamente sobre el barco reluciente. Lo hizo tan sutilmente, que ninguno de los estudiantes no Nephilim o maestros podría decir que cualquier otra cosa que no fuera la naturaleza estaba trabajando. Pero Luce boqueó, no estaba segura de que acababa de ver lo que ella pensaba que había visto hasta que Dawn empezó a aplaudir muy silenciosamente.

—Impresionante, como siempre.



Francesca sonrió ligeramente. —Sí, eso es mejor, ¿no?

Luce empezaba a notar todos los pequeños detalles que podrían haber sido obra de un ángel. El viaje en autobús fletado había sido mucho más suave que el autobús público que había tomado bajo la lluvia el día anterior. Los escaparates parecían frescos, como si toda la ciudad hubiera recibido una nueva capa de pintura. Los estudiantes estaban en fila para embarcar en el yate, que estaba deslumbrante en el camino deslumbrante donde las cosas eran muy caras. Su perfil liso y curvo como una concha marina, y cada uno de sus tres niveles tenía su propia cubierta amplia de blanco. De donde entraron en la cubierta de proa, Luce podía ver a través de los enormes ventanales en tres cabinas afelpadamente proporcionadas.

Ella siguió a Miles en la cabina en el segundo nivel del yate. Las paredes eran de un gris oscuro tranquilo, con bancos largos en blanco y negro, y blancas paredes curvas. Una media docena de estudiantes ya se habían arrojado en los bancos tapizados y fueron recogiendo la gran cantidad de alimentos que cubría las mesas del centro. En el bar, Miles se abrió una lata de Coca-Cola, la dividió entre dos vasos de plástico, y le entregó uno a Luce. —Así que el demonio le dice al ángel: “¿Demandarme? ¿Dónde crees que vas a tener que ir a encontrar un abogado?” —Él le dio un codazo—. ¿Lo tienes? Los abogados vienen supuestamente todos del...

Un chiste. Su mente había estado en otro lugar y ella había pasado por alto el hecho de que Miles había estado contando una broma. Se obligó a mirarlo, riendo a carcajadas, incluso golpeando la parte superior de la barra. Miles pareció aliviado, pero un poco sospechoso de su reacción exagerada.

—Wow —dijo Luce, sintiéndose horrible mientras reducía su risa falsa—. Ese era uno bueno.

A su izquierda, Lilith, la alta trilliza que Luce había encontrado en el primer día de clases, se detuvo de morder una tártara de atún en su camino a la boca. —¿Qué clase de broma mestiza es esa? —Ella estaba frunciendo el ceño, sobre todo a Luce, sus labios brillantes situados en un gruñido—. ¿En realidad crees que eso es gracioso? ¿Alguna vez has estado en el infierno? No es cosa de risa. Lo esperamos de Miles, pero yo pensé que tú tenías mejor gusto.

Luce se quedó desconcertada. —No me di cuenta que era una cuestión de gusto, —dijo—. En ese caso, definitivamente estoy pegada a Miles.

—Shhhh. —Las manos de Francesca de repente estaban tanto en los hombros de Luce como los de Lilith—. De lo que sea que se trate, recuerden: Estás en un barco con setenta y tres estudiantes no Nephilim. La palabra del día es la discreción.

Esa era todavía una de las partes más extrañas acerca de Shoreline, que a Luce le preocupaba. Todo el tiempo que pasaban con los niños regulares en la escuela, pretendiendo que no estaban haciendo lo que fuera que en realidad estaban haciendo los Nephilim. Luce aún quería hablar con Francesca sobre las Anunciadoras, acerca de lo que había hecho a principios de esa semana en el bosque.

Francesca se alejaba y Shelby empujó a un lado a Luce y Miles. —¿Exactamente cuán discreta crees que necesito ser mientras setenta y tres remolinos no Nephilim realizan los aseos de la cabina?

—Eres mala. —Luce se echó a reír, y luego dio un respingo cuando Shelby le tendió su plato—. Mira quién comparte —dijo Luce—. Y se llama a sí misma una hija única.

Shelby tiró la placa posterior después de que Luce le había alcanzado una aceituna. —Sí, bueno, no te acostumbres a ello ni nada.

Cuando el motor aceleró bajo sus pies, la barcada del conjunto de estudiantes vitoreó. Luce prefirió momentos como este en Shoreline, cuando en realidad no podría decir quién era Nephilim y quién no. Una fila de niñas desafiaron el frío afuera, riendo con el pelo volando por el viento. Algunos de los chicos de su clase de historia estaban haciendo un juego de póquer, juntos, en una esquina de la cabina principal. Esa mesa era donde Luce habría esperado encontrar a Roland, pero estaba visiblemente ausente.

Cerca de la barra, Jasmine estaba tomando fotos de toda la escena, mientras que Dawn indicaba a Luce, imitando con una pluma y papel en el aire que todavía tenía que escribir su discurso. Luce se dirigía más a unirse a ellos cuando, por el rabillo del ojo, vio a Steven por las ventanas. Él estaba solo, apoyado en la barandilla en un abrigo negro largo, un sombrero tapando su pelo. Todavía la ponía nerviosa pensar en él como un demonio, sobre todo porque a ella realmente le gustaba, o al menos lo que sabía de él. Su relación con Francesca la confundía aún más. Eran como una unidad: le recordó lo que Cam había dicho la noche anterior acerca de que él y Daniel no eran del todo diferentes. La comparación todavía la molestaba cuando ella abrió la puerta de vidrio polarizado y salió a la cubierta. Todo lo que podía ver en el lado oeste de la embarcación era el infinito azul del cielo despejado sobre el azul de mar. El agua estaba en calma, pero un fuerte viento arrancó a los lados del barco. Luce tuvo que aferrarse a la barandilla, entrecerrando los ojos en la luz brillante del sol, protegiéndose los ojos con la mano mientras se acercaba a Steven. No vio a Francesca en ningún lugar.

—Hola, Luce. —Él sonrió a ella y tomó su sombrero cuando llegó a la barandilla. Su rostro estaba moreno para noviembre—. ¿Cómo va todo?

—Esa es una buena pregunta —dijo.

—¿Te has sentido abrumada esta semana? ¿Nuestra demostración con la Anunciadora no te trastornó demasiado? Ya sabes —bajó la voz—, nunca hemos enseñado eso antes.

—¿Trastornarme? No. Me gustó —dijo Luce rápidamente. —Quiero decir, era difícil de ver. Pero también es fascinante. He querido hablar de ello con alguien... —Con los ojos Steven en ella, se acordó de la conversación que había escuchado de sus dos maestros con Roland. Cómo había sido Steven, no Francesca, quien había sido más abierto a la inclusión de Anunciadoras en el plan de estudios—. Quiero aprender todo sobre ellas.

—¿Todo sobre ellas? —Steven inclinó la cabeza, tomando el sol en su piel ya dorada—. Eso podría tomar un tiempo. Hay miles de millones de Anunciadoras, una para

casi todos los momentos de la historia. El campo es interminable. La mayoría de nosotros ni siquiera sabe por dónde empezar.

—¿Es por eso que no las han enseñado antes?

—Es polémico —dijo Steven—. Hay ángeles que creen que las Anunciadoras no tienen ningún valor. O que las cosas malas que a menudo se anuncian son mayores que las buenas. Ellos llaman a los defensores como yo “ratas de paquete histórico”, demasiado obsesionados con el pasado para prestar atención a los pecados del presente.

—Pero eso es como decir... que el pasado no tiene ningún valor.

Si eso fuera cierto, significaría que todas las vidas anteriores de Luce no sumaban nada, que su historia con Daniel también fue inútil. Así que todo lo que importaba era lo que ella sabía de Daniel en esta vida. ¿Y sería realmente suficiente? No, no lo era. Tenía que creer que hubo más de lo que sentía por Daniel: un recurso valioso a lo largo de la historia, algo más grande que un par de noches de besos felices y un par de noches más de discutir. Porque si el pasado no tenía ningún valor, en realidad era todo lo que tenían.

—A juzgar por la expresión de tu cara —dijo Steven—, parece como si tuviera a otro de mi lado.

—Espero que no estés llenando la cabeza de Luce con cualquiera de tus inmundicias diabólicas. —Apareció Francesca detrás de ellos. Tenía las manos en las caderas y una mueca en su rostro. Hasta que comenzó a reírse, Luce no tenía ni idea de que estaba bromeando.

—Estábamos hablando de las sombras, quiero decir, las Anunciadoras —dijo Luce—. Steven me acaba de decir que piensa que hay miles de millones de ellos.

—Steven también piensa que no necesita llamar a un fontanero cuando el inodoro se desborda. —Francesca sonrió con gusto, pero había una corriente oculta en su voz que hizo a Luce sentirse avergonzada, como si hubiera hablado también con valentía—. ¿Quieres dar testimonio de más escenas horribles como la que hemos examinado en clase el otro día?

—No, eso no es lo que quería decir.

—Hay una razón por la cual ciertas cosas es mejor dejarlas en manos de expertos. —Francesca miró a Steven—. Me temo que, como un inodoro desbordado, las Anunciadoras como una ventana al pasado son sólo una de esas cosas.

—Por supuesto que entiendo por qué, en particular, podrían estar interesados en ellos —dijo Steven, llamando la atención completa de Luce. Así que Steven lo entendía. Sus vidas pasadas.

—Pero hay que entender —agregó Francesca, —que vislumbrar las sombras es muy arriesgado, sin el entrenamiento apropiado. Si estás interesada, hay universidades, programas académicos rigurosos que incluso estarían encantados de hablar contigo. Pero, por ahora, Luce, debes perdonar nuestros errores al demostrar antes del tiempo a una clase de secundaria; debes dejar las cosas así.



Luce se sintió extraña y expuesta. Ambos la estaban viendo. Inclineda un poco sobre la barandilla, podía ver algunos de sus amigos en la cubierta principal del buque que estaba debajo. Miles tenía un par de binoculares presionados a los ojos y estaba tratando de señalar algo a Shelby, que lo ignoraba detrás de sus gigantes lentes de sol. En la popa, Dawn y Jasmine se sentaron en una repisa con Amy Branshaw. Ellas estaban inclinadas sobre una carpeta de Manila, haciendo notas rápidas.

—Debería ir a ayudar con el discurso de bienvenida —dijo Luce, alejándose de Francesca y Steven. Podía sentir sus ojos en ella todo el camino hasta la escalera de caracol. Luce llegó a la cubierta principal, se escondió debajo de una fila de velas recogidas, y se apretujó adelante de un grupo de estudiantes no-Nephilim que estaban de pie en un aburrido círculo en torno al Sr. Kramer, el profesor larguirucho de biología, quien estaba exponiendo algo sobre el frágil ecosistema justo debajo de sus pies.

—¡Allí estas! —Jasmine empujó a Luce dentro de su grupo—. Un plan esta finalmente tomando forma.

—Genial. ¿Cómo puedo ayudar?

—A las doce en punto, vamos a sonar la campana. —Dawn señaló una enorme campana de bronce colgada de una viga blanca por una polea, cerca de la proa del barco—. Luego voy a darles la bienvenida a todos, Amy va a hablar acerca de cómo este viaje llegó a ser, y Jas va a hablar sobre los próximos eventos sociales de este semestre. Todo lo que necesitamos es que alguien diga algo ecológico.

Las tres chicas miraron a Luce. —¿Qué, este es un velero híbrido o algo así? —preguntó Luce.

Amy se encogió de hombros y meneó la cabeza. La cara de Dawn se iluminó con una idea. —¿Podrías decir algo como que estar aquí nos hace a todos más ecologistas porque el que vive más cerca de la naturaleza actúa más cerca de la naturaleza?

—¿Eres buena escribiendo poemas? —Preguntó Jasmine—. Podrías tratar de hacerlo, sabes, ¿por diversión?

Culpable de evadir cualquier responsabilidad real, Luce sintió la necesidad de ser obediente. —Poesía ambiental —dijo, pensando que en la única cosa que ella era peor que poesía y biología marina era hablar en público—. Claro. Puedo hacerlo.

—Okey, ¡uf! —Dawn limpió su frente—. Bien, entonces esta es mi visión. —Ella se subió en la repisa donde había estado sentada y comenzó a hacer una lista de cosas con los dedos que Luce sabía debía prestar atención (“¿No sería grandioso si nos alineamos desde los más bajos hasta los más altos?”), especialmente desde que, en muy poco tiempo, estaba programada para decir algo inteligente, y cadencioso, sobre el medio ambiente frente a un centenar de sus compañeros de clase.

Pero su mente todavía estaba nublada de esa bizarra conversación con Francesca y Steven. “Deja a los Anunciadores a los expertos”. Si Steven estaba en lo cierto, y realmente había un Anunciador en cada momento de la historia, bueno, era como decirle a ella que les dejara todo el pasado a los expertos. Luce no estaba tratando de requerir



conocimientos sobre Sodoma y Gomorra, era su propio pasado, el de ella y Daniel, el que le interesaba. Y si alguien tenía que ser un experto en eso, Luce se imaginaba que tenía que ser ella.

Pero Steven lo había dicho él mismo: Había un trillón de sombras allí afuera. Estaría cerca de lo imposible siquiera localizar los que tengan algo que ver con ella y Daniel, y mucho menos saber qué hacer con ellos si alguna vez se encontrara a los correctos.

Ella levantó la vista a la cubierta del segundo piso. Sólo podía ver la parte de arriba de las cabezas de Francesca y Steven. Si Luce dejaba correr su imaginación libremente, podía armar una clara conversación entre ellos. Acerca de Luce. Y acerca de los Anunciadores. Probablemente comprometiéndose a no mencionarlos delante de ella nunca más. Estaba bastante segura que, en lo que se trataba de sus vidas pasadas, ella estaba sola.

*Espera un minuto. El primer día de clase. Mientras rompían el hielo. Shelby dijo...* Luce se puso de pie, olvidando por completo que estaba en medio de una reunión, y ya estaba cruzando el puente, cuando un grito desgarrador resonó detrás de ella. En cuanto se dio vuelta hacia el sonido, Luce vio un destello de algo negro aparecer en la proa del barco. Un segundo después, se había ido. Luego un *splash*.

—¡Oh Dios mío! ¡Dawn!—Jasmine y Amy estaban inclinando la mitad de su cuerpo en la proa, viendo hacia abajo en el agua. Estaban gritando.

—¡Voy por el bote salvavidas! —gritó Amy, corriendo a la cabina.

Luce brincó sobre la repisa junto a Jasmine y tragó saliva por lo que veía. Dawn había caído por la borda y se agitaba en el agua. Al principio, su cabeza de cabello oscuro y sus brazos agitándose eran todo lo que se veía, pero luego levantó la mirada y Luce vio el terror en su blanco rostro. Un horrible segundo después, una gran ola sobrepasó el pequeño cuerpo de Dawn, el bote seguía moviéndose mientras se alejaba de ella.

Las chicas temblaban, esperando que volviera a emerger.

—¿Qué paso? —Steven demandó, de repente a su lado. Francesca fue aflojando un aro salvavidas de sus ataduras debajo de la proa.

Los labios de Jasmine temblaban. —Ella estaba tratando de hacer sonar la campana para llamar la atención de todos y dar un discurso. Apenas se inclinó, no sé cómo perdió el balance. Luce dio otra dolorosa mirada sobre la proa del barco. La caída al agua helada era probablemente de diez metros. Todavía no había señal de Dawn.

—¿Dónde está ella? —exclamó Luce—. ¿Puede nadar? —Sin esperar por una respuesta, agarró el salvavidas de las manos de Francesca, metió un brazo en él, y se subió a la cima de la proa.

—Luce, ¡detente!

Luce escuchaba el grito detrás de ella, pero ya era demasiado tarde. Se sumergió en el agua, aguantando la respiración, pensando en Daniel en el camino hacia abajo, y en su último clavado en el lago. Sintió el frío en su caja torácica en primer lugar, un

endurecimiento alrededor de sus pulmones por el shock de la temperatura. Esperó hasta que descendió lentamente, a continuación, pateó hacia la superficie. Las olas se volcaban sobre su cabeza, arrojándole sal en la boca y en la nariz, pero ella se aferró fuertemente al salvavidas. Era incómodo nadar con él, pero si encontraba a Dawn, las dos lo necesitarían para mantenerse a flote mientras esperaban por el bote salvavidas. Ella podía sentir vagamente un clamor en el yate, gente gritando y corriendo alrededor de la cubierta, llamándola. Pero si Luce iba a ser algún tipo de ayuda para Dawn, ella tenía que desconectarse de todo ello.

Luce pensó que había visto el punto oscuro de la cabeza de Dawn en el agua congelada. Se precipitó hacia adelante, en contra de las olas, hacia ella. Sus pies tocaron algo, ¿una mano? Pero luego se fue, y no estaba segura si había sido Dawn en absoluto. Luce no podía sumergirse mientras estuviera sujeta al salvavidas, y tenía un mal presentimiento de que Dawn estaba en lo profundo. Ella sabía que no podía dejar ir su salvavidas. Pero no podría salvar a Dawn al menos que lo hiciera. Lanzándose hacia un lado, Luce llenó sus pulmones con aire, luego se sumergió en el fondo, nadando fuertemente hasta que la cálida superficie desapareció y el agua se volvía tan fría que dolía. No podía ver nada, sólo asirse de donde podía, esperando alcanzar a Dawn antes de que fuera muy tarde.

Fue el cabello de Dawn lo primero que sintió Luce, el choque de delgadas y oscuras ondas. Tanteando más abajo con su mano, ella sintió las mejillas de su amiga, luego el cuello, luego los hombros. Dawn se había hundido bastante profundo en muy poco tiempo. Luce deslizó sus brazos debajo de las axilas de Dawn, luego usó toda su fuerza para jalarla hacia arriba, pateando con fuerza hacia la superficie. Estaban lejos debajo del agua, la luz del día era un resplandor lejano. Y Dawn se sentía más pesada de lo que podría ser, como si un gran peso se añadiera a ella, arrastrándola a las dos hacia abajo.

Por fin Luce salió a la superficie. Dawn chisporroteaba, arrojando agua por la boca y tosía. Sus ojos estaban rojos y su pelo estaba enmarañado en la frente. Con un brazo colocado sobre el pecho de Dawn, Luce suavemente remó, llevándolas a las dos hacia el salvavidas.

—Luce —Dawn susurró. En las agitadas olas, Luce no podía escucharla, pero podía leer sus labios—. ¿Qué está pasando?

—No lo sé. —Luce meneó su cabeza, esforzándose por mantenerlas a flote a ambas.

—¡Nada hacia el bote salvavidas!

El llamado venía desde atrás. Pero nadar a cualquier lado era imposible. Ellas apenas podían mantener sus cabezas fuera del agua. La tripulación estaba bajando una balsa salvavidas inflable. Steven estaba dentro de ella. Tan pronto como el barco tocó el mar, él comenzó a remar con fuerza hacia ellas. Luce cerró los ojos y dejó que el alivio la arrastrara con la próxima ola. Si sólo ella aguantara un poco más, estarían bien.

—Agarra mi mano —Steven gritó a las chicas. Las piernas de Luce se sentían como si hubiera estado nadando por una hora. Ella empujó a Dawn hacia él para que pudiera ser la primera que saliera. Steven se había despojado de sus pantalones y la camisa oxford

blanca, que estaba mojada ahora y aferrada a su pecho. Sus musculosos brazos eran enormes cuando alcanzó a Dawn. Tenía la cara roja por el esfuerzo, gruñó y la lanzó en brazos. Cuando Dawn estaba sobre la borda, lo suficiente para que ella no cayera de nuevo, Steven se volvió y rápidamente se apoderó de los brazos de Luce.

Se sentía sin peso, prácticamente elevada fuera del agua con su ayuda. Sólo cuando sintió que su cuerpo se deslizaba el resto del camino en la balsa fue cuando se dio cuenta de lo empapada y congelada que estaba. Excepto donde los dedos de Steven debían estar. Allí las gotas de agua de su piel estaban hirviendo. Ella se sentó, moviéndose para ayudar a Steven a terminar de empujar a la temblorosa Dawn dentro de la balsa. Exhausta, Dawn apenas podía arrastrarse hacia arriba. Luce y Steven tomaron cada uno un brazo y la levantaron.

Estaba casi dentro del bote cuando Luce sintió una sacudida terrible que tiró a Dawn nuevamente al agua. Los ojos oscuros de Dawn sobresalían, y gritaba mientras se deslizaba hacia atrás. Luce no estaba preparada: Dawn se resbaló, y Luce se cayó contra un lado de la balsa.

—¡Agárrate! —Steven sostuvo a Dawn de la cintura justo a tiempo. Se puso de pie, casi volcando la balsa. En cuanto se enderezó para sacar a Dawn del agua, Luce vio el breve destello de oro que se extendía desde su espalda. Sus alas. La forma en que sobresalían de inmediato, en el momento en que Steven necesitaba la mayor fuerza, parecía pasar casi contra su voluntad. Eran brillantes, la clase de color de las joyas caras. Luce las había visto sólo por detrás de vitrinas en las tiendas de departamento. Ellas no eran como las alas de Daniel. Las de Daniel eran cálidas y acogedoras, magníficas y atractivas; las de Steven eran toscas e intimidantes, dentadas y aterradoras.

Steven gruñó, los músculos en sus brazos se tensaron, y sus alas batieron una sola vez, dándole el suficiente impulso para elevar a Dawn fuera del agua. Las alas se expandieron lo suficiente para planear con Luce contra el otro lado de la balsa. Tan pronto como Dawn estuvo a salvo, los pies de Steven aterrizaron de nuevo en el suelo de la balsa. Sus alas inmediatamente se deslizaron en su piel. Salieron dos pequeños desgarros en la espalda de la camisa que vestía, la única prueba que lo que Luce había visto había sido real.

Tenía la cara lavada y sus manos temblaban. Los tres se derrumbaron dentro de la balsa. Dawn no se había dado cuenta de nada, y Luce se preguntó si alguien más lo había visto. Steven miró a Luce como si la viera desnuda. Ella quería decirle que había sido sorprendente ver sus alas, que no lo había sabido hasta entonces, que incluso el lado oscuro de los ángeles caídos podría ser tan impresionante. Ella buscó hacia Dawn, en parte esperando ver sangre en algún lugar de su piel. Realmente sentía como si algo la hubiera llevado en sus mandíbulas. Pero no había ninguna señal de herida alguna.

—¿Estás bien? —susurró Luce finalmente.

Dawn negó con la cabeza, enviando gotitas de agua volando desde su cabello. — Puedo nadar, Luce. Soy una buena nadadora Algo me había... algo...



—¿Está todavía allí? —terminó Steven, recogiendo la pala y acarreando de nuevo hacia el yate.

—¿Qué sentiste? —preguntó Luce—. Un tiburón o...

Dawn se estremeció. —Manos.

—¿Manos?

—Luce —ladró Steven. Se volvió hacia él: parecía un ser diferente del que le había estado hablando minutos antes en la cubierta. Había una dureza en sus ojos que nunca había visto antes—. Lo que hiciste fue... —Se interrumpió. Su rostro goteante parecía salvaje. Luce contuvo la respiración, esperando. *Imprudente. Estúpido. Peligroso*—. Muy valiente —dijo finalmente, las mejillas y la frente volvieron a su expresión habitual.

Luce exhaló, teniendo un momento difícil incluso para encontrar su voz para decir “gracias”. Ella no podía quitar sus ojos de las piernas temblorosas de Dawn. Y el aumento de marcas finas de color rojo que aparecían alrededor de los tobillos. Marcas que parecía habían sido dejadas por dedos.

—Estoy seguro de que las niñas tienen miedo —dijo Steven en voz baja—. Pero no hay razón para que haya una histeria general en toda la escuela. Permíteme tener una charla con Francesca. Hasta que sepas de mí: Ni una palabra de esto a nadie más. ¿Dawn? —La niña asintió con la cabeza, luciendo aterrorizada.

—¿Luce?

Su rostro se contrajo. No estaba segura de mantener este secreto. Dawn casi había muerto.

—Luce. —Steven se apoderó de su hombro, se quitó las gafas de marco cuadrado, y miró fijamente los ojos color avellana de Luce con sus propios ojos marrones oscuros. A medida que la balsa salvavidas se izaba hasta la cubierta principal, donde esperaba el resto de la escuela, su aliento era caliente en su oreja—. Ni una palabra. A nadie. Es por tu propia protección.



# Capítulo 7

*Traducido por Aishliin y Ruthiee*

*Corregido Por Anelisse*

## Doce Días

—No entiendo por qué estás actuando tan rara —le dijo Shelby a Luce a la mañana siguiente—. Has estado aquí, qué, ¿seis días? Y ya eres la mayor heroína de Shoreline. Tal vez estés a la altura de tu reputación después de todo.

El cielo de la mañana estaba salpicado por nubes... cúmulos. Luce y Shelby se paseaban a lo largo de la pequeña playa de Shoreline, compartiendo una naranja y un termo de té chino. Un fuerte viento llevó a la tierra el aroma de las viejas secuoyas de por debajo de los bosques. La marea estaba alta y era fuerte, provocando que hubiera grandes áreas de algas de nudo negro, medusas, y trozos de madera podrida en la ruta de acceso de las niñas.

—No fue nada —murmuró Luce, aunque no era del todo cierto. Saltar al agua helada después de Dawn, había sido sin duda algo. Pero Steven —la severidad de su tono, la fuerza de su apretón en el brazo— hacía estremecer a Luce siempre que hablaba del rescate de Dawn.

Ella miró a la espuma salada de una ola a su izquierda, ya retrocediendo. Estaba tratando de no mirar las aguas profundas y oscuras más allá, entonces no tendría que pensar en las manos heladas de las profundidades. Por “su” propia protección. Steven debía haber usado el “su” en su forma plural. Como que la protección era para todos los estudiantes. De lo contrario, si sólo era por Luce...

—Dawn está bien —dijo—. Eso es lo que importa.

—Um, sí, gracias a ti, vigilante de la playa.

—No empieces a llamarme vigilante de la playa.

—¿Prefieres pensar en ti misma como una aprendiz del oficio de salvadora? —Shelby había utilizado su manera más inexpresiva de burla—. Frankie dice que algún ser misterioso ha estado merodeando alrededor de la escuela las dos últimas noches. Tú debes darle lo que...

—¿Qué? —Luce casi escupió su té—. ¿Quiénes?

—Repito: alguien misterioso. Qué sé yo. —Shelby se sentó en una piedra caliza plana, degradada, saltando expertamente unas piedras en el océano—. Sólo alguna locura. He oído hablar de Frankie Kramer sobre él en el barco ayer, después de todo el alboroto.

Luce se sentó junto a Shelby y comenzó a revolver en la arena de las piedras.

Alguien estaba merodeando Shoreline. ¿Y si era Daniel?

Sería típico de él. Muy obstinado en mantener su promesa de no verla, pero sin poder mantenerse alejado. Pensar en él hizo que su anhelo aumentara. Ella se podía sentir casi al borde de las lágrimas, aunque fuera una locura. Era probable que el ser misterioso ni siquiera fuera Daniel. Podría ser Cam. Podría ser cualquiera. Podría ser un desterrado.

—¿Lo de Francesca te tiene preocupada? —Le preguntó Shelby.

—¿No lo estarías tú?

—Espera un minuto. ¿Es por eso que no escapaste anoche? —Fue la primera noche en que Luce no había sido despertada por Shelby entrando por la ventana.

—No —el brazo de Shelby se movía en un movimiento de yoga. Lo movió seis veces en un amplio arco, llegando casi hasta el final de nuevo a ellas, como un boomerang.

—¿A dónde vas todas las noches, de todos modos?

Shelby metió las manos en los bolsillos de su chaleco de esquí, hinchada y roja. Ella estaba mirando las olas grises tan intensamente que era evidente que había visto algo por ahí o que estaba eludiendo la pregunta.

Luce siguió su mirada, casi aliviada al no ver nada en el agua, sólo las ondas de color gris y negro en todo el camino hasta el horizonte. —Shelby.

—¿Qué? No voy a ninguna parte.

Luce comenzó a ponerse de pie, molesta porque Shelby sentía que no podía decirle nada. Luce ya estaba sacudiéndose la arena húmeda de la parte trasera de sus piernas cuando la mano de Shelby la tiró hacia abajo en la roca.

—Bueno, yo solía ir a ver a mi estúpido y lamentable novio. —Shelby suspiró fuertemente, lanzando una piedra ingenuamente al agua, cerca de darle a una gorda gaviota descendiendo hacia un pez—. Antes de que él se convirtiera en mi estúpido y lamentable ex-novio.

—Oh, Shel, lo siento. —Luce se mordió el labio—. Yo ni siquiera sabía que tenías un novio.

—Tuve que empezar a mantenerlo en condiciones de competencia. Se centró demasiado en el hecho de que yo tenía una nueva compañera de cuarto. Le molestaba que viniera más tarde en la noche. Quería conocerte. No sé qué clase de chica cree que soy. No te ofendas, pero tres son una multitud en mi pueblo.

—¿Quién es él? —preguntó Luce—. ¿Es de aquí?

—Phillips Aves. Él está en el último año de la escuela principal.

Luce no creía que ella lo conociera.

—¿Ése chico pálido con el pelo teñido de rubio? —dijo Shelby—. ¿De la clase que parecen albinos, como David Bowie? Realmente no puedes no haberlo visto. —Torció la boca—. Por desgracia.

—¿Por qué no me dijiste que rompieron?

—Yo prefiero descargar canciones de Vampiro Weekend que sincronizar los labios para cuando no estás cerca. Mejor para mis *chakras*. Además —señaló con un dedo regordete a Luce—, tú eres la que siempre está de mal humor o rara hoy en día. ¿Daniel te trata mal o algo así?

Luce se echó hacia atrás, apoyándose en los codos. —Eso requeriría, en realidad, que nos viéramos, cosa que no se nos permite hacer.

Si Luce cerró los ojos, dejando que el sonido de las olas la llevara de regreso a la primera noche que había besado a Daniel. En esta vida. La maraña húmeda de sus cuerpos en Savannah, en el paseo marítimo. La presión hambrienta de sus manos tirando de ella. Todo parecía posible entonces. Ella abrió los ojos. Ahora estaba tan lejos de todo eso.

—Así que, tu lamentable y asno ex-novio...

—No —Shelby hizo un silbido con los dedos en la boca—. No quiero hablar de nada más sobre LYAN (*lamentable y asno ex-novio*). Supongo que tú quieres hablar acerca de Daniel. Adelante.

Era eso, exactamente. Pero no era que Luce no quisiera hablar de Daniel... Era más bien que si empezaba a hablar acerca de él, no podría ser capaz de callar. En su mente, sonó como un registro mental, al repetir, oh, las cuatro experiencias físicas que había tenido con él en esta vida (ella decidió empezar a contar desde el momento en que él dejó de fingir que ella no existía). Imaginó que ella no estaba a la altura de Shelby, que probablemente había tenido toneladas de novios, y toneladas de experiencia. Luce no era nadie en comparación...

Un beso que apenas podía recordar con un muchacho que había estallado en llamas. Un puñado de momentos muy calientes con Daniel. Todo eso lo resumía. Luce no era precisamente una experta en el amor.

Una vez más sintió la injusticia de su situación: Daniel tenía todos estos grandes recuerdos de ellos juntos para recurrir cuando las cosas se ponían difíciles. Ella no tenía nada.

Hasta que miró a su compañera de cuarto. —¿Shelby?

Shelby tenía la capucha roja sobre la cabeza y estaba metiendo un palo en la arena mojada. —Te dije que no quiero hablar de él.

—Ya lo sé. Me preguntaba, ¿recuerdas cuando mencionaste que sabías vislumbrar vidas pasadas?

Esto era lo que ella había estado a punto de preguntarle a Shelby cuando Dawn cayó por la borda.

—Yo nunca dije eso. —El palo cayó más profundamente en la arena, la cara de Shelby estaba enrojeciendo y el pelo rubio en la cola de caballo se encrespaba.

—Sí... lo hiciste. —Luce inclinó la cabeza—. Lo escribiste en mi papel. Ese día, ¿cuando estábamos haciendo lo de romper el hielo? Tú me lo arrebataste de las manos y me dijiste que podías hablar más de dieciocho idiomas y echar un vistazo a vidas pasadas, y eso es lo que necesito.

—Recuerdo lo que dije. Pero entendiste mal lo que quise decir.

—De acuerdo —dijo Luce lentamente—, bien.

—El hecho de que antes he vislumbrado una vida pasada no quiere decir que sepa cómo hacerlo, y no dije que fuera mía.

—Por lo tanto, ¿no era tuya?

—Por supuesto que no, la reencarnación es para los monstruos.

Luce frunció el ceño y clavó las manos en la arena mojada, con ganas de enterrarse en ella.

—Hola, era una broma. —Shelby le dio un codazo a Luce juguetonamente—. A medida especialmente para la chica que ha tenido que pasar por la pubertad mil veces. —Ella hizo una mueca—. Una vez fue suficiente para mí, muchas gracias.

Luce sí era esa chica. La chica que había tenido que pasar por la pubertad mil veces. Nunca había pensado en ello antes de esa manera. Era casi divertido: Desde el exterior, pasando por un sinfín de pubertades parecía la peor parte de su suerte. Pero era mucho más complicado que eso. Luce empezó a decir que iría a través de los mil granos y de las fluctuaciones hormonales más si pudiera echar una mirada en sus vidas pasadas y comprender más acerca de sí misma, pero luego levantó la mirada hacia Shelby. —Si no era tuya, ¿de quién era la vida pasada a la que le echaste un vistazo?

—¿Por qué eres tan curiosa? Maldita sea.

Luce podía sentir que su presión arterial aumentaba. —Shelby, dios mío, ¡me tiraste un hueso!

—Está bien —dijo Shelby finalmente, haciendo un movimiento hacia fuera con sus manos—. Yo estaba en una fiesta una noche en Corona. Las cosas se pusieron bastante locas, sesiones de espiritismo medio desnudos y esa mierda, y... bueno, esa no es realmente la historia. Así que recuerdo dar un paseo para tomar aire. Estaba lloviendo, y era difícil ver a dónde iba. Di la vuelta a la esquina en un callejón y estaba ese tipo, miraba una especie de marcha al futuro. Estaba inclinado sobre una esfera en la oscuridad. Yo nunca había visto nada igual, en forma de globo, pero estaba brillante, flotando por encima de sus manos. Él estaba llorando.

—¿Qué era?

—Yo no sabía entonces, pero ahora sé que era un mensajero.



Luce estaba hipnotizada. —¿Y viste algunas de las vida pasadas que estaba vislumbrando? ¿Cómo era?

Shelby encontró los ojos de Luce y tragó saliva. —Fue muy espantoso, Luce.

—Lo siento —dijo Luce—. Sólo estaba preguntando porque...

Se sentía como una gran cosa admitir lo que estaba a punto de admitir. Francesca definitivamente se opondría a esto. Pero Luce necesita respuestas, y necesitaba ayuda. Ayuda de Shelby.

—Necesito a vislumbrar algunas de mis vidas pasadas —dijo Luce—. O por lo menos necesito intentarlo. Por las cosas que han ido ocurriendo recientemente, se supone que debo simplemente aceptarlo porque no conozco nada mejor, pero podría conocer algo mejor, mucho mejor, si tan solo pudiera ver de dónde vengo. Dónde he estado. ¿Eso tiene algún sentido?

Shelby asintió con la cabeza.

—Necesito saber lo que tenía en el pasado con Daniel, para así poder sentirme más segura de lo que tengo con él ahora. —Luce tomó un respiro—. Ese tipo, el de la calle.... ¿Viste lo que le hizo al Anunciador?

Shelby arrugó sus hombros. —Como que él lo guió de alguna forma. Yo ni siquiera sabía lo que era en ese momento, y no sé cómo lo rastreó. Ese es el por qué la demostración de Francesca y Steven me asustó tanto. Vi lo que pasó esa noche, y he estado tratando de olvidarlo desde ese entonces. No tenía idea de que lo que estaba viendo era un Anunciador.

—Si yo pudiera rastrear a un Anunciador, ¿Crees que podrías guiarlo?

—No lo prometo —dijo Shelby—, pero voy a hacer el intento. ¿Sabes cómo seguirlo?

—No realmente, pero, ¿qué tan difícil puede ser? Ellos me han estado siguiendo toda mi vida.

Shelby tomó su mano sobre la mano de Luce en la roca. —Quiero ayudarte, Luce, pero es raro. Estoy asustada. ¿Qué tal si ves algo que... tú sabes, que no deberías?

—Cuando tú rompiste con SAEB...

—Pensé que ya te había dicho que no...

—Sólo escucha: ¿No estás feliz de haber descubierto lo que sea que te hizo terminar con él, antes que después? Quiero decir, ¿qué tal si te hubieras comprometido o algo así, solamente entonces...?

—Bla, bla... —Shelby alzó una mano para detener a Luce—. Punto tomado. Ahora, vamos, encontremos una sombra.

Luce guió a Shelby a través de la playa y hasta las escaleras de piedra empinada, donde las pocas verbenas maltratadas, rojas y amarillas se habían empujado hacia arriba a

través del suelo húmedo y arenoso. Ellas cruzaron la elegante terraza verde, tratando de no interrumpir a un grupo de estudiantes no Nephilim en un juego definitivo de frisbee<sup>3</sup>. Ellos pasaron junto a la ventana de la sala de su dormitorio del tercer piso y llegaron alrededor de la parte trasera del edificio. A la orilla del bosque de las secoyas<sup>4</sup>, Luce apuntó a un espacio entre los árboles. —Ahí fue donde encontré uno la última vez.

Shelby recorrió el boque delante de Luce, metiéndose a través de hojas como garras de los árboles de arce entre las secoyas y deteniendo el marco de un enorme helecho.

Estaba oscuro debajo de los secoyas, y Luce estaba feliz por la compañía de Shelby. Ella pensó en el otro día, qué tan rápido había pasado el tiempo mientras ella perseguía esa sombra, llevándola a ningún lado.

De repente, se sintió abrumada.

—Si podemos encontrar y atrapar a un anunciador, y si incluso pudiéramos conseguir un vislumbre para trabajar —dijo ella—, ¿cuáles crees que sean las posibilidades de que el Anunciador tenga algo para mostrar acerca de Daniel y yo? ¿Qué tal si sólo obtenemos una horrible escena de la Biblia como la que vimos en clase?

Shelby sacudió su cabeza. —Acerca de Daniel, no lo sé. Pero si podemos convocar y vislumbrar a un Anunciador, entonces tendrá que ver contigo. Se supone que ellos deben ser convocados... específicamente... aunque no siempre vas a estar interesada en lo que tengan que decir. Del mismo modo como se mezcla el correo basura con tu correo importante, pero sigue estando dirigido a ti.

—¿Cómo pueden ser... convocados... específicamente? Eso significaría que Francesca y Steven estuvieron en la destrucción de Sodoma y Gomorra.

—Bueno, sí. Ellos han estado alrededor desde siempre. Corre el rumor de que sus hojas de vida son bastantes impresionantes. —Shelby miró extrañamente a Luce—. Pon tus erróneos ojos detrás de tu cabeza. ¿De qué otro modo crees que consiguieron trabajos en Shoreline? Esta es una escuela realmente muy buena.

Algo oscuro y resbaladizo se movió sobre ellas: el manto pesado de un Anunciador extendiéndose soñolientamente en las sombras de las alargadas ramas de una secoya.

—Ahí. —Luce apuntó, sin gastar nada de tiempo. Ella se balanceó a sí misma en una rama baja que se alargaba detrás de Shelby. Luce se tuvo que balancear en un pie e inclinarse hacia la derecha solo para rozar al Anunciador con sus dedos—. No lo puedo alcanzar.

Shelby recogió una piña y la lanzó al centro de la sombra, que cayó bajo una rama.

—¡No! —susurró Luce—. Lo arruinarás.

—Me está enojando ser tan cuidadosa. Sólo extiende tu mano.

<sup>3</sup> Juego donde lanzas un platillo y la otra persona lo tiene que cazar

<sup>4</sup> Árbol conífero de copa estrecha, tronco muy lignificado y hojas persistentes, que puede llegar hasta los 100 m debido a la extensa duración de su vida.

Haciendo muecas, Luce hizo lo que le dijo.

Ella vio la piña rebotar en el lado expuesto de la sombra, luego escuchó un suave sonido silbante que solía llenar sus oídos con temor. Un lado de la sombra se estaba deslizando, muy lentamente, lejos de la rama. Se deslizó y aterrizó al otro lado del tembloroso brazo extendido de Luce. Ella pellizcó los bordes con sus dedos.

Luce saltó de la rama donde había estado plantada y se acercó a Shelby, con sus heladas manos ofreciendo humedad.

—Aquí —dijo Shelby—. Yo cogeré la mitad y tú la otra mitad, justo como vimos en clase. Eww, está blando. Está bien, afloja tu apretón, él no se va a ir a ninguna parte.

Pareció como si hubiera pasado mucho tiempo antes de que la sombra hiciera algo. Luce casi sintió como si estuviera jugando con la vieja tabla de la Ouija que había tenido cuando era pequeña. Con una inexplicable energía en las puntas de sus dedos. La ligera sensación, del continuo movimiento antes de que pudiera ver cualquier diferencia en la forma del Anunciador.

Después hubo un fuerte viento. La sombra se fue contrayendo, doblándose lentamente en su propia oscuridad. Luego, toda la cosa había tomado el tamaño y la forma de una larga caja. Que se cernía por encima de su alcance.

—¿Ves eso? —jadeó Shelby. Su voz era casi inaudible sobre el sonido del fuerte viento de la sombra—. Mira, ahí en medio.

Así como había pasado en clase, un oscuro velo parecía despegarse del Anunciador, revelando impactantes ráfagas de color. Luce cubrió sus ojos, viendo cómo la brillante luz parecía regresar dentro de la pantalla de la sombra, en una imagen confusa fuera de foco. Luego, finalmente, terminó en formas distintas de colores apagados. Ellas estaban viendo una sala. La parte trasera de un sillón a cuadros azul con el reposapiés levantado y un botón de la esquina deshilachado. Una vieja televisión con paneles de madera mostraba al aire una repetición de Mork y Mindy con el volumen apagado. Un gordo terrier Jack Russel se acurrucó en un mosaico de la alfombra.

Luce vio una puerta giratoria siendo empujada, abriendo a lo que parecía una cocina. Una mujer, más grande que lo que había sido la abuela de Luce antes que muriera, caminó directamente. Ella estaba vistiendo un vestido blanco y rosado estampado, pesados tenis blancos, y unos lentes espesos con una cadena alrededor de su cuello. Estaba cargando una bandeja de fruta picada.

—¿Quiénes son estas personas? —se preguntó Luce en voz alta.

Cuando la anciana puso la bandeja en la mesita de café, una huesuda mano manchada se extendió por alrededor de la silla y seleccionó un pedazo de plátano.

Luce se inclinó para ver más claramente, y el enfoque de la imagen se desplazó con ella. Como un panorama 3-D. Ella ni siquiera había notado al anciano sentado en el sofá. Él era frágil, con unas pocas delgadas partes de cabello blanco, y la edad se notaba por toda su frente. Su boca se estaba moviendo, pero Luce no podía escuchar nada. Una hilera de



fotografías enmarcadas se alineaba en la repisa de la chimenea. El fuerte viento en los oídos de Luce se volvió más fuerte, tan fuerte que le hizo hacer una mueca de dolor. Sin ella haciendo nada más que preguntarse por esas fotografías, la imagen del Anunciador se enfocó de repente. Dejó a Luce con la sensación de un latigazo... y un extremo primer plano de una fotografía enmarcada.

Un delgado marco plateado alrededor de una placa de vidrio manchado. Dentro, la pequeña fotografía tenía un borde festoneado alrededor de una amarillenta imagen en blanco y negro. Dos caras en la fotografía: la de ella y la de Daniel.

Sosteniendo un suspiro, ella estudió su propio rostro, que lucía un poco joven en comparación al de ahora. Largo cabello oscuro hasta los hombros. Una blusa blanca con un collar de Peter Pan. Una amplia falda cepillando la mitad de sus rodillas. Las manos blancas enguantadas, sosteniendo las de Daniel. Él estaba mirando directamente hacia ella, sonriendo.

El Anunciador comenzó a vibrar, luego a temblar; luego la imagen interior comenzó a parpadear y a desaparecer.

—No —gritó Luce, lista para lanzarse al interior. Sus hombros conectaban con el borde del Anunciador, pero eso fue lo más lejos que pudo conseguir. Un poco de frío amargo la trajo de vuelta y dejó su piel sintiéndose calmada. Una mano la sujetó alrededor de su muñeca.

—No pienses en ideas locas —la advirtió Shelby.

Muy tarde.

La pantalla se volvió oscura y el Anunciador cayó de sus manos al piso del bosque, quebrándose en pedazos como cristal negro roto. Luce suprimió un quejido. Su pecho se agitó. Ella sintió cómo una parte de su cerebro moría.

Haciéndola arrodillarse en cuatro, ella presionó su frente al suelo y rodó hacia su costado. Estaba más frío, más oscuro de lo que había estado cuando habían empezado. El reloj en su muñeca decía que eran pasada las 2 en punto, pero había sido en la mañana cuando habían venido al bosque. Mirando al occidente, hacia la orilla de los bosques, Luce podía ver la diferencia de la luz golpeando el dormitorio.

Shelby se arrodilló junto a ella. —¿Estás bien?

—Estoy tan confundida. Esas personas... —Luce acunó su frente—. No tengo idea de quiénes son.

Shelby aclaró su garganta y lucía incomoda. —No crees que, um. ¿Tal vez tú solías conocerlos? Como, hace mucho tiempo. Como, tal vez ellos eran tus...

Luce esperó a que ella terminara. —¿Mis qué?

—¿Realmente no se te ha ocurrido que esas personas fueron tus padres en otra vida? ¿Que así es como se ven ahora?



La mandíbula de Luce cayó abierta. —No. Espera... ¿tú te refieres a que he tenido diferentes padres en cada una de mis pasadas vidas? Yo pensé que Harry y Doreen... yo sólo supuse que ellos habían estado conmigo todo el tiempo.

De repente, ella recordó algo que Daniel había dicho, acerca de su madre haciendo mala col hervida en esa vida pasada. En ese momento no se había fijado en ello, pero ahora tenía un poco más de sentido. Doreen era una gran cocinera. Todos en el este de Georgia lo sabían. Lo que significaba que Shelby debía de estar en lo correcto. Luce probablemente debía tener toda una nación de familias pasadas que ella ni siquiera podía recordar.

—Soy tan estúpida —dijo. ¿Por qué no había prestado más atención a la forma en que lucían el hombre y la mujer? ¿Por qué no había sentido la más mínima conexión hacia ellos? Sintió como si hubiera vivido toda su vida y sólo ahora descubriera que fue adoptada. ¿Cuántas veces había sido dejada en manos de diferentes padres?—. Esto es... esto es...

—Totalmente enredado —dijo Shelby—. Lo sé. En el lado bueno, tú probablemente podrías haberte ahorrado mucho dinero para terapias si pudieras mirar atrás a tus demás familias, ver todos los problemas que tuviste con cientos de madres antes de esta.

Luce enterró su cara entre sus manos.

—Eso es, si necesitas terapia familiar —suspiró Shelby—. Lo siento, ¿quién está hablando de sí misma otra vez? —Ella levantó su mano izquierda, luego lentamente la puso abajo—. Sabes, Shasta no está tan lejos de aquí.

# Capítulo 8

*Traducido por Emii\_Gregori; Strella; Majo*

*Corregido por Lorena*

## Once Días

**Para:** thegaprices@aol.com

**De:** lucindap44@gmail.com

**Enviado:** Lunes, 11/15 a las 9:49

**Asunto:** Pasando el tiempo aquí

*Queridos mamá y papá:*

*Siento haber estado fuera de contacto. Las cosas en la escuela han estado ocupadas, pero estoy teniendo un montón de buenas experiencias.*

*Mi clase favorita en estos días es humanidades. Ahora mismo estoy trabajando en una asignación extra para tener créditos que ocupa mucho de mi tiempo. Los he echado de menos y espero verlos pronto. Gracias por ser unos padres tan grandes. No creo decirles lo suficiente.*

*Con amor, Luce.*

Luce hizo *clic* en Enviar en su laptop y rápidamente cambió su navegador de nuevo en la presentación en línea de Francesca que se estaba dando en la parte delantera de la habitación. Aún no estaba acostumbrada a estar en una escuela donde les entregaban las computadoras, con acceso inalámbrico a Internet, en medio de la clase. Espada & Cruz tenía un total de siete computadoras de los alumnos, las cuales estaban en la biblioteca. Incluso si lograbas poner tus manos en la contraseña cifrada para acceder a la Web, cada sitio estaba bloqueado a excepción de unos pocos de investigaciones académicas.

Los correos a sus padres habían sido alertados por el sentimiento de culpa. La noche anterior, ella había tenido una extraña sensación por el mero hecho de conducir a la comunidad de retiro en Mount Shasta, que estaba engañando a sus verdaderos padres, los que la habían criado en esta vida. Claro, en algún momento, estos otros padres habían sido reales, también. Pero era un pensamiento demasiado extraño para que Luce lo absorbiera realmente.

Shelby no estaba ni una décima parte de cabreada de lo que podía haberlo estado acerca conducir a Luce todo el camino sin razón. En cambio, ella sólo puso en marcha el Mercedes y se dirigió a pie hasta la In-N-Out Burger para poder conseguir un par de sándwiches del menú de queso a la plancha con salsa especial.

—No le des un segundo pensamiento —dijo Shelby, limpiándose la boca con una servilleta—. ¿Sabes el número de ataques de pánico que mi familia ha atornillado sobre mí? Créeme, soy la última persona que va a juzgarte por esto.

Ahora Luce miraba a través del salón de clases a Shelby, y sintió una intensa gratitud por la chica que, una semana antes, la había aterrorizado. El cabello grueso rubio de Shelby estaba recogido por una banda de toalla, y tomaba notas diligentes sobre la conferencia de Francesca.

En cada pantalla, Luce podía ver que su visión periférica estaba fijada en el azul y oro de la presentación de PowerPoint que Francesca estaba haciendo clic a paso de un tortuga. Incluso Dawn. Parecía especialmente valiente hoy en una camiseta ardiente de color rosa y una cola de caballo alta. ¿Era posible que ella ya se hubiera recuperado de lo que había sucedido en el barco? ¿O estaba encubriendo el terror que debe haber sentido, y tal vez aún sentía?

Mirando por encima del monitor de Roland, Luce arrugó la cara. No le sorprendió que hubiera sido prácticamente invisible desde que llegó a Shoreline, pero cuando realmente apareció en la clase, ella estaba molesta, en realidad, de verse en una escuela reformativa siguiendo las reglas.

Al menos Roland no parecía especialmente interesado en la conferencia sobre “Oportunidades de Empleo para Nephilim: Cómo sus habilidades especiales pueden darte un ala sobre ti”. De hecho, la mirada de Roland estaba más decepcionada que otra cosa. Su boca se puso en ceño fruncido y no dejaba de sacudir ligeramente la cabeza. También era extraño el hecho de que cada vez que Francesca hacía contacto visual con los estudiantes, claramente pasaba sobre Roland.

Luce entró al chat de la clase para ver si Roland había iniciado sesión. Se suponía que era un instrumento para que la clase se echara preguntas el uno al otro, pero las preguntas que Luce tenía para Roland no eran por la discusión en clase. Él sabía algo, algo más de lo que había dejado ver el otro día, y sin duda tenía que ver con Daniel. También quería preguntarle dónde había estado el sábado, y si había oído sobre el viaje que Dawn se había ido por la borda.

Excepto que Roland no estaba en línea. La única persona de la clase que estaba iniciado sesión en el chat de la clase era Miles. Un cuadro de texto con su nombre en él apareció en su pantalla:

**¡Holaaaaa! ¿Hay alguien ahí?**

Estaba sentado junto a ella. Luce aún lo oía reírse. Sería bonito que él recibiera una patada de sus propios chistes tontos. Esto era exactamente el tipo de relación, ridícula y de burlas, que le gustaría tener con Daniel. Si no fuera tan melancólico todo el tiempo. Si siquiera estuviera alrededor.

Pero no lo estaba.

Ella le contestó: **¿Cómo es el clima por allá?**

**Poniéndose más soleado ahora**, él escribió, sin dejar de sonreír. **Oye, ¿qué has hecho anoche? Me pasé por tu habitación para ver si querías cenar conmigo.**

Ella levantó la vista de su computadora, directamente a Miles. Sus profundos ojos azules eran tan sinceros, que tenía una necesidad de contarle todo lo que había sucedido. Él había sido tan sorprendente el otro día, escuchándola hablar de su tiempo en Espada y Cruz. Pero no había manera de responder a su pregunta a través del chat. Por mucho que quería decirle, no sabía si debía hablar de ello. Incluso dejar entrar a Shelby en su proyecto secreto era prácticamente buscarse problemas con Steven y Francesca.

La expresión de Miles cambió desde una sonrisa ocasional normal a un gesto torpe. Eso hizo a Luce sentirse mal, y también un poco sorprendida. ¿Qué podría provocar este tipo de reacción en él?

Francesca apagó el proyector. Cuando cruzó los brazos sobre el pecho, las mangas de seda rosa de la blusa campesina brotaron de su chaqueta de cuero recortado. Por primera vez, Luce se dio cuenta de lo lejos que estaba Steven. Él estaba sentado en el alféizar de la ventana en la esquina oeste de la habitación. Apenas había dicho una palabra en clase en todo el día.

—Vamos a ver qué tan bien prestaron atención —dijo Francesca, sonriendo ampliamente a los estudiantes—. ¿Por qué no que se dividen en parejas y se turnan para llevar a cabo simulacros de entrevistas?

Con el sonido de todos los otros estudiantes al levantarse de sus sillas, Luce gimió internamente. Ella no había oído casi nada de la clase de Francesca y no tenía idea de qué era la asignación.

Además, sabía que sólo se agachaba en el programa Nephilim temporalmente, ¿pero era demasiado pedir a sus maestros el recordar de vez en cuando que ella no era como el resto de los niños en la clase?

Miles tocó la pantalla del ordenador en el que le había enviado mensajes: **¿Quieres acompañarme?** En ese momento, Shelby apareció.

—Yo digo que hagamos la CIA o Médicos sin Fronteras —dijo Shelby. Haciendo un gesto para Miles para sentarse en el escritorio junto al de Luce. Miles se quedó allí—. No hay ningún modo que ficticiamente solicite una posición de asistente de dentista.

Luce miró hacia atrás y adelante entre Shelby y Miles. Los dos parecían sentirse propietarios sobre ella, algo que no se había dado cuenta hasta ahora. A decir verdad, ella quería ser compañera de Miles, no lo había visto desde el sábado. Como que lo había estado extrañando. En una forma amistosa. Como de “vamos a juntarnos a tomar un café y ponernos al día”, más que de “vamos a pasear por la playa al atardecer donde tú podrás sonreírme con esos increíbles ojos azules”. Debido a que ella estaba con Daniel, no



pensaba en los otros chicos. Definitivamente no comenzó a ruborizarse intensamente en la mitad de la clase recordándose a ella misma que no pensara en otros tipos.

—¿Todo bien por aquí? —Steven puso la palma sobre la mesa de Luce y le dio un gran guiño de “tú puedes decirme cualquier cosa” con sus cejas, y cabeceó.

Pero Luce aún se ponía nerviosa cuando él estaba a su alrededor después de lo que le había dicho a ella y a Dawn en la balsa salvavidas el otro día. Lo bastante nerviosa que había evitado incluso llevarse de nuevo con Dawn.

—Todo está muy bien —respondió Shelby. Ella tomó a Luce por el codo y tiró de ella hacia la cubierta, donde algunos de los otros estudiantes que estaban emparejados ya llevaban a cabo sus entrevistas simuladas—. Luce y yo estábamos a punto de hablar de resúmenes.

Francesca apareció detrás de Steven. —Miles —dijo en voz baja—, Jasmine todavía necesita un compañero si quieres colocar una mesa junto a ella.

Unos escritorios más abajo, Jasmine dijo: —Dawn y yo no podríamos estar de acuerdo sobre quién debe jugar la estrella principiante y quién debería jugar... —su voz bajó una octava—, a director de casting. Así que ella me abandonó por Roland.

Miles parecía decepcionado. —Director de casting —murmuró—. Finalmente, he encontrado mi vocación. —Él se dirigió a unirse a su compañera, y Luce lo vio alejarse. Con la situación difusa, Francesca dirigió a Steven de nuevo al frente de la sala. Pero así como él caminaba junto a Francesca, Luce podía sentirlo mirándola.

Ella sutilmente comprobó su teléfono. Callie aún no le había enviado un mensaje de texto. Eso no era propio de ella, y Luce se culpó a sí misma. Tal vez sería mejor para ambas si Luce sólo mantenía su distancia. Sólo por un tiempo.

Ella siguió a Shelby fuera, a un asiento en el banco de madera construido en la curva de la cubierta. El sol estaba brillante en el cielo claro, pero la única parte de la cubierta que no estaba llena ya con los estudiantes estaba bajo la fresca sombra de una secoya. Luce cepilló una capa de agujas de color verde opaco del banco y cerró rápidamente la cremallera de su jersey un poco más alta al cuello.

—Fuiste muy buena con todo lo de anoche —dijo ella en voz baja—. Yo me estaba volviendo loca...

—Ya lo sé —rió Shelby—. Estabas toda... —Ella hizo una mueca como de zombie temblando.

—Dame un respiro. Eso fue duro. Mi única oportunidad de aprender algo acerca de mi pasado, y me ahogué totalmente.

—Ustedes los sureños y su culpa... —Shelby hizo un encogimiento de un solo hombro—. Tienes que cortarte con un poco más de holgura. Estoy segura de que hay muchos más parientes que esos dos viejitos que vinieron. Tal vez incluso algunos que no están tan cerca a la puerta de la muerte. —Antes de que la cara de Luce pudiera colapsar, Shelby agregó—: Todo lo que estoy diciendo es que si alguna vez te sientes como para

localizar a otro miembro de la familia, sólo di la palabra. Tú estás creciendo en mí Luce, que es un poco raro.

—Shelby —Luce susurró de repente, con los dientes apretados—. No te muevas. —Más allá de la cubierta, la más grande y siniestra Mensajera que Luce había visto en su vida estaba ondulándose en la sombra larga por un enorme árbol de secoya.

Poco a poco, a raíz de los ojos de Luce, Shelby miró hacia el suelo. La Mensajera jugaba con las sombras de los árboles para usarlo como camuflaje. Partes de ella siguieron en contracciones.

—Se ve enfermo, o caprichoso... o no sé —Shelby terminó apagándose, rizando su labio—. Hay algo malo en él, ¿no?

Luce miró más allá de Shelby, a la escalera de caracol hasta la planta baja del alojamiento. Debajo de ellos había un montón de soportes de madera sin pintar que apuntalaban a la cubierta. Si Luce podría apoderarse de la sombra, Shelby podría unirse a ella en la cubierta antes de que nadie viera nada. Ella podría ayudar a Luce a vislumbrar su mensaje allí arriba, en el tiempo en el que se reuniría con la clase.

—No estás seriamente considerando lo que estoy pensando —dijo Shelby—. ¿Verdad?

—Espera aquí un momento —dijo Luce—. Estate lista cuando te llame.

Luce descendió unos pocos pasos, bajando la cabeza para estar a la misma altura que los demás alumnos. Ellos estaban concentrados por las entrevistas. Shelby estaba de espaldas a Luce. Ella daría una señal si alguien notara que se había ido.

Luce oía a Dawn en la esquina improvisando con Roland.

—Sabes, me quedé atónita cuando fue nominado para un Golden Globe...

Luce volvió a mirar a la oscuridad que se extendía sobre la hierba. Se le ocurrió preguntarse si los demás estudiantes la habían visto. Pero no podía preocuparse por ello. Estaba perdiendo el tiempo.

La Mensajera estaba a unos buenos 10 pies de distancia, pero cuando se puso de pie cerca de la cubierta, Luce quedó protegida de las miradas de los estudiantes. Sería demasiado obvio si caminara hacia allí.

Ella tenía que tratar de bajarla sin usar las manos. Y no tenía ni idea de cómo hacer eso.

Fue entonces cuando se dio cuenta de la figura inclinada sobre la secuoya. También se ocultaba de la vista de los demás estudiantes de la cubierta. Cam estaba fumando un cigarrillo, tarareando para sí mismo, como si no le preocupara nada en el mundo. Salvo que estaba totalmente cubierto de sangre. Tenía el cabello de su frente enredado. Los brazos arañados y masculados. Su camiseta estaba manchada de sudor y sus pantalones estaban salpicados también.

Él lucía mal y desagradable, como si acabara de salir de la batalla. Sólo que no había nadie a su alrededor, ni cuerpos ni nada. Sólo Cam.

Él le guiñó un ojo.

—¿Qué haces aquí? —Susurró—. ¿Qué hiciste?

Su cabeza giraba por el horrendo olor que desprendía su ropa ensangrentada.

—Oh, sólo salvo tu vida. Una vez más... ¿cuántas veces van? —Golpeó la ceniza de su cigarrillo—. Hoy fue el grupo de la señorita Sophia. Y no puedo decir que no lo disfruté. Monstruos sangrientos. Vienen por ti, también, como ya sabes. Les han indicado que estarías aquí. Y que te gusta pasear por este bosque oscuro y sin vigilancia. —Señaló.

—¿Sólo los mataste? —Preguntó horrorizada, mirando a la cubierta en busca de Shelby o de alguien que los viera. No.

—Un par de ellos, sí, ahora mismo, con mis propias manos. —Cam mostró sus manos cubiertas con algo rojo y viscoso que Luce realmente no quería ver—. Estoy de acuerdo con que los bosques son encantadores, Luce, pero también están llenos de cosas que esperan verte muerta. Hazme una promesa.

—No, no te prometeré nada.

—Bien —rodó los ojos—. Entonces hazlo por Grigori y quédate en la escuela. —Él apagó su cigarrillo en la hierba y desplegó sus alas—. No siempre puedo estar aquí para verte, y Dios sabe que Grigori tampoco puede.

Las alas de Cam eran altas y un poco estrechas y estaban apartadas hacia atrás de sus hombros. Elegantes y oro y salpicadas de rayas, ella desea no sentirse fascinada por ellas, pero lo estaba. Al igual que las alas de Steven, las de Cam también eran irregulares, y también parecían haber sobrevivido a una vida de luchas.

Las rayas negras de Cam eran una cualidad oscura y sensual. Había algo magnética sobre ellas. Pero no, ella odiaba todo lo relacionado a Cam. Siempre lo haría.

Cam golpeó sus alas para elevar sus pies del suelo. El aleteo de las alas era tremendamente fuerte y comenzó un remolino de viento que levantó las hojas del suelo.

—Gracias —dijo Luce, quebrándose, mientras navegaba bajo la cubierta. Luego se fue a la sombra del bosque.

¿Cam era su protector ahora? ¿Dónde estaba Daniel? ¿Shoreline no era seguro?

En la estela de Cam, la Mensajera, la razón por la que Luce había venido a este lugar en primer lugar, subió en espiral hasta convertirse en un pequeño ciclón negro. Por último, la sombra vagó en el aire sobre su cabeza.

—Shelby —Luce susurró en voz alta—, baja aquí.

Shelby miró a Luce y al ciclón que se formaba en forma de Mensajera que se sobre ellas. —¿Qué te tomó tanto tiempo? —Preguntó corriendo por las escaleras cuando vio a la Mensajera caer directamente en los brazos de Luce.

Luce gritó, pero por suerte Shelby puso una mano sobre su boca.

—Gracias —dijo Luce con sus palabras sordas contra los dedos de Shelby.

Las chicas estaban acurrucadas a tres pasos de distancias de la cubierta, a la vista de cualquiera que pudiera cruzar al lado de la sombra. Luce no podía estirar la rodilla bajo el peso de la sombra. Era el más pesado y frío que ella había sostenido contra su piel. No era negro, como la mayoría, sino de un color gris verdoso enfermizo. Parte de él aún estaba en movimiento, iluminado como por relámpagos lejanos.

—No tengo un buen presentimiento sobre esto —dijo Shelby.

—Vamos —dijo Luce—. Lo convoqué. Ahora es tu turno de vislumbrarlo.

—¿Mi turno? ¿Quién dijo acerca yo teniendo un turno? Tú eres la que me arrastró hasta aquí.

Shelby agitó sus manos como si la última cosa que quisiera fuera tocar la bestia en los brazos de Luce. —Sé que te dije que te iba a ayudar a encontrar a tus familiares, pero cualquier tipo de relación que hay aquí... yo creo que ninguna de nosotras quiere conocerla.

—Shelby, por favor —dijo Luce gimiendo por el peso, el frío y la suciedad general de la sombra—. Yo no soy Nephilim. Si no me ayudas, no puedo hacer esto.

—¿Qué es exactamente lo que estás intentando hacer? —dice una voz detrás de ellas, desde la parte superior de la escalera.

Steven tenía sus manos cerradas en la barandilla y miraba a las chicas. Parecía más grande de lo que era en clases, como si hubiera duplicado su tamaño. Sus ojos marrones parecían tormentosos. Pero Luce podía sentir el calor proveniente de ellos. Incluso el Mensajero en sus brazos se estremeció y se alejó.

Las dos chicas se sorprendieron, por lo que gritaron.

Asustado por el sonido, la sombra se escondió bajo los brazos de Luce. Se movía tan rápido que no tenía oportunidad de detenerlo dejando nada atrás. Su movimiento desprendía un mal olor.

Lejos sonó la campana. Luce podía sentir a todos los niños a tropel hacia el comedor para el almuerzo. A su salida, Miles asomó su cabeza sobre la barandilla mirando a Luce, pero echó un vistazo a la expresión rojo vivo de Steve y se deslizó a lo largo.

—Luce —dijo Steve, más cortés de lo que esperaba—. ¿Te importaría verme después en la escuela?

Cuando él levantó sus manos de la barandilla, estaba caliente y quemada. Steve abrió la puerta antes incluso de que Luce contestara. Su camisa gris estaba un poco arrugada y



su corbata negra de punto se relajó en su cuello. Él había retomado su expresión de serenidad, pero ella sabía que le costaba como los demonios. Se limpió las gafas con un pañuelo con un monograma y se apartó.

—Por favor, entra.

La oficina no era grande, lo suficientemente ancha como para un escritorio negro de gran tamaño y lo suficiente larga para tres estantes negros, cada uno repleto de cientos de libros gastados. Pero no era incómodo, e incluso daba la bienvenida. No como Luce se había imaginado una oficina de un demonio.

Había una alfombra persa en el centro de la sala, una amplia ventana mirando hacia el este, a las secoyas. Ahora, en el anochecer, en el bosque parecía un ser etéreo casi de color lavanda.

Steve se sentó en una de las dos sillas marrones del escritorio. Y con un gesto indicó a Luce que tomara la otra. Ella estudió las obras de arte enmarcadas. La mayoría eran retratos con mayor o menor grado de detalle. Luce reconoció unos bocetos de Steve y varias representaciones en adulación a Francesca.

Luce suspiró preguntándose por dónde comenzar —Siento haber convocados a los Mensajeros, yo...

—¿Le has dicho a alguien lo que sucedió con Dawn en el agua?

—No, usted dijo que no.

—¿No se lo dijiste a Shelby, ni a Miles?

—No lo he dicho a nadie.

Lo consideró por un momento. —¿Porqué llamaste a los Mensajeros “sombras” el otro día, cuando estábamos hablando en el barco?

—Sólo se me escapó. Mientras crecía, siempre las llamé “sombras”. Siempre venían a mí. Así que yo así los llamaba, antes de que supiera qué eran. —Luce se encogió de hombros—. Estúpido, realmente.

—Eso no es estúpido. —Steven se levantó y fue hacia el último estante. Bajó un libro grueso con una polvorienta cubierta roja y lo llevó de nuevo a la mesa. “PLATÓN: LA REPÚBLICA”. Steven lo abrió por la página exacta que había estado buscando dándole la vuelta delante de Luce. Era una ilustración de un grupo de hombres dentro de una cueva, encadenados uno al lado del otro, frente a una pared.

—¿Qué es esto? —preguntó Luce. Su conocimiento sobre Platón comenzó y terminó cuando hablaron del aburrido entorno a Sócrates.

—La prueba del por qué tu nombre para los Mensajeros es bastante inteligente. —Steven apuntó a la ilustración—. Imagina que esos hombres malgastaron su vida viendo sólo las sombras en esta pared.

Ella miró más allá del dedo de Steven al segundo grupo de hombres. —¿Así que ellos nunca pueden dar la vuelta, nunca ven a la gente y a las cosas que muestran las sombras?

—Exacto. Y porque ellos no pueden ver lo que en realidad muestran, asumen que lo que pueden ver, esas sombras en la pared, son la realidad. Ellos no tienen idea de que las sombras son meras representaciones y distorsiones de algo mucho más verdadero y más real. —Él paro—. ¿Entiendes porqué te estoy contando esto?

Luce sacudió su cabeza. —¿Quieres que deje de entretenerme con los Mensajeros?

Steven cerró el libro con un chasquido, luego cruzó al otro lado de la habitación. Ella sintió como si lo hubiera decepcionado de alguna manera. —No creo que dejarás de... entretenerme con los Mensajeros, incluso si yo te lo pido. Pero quiero que entiendas con lo que estás tratando la próxima vez que convoques a una. Los Mensajeros son sombras de acontecimientos pasados. Pueden ser útiles, pero también contienen algunas cosas muy distorsionadas, a veces peligrosas distorsiones. Hay mucho que aprender. Una limpia y segura técnica de convocación; luego, por supuesto, una vez que hayas perfeccionado tus talentos, el ruido de los Mensajeros puede ser separado y su mensaje ser claramente escuchado.

—¿Te refieres a ese ruido silbante? ¿Hay una forma de escuchar a través de eso?

—No importa. Todavía no. —Steven se volteó y hundió las manos en sus bolsillos—. ¿En qué estaban Shelby y tú después de hoy? —Luce se sintió ruborizada e incómoda. Esta reunión en absoluto iba como ella había esperado. Ella había pensado quizás en una detención, algo como recoger la basura.

—Estábamos tratando de aprender más acerca de mi familia —finalmente dejó salir. Afortunadamente, Steven parecía no tener idea de que ella había visto antes a Cam—. O supongo que debería decir, mis familias...

—¿Eso es todo?

—¿Estoy en problemas?

—¿No estaban haciendo nada más?

—¿Qué más estaría haciendo? —Se le pasó por la mente que Steven podría pensar que ella estaba tratando de estar en contacto con Daniel, tratando de enviarle un mensaje o algo. Como si supiera cómo hacer eso.

—Convoca una ahora —dijo Steven, abriendo la ventana. Había pasado el atardecer y el estómago de Luce le decía que la mayoría de los otros estudiantes estarían sentados para cenar.

—Yo... Yo no sé si puedo.

Los ojos de Steven parecían más cálidos que antes, casi emocionados. —Cuando convocamos Mensajeros, estamos pidiendo una especie de deseo. No un deseo de algo material, sino un deseo de entender mejor el mundo, nuestro papel en él y lo que va a ser de nosotros.

Inmediatamente, Luce pensó en Daniel, lo que más quería para su relación. Ella no sentía que tenía un papel en lo que iba a ser de ellos, y ella quería uno. ¿Era por eso que ella había sido capaz de convocar las Mensajeros incluso antes de que supiera cómo?

Nerviosamente, se centró en su silla. Cerró sus ojos. Imaginó una sombra separándose de una larga oscuridad que se extendía desde los troncos de los árboles de afuera, la imaginó rodando lejos y creciendo, llenando el espacio de la ventana abierta. Luego flotando cerca de ella. Olió el suave y mohoso aroma primero, casi como aceitunas negras, luego abrió sus ojos a la frescura en su mejilla. La temperatura en la habitación había bajado unos pocos grados. Steven frotó sus manos en la repentinamente húmeda, ventosa oficina.

—Sí, eso es —murmuró él. El Mensajero estaba a la deriva en el aire de su oficina, delgada y transparente, no más grande que un pañuelo de seda. Se deslizó directamente hacia Luce, luego envolvió un borroso zarcillo de la nada alrededor de un pisapapeles de vidrio soplado en el escritorio. Luce jadeó. Steven estaba sonriendo cuando dio un paso hacia ella, guiándola en posición vertical hasta que se volvió una pantalla negra.

Luego estaba en sus manos y ella comenzó a tirar. El cuidadoso movimiento se sentía como si tratara de extender una masa de tarta sin romperla, algo que Luce había visto a su madre hacer al menos cien veces. La oscuridad se arremolinaba en colores grises y apagados; entonces la imagen a blanco y negro más débil apareció. Una habitación con una cama individual. Luce, claramente una Luce antigua, recostada de lado, mirando fijamente la ventana abierta. Ella debía haber tenido dieciséis años. La puerta detrás de la cama se abrió y un rostro iluminado por la luz del pasillo, apareció. La madre.

¡La madre que Luce había ido a ver con Shelby! Pero más joven, mucho más joven, quizás tanto como quince años, las gafas se posaban en la punta de su nariz. Ella sonrió, como si estuviera complacida de encontrar a su hija durmiendo, luego cerró la puerta. Un momento después, un par de dedos se apoderaron del fondo del cristal de la ventana. Los ojos de Luce se ensancharon mientras la antigua Luce se sentó en la cama. Afuera de la ventana, los dedos se tensaron; luego un par de manos se volvieron visibles, luego dos fuertes brazos, se veían azules a la luna. Luego el resplandeciente rostro de Daniel mientras entraba por la ventana.

El corazón de Luce se aceleró. Quería sumergirse en el Mensajero, como había querido ayer con Shelby. Pero entonces Steven chasqueó sus dedos y todo se apresuró como una persiana veneciana enrollándose a la parte superior del marco de la ventana. Luego se rompió y se desparramó hacia abajo. La sombra yacía en suaves fragmentos en el escritorio. Luce alcanzó uno, pero se desintegró en sus manos.

Steven se sentó detrás de su escritorio, sondeando a Luce con sus ojos como para ver lo que el atisbo le había hecho a ella. De repente se sintió muy privado, lo que acababa de presenciar con el Mensajero; ella no sabía si quería que Steven supiera con cuánta fuerza esto la había sacudido. Después de todo, técnicamente él estaba en el otro lado. En los últimos días había visto más y más el demonio en él. No sólo el llameante temperamento brotando de él literalmente hasta echar vapor, sino las alas de oro oscuro y glorioso, también. Steven era magnético y encantador, justo como Cam, y, recordó que, al igual que Cam, era un demonio.



—¿Por qué me estás ayudando con esto?

—Porque no quiero que te lastimes —susurró apenas Steven.

—¿Eso realmente sucedió?

Steven apartó la mirada. —Es una representación de algo. Y quién sabe cuán deformado está. Es una sombra de un acontecimiento pasado, no de la realidad. Siempre hay algo de verdad en el Mensajero, pero nunca es la simple verdad. Eso hace a los Mensajeros tan problemáticos, y tan peligrosos a aquellos sin la formación apropiada. — Echó un vistazo a su reloj. Desde abajo vino el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose. Steven se puso rígido cuando escuchó una serie rápida de tacones altos que hacían clic hacia arriba en las escaleras. Francesca.

Luce trató de leer el rostro de Steven. Él le dio “La República!, que ella deslizó en su mochila.

Justo antes de que el hermoso rostro de Francesca apareciera en la entrada, Steven le dijo a Luce: —La próxima vez que Shelby y tú decidan no completar una de sus tareas, te pediré que escribas cinco páginas de investigación. Esta vez, sólo te hago una advertencia.

—Entiendo. —A Luce le llamó la atención el ojo de Francesca en la entrada. Ella le sonrió a Luce, aunque fuera una sonrisa de despedida de vete o de no-creas-que-me-estás-engañando-con-una-sonrisa-de-niño, era imposible decirlo. Temblando un poco cuando se puso de pie y arrojó su mochila por encima de su hombro, Luce llegó a la puerta, llamando de nuevo a Steven—. Gracias.

Shelby tenía encendido el fuego en la chimenea cuando Luce regresó a su habitación en la residencia de estudiantes. La olla caliente fue enchufada al lado de la luz de noche de Buda y toda la habitación olía como a tomates.

—Ya no teníamos macarrones con queso, pero te hice un poco de sopa. —Shelby sirvió un tazón lleno, molió un poco de fresca pimienta negra encima y se lo llevó a Luce, quien había colapsado su cama—. ¿Fue terrible?

Luce observó el vapor elevarse de su tazón y trató de decidir qué decir. Extraño, sí. Confuso. Un poco aterrador. Potencialmente... poderoso. Pero no había sido terrible, no. — Estuvo bien. —Steven parecía confiar en ella, al menos en la medida en que iba a permitir que siguiera convocando a los Mensajeros. Y el resto de los estudiantes parecían confiar en él, incluso lo admiraban. Nadie más actuó preocupado por sus motivos o sus lealtades. Pero con Luce, él era tan secreto, tan difícil de leer. Luce había confiado en las personas equivocadas antes. Una búsqueda descuidada a lo mejor. “En el peor de los casos, es una buena manera de conseguir que te maten”, era lo que la señorita Sophia había dicho sobre la confianza la noche en que había tratado de asesinar a Luce.

Era Daniel quien le había aconsejado a Luce que confiara en sus instintos. Pero sus propios sentimientos parecían lo menos fiable. Ella se preguntó si Daniel ya había sabido acerca de Shoreline cuando le dijo eso, si su consejo era un modo de prepararla para esta larga separación, cuando ella tuviera menos y menos certeza sobre todo en su vida. Su familia. Su pasado. Su futuro.



Ella levantó la vista del tazón y vio a Shelby. —Gracias por la sopa.

—No dejes que Steven frustre tus planes —Shelby resopló—. Deberíamos continuar trabajando en los Mensajeros. Estoy tan cansada de estos ángeles y demonios y sus ostentaciones de poder. “Oooh, sabemos mejor que tú porque somos ángeles en serio y tú sólo eres el hijo bastardo de algún ángel que quiso pasarla bien”.

Luce se rió, pero ella estaba pensando que el mini-sermón de Platón y él dándole La República en la noche era lo opuesto de una ostentación de poder. Claro, no se lo diría esa noche a Shelby, no ahora que ella había caído en su habitual rutina de Estoy-en-una-diatriba-contra-Shoreline en la litera inferior de Luce.

—Es decir, sé que tienes cualquier cosa con Daniel —continuó Shelby—, pero en verdad, ¿qué de bueno ha hecho un ángel alguna vez por mí?

Luce se encogió de hombros apologeticamente.

—Te diré: nada. Nada además de enamorar a mi mamá y luego deshacerse de nosotras dos antes de que yo naciera. Real conducta celestial. —Resopló Shelby—. El asunto es que toda mi vida mi mamá me dijo que debo estar agradecida. ¿Agradecida por qué? ¿Por estos poderes diluidos y esta enorme frente que heredé de mi padre? No gracias. —Ella pateó la litera con abatimiento—. Daría lo que fuera por ser normal.

—¿De verdad? —Luce había pasado toda la semana sintiéndose inferior a sus compañeros Nephilim. Ella sabía que nadie estaba contento con su suerte, pero no podía creer eso. ¿Qué ventaja podría ver Shelby en no tener sus poderes de Nephilim?— Espera —dijo Luce—, el infeliz ex-novio. ¿Él...?

Shelby apartó la mirada. —Estábamos meditando juntos y, no sé, de alguna forma, durante el mantra, yo levité accidentalmente. No fue gran cosa, yo estaba como a dos pulgadas del piso. Pero Phil no paraba. Comenzó a molestarme con qué más podía hacer y preguntándome todo tipo de preguntas extrañas.

—¿Cómo qué?

—No lo sé —dijo Shelby—. Algunas cosas sobre ti, en realidad. El quería saber si me habías enseñado a levitar. Si tú podías levitar también.

—¿Por qué yo?

—Probablemente más de sus fantasías pervertidas de compañera de habitación. De todos modos, deberías haber visto la expresión de su rostro ese día. Como si yo fuera una especie de fenómeno de circo. No tuve más elección que romper las cosas.

—Eso es terrible. —Luce apretó la mano de Shelby—. Pero parece que es su problema, no el tuyo. Sé que el resto de los niños en Shoreline ven a los Nephilim graciosos, pero he estado en muchas escuelas secundarias, y estoy empezando a pensar que simplemente esa es la forma en que la mayoría de los niños por naturaleza se inclinan. Además, nadie es “normal”. Phil debe haber tenido algo fuera de lo normal acerca de él.

—En realidad, había algo acerca de sus ojos. Eran azules, pero se descoloraron, eran casi deslavados. Él tenía que llevar puestos esos contactos especiales para que las personas no se quedaran mirándolo. —Shelby sacudió la cabeza hacia un lado—. Además de, ya sabes, esa tercera tetilla. —Ella se echó a reír, su rostro se enrojeció para el momento en que Luce se unió y prácticamente estaba llorando cuando una luz golpeteando el cristal de la ventana cerrada las calló.

—Es mejor que no sea él. —La voz de Shelby instantáneamente se serenó cuando saltó de la cama y se arrojó a abrir la ventana, derribando una yuca de conserva en su prisa.

Luce estaba en la ventana en un momento porque, para entonces, ella podía sentirlo. Aseguró sus palmas al alfeizar, se inclinó hacia adelante en el vivaz aire de la noche. Ella estaba cara a cara, labio a labio, con Daniel. Por un breve momento, pensó que él estaba mirando más allá de ella, a la habitación, a Shelby, pero entonces él la estaba besando, ahuecando la parte posterior de su cabeza con sus suaves manos y empujándola hacia él, llevándose su aliento. El valor de una semana de calor fluyó a través de ella, junto con una disculpa tácita de las duras palabras que habían dicho la otra noche en la playa.

—Hola. —Susurró él.

—Hola.

Sus alas parecían batir en el cielo casi al mismo tiempo que su corazón. Ella quería tocarlas, sepultarse en ellas del modo en que lo había hecho la otra noche en la playa. Era imponente verlo flotar fuera de su ventana en el tercer piso. Daniel estaba vistiendo pantalones vaqueros y una camiseta blanca. Ella podía ver el remolino en su cabello. Sus tremendas alas blancas color perla se batían suavemente detrás de él, penetrando la negra noche, atrayéndola a ella.

Él tomó su mano y la tiró sobre el alféizar y en el aire y en sus brazos. Pero entonces la puso sobre una repisa amplia y llana bajo la ventana que ella nunca había notado antes. Ella siempre sentía el impulso de gritar cuando se sentía muy feliz. —No se supone que estés aquí. Pero estoy tan contenta de que lo estés.

—Pruébalo —dijo él, sonriendo cuando la puso contra su pecho de modo que su cabeza estuviera justo sobre su hombro. Él envolvió su cintura con un brazo. Sus alas irradiaban calor. Cuando ella vio sobre su hombro, todo lo que podía ver era blanco; el mundo era blanco, todo suavemente texturizado y resplandeciente por la luz de la luna. Y luego las grandes alas de Daniel comenzaron a batirse. Su estómago se cayó un poco y ella sabía que estaba siendo elevada. No, disparada, directamente al cielo. La repisa debajo de ellos se fue haciendo más pequeña y las estrellas encima se veían más brillantes y el viento se rompía a través de su cuerpo, revolviendo su cabello por todo su rostro.

Se elevaron, más alto en la noche, hasta que la escuela era sólo una mancha negra abajo en la tierra. Hasta que el océano era sólo una manta de plata en la tierra. Hasta que ellos perforaron una ligera capa nubosa.

Ella no estaba fría o asustada. Se sentía libre de todo lo que la sobrecargó en la tierra. Libre de peligro, libre de cualquier dolor que alguna vez había sentido. Libre de la gravedad. Y tan enamorada. La boca de Daniel trazó una línea de besos en un lado de su cuello. Envolvió sus brazos apretados alrededor de su cintura y giró su rostro hacia él. Sus pies estaban encima de los de él, justo como cuando habían bailado sobre el océano en la hoguera. No había más viento; el aire alrededor de ellos era silencioso y tranquilo. Los únicos sonidos eran el batir de las alas de Daniel cuando estuvieron suspendidos en el cielo, y el latir de su propio corazón.

—Momentos como este —dijo él—, hacen que todo por lo que hemos tenido que pasar valga la pena.

Entonces la besó como nunca antes lo había hecho. Un largo y prolongado beso que parecía reclamar sus labios para siempre. Sus manos trazaron la línea de su cuerpo, ligeramente al principio y luego más enérgicamente, deleitándose en sus curvas. Ella se fundió en él y él pasó sus dedos a lo largo de la parte de atrás de sus muslos, sus caderas, sus hombros. Él tomó control de cada parte de ella.

Ella sintió los músculos bajo su camisa de algodón, sus brazos tensos y su cuello, el hueco en la parte baja de su espalda. Ella besó su mandíbula, sus labios. Aquí en las nubes, con los ojos de Daniel centellando más brillantes que cualquier estrella que ella había visto, aquí era donde Luce pertenecía.

—¿Podemos simplemente quedarnos aquí para siempre? —Preguntó ella—. Nunca tendré suficiente de esto. De ti.

—Espero que no —Daniel sonrió, pero pronto, demasiado pronto, sus alas cambiaron, aplanándose. Luce sabía lo que venía después. Un lento descenso. Ella besó a Daniel una última vez y aflojó sus brazos alrededor de su cuello, preparándose para volar... pero luego perdió su agarre.

Y cayó.

Pareció suceder a cámara lenta. Luce se volcó hacia atrás, agitando los brazos violentamente, y luego la corriente de frío y viento, y ella se desplomó y su aliento la dejó. Lo último que vio fueron los ojos de Daniel, la conmoción en su rostro. Pero luego todo se aceleró, y ella caía tan furiosamente que no podía respirar. El mundo era un vacío negro girando, y se sintió con náuseas y asustada, sus ojos ardiendo con el viento, su visión oscureciéndose y formando un túnel. Ella iba a desmayarse.

Y eso sería todo.

Nunca sabría quién era realmente, nunca sabría si había valido la pena. Nunca sabría si era digna del amor de Daniel, y él del de ella. Todo había terminado; y esto era todo. El viento era una furia en sus oídos. Ella cerró los ojos y esperó el final.

Y luego él la atrapó.

Había brazos alrededor de ella, fuertes brazos familiares, y estaba desacelerando suavemente, no cayendo... ella estaba siendo acunada. Por Daniel. Sus ojos estaban



cerrados, pero Luce lo conocía. Ella comenzó a sollozar, tan aliviada de que Daniel la hubiera atrapado, de que la hubiera salvado. En ese momento, nunca lo había amado más... sin importar cuántas vidas había vivido.

—¿Estás bien? —susurró Daniel, su voz suave, sus labios tan cerca de los de ella.

—Sí. —Ella pudo sentir el batir de sus alas—. Me atrapaste.

—Siempre te atraparé cuando caigas.

Lentamente, ellos descendieron al mundo que habían dejado atrás. A Shoreline y al océano, dando lengüetadas contra los acantilados. Cuando se acercaron al dormitorio, él la estrechó con fuerza, suavemente deslizándose hacia la repisa de la ventana, bajando con un toque ligero como una pluma. Luce plantó sus pies en el alfeizar y alzó la vista a Daniel. Ella lo amaba. Era la única cosa de la que estaba segura.

—Ya está —dijo, pareciendo serio. Su sonrisa se endureció, y el brillo de sus ojos pareció desvanecerse—. Esto debería satisfacer tu pasión por los viajes, al menos por un rato.

—¿Qué quieres decir con pasión por los viajes?

—¿La manera en que te sigues saliendo del campus? —Su voz tuvo mucho menos calor del que tenía hace un momento—. Tienes que dejar de hacer eso cuando no estoy alrededor para cuidar de ti.

—Oh, vamos, sólo fue un estúpido viaje de campo. Todos estaban allí. Francesca, Steven... —se interrumpió, pensando en la forma en que Steven había reaccionado a lo que le había sucedido a Dawn. Ella no se atrevió a traerla a su viaje por carretera con Shelby. O entrar corriendo en Cam bajo la cubierta.

—Tú has estado haciendo las cosas muy difíciles para mí —dijo Daniel.

—Tampoco he estado teniendo el momento más fácil.

—Te dije que había reglas. Te dije que no salieras de este campus. Pero tú no me has escuchado. ¿Cuántas veces me has desobedecido?

—¿Desobedecido? —Ella rió, pero por dentro se sentía mareada y enferma—. ¿Qué eres tú, mi novio o mi maestro?

—¿Sabes qué sucede cuando te extravías aquí? ¿El peligro en que te pones a ti misma sólo porque estás aburrida?

—Mira, el gato está fuera de la maleta —dijo ella—. Cam ya sabía que estaba aquí.

—Por supuesto que Cam sabe que estas aquí —dijo Daniel, exasperado—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que Cam no es la amenaza en este momento? Él no tratará de influir en ti.

—¿Por qué no?



—Porque él sabe mejor. Y tú deberías saber mejor también que escabullirse de esa forma. Hay peligros que posiblemente no puedas imaginar.

Ella abrió su boca, pero no sabía que decir. Si le contaba a Daniel que había hablado con Cam ese día, que él había matado a varios del séquito de la Señorita Sophia, sólo probaría su punto. La cólera llameó en Luce, en Daniel, en sus reglas misteriosas, en su trato como a una niña. Ella habría dado cualquier cosa para quedarse con él, pero sus ojos se habían endurecido como hojas planas y grises, y su tiempo en el cielo se sintió como un sueño distante.

—¿Entiendes la clase de infierno que paso para mantenerte a salvo?

—¿Cómo se supone que entienda cuando no me dices nada?

Las bellas facciones de Daniel se volvieron una expresión aterradora. —¿Esto es culpa de ella? —Él sacudió su pulgar hacia su dormitorio—. ¿Qué clase de ideas siniestras ha estado metiendo en tu cabeza?

—Puedo pensar por mí misma, gracias. —Luce entornó sus ojos—. Pero, ¿cómo conoces a Shelby?

Daniel ignoró la pregunta. Luce no podía creer la forma en que él le estaba hablando, como si ella fuera una especie de mascota mal portada. Toda la calidez que la había llenado hace un momento cuando Daniel la había besado, sostenido, mirado... no era suficiente cuando se sentía tan fría cada vez que él le hablaba.

—Quizá Shelby está en lo correcto —dijo ella. No había visto a Daniel en tanto tiempo, pero el Daniel que ella quería ver, aquel que la amaba más que a nada, aquel que la seguiría por milenios porque no podía vivir sin ella, aún estaba arriba en las nubes, no aquí abajo, dándole órdenes. Quizá, aún después de todas esas vidas, ella no lo conocía verdaderamente—. Tal vez los ángeles y los humanos no deberían...

Pero ella no pudo decirlo.

—Luce. —Sus dedos se enrollaron alrededor de su muñeca, pero ella se sacudió. Sus ojos estaban abiertos y oscuros y sus mejillas estaban blancas del frío. Su corazón la impulsaba a tomarlo y mantenerlo cerca, a sentir su cuerpo presionado contra el suyo, pero en sus adentros ella sabía que este no era el tipo de pelea que podía curarse con un beso.

Ella lo empujó más allá a una parte más estrecha de la repisa y abrió la ventana, se sorprendió al ver que la habitación ya estaba oscura. Ella entró, y cuando se volvió hacia Daniel, notó que sus alas temblaban. Casi como si estuviera a punto de gritar. Ella quería volver con él, sostenerlo y calmarlo y amarlo.

Pero no podía.

Ella cerró la ventana y se quedó sola en la oscura habitación.

# Capítulo 9

*Traducido por Moonrose*

*Corregido por Andre27xl*

## Diez Días

Cuando Luce despertó el martes en la mañana, Shelby ya se había ido. Su cama estaba hecha, la colcha de retazos a mano doblada a sus pies, y su chaleco rojo acolchado y bolso de mano habían sido tomados de la pinza de ropa en la puerta.

Todavía en pijama, Luce metió una taza de agua en el microondas para preparar té y se sentó a revisar su correo electrónico.

**Para: lucindap44@gmail.com**

**De: callieallieoxenfree@gmail.com**

**Enviado el: Lunes, 11/16 a las 1:34 am.**

**Asunto: Tratando de no tomarlo como algo personal**

*Querida L,*

*Recibí tu texto, y lo primero es lo primero, te extraño demasiado. Pero tengo una sugerencia realmente fuera de tema: es llamarte y ponerme al día. La loca Callie y sus ideas salvajes. Sé que estás ocupada. Sé que estás bajo vigilancia pesada y es difícil escaparte. Lo que no sé es un sólo detalle de tu vida. ¿Con quién almuerzas? ¿Qué clase te gusta más? ¿Qué pasó con ese chico? Ves, yo ni siquiera sé su nombre. Odio eso.*

*Me alegro de que tengas un teléfono, pero no me envíes mensajes para decirme que me vas a llamar. Sólo llama. No he escuchado tu voz en años. No estoy enojada contigo. Aún.*

*XO. C.*

Luce cerró el correo electrónico. Era casi imposible enojar a Callie. De hecho, nunca lo había hecho antes.

El hecho de que Callie no sospechara que Luce estaba mintiendo era sólo una prueba más de cuán distantes estaban ahora. La vergüenza que sentía Luce era pesada, ajustándose justo entre sus hombros.

Leyó el siguiente correo electrónico:

**Para:** lucindap44@gmail.com

**De:** thegaprices@aol.com

**Enviado el:** Lunes, 11/16 a las 8:30 pm

**Asunto:** Bueno, dulzura, también te queremos

*Luce bebé,*

*Tus correos electrónicos siempre alegran nuestros días. ¿Cómo está el equipo de natación? ¿Estás secando tú cabello ahora que hace frío afuera? Lo sé, estoy molestando, pero te echo de menos.*

*¿Crees que en Espada y Cruz te concedan permiso para salir de la escuela para Acción de Gracias la próxima semana? ¿Papá podría llamar el decano? No vamos a contar nuestros pollos todavía, pero tu padre salió a comprar un pavo por si acaso. He estado llenando el congelador con pasteles extras. ¿Te sigue gustando el de papas dulces? Te amamos y pensamos en ti todo el tiempo.*

*Mamá*

La mano de Luce colgaba congelada en el ratón. Era la mañana del martes. Acción de Gracias era en una semana y media. Era la primera vez que su festividad favorita no había cruzado siquiera por su mente. Pero tan rápido como había entrado, Luce trató de desterrarla. No había forma de que el señor Cole le permitiera volver a casa para Acción de Gracias.

Estaba a punto de hacer *click* en responder cuando un cuadro naranja parpadeante en la parte inferior de la pantalla le llamó la atención. Miles estaba en línea. Había estado tratando de hablar con ella.

**Miles (08:08): Buenos días, señorita Luce.**

**Miles (08:09): me MUERO de hambre. ¿Te despiertas con tanta hambre como yo?**

**Miles (8:15): ¿Quieres desayunar? Me deslizare por tú habitación en mi camino. ¿5 minutos?**

Luce miró su reloj. 08:21. Hubo un golpe que retumbó en la puerta.

Ella todavía estaba en pijama.

Todavía tenía cabeza de estar en la cama. Abrió la puerta un poco.

El sol de la mañana salió a los pasillos de piso de madera dura. Le recordó a Luce a cuando bajaba la escalera de madera siempre iluminada por el sol en la casa de sus padres para el desayuno, la forma en que el mundo entero parecía más brillante a través de la lente de un pasillo lleno de luz.

Miles no estaba usando su gorra de los Dodgers hoy, así que era una de las pocas veces que podía ver claramente sus ojos. Eran realmente azul profundo, el cielo azul de verano a las nueve en punto. Tenía el pelo mojado, goteando sobre los hombros de su camiseta blanca. Luce tragó, no podía evitar que su mente lo imaginara en la ducha. Él le sonrió, mostrando un hoyuelo y su sonrisa súper blanca. Parecía tan California hoy; Luce se sorprendió al darse cuenta de lo bien que él se veía.

—Hey. —Luce mantuvo gran parte de su cuerpo en pijama como pudo detrás de la puerta—. Acabo de ver tus mensajes. Estoy dentro en lo del desayuno, pero no estoy vestida todavía.

—Puedo esperar. —Miles se apoyó contra la pared del pasillo. Su estómago gruñó en voz alta. Trató de cruzar los brazos sobre la cintura para cubrir el sonido.

—Seré rápida. —Luce rió, cerrando la puerta. Se puso de pie ante su armario, tratando de no pensar en Acción de Gracias o sus padres o Callie o por qué tanta gente importante se estaba escapando de ella a la vez.

Tiró de un yérsey gris largo de su vestuario y lo lanzó sobre un par de jeans negros. Se cepilló los dientes, se puso grandes zarcillos de aro de plata y un chorrillo de crema de manos, agarró su bolso, y se estudió en el espejo.

No se parecía a una chica que estaba atrapada en alguna pelea por el poder luchando por una relación, o una chica que no podía ir a casa con su familia para Acción de Gracias. En el momento, ella parecía una chica que estaba emocionada de abrir una puerta y encontrar a un tipo ahí que la hacía sentirse normal y feliz y realmente como si todo alrededor fuera maravilloso.

Un tipo que no era su novio.

Ella suspiró, abriendo la puerta a Miles. Su rostro se iluminó.

Cuando llegaron al exterior, Luce se dio cuenta de que el clima había cambiado. El aire de la mañana iluminada por el sol era tan rápido como lo había sido en la cornisa del techo de la última noche con Daniel. Y se había sentido helada entonces.

Miles tendió la chaqueta de color caqui enorme para ella, pero ella lo despidió con un gesto. —Sólo necesito un poco de café para calentarme.

Se sentaron en la misma mesa donde se habían sentado la semana anterior. Inmediatamente, un par de camareros estudiantes corrieron. Los dos chicos parecían ser amigos de Miles y tenían una manera fácil de bromear.

Luce ciertamente nunca recibía este nivel de servicio cuando se sentaba con Shelby. Mientras los chicos disparaban preguntas: cómo lo había hecho el equipo de fantasía de Miles la noche anterior, si había visto ese clip de YouTube del tipo haciéndole una broma a



su novia; si tenía planes para después de la clase de hoy... Luce miró alrededor de la terraza buscando a su compañera de habitación, pero no pudo encontrarla.

Miles contestaba todas las preguntas de los chicos, pero parecía sin interés de extender la conversación más allá. Señaló a Luce. —Esta es Luce. Ella quiere una gran taza de su café más caliente y...

—Huevos revueltos —Luce dijo, doblando el pequeño menú que el comedor de Shoreline imprimía cada día.

—Lo mismo para mí, chicos, gracias. —Miles entregó de nuevo los dos menús y se volvió completamente enfocado en Luce—. Parece que no te he visto por ahí mucho recientemente fuera de clase. ¿Cómo van las cosas?

La pregunta de Miles la sorprendió. Tal vez porque ella ya se estaba sintiendo como un imán de culpa esta mañana. Le gustaba que no hubiera un “¿Dónde te has estado escondiendo?”, o “¿Estás evitándome?” clavado al final. Sólo una pregunta: “¿Cómo van las cosas?”

Ella le sonrió, entonces de alguna manera se perdió el rastro de su sonrisa y era casi una mueca de dolor cuando dijo: —Las cosas están bien.

—Uh-oh.

Una horrible pelea con Daniel. Mentiras a mis padres. La pérdida de mi mejor amiga. Parte de ella quería dar rienda suelta a todo eso sobre Miles, pero ella sabía que no debía. No podía. Eso sería tomar su amistad a un nivel que no estaba segura era una buena idea. Nunca había tenido un amigo chico muy cercano antes, el tipo de amigo con el que compartías todo y que era como una mejor amiga. ¿No se pondrían las cosas... complicadas?

—Miles —dijo finalmente—, ¿qué hace la gente por aquí en Acción de Gracias?

—No lo sé. Creo que nunca he estado alrededor para averiguarlo. Me gustaría poder perderme algunas veces. Acción de Gracias en mi casa es desagradablemente enorme. Al menos un centenar de personas. Como diez maldiciones. Y es de etiqueta.

—Estás bromeando.

Él negó con la cabeza. —Me gustaría estarlo. En serio. Tenemos que contratar cuidadores de autos. —Después de una pausa dijo—: ¿Por qué me lo preguntas? Espera, ¿necesitas un lugar para ir?

—Uhh...

—Tú vienes. —Él se rió al ver su expresión sorprendida—. Por favor. Mi hermano no regresa a casa de la universidad este año y él era mi único salvavidas. Puedo mostrarte los alrededores de Santa Bárbara. Podemos deshacernos del pavo y obtener los mejores tacos del mundo en el Súper Rica. —Levantó una ceja—. Va a ser mucho menos tortuoso tenerte ahí conmigo. Incluso podría ser divertido.

Mientras Luce reflexionaba sobre su oferta, sintió una mano sobre su espalda. Ella conocía ahora ese toque, calmante hasta el punto de tener poderes de curación. Francesca.

—Hablé con Daniel anoche —dijo Francesca.

Luce trató de no reaccionar cuando Francesca se inclinó. ¿Daniel había ido a verla después de Luce lo había echado? La idea la puso celosa, aunque no sabía muy bien por qué.

—Está preocupado por ti. —Francesca hizo una pausa, aparentemente para buscar la cara de Luce—. Le dije que lo estás haciendo muy bien, teniendo en cuenta tu nuevo entorno. Le dije que me pondría a mí misma a tu disposición para lo que necesites. Por favor, comprende que deberías venir a mí con tus preguntas. —Había un filo en su mirada, una dura y feroz cualidad. “Ven a mí en lugar de a Steven” parecía estar allí, sin decirlo.

Y a continuación Francesca se fue, tan pronto como había aparecido, el forro de seda de su capa de lana blanca silbante en contra de sus medias negras.

—Así que... Acción de Gracias —Miles dijo finalmente, frotándose las manos.

—Está bien, está bien. —Luce se tragó el resto de su café—. Voy a pensar en ello.

Shelby no se presentó a la cabaña de los Nephilim para la clase de esa mañana, una conferencia sobre la convocatoria de antepasados angélicos, algo así como enviar un correo de voz celestial. Al mediodía, Luce estaba empezando a ponerse nerviosa.

Pero, de cara a su clase de matemáticas, finalmente vio el familiar chaleco rojo acolchado y prácticamente corrió hacia él.

—¡Hey! —Ella tiró de la gruesa cola rubia de caballo de su compañera de habitación—. ¿Dónde has estado?

Shelby se dio la vuelta lentamente. La expresión de su rostro puso a Luce de regreso a su primer día en Shoreline.

Las fosas nasales de Shelby estaban rojas y las cejas estaban inclinadas hacia delante.

—¿Estás bien? —Preguntó Luce.

—Bien. —Shelby se volteó lejos y empezó a jugar con el casillero más cercano, haciendo girar una combinación, a continuación saltó abierto. Dentro había un casco de fútbol y una maleta suficiente para guardar botellas vacías de Gatorade.

Un cartel de las Chicas Lakers estaba pegado en el interior de la puerta.

—¿Es siquiera tu armario? —Luce preguntó. Ella no sabía de un sólo chico Nephilim que usara un casillero, pero Shelby estaba familiarizada con éste, sacudiendo calcetines sucios de sudor temerariamente por encima del hombro.

Shelby golpeó el casillero cerrándolo, luego se trasladó a girar la combinación de la siguiente. —¿Ahora me estás juzgando?

—No. —Luce negó con la cabeza—. Shel, ¿qué está pasando? Desapareciste esta mañana, te perdiste de clase.

—Estoy aquí ahora, ¿no? —Suspiró Shelby—. Frankie y Steven son mucho más laxos de dejar a una chica tomar un día personal que los humanoides por aquí.

—¿Por qué necesitas un día personal? Estabas bien la noche anterior, hasta que...

Hasta que Daniel se presentó.

Justo cerca del momento que Daniel se asomó a la ventana, Shelby se había puesto toda pálida y silenciosa y se había ido directo a la cama, y...

Mientras Shelby miraba a Luce como si su coeficiente intelectual hubiera caído súbitamente a la mitad, Luce se dio cuenta del resto de la sala. Cuando los casilleros de color óxido terminaban, las paredes grises alfombradas estaban llenas de niñas: Dawn, Jasmine y Lilith. De muy buen gusto, chicas *cardigans* como Amy Branshaw de las clases por la tarde de Luce. Chicas *punky* con perforaciones que se parecían un poco a Arriane, pero menos divertidas para hablar. Unas pocas chicas que Luce nunca había visto antes. Chicas con los libros agarrados contra su pecho, goma estallando en sus bocas y los ojos como dardos en la alfombra, al techo con vigas de madera, la una a la otra. A cualquier lugar, menos directamente a Luce y Shelby.

Aunque era evidente que todos estaban escuchando.

Una sensación de malestar en el estómago empezaba a decirle por qué. Fue la mayor colisión de Nephilim y no Nephilim que Luce había visto hasta ahora en Shoreline. Y todas las chicas en este pasillo se habían dado cuenta antes que ella: Shelby y Luce estaban a punto de pelear por un hombre.

—Oh. —Luce tragó—. Tú y Daniel.

—Sí. Nosotros. Hace mucho tiempo. —Shelby no la miraba.

—Está bien. —Luce se centró en la respiración. Podía manejar esto. Pero los rumores volaban alrededor de la pared de chicas, poniendo su piel de gallina, y se estremeció.

Shelby se burlaba. —Siento que la idea te repugne tanto.

—No es eso. —Pero Luce sí se sentía disgustada. Disgustada consigo misma—. Yo siempre... pensé que era la única...

Shelby puso las manos en las caderas. —¿Tú pensabas que cada vez que desaparecías por diecisiete años Daniel sólo se rascaba la panza? Tierra a Luce, hay un “Antes de ti” para Daniel. O un “en el medio”, o lo que sea. —Hizo una pausa para dar a Luce una mirada entrecerrada de lado—. ¿Eres así de egocéntrica?

Luce estaba sin habla.

Shelby gruñó y se volvió hacia el resto de la sala. —Este campo de fuerza de estrógeno se tiene que disipar —gritó, meneando sus dedos hacia ellas—. Muévanse lejos. Todas ustedes. ¡Ahora!

Mientras las chicas se escurrían fuera, Luce presionó la cabeza contra el armario de metal frío. Quería arrastrarse en su interior y esconderse.

Shelby apoyó su espalda contra la pared al lado de la cara de Luce.

—Tú sabes —dijo ella, suavizando su voz—, Daniel es un novio terrible. Y un mentiroso. Él te está mintiendo.

Luce se enderezó y se fue hacia Shelby, sintiendo sus mejillas enrojecerse. Luce podría estar molesta con Daniel en este momento, pero nadie hablaba mal sobre su novio.

—Whoa. —Shelby se movió lejos—. Cálmate, ahí. Por Dios. —Ella se deslizó por la pared para sentarse en el suelo—. Mira, yo no debería haber sacado el tema. Fue una noche tonta hace mucho tiempo y el tipo estaba claramente triste sin ti. Yo no te conocía entonces, así que pensé que todo el asunto acerca de ustedes dos... era sumamente aburrido. Lo cual, si debes saber, explica el enorme rencor que he mantenido con tu nombre en él.

Ella acarició el suelo junto a ella, y Luce se deslizó por la pared para sentarse también. Shelby le dio una sonrisa vacilante. —Te lo juro, Luce, nunca pensé que te conocería. Nunca definitivamente esperé que fueras... genial.

—¿Crees que soy genial? —Preguntó Luce, riendo en voz baja para sí misma—. Tenías razón sobre mí siendo egocéntrica.

—Uf, justo lo que pensé. Tú eres uno de esos con quien es imposible enojarse, ¿no? —Suspiró Shelby—. Muy bien. Lo siento por ir detrás de tu novio y, ya sabes, odiarte antes de conocerte. No voy a hacerlo de nuevo.

Esto era extraño. Lo que podría haber conducido a dos amigas al instante a separarse estaba en realidad acercándolas. Esto no era culpa de Shelby. Cualquier destello de ira que Luce sentía era algo que tenía que tomar con... Daniel. Una estúpida noche, Shelby había dicho. ¿Pero que había ocurrido realmente?

La puesta de sol encontró a Luce caminando por los pasos rocosos a la playa. Fuera hacía frío, más frío aún cuando ella se acercaba al agua. Los últimos rayos de luz del día bailaban fuera de láminas delgadas de nubes, coloreando el océano de naranja, rosa y azul pastel. El mar en calma se extendía delante de ella, luciendo como un camino hacia el cielo.

Hasta que llegó al amplio círculo de arena, todavía ennegrecida de la hoguera de Roland, Luce no sabía lo que estaba haciendo allí. Entonces se encontró arrastrándose detrás de la roca alta de lava, donde Daniel la había arrastrado lejos. Cuando los dos habían bailado, y luego pasaron los preciados pocos momentos que tenían juntos discutiendo por algo tan estúpido como el color de su pelo.

Callie tuvo una vez un novio en Dover con quien ella había roto después de una pelea sobre una tostadora.



Uno de ellos había atascado la cosa con una rosquilla de gran tamaño, y el otro se había enojado. Luce no podía recordar todos los detalles ahora, pero se acordó de pensar: “¿Quién rompe por un aparato de cocina?”

Pero nunca fue realmente acerca de la tostadora, Callie le había dicho. La tostadora era sólo un síntoma, algo que representaba todo lo que estaba mal entre ellos.

Luce odiaba que ella y Daniel siguieran metiéndose en discusiones. La de la playa, sobre su trabajo con el tinte, le recordó la historia de Callie. Se sentía como una vista previa de alguna más grande y fea discusión en camino.

Poniéndose contra el viento, Luce se dio cuenta de que había llegado hasta aquí para tratar de localizar dónde habían ido mal la otra noche. Estaba idiotamente buscando signos en el agua, alguna pista tallada en la roca volcánica. Estaba buscando por todas partes excepto en su interior. Porque lo que estaba dentro de Luce era el enigma de su gran pasado. Tal vez las respuestas estaban aún en algún lugar en los mensajeros, pero, por ahora, ellos permanecían frustrantemente fuera de su alcance.

No quería culpar a Daniel. Ella era la que había sido tan ingenua como para suponer que su relación había sido exclusiva a través del tiempo. Pero él nunca le había dicho lo contrario. Así que prácticamente la había puesto a caminar derecho a este choque. Fue vergonzoso. Y un artículo más a marcar en la casilla correspondiente en la larga lista de cosas que Luce pensó que merecía conocer y que Daniel le decía.

Sintió algo que ella pensaba que era lluvia, una sensación de llovizna en las mejillas y los dedos. Sin embargo, era tibia en lugar de fría. Era arenoso y suave, no mojado. Volvió el rostro hacia el cielo y quedó cegada por la luz violeta brillante. No queriendo proteger sus ojos, vio incluso cuando se hizo tan brillante que le dolía. Las partículas lentamente derivando hacia el agua cerca de la costa, cayendo en un patrón y describiendo la forma que ella reconocería en cualquier lugar.

Él parecía haber crecido más hermoso. Sus pies descalzos se cernían pulgadas fuera del agua mientras se acercaba a la orilla. Sus amplias alas blancas parecían estar ribeteadas con luz violeta y se batían casi imperceptiblemente en el viento áspero. No era justo. La forma en que la hacía sentir cuando lo miraba, asombrada y extasiada y asustada un poco. No podía pensar en otra cosa. Cada frustración o irritación desapareció. Sólo había esa innegable atracción sobre él.

—Sigues apareciéndote —susurró.

La voz de Daniel oyéndose sobre el agua. —Te dije que quería hablar contigo.

Luce sintió que se le arrugaba la boca hacia arriba. —¿Acerca de Shelby?

—Sobre el peligro en el que sigues metiéndote —Daniel habló tan claramente. Había estado esperando que su mención de Shelby provocara alguna reacción. Pero Daniel sólo ladeó la cabeza. Llegó al borde húmedo de la playa, donde el agua espumosa rodaba, y flotó por encima de la arena en frente de ella—. ¿Qué hay de Shelby?

—¿Realmente vas a pretender que no sabes?

—Espera. —Daniel bajó los pies al suelo, doblando las rodillas cuando sus pies descalzos tocaron la arena. Cuando se enderezó, sacó sus alas hacia atrás, lejos de su cara, y envió una onda de viento de nuevo con ellos. Luce consiguió su primera sensación de lo pesadas que debían ser.

Le tomó menos de dos segundos a Daniel alcanzarla, pero cuando deslizó sus brazos alrededor de su espalda y la atrajo hacia él, no podría haber llegado lo suficientemente rápido.

—No vayamos a lograr otro mal comienzo —dijo.

Ella cerró los ojos y dejó que la elevara del suelo. Su boca encontró la de ella y ella inclinó su rostro hacia el cielo, dejando que la sensación de él la abrumara. No había oscuridad, no más frío, sólo la hermosa sensación de ser bañada en su luz violeta. Incluso el ímpetu del océano había sido anulado por un suave zumbido, la energía que Daniel llevaba en su cuerpo.

Sus manos estaban envueltas y apretadas alrededor de su cuello, y luego acariciando los firmes músculos sobre sus hombros, rozando el perímetro suave y grueso de sus alas. Eran fuertes y blancas y brillantes, siempre mucho más grandes de lo que recordaba. Dos grandes aspas que se extendían desde los costados, cada centímetro de ellas perfecto y suave. Ella podía sentir una tensión en contra de los dedos, como tocar una tela tensa. Pero más sedoso, suave y delicioso que el terciopelo. Parecían responder a su toque, incluso extendiéndose hacia delante para frotarse contra ella, tirando de ella más cerca, hasta que estaba enterrada en ellas, cavando más y más, y todavía no lo suficiente. Daniel se estremeció.

—¿Está bien? —Susurró ella, porque a veces él se ponía nervioso cuando las cosas entre ellos empezaban a calentarse—. ¿Te duele?

Esta noche, sus ojos se veían codiciosos. —Se siente maravilloso. Nada se compara.

Sus dedos se deslizaban a lo largo de su cintura, deslizándose dentro de su suéter. Por lo general, la más suave caricia de las manos de Daniel la ponía débil. Esta noche su toque fue más contundente. Casi tosco. No sabía lo que se había metido en él, pero a ella le gustaba.

Sus labios trazaron los de ella, entonces subieron, siguiendo el puente de su nariz, bajando con ternura en cada uno de sus párpados. Cuando él se retiró, ella abrió los ojos y lo miró.

—Eres tan hermosa —le susurró.

Era exactamente lo que la mayoría de las niñas hubieran querido escuchar, sólo que, tan pronto como él lo dijo, Luce se sintió arrancada de su cuerpo, sustituido por el de otra persona.

Shelby.

Pero no sólo de Shelby, porque, ¿cuales eran las probabilidades de que ella hubiera sido la única? ¿Había otros ojos y narices y pómulos tomando besos de Daniel? ¿Otros cuerpos se habían reunido con él en una playa?

¿Otros labios enredados, otros corazones latiendo? ¿Había otros elogios susurrados sido intercambiados?

—¿Qué está mal? —Preguntó.

Luce se sintió mal. Podían haber empañado ventanas con sus besos, pero tan pronto como comenzaban a usar sus bocas para otras cosas, como hablar, todo se ponía tan complicado.

Ella volvió la cara. —Me mentiste.

Daniel no se burló o se enojó, como ella estaba esperando que lo hiciera, casi queriendo que él lo hiciera. Se sentó en la arena. Apoyó sus manos en las rodillas y miró a las olas espumosas. —¿Acerca de qué, exactamente?

Incluso cuando las palabras salieron, Luce lamentó hacia dónde se dirigía. —Podría tomar tu enfoque, no decirte nada, nunca.

—Yo no puedo decir lo que sea que quieres saber si no me dices lo que te molesta.

Pensó en Shelby, pero cuando se imaginó jugando la tarjeta de celos, sólo para que él la tratara como a una niña, Luce se sintió patética. En cambio, dijo: —Me siento como si fuéramos extraños. Como si no te conociera mejor que a alguien más.

—Oh. —Su voz era tranquila, pero su rostro era tan exasperadamente estoico, Luce quería sacudirlo. Nada lo sacaba de quicio.

—Me tienes de rehén aquí, Daniel. No sé nada. No conozco a nadie. Estoy sola. Cada vez que te veo, has puesto un nuevo muro, y no me dejas entrar. Nunca me dejas entrar. Me arrastraste todo un camino hasta aquí...

Ella estaba pensando en California, pero era más que eso. Su pasado, la concepción limitada de él que ella tenía, desplegado en su mente como el carrete reducido de una película, desenrollado en el suelo.

Daniel la había arrastrado mucho, mucho más allá de California. Él la había arrastrado a través de siglos de discusiones como ésta. A través de las muertes agonizantes que causaron dolor a todos a su alrededor, como las buenas personas de edad que había visitado la semana pasada. Daniel había arruinado la vida de esa pareja. Matando a su hija. Todo porque él había sido un ángel que vio algo que quería y fue tras ello.

No, él no acababa de arrastrarla a California. Él la había arrastrado a una maldita eternidad. Una carga que debería haber sido sólo de él para soportar. —Estoy sufriendo, yo y todos los que me quieren, por tu maldición. Por todos los tiempos. Por tu culpa.

Él hizo una mueca como si ella lo hubiera golpeado. —Quieres ir a casa —dijo.

Ella pateó la arena. —Quiero regresar. Quiero que deshagas lo que esa que me hizo entrar en esto. Sólo quiero vivir y morir una vida normal y romper con gente normal sobre cosas normales como tostadoras, no secretos sobrenaturales del universo, con los que ni siquiera me confías.

—Espera. —La cara de Daniel se había vuelto completamente blanca. Sus hombros se pusieron rígidos y sus manos temblaban. Incluso sus alas, que hace unos momentos le habían parecido tan poderosas, parecían frágiles. Luce quería acercarse y tocarlas, como si de alguna manera ellas le dirían si el dolor que veía en sus ojos era real. Pero ella se mantuvo firme.

—¿Estamos rompiendo? —le preguntó, con voz débil y baja.

—¿Estamos siquiera juntos, Daniel?

Se puso de pie y tomó su rostro. Antes de que ella se pudiera alejar, sintió el calor surgir en sus mejillas. Ella cerró los ojos, tratando de resistir la fuerza magnética de su toque, pero era tan fuerte, más fuerte que cualquier otra cosa.

Borró su ira, dejándola por el suelo. ¿Quién era ella sin él? ¿Por qué el movimiento de atracción hacia Daniel siempre derrotaba cualquier cosa que la apartaba? La razón, sensibilidad, auto conservación: Ninguno de ellos podía competir jamás. Debía haber sido parte del castigo de Daniel. Que estaba ligada a él para siempre, como una marioneta a su titiritero. Ella sabía que no debía quererlo con cada fibra de su ser, pero no podía evitarlo. Mirando hacia él, sintiendo su toque, el resto del mundo se desvaneció en un segundo plano.

Ella sólo deseaba que amarlo no siempre tuviera que ser tan duro.

—¿Qué es eso de querer una tostadora? —Daniel le dijo al oído.

—Supongo que creo que no sé lo que quiero.

—Yo sí. —Sus ojos estaban atentos, sosteniendo los de ella—. Te quiero a ti.

—Lo sé, pero...

—Nada va a cambiar eso. No importa lo que oigas. No importa lo que pase.

—Pero necesito más que ser querida. Necesito que estemos juntos, realmente juntos.

—Pronto. Te lo prometo. Todo esto es sólo temporal.

—Eso has dicho. —Luce vio que la luna se había elevado por encima. Era de color naranja brillante y menguante, un resplandor tranquilo—. ¿Sobre qué quieres hablar conmigo?

Daniel escondió su pelo rubio detrás de la oreja, examinando el mechón por demasiado tiempo. —La escuela —dijo con una vacilación que le hizo pensar que estaba siendo menos que sincero—. Le pedí a Francesca que cuidara de ti, pero yo quería verlo por mí mismo. ¿Estás aprendiendo algo? ¿Estás teniendo un buen tiempo?



Ella sintió la urgencia repentina de presumir con él acerca de su trabajo con los mensajeros, de ella hablando con Steven, y los atisbos que había tenido de sus padres. Pero el rostro de Daniel parecía más ansioso y abierto de lo que había visto en toda la noche. Él parecía estar tratando de evitar una pelea, por lo que Luce decidió hacer lo mismo.

Ella cerró los ojos. Le dijo lo que él necesitaba oír. La escuela estaba bien. Ella estaba bien. Los labios de Daniel cayeron sobre los de ella de nuevo, brevemente, acaloradamente, hasta que su cuerpo entero estaba hormigueando.

—Me tengo que ir —dijo al fin, poniéndose de pie—. Ni siquiera debería estar aquí, pero no puedo mantenerme lejos de ti. Me preocupo por ti en cada momento. Te amo, Luce. Te amo tanto que duele.

Ella cerró los ojos contra el golpe de sus alas y el picor de la arena levantada a su paso.

# Capítulo 10

*Traducido por moonrose y Anelisse*

*Corregido por Ellie*

## Nueve Días

Haciéndose eco de una serie de sonidos susurrantes y repiques cortando a través de la canción del águila pescadora, una nota larga, el canto de metal contra metal, entonces el choque de la hoja de plata fina mirando la guardia de su oponente.

Francesca y Steven estaban peleando.

Bueno, no... estaban practicando esgrima. Una demostración para los estudiantes que estaban a punto de organizarse en parejas por su cuenta.

—Saber cómo manejar una espada, ya sea de las láminas de luz que estamos utilizando hoy en día, o algo tan peligroso como un arma blanca, es una habilidad invaluable —dijo Steven, cortando la punta de su espada en el aire en movimientos cortos, como un látigo—. Los ejércitos del Cielo y el Infierno rara vez participan en la batalla, pero cuando lo hacen... —Sin mirar, rompió su espada hacia el lado de Francesca, y sin mirar, ella trajo elevó su espada y detuvo el golpe—, no serían afectados por la guerra moderna. Dagas, arcos y saetas, gigantes espadas de fuego, estas son nuestras herramientas eternas.

El duelo que siguió era para mostrar el resultado, sólo una lección. Francesca y Steven ni siquiera estaban enmascarados.

Era tarde en la mañana del miércoles, y Luce estaba sentada en la cubierta del banco ancho entre Jasmine y Miles. La clase entera, incluyendo a sus dos maestros, habían cambiado su ropa habitual por los habituales trajes blancos que siempre se usaban. La mitad de la clase sostenía máscaras negras de malla en sus manos. Luce había llegado al armario de suministros justo después de que la última mascarilla había sido tomada, lo que no le había molestado en absoluto. Ella tenía la esperanza de evitar la vergüenza de tener de testigo a toda la clase de su torpeza: Era obvio, por la forma en que los demás estaban haciendo estocadas a los lados de la cubierta, que habían pasado a través de estas prácticas antes.

—La idea es presentarse como el objetivo más pequeño posible para su oponente —explicó Francesca al círculo de los estudiantes que la rodeaban—. Así que establecen su peso en un pie y diríjense hacia delante con el pie del lado que sostienen la espada, avanzando y retrocediendo una y otra vez, entrando en el radio de ataque y alejándose a continuación.

Ella y Steven de pronto estaban envueltos en una ráfaga de golpes y paradas, haciendo un ruido denso como expertos luchando contra los demás golpes. Cuando la espada de él avistó por la izquierda, se lanzó hacia delante, pero ella se echó hacia atrás, barriendo su espada hacia arriba y alrededor, tocándolo en la muñeca. —Touché —dijo ella, riendo.

Steven se dirigió a la clase. —Touché, por supuesto, es el francés para “tocado”. En la esgrima, contamos con puntos de toque.

—Si estuviéramos luchando de verdad —dijo Francesca—, me temo que la mano de Steven estaría tirada en un charco de sangre sobre la cubierta. Lo siento, cariño.

—No te preocupes —dijo—. No. Te. Preocupes. —Él se lanzó a su lado, casi parecía levantarse del suelo. En el frenesí que siguió, Luce perdió la pista de la espada de Steven, ya que cruzaba por el aire una y otra vez, casi cortando a Francesca, que se agachaba hacia los lados, justo a tiempo y reapareció detrás de él.

Pero él estaba preparado para ella, y golpeó su hoja antes de dejar su punto y chocar su empuñadura.

—Me temo que tú, mi querida, has bajado con el pie equivocado.

—Vamos a ver. —Francesca planteó una mano y se alisó el pelo, los dos mirándose el uno al otro con una intensidad asesina.

Cada nueva ronda de juego violento causaba a Luce una tensión en alarma. Estaba acostumbrada a estar nerviosa, pero el resto de la clase estaba también sorprendentemente nervioso hoy. Nerviosos de la emoción. Viendo a Francesca y Steven, ninguno de ellos podía estar quieto.

Hasta hoy, ella se había preguntado por qué ninguno de los otros Nephilim en Shoreline jugaba en cualquiera de los equipos de deportes universitarios. Jasmine arrugó la nariz cuando Luce le preguntó si ella y Dawn estaban interesadas en nadar en equipos de pruebas de aptitud en el gimnasio. De hecho, hasta que ella escuchó a Lilith en el vestuario esta mañana quejándose que todos los deportes, excepto la esgrima, eran “exquisitamente aburridos”, Luce había supuesto que los Nephilim sólo no eran atléticos. Pero no era eso en absoluto. Ellos solo escogían cuidadosamente a qué jugar.

Luce hizo una mueca de dolor mientras se imaginaba a Lilith, que conocía la traducción al francés de todos los términos de esgrima —que Luce ni siquiera sabía en Inglés—, lanzando su esbelto, rencoroso ser en un ataque. Si el resto de la clase era una décima parte tan experta como Francesca y Steven, Luce iba a acabar en un montón de partes del cuerpo menos para el final de la sesión.

Sus profesores eran obviamente expertos, caminando ágilmente dentro y fuera de las estocadas. La luz del sol se reflejaba en sus espadas, en sus blancos chalecos acolchados.

Las rubias olas gruesas en cascada de Francesca se elevaban en un hermoso halo alrededor de sus hombros mientras ella le daba la vuelta a Steven. Sus pies tejían patrones

en el piso con tanta gracia que el encuentro parecía casi como una danza. La expresión en sus rostros era tenaz y llena de una determinación brutal por ganar.

Después de los primeros toques, estaban igualados. Ellos debían estarse cansando. Llevaban esgrimiendo por más de diez minutos sin éxito. Comenzaron a tirar con tanta rapidez que los arcos de sus hojas desaparecían, sólo había una furia fina y un zumbido leve en el aire y la grieta constante de sus hojas entre sí. Las chispas comenzaron a volar cada vez que sus espadas conectaban. ¿Las chispas de amor o de odio? Hubo momentos en que casi parecían ambos.

Y eso agitaba a Luce. Porque el amor y el odio se supone que están limpiamente en los lados opuestos del espectro. La división parecía tan clara como... bueno, los ángeles y los demonios le habían parecido una vez. Ya no era así. Mientras miraba a sus maestros con temor y miedo, los recuerdos de la discusión de la noche anterior con Daniel cruzaban por su mente. Y sus propios sentimientos de amor y odio —o, si no completamente de odio, por lo menos una creciente ira— anudados dentro de ella.

Una alegría resonó de sus compañeros de clase. Luce, por sólo parpadear, se lo había perdido. La punta de la espada de Francesca clavada en el pecho de Steven. Cerca del corazón. La apretó contra él hasta el punto que inclinó su hoja delgada en un arco. Ambos se detuvieron por un momento, mirándose el uno al otro a los ojos. Luce no podría decir si esto también era parte del espectáculo.

—Justo a través de mi corazón —dijo Steven.

—Como si tuvieras uno... —susurró Francesca.

Los dos profesores parecían momentáneamente inconscientes de que estaban rodeados de estudiantes.

—Otra victoria para Francesca —dijo Jasmine. Ella inclinó la cabeza hacia Luce y bajó la voz—. Ella viene de una larga lista de ganadores. ¿Steven? No tanto. —El comentario pareció cargado, pero Jasmine sólo se limitó ligeramente fuera de la banca, deslizo la máscara sobre su rostro, y se apretó la cola de caballo. Lista para ir.

Cuando el resto de los estudiantes comenzó a animarse a su alrededor, Luce trató de imaginar una escena similar entre ella y Daniel: Luce tomando la delantera, sujetándolo a merced de su espada como Francesca lo había hecho con Steven. Era, francamente, imposible de imaginar. Y eso molestaba a Luce. No porque ella quisiera posesionarse encima de Daniel, sino porque no quería ser ella a quien dominaran. La noche anterior, ella había estado demasiado a su merced.

Recordar ese beso la ponía ansiosa, enrojecida y abrumada... y no en el buen sentido.

Ella lo amaba. Pero...

Ella debería haber sido capaz de pensar la frase sin virar en esa pequeña fea conjunción. Pero no pudo. Lo que había en este momento no era lo que quería. Y si las reglas del juego siempre iban a quedar así, ella no sabía si aún quería jugar. ¿Qué tipo de



pareja era ella para Daniel? ¿Qué tipo de pareja era él para ella? Si Daniel había estado atraído a otras chicas... en algún momento debió habérselo preguntado también.

¿Podía alguien dar a cada uno una mayor igualdad de condiciones?

Cuando Daniel le dio un beso, Luce conoció en sus huesos que él era su pasado. Atrapada en su abrazo, ella estaba desesperada porque se quedara en su presente. Pero, al segundo que sus labios se separaron, no podía estar segura de que fuera su futuro. Necesitaba la libertad de tomar esa decisión, de una manera u otra.

Ella ni siquiera sabía qué más había por ahí.

—Miles —llamó Steven. Estaba totalmente en el modo de maestro, blandiendo su espada en un estuche de cuero negro estrecho y asintiendo con la cabeza a la esquina noroeste de la cubierta—. Vas a ser pareja con Roland aquí.

A su izquierda, Miles se inclinó para susurrarle: —Tú y Roland se conocen... ¿cuál es su talón de Aquiles? Yo no voy a perder con el chico nuevo.

—Um... yo realmente no... —La mente de Luce quedó en blanco. Mirando por encima a Roland, cuya máscara ya cubría su rostro, se dio cuenta de lo poco que realmente sabía acerca de él. Aparte de su catálogo de productos en el mercado negro. Y su forma de tocar la armónica. Y la forma en que había hecho reír tanto a Daniel el primer día en Espada y la Cruz. Ella aún no había encontrado de lo que habían estado hablando... o lo que Roland estaba haciendo en Shoreline, de todos modos.

Cuando se refería al Sr. Sparks, Luce estaba definitivamente en la oscuridad.

Miles le dio unas palmaditas en la rodilla. —Luce, estaba de broma. No hay forma de que ese tipo no vaya a patearme el culo. —Se levantó, riendo—. Deséame suerte.

Francesca se había mudado al otro lado de la cubierta, cerca de la entrada al albergue, y estaba tomando una botella de agua. —Kristy y Millicent, tomen esta esquina —dijo a dos niñas Nephilim con coletas y tenis en pareja negros—. Shelby y Dawn, vengan a emparejarse aquí. —Hizo un gesto a la esquina de la cubierta directamente en frente de Luce—. El resto de ustedes va a ver.

Luce estaba aliviada de que su propio nombre no había sido llamado. Cuanto más veía del método de enseñanza de Francesca y Steven, menos lo entendía.

Una demostración intimidante tomó el lugar de cualquier instrucción real. No “mirar y aprender”, sino directamente a “ver y sobresalir”. Cuando los primeros seis estudiantes tomaron sus lugares en la cubierta, Luce sintió una gran presión para recoger todo el arte de la esgrima de inmediato.

—¡*En garde!* —Gritó Shelby, lanzándose hacia atrás en una posición en cucullas con la punta de su espada a pocos centímetros de Dawn, cuya espada estaba cubierta todavía.

Los dedos de Dawn zigzagueando a través de su pelo negro corto, fijando secciones de él hacia atrás con un puñado lleno de clips de mariposa. —¡No puedes “en gardarme” mientras me estoy preparando para la batalla, Shelby! —Su voz aguda se hacía aún mayor

cuando se sentía frustrada—. ¿Qué, fuiste criada por lobos? —Le sopló a través de la última barra de plástico entre los dientes—. Está bien —dijo, sacando su espada—. Ahora estoy lista.

Shelby, que había estado sosteniendo su profunda estocada en todo el tiempo de acicalamiento de Dawn, ahora se enderezó y miró sus uñas quebradas.

—Espera, ¿tengo tiempo para una manicura? —Dijo, jugando con la mente de Dawn el tiempo suficiente para permitir que ella se lanzara en una postura ofensiva y girara alrededor de su espada.

—¡Qué grosera! —Gritó Dawn pero, para sorpresa de Luce, ella inmediatamente mostró su habilidad, su espada silbando con destreza a través del aire y golpeando a un lado de Shelby. Dawn era una dura (o sea, muy buena) esgrimista.

Junto a Luce, Jasmine se dobló de risa. —Una pareja hecha en el infierno.

Una sonrisa se había deslizado en la cara de Luce también, porque ella nunca había conocido a nadie tan optimista inquebrantable como Dawn. Al principio, Luce había sospechado falsedad, una fachada. De donde Luce venía, el Sur, eso de ser siempre feliz, no habría sido real. Pero Luce había quedado impresionada por la rapidez con que Dawn se recuperó después de ese día en el yate. El optimismo de Dawn parecía no conocer límites. Por ahora, era difícil para Luce estar alrededor de la niña sin reírse. Y era especialmente duro cuando Dawn estaba centrando su alegría femenina en vencer toda la basura de alguien tan fríamente opuesta como Shelby.

Las cosas entre Luce y Shelby aún eran un poco raras. Ella lo sabía, Shelby lo sabía, incluso la luz de noche de Budha en su habitación parecía saberlo. La verdad era que Luce casi disfrutaba viendo a Shelby luchar por su vida, mientras que Dawn la atacaba felizmente.

Shelby era una luchadora constante, paciente. Donde la técnica de Dawn era vistosa y llamativa, sus miembros girando en un tango virtual a través del piso, Shelby era cuidadosa con sus estocadas, como si sólo estuviera racionado un poco. Ella mantenía las rodillas dobladas y nunca dio nada.

Sin embargo, ella había dicho que había renunciado a Daniel después de una noche. Se había apresurado a decir que era debido a los sentimientos de Daniel por Luce... que interferían con todo lo demás. Pero Luce no le creyó. Algo era extraño acerca de la confesión de Shelby, algo no encajaba con la reacción de Daniel cuando Luce casi había traído el tema hasta la noche anterior. Había actuado como que no había nada que contar.

Un golpe fuerte tomó de nuevo la atención de Luce.

A través del suelo, Miles de alguna manera había aterrizado sobre su espalda. Roland se cernía sobre él. Literalmente. Él estaba volando.

Las enormes alas que se habían desplegado desde los hombros de Roland eran tan grandes como una gran capa llena de plumas como las de un águila, pero con un hermoso tejido vetado de oro a través de sus alas oscuras. Él debía tener ahora las mismas ranuras

cortadas en su traje de esgrima que Daniel tenía en su camiseta. Luce nunca había visto las alas de Roland antes, y como los otros Nephilim, no podía dejar de mirar. Shelby le había dicho que sólo unos pocos Nephilim tenían alas, y ninguno de ellos iba a Shoreline. Ver a Roland en una batalla, incluso en una práctica de lucha con espadas, envió una onda de excitación nerviosa a través de la multitud.

Las alas llamaban mucho la atención, y le tomó a Luce un momento darse cuenta que la punta de la espada de Roland se movía justo por encima del esternón de Miles, fijándolo al suelo. El brillante traje de esgrima blanco y las alas de oro de Roland enmarcaban una silueta recortada contra el oscuro, frondoso rastro que bordeaba el suelo. Con su máscara de malla negra puesta, Roland lucía aún más intimidante, más amenazante que si hubiera podido ver su rostro. Ella esperaba que su expresión fuera divertida, porque realmente tenía a Miles en una situación vulnerable. Luce se puso de pie para ir hasta él, sorprendida al encontrar sus rodillas temblando.

—¡Oh, Dios Mío, Miles! —Dawn gritó desde el otro lado de la cubierta, olvidando su propia batalla el tiempo suficiente para que Shelby fuera con una estocada hacia ella, tocando el pecho blindado de Dawn, y anotando el punto ganador.

—No es la forma más deportiva para ganar —dijo Shelby, cubriendo su espada—. Pero a veces esa es la manera en que resulta.

Luce corrió por delante de ellas y el resto de los Nephilim que no estaban involucrados en el duelo con Roland y Miles. Ambos jadeaban. Para entonces, Roland se había instalado en el suelo, retrayendo sus alas dentro de su piel. Miles se veía bien, era Luce la que no podía dejar de temblar.

—Me atrapaste —Miles rió nerviosamente, apartando la punta de la espada—. No vi tu arma secreta viniendo.

—Lo siento, hombre —dijo Roland sinceramente—. No quise dar rienda suelta a tus alas. A veces sólo pasa cuando me pongo en marcha.

—Bien, buen juego. Hasta ese momento, de todos modos. —Miles levantó la mano derecha para recibir ayuda para levantarse de la tierra—. ¿No se dice “buen juego” en la esgrima?

—No, nadie dice eso. —Roland se sacó su máscara con una mano y, sonriendo, dejó caer la espada de la otra. Tomó la mano de Miles y tiró de él en un movimiento rápido—. Buen juego tú también.

Luce dejó escapar el aliento. Por supuesto que Roland no iba realmente a lastimar a Miles. Roland era poco convencional e impredecible, pero no era peligroso, aunque se habían aliado con el equipo contrario la noche anteriormente del cementerio en Espada y Cruz. Pero no había ninguna razón para temerle. ¿Por qué había estado tan nerviosa? ¿Por qué no podía conseguir que su corazón dejase de acelerarse?

Entonces comprendió por qué. Era a causa de Miles. Porque él era el amigo más cercano que tenía en Shoreline. Lo único que sabía era que hacía poco, cada vez que estaba alrededor de Miles, le hacía pensar en Daniel, y arrastrando un montón de cosas entre



ellos. Y cómo a veces, en secreto, deseaba que Daniel pudiera ser un poco más como Miles. Alegre y relajado, atento y, naturalmente, dulce. Menos atrapado en cosas como estar condenado desde el principio de los tiempos.

Un destello de blanco se precipitó, pasando a Luce, hasta el bando de Miles. Dawn. Ella saltó sobre Miles, con los ojos cerrados y la boca en una sonrisa enorme. — ¡Estás vivo!

—¿Vivo? —Miles la puso de nuevo sobre sus pies—. Yo apenas tuve el viento golpeándome. Menos mal que nunca has llegado a ver uno de los partidos de fútbol.

De pie detrás de Dawn, viendo cómo ella acariciaba a Miles donde la espada había abierto su chaleco blanco, Luce sentía extrañamente avergonzada. No era que quisiera a Miles como mascota, ¿verdad? Ella sólo quería... No sabía lo que quería.

—¿Quieres esto? —Roland apareció a su lado, dándole la máscara que había estado usando—. Tú eres la próxima, ¿no es cierto?

—¿Yo? No. —Ella sacudió la cabeza—. ¿No es la campana a punto de sonar?

Roland negó con la cabeza. —Buen intento. Sólo te toca, y nadie va a saber que nunca lo hayas hecho antes.

—Lo dudo. —Luce pasó los dedos por la fina pantalla de malla—. Roland, tengo que preguntarte...

—No, yo no iba a lastimar a Miles. ¿Por qué todo el mundo está tan asustado?

—Ya lo sé... —ella trató de sonreír—. Se trata de Daniel.

—Luce, conoces las reglas.

—¿Qué reglas?

—Puedo conseguirte un montón de cosas, pero no puedo conseguirte a Daniel. Vas a tener que esperar.

—Espera, Roland. Yo sé que él no puede estar aquí ahora mismo. Pero, ¿qué reglas? ¿De qué estás hablando?

Él señaló a su espalda. Francesca estaba haciendo señas hacia Luce con un dedo. Los otros Nephilim habían tomado asiento en los bancos, a excepción de unos pocos estudiantes que parecía se estaban preparando para los duelos. Jasmine y una niña coreana llamada Sylvia, dos chicos altos, delgados, cuyos nombres Luce nunca podría recordar, y Lilith, plantada sola, examinando la contundente punta de goma de su espada, escrudiñando con cuidado.

—¿Luce? —dijo Francesca en voz baja. Hizo un gesto al espacio en la cabina de enfrente de Lilith—. Toma tu lugar.

—La prueba de fuego —silbó Roland, palmeando la espalda de Luce—. No muestres miedo.



Sólo había otros cinco estudiantes de pie en medio de la cubierta, pero a Luce le parecía como si fueran un centenar.

Francesca se quedó con los brazos casualmente cruzados sobre el pecho. Su rostro estaba sereno, pero a Luce le parecía una serenidad forzada. Tal vez tenía la intención de que Luce perdiera el duelo de la manera más brutal y vergonzosa posible. ¿Por qué sino ella enfrentaba a Luce contra Lilith, que se alzaba sobre Luce por lo menos un pie, y cuyo pelo color rojo fuego salía de detrás de la máscara como la melena de un león?

—Nunca he hecho esto —dijo Luce sin convicción.

—Está bien, Luce, no es necesario ser experta —dijo Francesca—. Estamos tratando de evaluar tu capacidad de relación. Sólo recuerda lo que Steven y yo te mostramos al inicio de la sesión y va a irte bien.

Lilith se echó a reír y marcó con la punta de su espada una amplia Z. —La marca de cero, perdedora —dijo.

—¿Mostrando el número de amigos que tienes? —Preguntó Luce. Recordando lo que Roland le había dicho acerca de no mostrar ningún temor. Ella deslizó la máscara hacia abajo sobre su rostro, y tomó la espada de Francesca. Luce ni siquiera sabía cómo sujetarla. Dejó caer el balón con el mango, preguntándose si ponerlo en su mano derecha o izquierda. Ella escribía con la mano derecha, y bateaba con la izquierda.

Lilith ya estaba mirándola como si deseara que Luce estuviera muerta, y Luce sabía que en este momento no podía permitirse el lujo de poner a prueba su swing en ambas manos. ¿Siquiera lo llamaban “swing” en la esgrima?

Sin decir palabra, Francesca se movió detrás de ella. Ella se puso de pie con los hombros cepillando la espalda de Luce, prácticamente doblando su estrecho cuerpo en torno a Luce y tomando la mano izquierda de Luce, y la espada, en la suya.

—También soy zurda —dijo.

Luce abrió la boca, insegura de si protestar o no.

—Al igual que tú. —Francesca se inclinó a su alrededor y le dio a Luce una mirada de complicidad. A medida que se reposicionaba su agarre, algo cálido y tremendamente suave fluía a través de los dedos de Francesca hacia Luce. Fuerza, o coraje tal vez... Luce no entendía cómo funcionaba, pero estaba agradecida.

—Tú quieres un agarre de luz —dijo Francesca, dirigiendo los dedos de Luce alrededor de la empuñadura en la espada—. Lo coges con demasiada fuerza y la dirección de la hoja se vuelve menos ágil, y tus movimientos defensivos más limitados. Cógelo más ligeramente, y la hoja podrá girar fuera de tus manos.

Sus dedos suaves y finos guiaban a Luce para sostener la curvada empuñadura de la espada justo debajo de la guardia. Con una mano en la espada y la otra en el hombro de Luce, Francesca ligeramente dio un paso hacia los lados, bloqueando el paso.

—Avanza. —Ella se trasladó hacia adelante, y empujó la espada en la dirección de Lilith.

La chica pelirroja se pasó la lengua por los dientes y miró a Luce con algo así como el síndrome del niño.

—Desarma. —Francesca movió la espalda de Luce como si fuera una pieza de ajedrez. Ella dio un paso atrás y voló en círculos para hacer frente a Luce, susurrando—: El resto es sólo dorar el lirio.

Luce hizo una mueca. *¿Dorar el qué?*

—¡En garde! —casi gritó Lilith. Sus largas piernas se doblaron, y su brazo derecho sosteniendo la espada fue directamente hacia Luce.

Luce se retiró a un paso rápido y, a continuación, cuando se sintió a una distancia lo suficientemente segura, se lanzó hacia delante con la espada extendida.

Lilith cruzó con destreza a la izquierda de la espada de Luce, se dio la vuelta, luego regresó desde abajo con la suya, chocando contra la de Luce. Las dos hojas se deslizaron una contra otra hasta que llegaron a un punto medio, entonces se mantuvieron. Luce tenía que poner toda su fuerza en detener la hoja de Lilith. Sus brazos temblaban, pero se sorprendió al encontrar que podría tener a Lilith de vuelta en esta posición. Por fin, Lilith se separó y dio marcha atrás.

Luce la vio hundir y girar un par de veces, y comenzó a hacerla retroceder. Lilith era una gruñona, haciendo toneladas de ruido de lleno-de-esfuerzo. Era un poco de distracción. Ella hizo un ruido enorme y simuló ir en una dirección, para luego batir la punta de su hoja en torno a un alto arco para tratar de rebasar las defensas de Luce.

Así que Luce intentó la misma jugada. Cuando ella abrió la punta de su espada alrededor para conseguir su primer punto, justo al sur del corazón de Lilith, la niña soltó un rugido ensordecedor.

Luce se estremeció y retrocedió. Ella no creía que había tocado siquiera a Lilith muy duro. —¿Estás bien? —Gritó, a punto de levantar la máscara.

—Ella no está herida —respondió Francesca por Lilith. Una sonrisa se abrió en sus labios—. Ella está enfadada porque la estás venciendo.

Luce no tenía tiempo para preguntarse qué significaba que Francesca pareciera estar disfrutando de repente por sí misma, ya que Lilith se disparaba hacia ella una vez más, con la espada a punto. Luce levantó la espada para encontrarse con Lilith, girando la muñeca para chocar tres veces antes de que se separaran.

El pulso de Luce estaba corriendo, y se sentía bien. Sintió una energía fluyendo a través de ella que no había sentido en mucho tiempo. Ella era realmente buena en esto, casi tan buena como Lilith, que parecía que había sido criada para trincar a las personas con objetos filosos. Luce, que nunca siquiera había tomado una espada, se dio cuenta que en realidad tenía una oportunidad de ganar. Sólo un punto más.

Ella podía oír a los otros estudiantes animando, algunos incluso gritando su nombre. Ella podía oír a Miles, y pensó que podía oír a Shelby, lo que en realidad la alentó. Pero el sonido de sus voces se tejía a través de algo más. Algo estático y fuerte también. Lilith luchó tan ferozmente como siempre, pero de repente Luce estaba teniendo dificultades para concentrarse. Ella retrocedió y parpadeó, mirando al cielo. El sol estaba oculto por los árboles sobresalientes, pero eso no era todo. Un número cada vez mayor de sombras se estaba extendiendo de las ramas, como manchas de tinta extendiéndose justo sobre la cabeza de Luce.

No, no ahora, no en público con todo el mundo mirando, y no cuando le podía costar el juego. Sin embargo, nadie se fijaba en ellas, lo que parecía imposible. Estaban haciendo tanto ruido que era imposible para Luce hacer otra cosa que taparse los oídos y tratar de bloquearlas. Ella se llevó las manos a sus oídos, lo que hizo que la punta de la espada apuntara hacia el cielo, confundiendo a Lilith.

—No dejes que te asuste, Luce. ¡Ella es tóxica! —Dawn señaló desde el banquillo.

—Usa el *prise de fer* (movimiento de esgrima) —gritó Shelby—. Lilith apesta en el *prise de fer*. Corrección: Lilith apesta en todo, pero sobre todo en el *prise de fer*.

Tantas voces, más, al parecer, de las que había antes en la cubierta. Luce hizo una mueca de dolor, tratando de bloquear todo. Pero una voz separada de la multitud, como si estuviera susurrando en su oído, justo detrás de la cabeza. Steven:

—Aleja el ruido, Luce. Encuentra el mensaje.

Ella movió alrededor su cabeza, pero él estaba en el otro lado de la cubierta, mirando hacia los árboles. ¿Él estaba hablando de los otros Nephilim? ¿De todo el ruido y la charla que estaban haciendo? Ella miró sus rostros, pero ni siquiera estaban hablando. Entonces, ¿quién era? Por un breve momento, ella atrapó los ojos de Steven, y él levantó la barbilla hacia el cielo. Como si estuviera apuntando a las sombras.

En los árboles por encima de su cabeza. Los anunciadores hablaban.

Y ella podía oírlos. ¿Habían estado hablando todo el tiempo?

Latín, ruso, japonés. Inglés con acento del sur. Mal francés. Susurros, cantos, malas direcciones, líneas de verso de rima. Y un largo grito espeluznante en busca de ayuda.

Ella negó con la cabeza, todavía con la espada de Lilith en la bahía, y las voces de arriba se quedaron con ella. Miró a Steven, a continuación a Francesca. Ellos no mostraron signos, pero ella sabía que los escuchaban. Y ella sabía que ellos sabían que ella estaba escuchándolos también.

Escuchando el mensaje detrás del ruido.

Toda su vida había oído el mismo ruido cuando las sombras llegaban: el susurro, feo, el ruido húmedo. Pero ahora era diferente... Un ruido metálico.

La espada de Lilith chocó contra la de Luce. La muchacha estaba resoplando como un toro furioso. Luce podía oír su propia respiración dentro de la máscara, jadeando mientras



trataba de sostener la espada de Lilith. Entonces se oía mucho más entre todas las voces. De pronto, podía centrarse en ellas. Encontrar el equilibrio solo significaba separar la estática de las cosas importantes. Pero, ¿cómo?

*Il faut faire le golpe doble. ca Après, c'est un fácil Gagner*, (Debe ser el doble golpe. Después de eso, es fácil ganar), uno de los anunciadores murmuró en francés.

Luce tenía tan sólo dos años en Francés de la escuela secundaria, pero las palabras la tocaron en algún lugar más profundo que su cerebro. No era sólo su cabeza entendiendo el mensaje. De alguna manera, su cuerpo lo sabía también. Se filtró en ella, hasta los huesos, y recordó: Había estado en un lugar como éste, en una lucha a espada de este tipo, en un enfrentamiento como éste.

El anunciador recomendaba la cruz doble, un movimiento de esgrima complicado en el que dos ataques separados venían uno después del otro.

Su espada se deslizó de su oponente y las dos se separaron. Un momento antes que Lilith, Luce se lanzó hacia adelante en un limpio movimiento intuitivo, metiendo la punta de su espada a la derecha, luego a la izquierda, luego al ras contra el lado de la caja torácica de Lilith. Los Nephilim animaban, pero Luce no se detuvo. Ella se desenganchó, luego retrocediendo por segunda vez, hundiendo la punta de la hoja en el relleno cerca del intestino de Lilith.

Con esa eran tres.

Lilith tiró su espada al suelo, tiró fuera su máscara, y dio a Luce un terrible ceño antes de irse rápidamente a la sala de vestuarios.

El resto de la clase estaba sobre sus pies, y Luce podía sentir a sus compañeros de clase que la rodeaban. Dawn y Jasmine la abrazaron por ambos lados, apretándola delicadamente. Shelby vino hacia adelante junto con un “choca esos cinco”, y Luce podía ver a Miles esperar pacientemente detrás de ella. Cuando fue su turno, la sorprendió, levantándola del suelo en un abrazo largo, apretado.

Ella le devolvió el abrazo, recordando lo incómoda que se había sentido antes, cuando ella había ido hacia él después de su juego, sólo para encontrar que Dawn había llegado primero. Ahora no estaba más que contenta de tenerlo, contenta de su simple y honesto apoyo.

—Quiero lecciones de esgrima de ti —le dijo, riendo.

En sus brazos, Luce miró hacia el cielo, a las sombras alargadas en las ramas. Sus voces eran suaves ahora, menos claras, pero aún seguían siendo más claras de lo que nunca antes habían sido antes, como si una radio llena de estática que había estado escuchando durante años finalmente se hubiera sintonizado. Pero no sabía si se suponía que debía sentirse agradecida o asustada.



# Capítulo 11

*Traducido por Yosbe ヴ*

*Corregido por Haushiinka*

## Ocho Días

—Espera. —La voz de Callie resonó a través de la línea—. Déjame pellizcarme para asegurarme de que no estoy...

—No estás soñando —dijo Luce en su celular prestado. La recepción era irregular desde su posición en el borde del bosque, pero el sarcasmo de Callie llegaba alto y claro—. Soy realmente yo. Siento haber sido una porquería de amiga.

Era jueves después de la cena, y Luce estaba apoyada contra el tronco de un árbol corpulento de secoya detrás de su dormitorio. A su izquierda estaba una ondulante colina y luego un acantilado, y más allá de eso, el océano. Todavía había una pequeña luz ámbar en el cielo sobre el agua. Sus nuevos amigos estarían todos en la posada haciendo s'mores<sup>5</sup>, contando historias de demonios alrededor del mundo. Era un evento social de tipo Dawn-Jasmine, parte de las Noches Nephilim que Luce se suponía tenía que ayudar a organizar, pero todo lo que había realmente hecho era solicitar unas cuantas bolsas de bombones y un poco de chocolate negro del comedor.

Y luego se había escapado al sombrío límite de los bosques para evitar a todos en Shoreline y volverse a conectar con algunas otras cosas importantes: Sus padres. Callie. Y los Anunciadores.

Ella esperó hasta la noche para llamar a casa. Jueves de mitad de precios significa que su mamá estaría afuera jugando Mah-Jong<sup>6</sup> con los vecinos y su papá estaría en el cine local viendo la ópera Atlanta en transmisión simultánea. Ella podía manejar sus voces en el contestador de diez años de antigüedad, podía dejar un mensaje de voz de treinta segundos diciendo que estaba pidiéndole desesperadamente al Sr. Cole dejarla salir del campus para Acción de Gracias, y que los amaba mucho.

Callie no iba a dejarla ir tan fácilmente.

---

<sup>5</sup> **S'mores:** Mezcla de galleta con chocolate y malvaviscos que se calientan en la hoguera, típico de los Estados Unidos.

<sup>6</sup> **Mah-Jong:** Es un juego de mesa de origen chino, exportado al resto del mundo, y particularmente a Occidente, a partir de 1920.

—Pensé que sólo te dejaban llamar los miércoles —estaba diciendo Callie ahora. Luce había olvidado la estricta política sobre el teléfono en Espada y Cruz—. Al principio dejé de hacer planes los miércoles, esperando por tu llamada —dijo Callie—. Pero después de un tiempo, me rendí. En fin... ¿Cómo obtuviste un celular?

—¿Eso es todo? —preguntó Luce—. ¿Cómo obtuve un celular? ¿No estás molesta conmigo?

Callie dejó salir un largo suspiro. —Sabes, pensé en estar molesta. Incluso practiqué toda la pelea en mi mente. Pero luego perdíamos las dos. —Hizo una pausa—. Y la cosa es que te extraño, Luce. Así que me dije: ¿por qué perder el tiempo?

—Gracias —Luce susurró, cerca de las lágrimas, de felicidad—. Entonces, ¿qué ha pasado contigo?

—Unh-Unh. Estoy a cargo de esta conversación. Ese es tu castigo por desaparecer de mi radar. Y lo que quiero saber es: ¿Qué ha pasado con ese tipo? Creo que su nombre comienza con una C...

—Cam —gimoteó Luce. ¿Cam fue el último chico del que le habló a Callie?— Él no resultó ser... la clase de chico que pensaba que era. —Hizo una pausa por un momento—. Estoy viendo a alguien más ahora, y las cosas están realmente... —Ella pensó en la cara radiante de Daniel, la manera en que había oscurecido tan rápido desde la última vez que ellos se vieron fuera de su ventana.

Luego pensó en Miles. El cálido, confiable, encantador y sin dramas Miles, quien la invitó a la casa de su familia para Acción de Gracias. Quien ordenó pepinillos en su hamburguesa en el comedor a pesar de que no le gustaban, sólo para que él pudiera dárselos a Luce. Quien inclinaba su cabeza cuando se echaba a reír, por lo que podía ver el brillo en sus ojos en las sombras gracias a su gorra de los Dodgers.

—Las cosas están bien —dijo finalmente—. Hemos estado compartiendo bastante.

—Ooh, saltando de un chico de reformatorio a otro. Viviendo el sueño, ¿no? Pero este suena serio, puedo escucharlo en tu voz. ¿Van a pasar Acción de Gracias juntos? ¿Vas a traerlo a casa para enfrentar la ira de Harry? ¡Hah!

—Um... si, probablemente —balbuceó Luce. Ella no estaba totalmente segura si estaba hablando de Daniel o de Miles.

—Mis padres están insistiendo en una gran reunión familiar en Detroit ese fin de semana. —Dijo Callie—. Lo cual estoy boicoteando. Quiero ir, pero supongo que estarás confinada en la villa de la reforma. —Ella hizo una pausa, y Luce se imaginó acurrucada sobre su cama en su cuarto en Dover. Parece hace mucho tiempo atrás desde que Luce fue enviada a la escuela. Muchísimo había cambiado—. Si vas a estar en casa, sin embargo, y vas a traer al chico del reformatorio, trata de detenerme.

—Okay, pero Callie...

Luce fue interrumpida por un chillido. —¿Entonces está arreglado? Imagínate: En una semana vamos a estar acurrucadas en tu sofá, ¡poniéndonos al día! Voy a hacer mi

famosa caldera de maíz para que nos ayuden a soportar las aburridas diapositivas que tu padre nos enseñará. Y tu loco poodle estará frenético...

Luce nunca había estado en la casa de piedra rojiza de Callie en Filadelfia, y Callie nunca había estado en la casa de Luce en Georgia. Las dos sólo las habían visto en fotos. Una visita de Callie parecía tan perfecto, tan exactamente lo que necesitaba Luce ahora mismo. También parecía completamente imposible.

—Buscaré los vuelos ahora.

—Callie...

—Te mandaré un correo, ¿okay? —Callie colgó antes de que Luce pudiera incluso responder.

Esto no estaba bien. Luce cerró el celular. Ella no debería sentirse como si Callie estuviera siendo una intrusa auto-inviténdose al Día de Acción de Gracias. Ella debía sentirse feliz de que su amiga todavía quisiera verla. Pero lo único que sentía era impotencia, nostalgia, y culpabilidad de perpetuar este estúpido ciclo de mentiras.

¿Era acaso posible simplemente ser normal y feliz por una sola vez? ¿Qué diablos haría falta en la Tierra, o más allá de ella, para que Luce estuviese contenta con su vida como Miles parecía estar? Su mente se mantenía dando vueltas alrededor de Daniel. Y ella tenía la respuesta: La única manera en que podría estar despreocupada otra vez sería nunca haber conocido a Daniel. Nunca haber conocido el verdadero amor.

Algo crujió en las copas de los árboles. Un viento gélido asaltó su piel. No se había estado concentrando en un Anunciador en concreto, pero se dio cuenta que, al igual que Steven le había dicho, sus deseos por respuestas habían provocado una.

No, no una.

Ella se estremeció, mirando arriba en la maraña de ramas. Cientos de sombras furtivas, turbias y con mal olor.

Fluían juntas en las ramas de secoya encima de ella. Como si alguien en las nubes hubiese arrojado una olla gigante de tinte negro que se extendía a través del cielo y goteaba hacia abajo en la copa de los árboles, goteando de una rama a otra hasta que el bosque era un sólido baño de negritud. Al principio era casi imposible saber dónde una sombra terminaba y comenzaba la siguiente, cuál sombra era real y cuál era un Anunciador.

Pero pronto empezaron a transformarse, y se hacían evidentes, disimuladamente, como si estuvieran moviéndose inocentemente en la luz mortecina del día, pero luego con más audacia. Ellos saltaban libres por las ramas que ocupaban, arrojando sus anillos de oscuridad abajo, abajo, cerca de la cabeza de Luce. ¿Señalándola o amenazándola? Se armó de valor pero no pudo recuperar el aliento. Eran demasiados. Era demasiado. Ella trató de buscar aire, tratando de no entrar en pánico, sabiendo que ya era demasiado tarde.

Así que corrió.

Ella comenzó al sur, hacia el dormitorio. Pero el abismo negro arremolinado de las copas de los árboles se movía con ella, silbando a lo largo de las ramas más bajas de las secoyas, más cerca. Ella sentía los pinchazos helados de su toque en los hombros. Gritó mientras ellos buscaban a tientas por ella, golpeándose con fuerza con sus propias manos.

Ella cambió el curso, se giró hacia la dirección opuesta, hacia el hospedaje Nephilim al norte. Donde podría encontrar a Miles, Shelby o incluso a Francesca. Pero los Anunciadores no la dejarían ir. Inmediatamente, ellos se deslizaron adelante, desplegándose en frente de ella, tragándose la luz y bloqueando el paso hacia el hospedaje. Su silbido se ahogo en el murmullo lejano de la fogata Nephilim, haciendo a los amigos de Luce parecer imposiblemente lejos.

Luce se forzó a si misma a parar y tomar un profundo respiro. Ella sabía más acerca de Los Anunciadores de lo que había sabido antes. Ella debería estar menos temerosa ahora. ¿Cuál era su problema? Tal vez sabía que se estaba acercando más a algo, alguna memoria o información que pudiese alterar su vida.

Y su relación con Daniel. La verdad era que ella no sólo esta aterrorizada por los Anunciadores. Ella estaba aterrorizada de lo que podría ver a través de ellos.

O escuchar.

Ayer, la mención de Steven acerca de sintonizar el ruido de los Anunciadores había finalmente encajado; ella podía escuchar el sonido de sus vidas pasadas. Ella podía reducir la estática y enfocar en lo que quería saber. Lo que necesitaba saber. Steven tal vez quería darle una pista, debía saber que ella escucharía y tendría nuevos conocimientos de los Anunciadores.

Ella se volvió y dio un paso atrás en la oscura soledad de los árboles. El silbante sonido de los Anunciadores se calmó, y se asentaron.

La oscuridad debajo de las ramas la envolvió en frío y en el turbio olor a hojas en descomposición. En el crepúsculo, Los Anunciadores se deslizaron hacia adelante, acomodándose en la penumbra alrededor de ella, camuflándose otra vez entre las sombras naturales. Algunos de ellos se movían con rapidez y frialdad, como soldados; otros tenían una ágil gracia. Luce se preguntaba si su apariencia reflejaba algo de los mensajes que contenían.

Muchas cosas acerca de los Anunciadores se sentían todavía impenetrables. Sintonizarlos no era intuitivo, como jugar con un dial de radio antigua. Lo que había escuchado ayer, una voz entre un montón de voces, había llegado a ella por accidente.

El pasado podría haber sido incomprensible para ella antes, pero podía sentirlo presionando contra las superficies oscuras, a la espera de entrar en la luz. Ella cerró los ojos y juntó las manos. Allí, en la oscuridad, con el corazón palpitante, deseó que salieran. Ella convocó a esas, las más frías y oscuras cosas, pidiéndoles que le entregaran su pasado, para iluminar su historia y la de Daniel. Ella los invitó a resolver el misterio de quién era y por qué él la había escogido a ella.

Incluso si la verdad rompía su corazón.



Una suntuosa, femenina risa salió del bosque. Una risa muy clara y plena, que se sentía como si envolviera a Luce, rebotando en las ramas de los árboles. Trató de averiguar su origen, pero había tantas sombras reunidas que Luce no sabía cómo localizar la fuente. Y entonces ella sintió su sangre helarse.

La risa era la de ella.

O fue una vez la de ella, atrás cuando era una niña. Antes de Daniel, antes de Espada y Cruz, antes de Trevor... antes de una vida llena de secretos y mentiras y preguntas sin respuesta. Antes de que ella viera a un ángel. Era una inocente risa, muy despreocupada, que ya no lo pertenecía.

Un soplo del viento se arremolinó en las ramas superiores, y una dispersión de agujas de madera marrón rojiza cayó al suelo. Crepitaban como gotas de lluvia mientras se unían a sus predecesores en el suelo del bosque. Entre ellos se encontraba una fronda grande. Gruesa y con plumas, totalmente intacta, se desvió lentamente hacia abajo de alguna manera fuera del poder de la gravedad. Era negro en lugar de marrón. Y en vez de caer al suelo, se dobló ligeramente sobre la palma extendida de Luce.

No era una rama, sino un Anunciador. En cuanto ella se inclinó para examinarlo más de cerca, oyó la risa de nuevo. En algún lugar en el interior, otra Luce se reía.

Gentilmente, Luce le dio un tirón a los bordes espinosos del Anunciador. Era más flexible de lo que esperaba, pero estaba frío como el hielo y se sentía desagradable contra sus dedos. Se hizo más grande en el toque más ligero. Cuando había crecido a alrededor de un pie cuadrado, Luce lo soltó y se alegró de verlo flotar al nivel de sus ojos. Ella hizo un esfuerzo especial para centrarse en escuchar, y apagar todo lo que estaba a su alrededor.

Nada al principio, y luego...

Una risa más alta coreó desde las sombras. Luego el velo de la oscuridad se destrozó y una imagen vino claramente.

Esta vez, Daniel fue el primero en venir en la visión.

Incluso en la pantalla del Anunciador, era el cielo verlo. Su cabello era un par de pulgadas más largo de lo que lo usaba ahora. Y estaba bronceado, sus hombros y el puente de su nariz eran ambos profundos, dorados.

Vestía traje de baño azul marino ajustado alrededor de sus caderas, el tipo que había visto en fotos de la familia de los años setenta. Le hacía ver tan bien.

Detrás de Daniel estaba el borde verde de un espeso bosque, la lluvia densa y un exuberante verde brillante, pero con frutos y flores blancas que Luce nunca había visto antes. Se puso de pie en el borde de un acantilado bajo pero espectacular, bajó la mirada hacia una piscina con burbujas de agua. Pero Daniel no dejaba de mirar hacia arriba, hacia el cielo. Rió de nuevo. Y luego la propia voz de Luce, descompuesta por la risa.

—¡Date prisa y baja ahora mismo!

Luce se inclinó hacia delante, más cerca de la ventana del Anunciador, y se vio en su yo anterior flotando en un bikini amarillo de corte alto. Su largo cabello danzaba alrededor de ella, flotando en la superficie del agua como un profundo halo negro. Daniel mantenía sus ojos en ella pero también por encima. Los músculos en su cuerpo estaban tensos. Luce tenía un mal presentimiento de que ya sabía por qué.

El cielo se llenó de Anunciadores, como una bandada de cuervos enormes negros, una nube tan espesa que bloqueaba el sol. La Luce de hace mucho tiempo atrás en el agua no notó nada, no vio nada. Pero, al ver a todos los Anunciadores revoloteando y reuniéndose en el aire húmedo de esa selva tropical, en una imagen hecha por un Anunciador, tenía a la Luce en el bosque con una sensación de un súbito mareo.

*—Me haces esperar por siempre —dijo el Daniel del ayer—. Apúrate que me congelo.*

Daniel apartó la vista del cielo, viéndola con una expresión desbaratada. Su labio estaba temblando y su cara estaba fantasmalmente blanca. *—No te congelarás —le dijo ella.*

¿Estaban las lágrimas de Daniel secándose? Cerró los ojos y se estremeció. Entonces, arqueando sus manos sobre la cabeza, empujó la roca y se tiró en clavado al agua.

Daniel emergió un momento después, y la Luce del ayer nadó hacia él. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello, su cara era brillante y feliz. Luce vio todo el juego con una mezcla de enfermedad y satisfacción. Ella quería que su antiguo yo tuviera la mayor cantidad de lo que pudiese obtener de Daniel, de sentir esa cercanía inocente, extasiada de estar con la persona que amaba.

Pero ella sabía, así como Daniel lo sabía, así como el montón de Anunciadores lo sabían, exactamente qué era lo que iba a pasar tan pronto como Luce presionara sus labios contra los de él. Daniel tenía razón: Ella no se iba a helar.

Ella iba a arder en una explosión de aterradoras llamas.

Y Daniel se quedaría con ella para llorar.

Pero él no era el único. Esta chica había tenido una vida, amigos y una familia que la amaba, quienes se sintieron desbastados cuando la perdieron.

De repente, Luce estaba enfurecida. Furiosa con la maldición que había estado colgando sobre ella y Daniel. Ella había sido inocente, impotente; no entendía nada de lo que iba a suceder. Ella todavía no entendía por qué había pasado; por qué siempre tenía que morir tan rápido después de encontrar a Daniel. Por qué no había pasado todavía en esta vida.

La Luce del agua todavía estaba viva. Luce no la dejaría... no podría dejarse morir.

Ella agarró al Anunciador, encrespando sus extremidades en sus puños. Se retorció e inclinó, torciendo las imágenes de los nadadores como un espejo de la Casa de la Risa. Dentro de su pantalla, las otras sombras descendían.

Los nadadores se estaban quedando sin tiempo.

En la frustración, Luce gritó y tornó sus puños al Anunciador, el primero, luego el otro, dando golpes encima de la escena que estaba frente a ella. Ella golpeaba una y otra vez, agitándose y llorando mientras trataba de parar lo que iba a ocurrir.

Entonces sucedió: Su puño derecho se abrió paso y su brazo se hundió hasta el codo. Instantáneamente, sintió el shock del cambio de temperatura. El calor de un atardecer de verano se extendía a través de su palma. La gravedad varió. Luce no podía decir qué era lo que estaba arriba y qué era lo que estaba abajo. Ella sintió su estómago rebufar y creyó que iba a vomitar.

Podía pasar. Ella podía salvar a su propia yo del pasado. Tentativamente, estiró su brazo izquierdo hacia delante.

Él también desapareció en el Anunciador, como si pasara a través de una brillante, húmeda lámina de gelatina que ondulada y se ampliada, como si sólo podía dejarla pasar.

—Me quiere también —dijo en voz alta—. Puedo hacer esto. Puedo salvarla. Puedo salvar mi vida.

Ella se inclinó ligeramente y luego metió su cuerpo en el Anunciador.

Había rayos solares, tan brillantes que tuvo que cerrar sus ojos, y un calor tropical que un brillo de sudor inmediatamente estalló en su piel. Y una condición nauseabunda de la gravedad inclinándose y volcándose, como una zambullida a gran altura. En un momento ella estaría cayendo...

Excepto que algo la tenía agarrada de su tobillo izquierdo. Y del derecho. Algo que la empujaba. Ese algo fue tirando de Luce con mucha fuerza hacia atrás.

—¡No! —Luce chilló, porque ahora podía ver, podía ver, muy por debajo, un estallido de color amarillo en el agua.

Demasiado brillante para ser su traje de baño. ¿Fue hace mucho tiempo cuando Luce ya estaba incendiándose? Luego todo se desvaneció.

Luce estaba siendo tirada de vuelta hacia la fría, oscura parcela de secoyas detrás de los dormitorios de Shoreline. Su piel se sentía fría y pegajosa, su balance estaba todo hecho añicos y cayó de bruces sobre la tierra y las agujas de secoya en el suelo del bosque. Rodó y vio dos figuras en frente de ella, pero su visión estaba girando tanto que no podía decir quiénes eran.

—Pensé que te encontraría aquí.

Shelby. Luce sacudió su cabeza y parpadeó unas pocas veces. No sólo Shelby, Miles también. Los dos lucían exhaustos. Luce estaba exhausta. Ella miró su reloj, sin sorprenderse de cuánto tiempo había gastado vislumbrando el Anunciador. Era un poco después de la una de la mañana. ¿Qué estaban haciendo Miles y Shelby despiertos?

—¿Qué... Qué... qué estabas tratando de...? —Miles tartamudeó, señalando el lugar donde el Anunciador debía estar. Ella miró por arriba de su hombro. Se había roto en un



centenar de agujas de pino que caían como lluvia, lo suficientemente frágiles para convertirse en cenizas cuando aterrizaban.

—Creo que voy a enfermarme —murmuró Luce, rodando a un lado y apuntando detrás de un árbol cercano. Ella exhaló un par de veces, pero nada ocurrió. Cerró los ojos, atormentada por la culpa. Había sido muy débil y era muy tarde para salvarse a sí misma.

Una mano fría la envolvió y apartó sus cortos rizos rubios de su cara. Luce vio los pantalones negros de yoga de Shelby raídos y sus pies descalzos, y sintió una ola de gratitud.

—Gracias —dijo ella. Después de un largo momento, se secó la boca y, vacilante, se puso de pie—. ¿Están molestos conmigo?

—¿Por qué molesta? Estoy orgullosa de ti. Lo adivinaste. ¿Por qué necesitarás de alguien como yo ahora? —Shelby le dio a Luce un encogimiento de hombro.

—Shelby...

—No, te diré por qué me necesitas —espetó Shelby—. ¡Para mantenerte lejos de catástrofes como en la que estabas a punto de meterte! Quieras o no, debo añadir. ¿Qué estabas tratando de hacer? ¿Sabes lo que le pasa a la gente que se mete dentro de los Anunciadores?

Luce sacudió su cabeza.

—Yo tampoco, ¡pero dudo que sea bonito!

—Tienes que saber lo que estás haciendo —Miles dijo de repente detrás de ellas. Su cara lucía más pálida de lo normal. Luce debió haberlo sacudido fuertemente.

—Oh, ¿y presumo que sabías lo que estabas haciendo tú? —desafió Shelby.

—No —murmuró él—. Pero un verano mis padres me hicieron tomar un taller con este antiguo ángel que sabía cómo, ¿okey? —él se volteó hacia Luce—. ¿Y la manera en que lo estabas haciendo? No estabas ni cerca. Realmente me asustaste, Luce.

—Lo siento. —Luce hizo una mueca de dolor. Shelby y Miles estaban actuando como si los hubiera traicionado al salir aquí sola—. Pensé que ustedes iban a la fogata detrás de los dormitorios.

—Pensábamos que tú irías —replicó Shelby—. Estuvimos allí un rato, pero luego Jasmine comenzó a llorar porque Dawn había desaparecido, y los profesores se pusieron raros, especialmente cuando se dieron cuenta que tú también estabas extraviada, así que la fiesta se terminó. Así que a continuación mencioné casualmente a Miles de que tenía algo de idea de dónde podías estar y que me iba a buscarte, y de repente el Sr. Pegajoso...

—Espera un minuto —interrumpió Luce—. ¿Dawn está desaparecida?

—Probablemente no —sugirió Miles—. Quiero decir, sabes cómo son ella y Jasmine. Ellas son escurridizas.



—Pero era su fiesta —dijo Luce—. Ella no se perdería su propia fiesta.

—Eso es lo que Jasmine sigue diciendo —planteó Miles—. Ella no fue al cuarto anoche, y no había ningún alboroto en la mañana, así que finalmente Frankie y Steven los instruyeron a todos a volver a sus dormitorios, pero...

—Veinte dólares a que Dawn está atrapada con algún no-Neph extranjero en los bosques de alrededor. —Shelby hizo rodar sus ojos.

—No. —Luce tenía un mal presentimiento acerca de esto. Dawn estaba muy emocionada por la fogata. Ella había ordenado franelas, incluso aunque no había manera en el mundo que convenciera a alguno de los niños Nephilim de usarlas. Ella no desaparecería así nada más, no por voluntad propia—. ¿Por cuánto tiempo ha desaparecido?

Cuando los tres salieron de los bosques, Luce estaba mucho más agitada. Y no sólo por Dawn. Estaba temblando por lo que había visto en el Anunciador. Mirar la muerte de cerca de su antiguo yo era una agonía, y esta fue la primera vez que lo había visto. Daniel, por su parte, había tenido que verlo cientos de veces. Sólo ahora ella podía entender por qué él había sido tan frío con ella cuando se conocieron por primera vez: para ahorrarle a los dos el trauma de pasar por otra espantosa muerte. La realidad de la situación de Daniel empezó a abrumarla, y estaba desesperada por verlo.

Cruzando el césped hacia el dormitorio, Luce tenía que cubrir sus ojos. Linternas potentes barrían el campus. Un helicóptero zumbando en la distancia, su reflector trazaba la línea de la costa, barriendo hacia atrás y adelante a lo largo de la playa. Una amplia línea de hombres con uniformes oscuros caminaban por el sendero del dormitorio de los Nephilim hasta el comedor, lentamente examinando el suelo.

Miles dijo: —Esa es una formación común de grupos de búsqueda. Forman una línea y no dejan una pulgada de terreno no cubierto.

—Oh Dios —dijo Luce en voz baja.

—Ella estaba realmente perdida. —Shelby hizo una mueca—. El karma no es bueno.

Luce echó a correr al hospedaje Nephilim. Miles y Shelby la siguieron. El sendero, cubierto de flores tan hermosas a la luz del día, ahora lucía demasiado grande en las sombras. Delante de ellos, la fogata se había desvanecido a brasas, pero todas las luces estaban prendidas en los dormitorios. El gran edificio del lado A estaba iluminado y lucía formidable en la noche oscura.

Luce podía ver el miedo en las caras de muchos de los niños Nephilim que estaban sentados en las bancas alrededor de la cubierta. Jasmine estaba llorando, su gorro de lana roja estaba ladeado en su cabeza. Ella estaba agarrando la mano estirada de Lilith en apoyo mientras dos policías con una libreta les hacían mil preguntas.

El corazón de Luce estaba con la chica. Ella sabía cuán horroroso podía ser ese proceso. Los policías pululaban alrededor de la cubierta, repartiendo fotocopias en blanco

y negro de una fotografía ampliada reciente de Dawn que alguien había impreso de Internet.

Al mirar hacia abajo en la imagen de baja resolución, Luce se sorprendió al ver cuánto Dawn y ella se asemejaban, al menos, antes de que ella tiñera su cabello. Recordó la mañana después de que lo hizo, cómo Dawn se mantenía bromeando de no ser gemelas nunca más.

Luce cubrió su grito con la mano. Su cabeza le dolía y comenzó a sumar cosas que no tenían sentido. Hasta ahora.

El terrible momento en la balsa salvavidas. La fuerte advertencia de Steven de mantenerlo en secreto. La paranoia de Daniel acerca de los “peligros” que él nunca le explicaba a Luce. Los Desterrados que la habían llevado fuera del campus, la amenaza que Cam había destruido en el bosque. La manera en que Dawn se parecía mucho a ella en la difusa fotografía.

Quien sea que había tomado a Dawn se había equivocado. Era a Luce a quien quería.

# Capítulo 12

*Traducido por Aishliin, Dham-Love y \*!!!BellJolie!!!\**

*Corregido por Ellie y V!an\**

## Siete Días

Viernes por la mañana, los ojos de Luce parpadearon abriéndose y se centraron en el reloj. Las siete y media AM. Ella apenas había dormido, era un desastre, preocupada al extremo por Dawn y aún enojada por la vida pasada que había vislumbrado el día anterior a través del Anunciador. Era tan extraño haber visto los momentos previos a su muerte. ¿Habrían sido todos así? Su mente seguía chocando contra el mismo muro una y otra vez:

*Si no hubiera sido por Daniel...*

¿Habría tenido una oportunidad de tener una vida normal, una relación con otra persona, casarse, tener niños, y envejecer como el resto del mundo? Si no hubiera sido porque Daniel se enamoró de ella hace ya tantos siglos, ¿Dawn estaría desaparecida hoy?

Estas preguntas eran simplemente desvíos, que finalmente iban a parar a lo más importante: ¿Era posible el amor con otra persona? ¿Era posible siquiera el amor con alguien más? El amor se suponía que era fácil, ¿no? Entonces, ¿por qué se sentía tan atormentada?

La cabeza de Shelby se asomó de la litera de arriba, su cola de caballo rubia cayendo detrás de ella como una pesada cortina. —¿Estás tan asustada por todo esto como yo?

Luce dio unas palmaditas en su cama para que Shelby se deslizara hacia abajo y se sentara a su lado. Todavía en pijamas de franela roja gruesa, Shelby se deslizó en la cama de Luce, junto con dos barras gigantes de chocolate. Luce iba a decir que no podría comer, pero cuando el olor del chocolate flotó hacia su nariz, desprendió la lámina de color bronce y le dio a Shelby una pequeña sonrisa.

—Da justo en el blanco —dijo Shelby—. ¿Recuerdas lo que dije anoche sobre Dawn besándose con algún chico al azar? Me siento muy mal por ello.

Luce negó con la cabeza. —Oh, Shel, no lo sabías. Tú no te puedes sentir mal por eso. —Ella, por el otro lado, tenía un montón de razones para sentirse mal por lo que le había sucedido a Dawn. Luce había pasado mucho tiempo en sentirse responsable de la muerte de personas cercanas a ella: Trevor, luego Todd, y luego la pobre, pobre Penn. Su garganta se cerró con el pensamiento de la adición de Dawn a la lista. Se secó una lágrima silenciosa antes de que Shelby la pudiera ver. Llegaría el punto en el que tendría que ponerse a sí misma en cuarentena, manteniéndose alejada de todos a quienes amaba para que pudieran estar a salvo.

Un golpe en la puerta hizo que Luce y Shelby se sobresaltaran. La puerta se abrió lentamente. Miles.

—Ellos encontraron a Dawn.

—¿Qué? —Preguntaron Luce y Shelby al unísono.

Miles arrastró la silla del escritorio de Luce hacia la cama y se sentó frente a las chicas. Él tomó su gorra y se secó la frente. Estaba perlada de sudor, como si hubiera venido corriendo a través del campus para decírselo.

—No pude dormir anoche —dijo, girando la gorra en sus manos—. Me levanté temprano, a caminar. Me encontré con Steven y él me dijo la buena noticia. La gente que se la llevó la trajo de vuelta a la salida del sol. Ella está sacudida, pero no le hicieron daño.

—Es un milagro —murmuró Shelby.

Luce estaba más dudosa. —No lo entiendo. ¿Ellos simplemente la trajeron de vuelta? ¿Ilesa? ¿Cuándo ha pasado esto alguna vez? —¿Y cuánto tiempo había llevado quienquiera que fuera a darse cuenta de que tenía a la chica equivocada?

—No fue tan fácil —admitió Miles—. Steven estaba involucrado. Él la rescató.

—¿De quién? —Luce casi gritó.

Miles se encogió de hombros, balanceándose sobre las dos patas traseras de la silla. —No tengo idea. Estoy seguro de que Steven sabe, pero, uh, yo no soy su primera elección de confidente.

Que Dawn hubiera sido encontrada ilesa pareció relajar a todos, excepto a Luce. Su cuerpo estaba entumecido. No podía dejar de pensar: Debería haber sido yo.

Se levantó de la cama y agarró una camiseta y pantalones vaqueros de su armario. Tenía que encontrar a Dawn. Dawn era la única persona que podía responder a sus preguntas. Y a pesar de que ella nunca entendería, Luce sabía que le debía una disculpa.

—Steven dijo que la gente que la llevó no volverá nunca más —agregó Miles, viendo la preocupación de Luce.

—¿Y tú le crees? —Se burló Luce.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —Preguntó una voz desde la puerta abierta. Francesca estaba apoyada contra el umbral con un abrigo de color caqui. Ella irradiaba calma, pero no parecía precisamente contenta de verlos—. Dawn está hoy en casa y está a salvo.

—Quiero verla —dijo Luce, sintiéndose ridícula de pie su camiseta hecha jirones y los pantalones cortos arrugados en los que había dormido.

Francesca frunció los labios. —La familia de Dawn la recogió hace una hora. Ella va a estar de vuelta en Shoreline cuando sea el momento adecuado.



—¿Por qué estás actuando como si nada? —Luce levantó los brazos—. Como si Dawn no hubiera sido secuestrada.

—Ella no fue secuestrada —le corrigió Francesca—. Ella fue “tomada prestada”, y resultó ser un error. Steven lo tiene manejado.

—Um,¿ se supone que eso nos debe hacer sentir mejor? ¿Ella fue tomada prestada? ¿Para qué?

Luce buscó en los rasgos de Francesca, y no vio nada más que calma sensata. Pero entonces, algo en los ojos azules de Francesca cambió: se redujeron, y a continuación se ampliaron, mientras un ruego silencioso pasó de Francesca a Luce. Francesca quería que Luce no mostrara lo que ella sospechaba frente a Miles o Shelby. Luce no sabía por qué, pero confiaba en Francesca.

—Steven y yo esperamos que el resto de ustedes estarán bastante agitados —continuó Francisco, ampliando su mirada para incluir a Miles y Shelby—. Las clases de hoy se cancelan, y vamos a estar en nuestras oficinas, por si quieren venir y hablar. —Sonrió de esa manera angelical deslumbrante de ella, luego se volvió en sus tacones altos y caminó por el pasillo.

Shelby se levantó y cerró la puerta detrás de Francesca. —¿Puedes creer que ella utilizó el término “tomar prestado” para referirse a un ser humano? ¿Acaso Dawn es un libro de biblioteca? —Ella apretó sus manos en alto—. Tenemos que hacer algo para alejar nuestras mentes de todo esto. Quiero decir, estoy feliz de que Dawn esté bien, y confío en Steven —creo—, pero aún me siento alterada por toda la cuestión.

—Tienes razón —dijo Luce, mirando por encima a Miles—. Vamos a distraernos. Podríamos ir a dar un paseo...

—Es demasiado peligroso. —Shelby lanzó los ojos de lado a lado.

—O ver una película...

—Demasiado inactivo. Mi mente se va.

—Eddie dijo algo acerca de un partido de fútbol durante el almuerzo —tiró Miles.

Shelby golpeó una mano contra su frente. —¿Hace falta que les recuerde que he terminado con los niños de Shoreline?

—¿Qué tal un juego de mesa?

Finalmente, los ojos de Shelby se iluminaron. —¿Y qué tal el juego de la vida? ¿Cómo en “de las vidas pasadas? Podríamos hacer esa cosa en la que localizamos a tus familiares de nuevo. Yo te puedo ayudarte.

Luce mordió su labio inferior. La imagen de ayer a través del Anunciador la había sacudido seriamente. Ella todavía estaba desorientada físicamente, emocionalmente agotada, y no comenzaba a hacerse la idea de hacer frente a la forma en que la había hecho sentir sobre Daniel.

—No lo sé... —dijo.

—¿Quieres decir, más de lo que estaban haciendo ayer? —Preguntó Miles.

Shelby giró la cabeza y lo miró. —¿Todavía estás aquí?

Miles cogió una almohada que había caído al suelo y se la tiró. Ella se la arrojó con fuerza de nuevo a él, quien pareció impresionado con sus reflejos.

—Está bien, está bien. Miles puede quedarse. Las mascotas siempre vienen bien. Y es posible que necesitemos a alguien a quien tirar debajo del autobús. ¿Verdad, Luce?

Luce cerró los ojos. Sí, ella se moría de ganas de saber más sobre su pasado, pero, ¿y si era tan difícil de tratar como lo había sido el día anterior? Incluso con Miles y Shelby a su lado, ella tenía miedo de intentarlo de nuevo.

Pero entonces recordó el día que Francesca y Steven habían vislumbrado el Anunciamiento de Sodoma y Gomorra delante de la clase. Después, el resto de los estudiantes se había tambaleado, pero Luce seguía pensando que si hubieran o no visto esa escena espantosa no importaba en lo más mínimo: aún había sucedido. Al igual que su pasado.

Por el bien de todas sus antiguas yo, Luce no podía alejarse ahora. —Vamos a hacerlo —le dijo a sus amigos.

Miles dio a las chicas unos minutos para vestirse, y volvieron a reunirse en el pasillo. Pero, a continuación, Shelby se negó a salir al bosque donde Luce había convocado a los anunciadores.

—No me mires así. Dawn acabó atrapada, y los bosques son oscuros y espeluznantes. Realmente no quieres ser la siguiente, ¿sabes?

Fue entonces cuando Miles insistió en que sería bueno para Luce tratar de convocar a los Anunciadores en un lugar nuevo, como el dormitorio.

—Sólo silba y vienen corriendo —dijo—. Haz de esas anunciadoras tus perras. Tú sabes que lo deseas.

—No quiero que empiecen a merodear por aquí, sin embargo —dijo Shelby, volviéndose a Luce—. Sin ánimo de ofender, pero a una chica le gusta su privacidad.

Luce no estaba ofendida. Pero no era como si los Anunciadores fueran a dejar de seguirla, sin importar dónde los convocara. Ella no quería que las sombras pasaran por la puerta de la habitación sin anunciarse, al igual que Shelby.

—La cosa con los Anunciadores es demostrar control. Es como entrenar un nuevo cachorro. Sólo tienes que hacerle saber quién es el jefe.

Luceladeó su cabeza hacia Miles. —¿Desde cuándo sabes tantas cosas útiles acerca de los Anunciadores?

Miles se sonrojó. —No siempre soy aplicado en las clases, pero soy capaz de unas cuantas cosas.

—¿Y qué? ¿Ella sólo se para allí y los convoca? —preguntó Shelby.

Luce se quedó de pie al lado de la colorida estera de yoga de Shelby que estaba en la mitad de la habitación y pensó en cómo Steven la había entrenado.

—Vamos a abrir una ventana —ella dijo.

Shelby brincó para levantar el marco de la ventana, dejando entrar una fría ráfaga de aire. —Buena idea. Lo hace más acogedor.

—Y frío —dijo Miles, levantando la capucha de la sudadera.

Luego los dos se sentaron en la cama frente a Luce, como si fuera una artista en el escenario. Ella cerró los ojos, tratando de no sentirse observada.

Pero en lugar de pensar en las sombras, en lugar de convocarlos en su mente, todo en lo que podía pensar era en Dawn y en cuán aterrorizada debió haber estado la noche antes, en cómo se debía estar sintiendo ahora, de nuevo con su familia. Se había recuperado después del extraño accidente en el yate, pero esto era mucho más serio. Y era culpa de Luce. Bueno, de Luce y de Daniel, por traerla aquí.

Él seguía diciendo que la iba a llevar a un lugar seguro. Ahora Luce se preguntaba si todo lo que estaba haciendo era volver a Shoreline peligroso para todo el mundo

Un gemido de Miles hizo que Luce abriera los ojos. Miró justo por encima de la ventana, donde un Anunciador de color gris carbón estaba sobre el techo. Primero parecía como si hubiera sido una sombra normal, emitida por la lámpara de piso que Shelby había movido hacia la esquina. Pero luego el Anunciador comenzó a esparcirse sobre el techo hasta que la habitación parecía cubierta por una capa de pintura mortal, dejando una estela de frío y de mal olor sobre la cabeza de Luce. Fuera de su alcance.

El Anunciador que ella ni siquiera había convocado, el Anunciador que ella no podía contener, bueno, se estaba burlando de ella.

Inhaló nerviosamente, recordando lo que Miles había dicho acerca del control. Se concentró tan ferozmente que su cerebro empezó a doler. Su rostro estaba rojo y sus ojos estaban fijos en el punto donde ella iba a tener que rendirse. Pero luego, el Anunciador se debilitó, deslizándose hacia los pies de Luce como una gruesa y espesa alfombra. Entrecerrando los ojos, se distinguió una pequeña sombra, café y redondita que se cernía sobre el más oscuro, sobre él más grande, rastreando sus movimientos, casi en la forma en que un gorrión puede volar en una estrecha consonancia con un halcón. ¿Qué era este entonces?

—Increíble —susurró Miles. Luce trató de dejar que las palabras de Miles se hundieran como un cumplido. ¿Estas cosas que la habían aterrorizado toda su vida, que la hacían miserable? A las que siempre había temido... ahora le servían. Lo que en realidad era increíble. No le había ocurrido hasta que había visto la intriga en el rostro de Miles. Por primera vez, se sentía bastante bien.



Controló su respiración y se tomó el tiempo para guiarlo hasta sus manos. Una vez que el gran y gris Anunciador estuvo dentro de su alcance, el más pequeño salió del suelo como un doble de oro a la luz de la ventada, mezclándose con los tablones de madera.

Luce tomó los bordes del Anunciador y contuvo su aliento, rezando porque el mensaje dentro fuera más inocente que el de ayer. Ella tiró, sorprendida de sentir a esta sombra darle más resistencia de lo que cualquiera de las otras había puesto. Se veía tan suave e insustancial, pero se sentía rígido en sus manos. Para el momento en que lo hubo engatusado en una ventada de un pie cuadrado, sus brazos le dolían.

—Esto es lo mejor que puedo hacer —le dijo a Miles y a Shelby. Ellos se levantaron, acercándose.

El velo gris dentro del Anunciador se levantó, o Luce pensó que lo había hecho, pero luego otro velo gris estaba debajo. Ella entrecerró los ojos hasta que vio la textura gris moviéndose turbulentamente, dándose cuenta que no era la sombra lo que ella estaba viendo. El velo gris que estaban mirando era una espesa nube de humo de cigarrillo. Shelby tosió.

El humo en realidad nunca se aclaró, pero los ojos de Luce se acostumbraron: pronto puso ver una mesa en forma de media luna con un fieltro rojo arriba. Jugando cartas que estaban acomodadas en filas sobre la superficie. Una fila de extraños estaba sentada a un lado. Algunos parecían acelerados y nerviosos, como el hombre calvo que permanecía aflojando su corbata de puntos y silbando por lo bajo. Otros lucían cansados, como la mujer con el cabello arreglado que incineraba un cigarrillo en un vaso medio lleno de algo. Su espesa máscara de pestañas se estaba cayendo de sus pestañas superiores, dejando un camino de color negro bajo sus ojos.

Y al otro lado de la mesa, un par de manos estaban volando a través de una baraja de cartas, lanzando de manera experta una carta a cada persona de la mesa. Luce se inclinó cerca de Miles para poder ver mejor. Estaba distraída por las luces de neón de las miles de maquinas tragamonedas detrás de las mesas. Eso fue antes que viera al distribuidor.

Ella pensó que se acostumbraría a ver versiones de sí misma en los Anunciadores. Joven, llena de esperanza, siempre ingenua. Pero esta era diferente. La mujer que distribuía las cartas en el sórdido casino lucía una camiseta blanca de Oxford, pantalones negros ajustados, y un chaleco que hacía su pecho sobresalir. Sus uñas eran largas y rojas, con lentejuelas brillando en los dos dedos meñiques, y seguía usándolos para alejarse el cabello de la cara. Su concentración se cernía en el juego de los jugadores, así que ella nunca miraba a nadie a los ojos. Era tres veces más vieja que Luce, pero todavía había algo entre ellas.

—¿Esa eres tú? —Miles preguntó, tratando fuertemente de no sonar horrorizado.

—¡No! —dijo Shelby planamente—. Es bastante vieja. Y Luce sólo vive hasta los diecisiete. —Le lanzó a Luce una mirada nerviosa—. Quiero decir, en el pasado, ese había sido el trato. Esta vez, sin embargo, estoy segura que vivirás hasta una edad avanzada. Tal vez tan vieja como esta señora. Quiero decir...

—Suficiente Shelby —dijo Luce.



Miles sacudió su cabeza. —Tengo tanto con lo que ponerme al día.

—De acuerdo, si no soy yo, debe ser... no lo sé, alguien relacionado a mí. —Luce miró mientras la mujer retiraba las fichas del hombre calvo con la corbata. Sus manos se parecían a las de Luce. La forma de su boca era similar—. ¿Creen que es mi mamá? ¿O mi hermana?

Shelby estaba garabateando notas furiosamente en el lado de un manual de yoga. — Sólo hay una manera de saberlo. —Ella le entregó sus notas a Luce: *Vegas: Hotel y Casino Mirage, turno de noche, mesa estacionaria cerca al show del tigre de Bengala, Vera tenía un buen arreglo en las uñas.*

Miró hacia la distribuidora. Shelby era estricta con los detalles que Luce nunca se daba cuenta. El nombre en el prendedor de la distribuidora decía VERA en letras blancas. Pero la imagen estaba empezando a tambalearse y a desvanecer.

Pronto, toda la imagen se desvanecería en pequeñas sombras que caerían al piso como cenizas de papel quemado.

—Pero, esperen, ¿este no es el pasado? —preguntó Luce.

—No pienses eso —dijo Shelby—. O, por lo menos, no es un pasado lejano. Había un anuncio para la nueva temporada del Circo del Sol en el fondo. Entonces, ¿qué dices?

¿Ir todo el trayecto hacia Vegas a encontrar a esta mujer? Una hermana de mediana edad sería probablemente más fácil para acercarse que padres en sus ochentas, pero aún así. ¿Pero qué si hacen todo el recorrido y Luce se atraganta de nuevo? Shelby le dio un codazo.

—Oye, de verdad debes agradarme si estoy aceptando ir a Vegas. Mi mamá era una mesera durante un par de años cuando era un niño. Te lo digo. Es el infierno en la tierra.

—¿Cómo podemos llegar allí? —preguntó Luce, sin querer pedirle a Shelby si podría pedir prestado el carro de SAEB de nuevo—. ¿Qué tal lejos está Las Vegas, de todas maneras?

—Demasiado lejos para manejar —dijo Miles—. Lo que está bien para mí, porque quiero practicar deslizarme.

—¿Practicar deslizarte?

—Deslizarme —Miles se arrodilló en el suelo y limpió los fragmentos de sombra entre sus manos. Parecían casi cansados, pero Miles seguía arrodillado con ellos en sus dedos hasta que formaron una bola desordenada—. Te dije que no podía dormir anoche. Irrumpí en la oficina de Steven por la ventana.

—Sí, claro —ladró Shelby—. Tú reprobaste levitación. Definitivamente no eres lo suficientemente bueno como para flotar hasta su ventana.

—Y tú no eres lo suficientemente fuerte para arrastrar el estante de libros —dijo Miles—. Pero yo sí, y tengo esto para demostrarlo. —Él sonrió, sosteniendo un grueso

tomo titulado “Anunciadores: Cómo Convocarlos, Vislumbrarlos y Viajar en Diez Mil Fáciles Pasos”—. También tengo un enorme moretón en mi espinilla por una salida pobremente planificada, pero de todas maneras... —Se giró hacia Luce, quien estaba pasando un duro momento en contenerse de arrancarle el libro de las manos—. Estaba pensando, con tu obvio talento para vislumbrar, y mi conocimiento superior...

Shelby se burló. —Qué has leído, ¿el tres por ciento del libro?

—Un muy útil tres por ciento —dijo Miles—. Creo que somos capaces de hacer esto. Y no terminar perdidos por siempre.

Shelbyladeó su cabeza sospechosamente pero no dijo nada más. Miles seguía amasando al Anunciador en su palma, luego empezó a estirarlo. Después de un minuto o dos, había crecido en una hoja de gris casi del tamaño de la puerta. Sus bordes eran débiles y era casi translúcido, pero cuando lo presionaba de su lado un poco, parecía como una forma firme, como un yeso después de haber sido puesto a secar. Miles alcanzó el lado izquierdo del rectángulo oscuro, sintiendo su superficie, buscando algo.

—Esto es extraño —él masculló, controlando el Anunciador con sus dedos—. El libro dice que si haces el área del Anunciador lo suficientemente grande, la tensión superficial se reduciría hasta un radio que permitiría la penetración de la superficie. Él suspiró—. Se supone que hay un...

—Excelente libro, Miles —Shelby puso los ojos en blanco—. Eres un verdadero experto ahora.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Luce, acercando a Miles. De repente, mirando sus manos recorrer la superficie, lo vio.

Un picaporte.

Ella pestañeó y la imagen se desvaneció, pero sabía dónde había estado. Se acercó a Miles y presionó su mano contra el lado izquierdo del Anunciador. Allí. El tacto de eso en contra de su dedo la hizo jadear. Se sentía como una clase de picaporte de metal pesado con un cerrojo y cerradura de los que se usan para asegurar una puerta. Estaba congelado, y áspero por el óxido invisible.

—¿Ahora qué? —dijo Shelby. Ella miró hacia sus dos amigos concertados, se encogió de hombros, jugueteó con la cerradura, y luego lentamente deslizó el cerrojo hacia a un lado. Con el cerrojo suelto, una puerta de sombra se abrió, casi golpeándolos a los tres.

—Lo hicimos —susurró Shelby. Estaban mirando a un largo y profundo túnel negro con rojo. Se veía húmedo, frío y pegajoso adentro y olía como a moho y a cócteles hechos con licor barato. Luce y Shelby se miraron la una a la otra desconcertadas. ¿Dónde estaba la mesa de Blackjack? ¿Dónde estaba la mujer que habían estado buscando antes? Un brillo rojo alumbró desde la profundidad, y luego Luce podía escuchar maquinas de juego sonando, y monedas golpeando en canastas de metal.

—¡Bien! —dijo Miles, agarrando su mano—. Leí acerca de esta parte, es una fase transitoria. Sólo tienes que seguir.

Luce alcanzó la mano de Shelby, agarrándola fuertemente mientras Miles entraba en la húmeda oscuridad, y tiraba de los tres.

Caminaron un par de metros adelante, lo suficiente como para llegar a la puerta del verdadero dormitorio de Luce y Shelby. Pero tan pronto como la puerta nebulosa del Anunciador se cerró con un *pfffffft* profundamente inquietante, la orilla del lago se había ido. Lo que había sido de un rojo intenso, aterciopelado, brillando a la distancia, de repente se convirtió en blanca brillante. La luz blanca salió disparada hacia delante, envolviéndolos, llenando sus oídos con el sonido.

Los tres tuvieron que proteger sus ojos. Miles siguió adelante, dirigió a Luce y Shelby detrás de él. De lo contrario, Luce pudo haber quedado paralizada. Las dos palmas de sus manos sudaban en el interior de las manos de sus amigos. Ella estaba escuchando un solo acorde de la música, ruidosa y perfectamente sonora.

Luce se frotó los ojos, pero era la cortina nebulosa del Anunciador que le oscurecía la visión. Miles se adelantó y se frotó suavemente con un movimiento circular, hasta que empezó a desprenderse, como pedacitos de pintura vieja que caían del techo. Y con cada copo que caía llegaban ráfagas de aire del desierto árido en la frialdad oscura que a Luce le calentó la piel. A medida que el Anunciador se hacía pedazos a sus pies, la visión anterior ahora tenía sentido: estaban mirando hacia abajo la zona de Las Vegas. Luce sólo la había visto en fotos, pero ahora tenía la punta del Hotel de la Torre Eiffel de París y Las Vegas al mismo nivel.

Lo que significaba que era muy, muy alto. Se atrevió a dar un vistazo hacia abajo: Ellos estaban fuera de pie, en un techo en alguna parte, con el borde de sólo uno o dos pies más allá de sus dedos de los pies. Y más allá, la zona de tráfico de Las Vegas, una línea de palmeras, una piscina de natación elaboradamente iluminada. Todo por lo menos treinta pisos más abajo.

Shelby soltó la mano de Luce y comenzó a caminar en los límites de la cubierta de cemento marrón. Tres idénticas alas largas y rectangulares se extendían desde un punto central. Luce se dio la vuelta, a trescientos sesenta grados teniendo luces brillantes de neón, y más allá, una cadena de montañas áridas lejanas, extrañamente iluminada por la contaminación lumínica de la ciudad.

—Maldita sea, Miles —dijo Shelby, saltando sobre los tragaluces para explorar más de la cubierta—. Ese paseo fue increíble. Estoy casi atraída por ti ahora mismo. Casi.

Miles hundió las manos en los bolsillos. —Um... ¿gracias?

—¿Dónde estamos exactamente? —Luce preguntó. La diferencia entre su caída sola a través del anunciador y esta experiencia fue como la noche y el día. Esto era mucho más civilizado. No había nadie que quisiera lanzarse hacia arriba. Además, había mucho trabajado. Al menos, pensó que lo había.

—¿Qué sucedió con la vista que tuvimos antes?

—Tuve que enfocar para salir —dijo Miles—. Pensé que sería extraño si los tres saliéramos como una nube en el centro del piso del casino.



—Sólo un poco —dijo Shelby, tirando de una puerta cerrada—. ¿Alguna idea brillante sobre cómo bajar de aquí?

Luce hizo una mueca. El anunciador estaba temblando en el suelo a sus pies. No podía imaginar que tuviera la fuerza para ayudarlos ahora. No muy lejos de este techo y no regresarían a la orilla del lago.

—¡No importa! soy una genia —dijo Shelby en el techo. Ella se inclinó sobre uno de los tragaluzes y luchó con un bloque. Con un gruñido, se abrió, entonces levantó un panel de cristal con bisagras.

Metió la cabeza, y les dio un gesto a Luce y a Miles para unírsele. Con cautela, Luce se asomó por el tragaluz abierto a un gran cuarto de baño, opulento. Había cuatro lugares generosos de tamaño, por un lado, una línea de lavabos de mármol frente a un espejo dorado por el otro. Un sofá de felpa color malva, y una sola mujer se sentaba allí, mirando en el espejo. Luce sólo podía ver la parte superior de su pelo negro, pero su imagen mostraba una cara muy maquillada, espeso flequillo, y una mano cuidada con manicure francesa volviendo a aplicar una capa innecesaria de lápiz labial rojo.

—Tan pronto como esa Cleopatra se haya ido a través de ese tubo de lápiz labial, sólo bajaremos —Shelby susurró.

Debajo de ellos, Cleopatra se levantó. Ella chasqueó los labios y se limpió una mancha roja de los dientes. Luego se marchó hacia la puerta.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Miles—. ¿Tú quieres que “baje” a un cuarto de baño de mujeres?

Luce echó un mirada desolada a todo el techo. No había realmente más de una sola manera de entrar. —Si alguien te ve, sólo finges que entraste a la puerta equivocada.

—O que ustedes dos estaban ocupados en uno de los cuartos —añadió Shelby—. ¿Qué? Es Las Vegas.

—Vamos. —Miles se ruborizó mientras bajaba los pies por delante a través de la ventana. Extendió sus brazos lentamente, hasta que sus pies se cernieron un poco más de la parte superior de mármol del alto espejo.

—Ayuda a Luce a bajar —dijo Shelby.

Miles se trasladó a bloquear la puerta del baño, luego levantó los brazos para coger a Luce. Ella trató de imitar su técnica sin problemas, pero sus brazos se tambalearon cuando se sentó a través del tragaluz. No podía ver por debajo de ella, pero sintió el fuerte agarre de Miles alrededor de su cintura antes de lo que ella hubiera esperado.

—Puedes soltarte —dijo, y cuando lo hizo, él la bajó con cuidado al suelo. Sus dedos se extendieron alrededor de su caja torácica, a sólo una delgada camisa negra lejos de su piel. Sus brazos estaban alrededor de ella cuando sus pies tocaron el azulejo. Estaba a punto de darle las gracias, pero cuando miró sus ojos, se quedó muda.



Ella se retiró de su alcance demasiado rápido, murmurando en tono de disculpa y tropezó con sus pies. Ambos se inclinaron en contra del lavabo, nerviosos, evitando el contacto visual mirando fijamente a la pared.

Eso no debería haber ocurrido. Miles era sólo su amigo.

—¡Hola! ¿Alguien me va a ayudar? —Los pies, con las medias coloridas de Shelby, colgaban del tragaluz, pateando con impaciencia. Miles se trasladó a la ventana y la agarró del cinturón, facilitándole bajar por la cintura. Bajó a Shelby mucho más rápido, Luce se dio cuenta, de lo que la había bajado a ella.

Shelby, con los pies en el suelo de baldosas de oro, abrió la puerta. —Vamos, ustedes dos, ¿qué están esperando?

En el otro lado de la puerta, las camareras vestidas elegantemente de negro con lentejuelas se apresuraban en sus tacones altos, con las bandejas de cocteleras equilibradas en las curvas de sus brazos. Los hombres con costosos trajes oscuros llenando las mesas de Blackjack, donde gritaban como adolescentes cada vez que les repartían una mano de cartas. No había máquinas tragamonedas traqueteando ni golpes sin fin. Era callado, y exclusivo, y sin ser emocionante, pero no era nada parecido a la escena que había visto en el Anunciador.

Una camarera se acercó a ellos. —¿Puedo ayudarles? —Ella bajó la bandeja de acero inoxidable para estudiarlos.

—Oh, caviar —dijo Shelby, recogiendo tres y entregándolos a cada uno.

—¿Ustedes están pensando en lo que yo estoy pensando?

Luce asintió con la cabeza. —Estábamos bajando las escaleras.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el vestíbulo luminoso del brillante casino, Luce tuvo que ser empujada fuera por Miles. Se dio cuenta de que habían llegado finalmente al lugar correcto. Las camareras eran más viejas, cansadas, mostrando menos carne. No se deslizaban por la alfombra naranja manchada, sino que se arrastraban. Y los clientes se veían con mucho más sobrepeso, de clase media, de mediana edad, autómatas tristes, vaciado sus billeteras. Todo lo que tenían que hacer era encontrar a Vera.

Shelby los llevó a través de un laberinto de estrechas máquinas tragamonedas, grupos de gente en las mesas de la ruleta gritando a la pequeña bola que hacía girar la rueda, más allá de los grupos grandes, la gente agitaba los dados y a continuación los lanzaba, animando los resultados, una fila de mesas que ofrecían juegos de póker y extraños juegos con nombres como "Pai Gow", hasta que llegaron a un grupo de mesas de Blackjack.

La mayoría de los distribuidores eran hombres. Altos, encorvados, hombres de pelo graso, hombres con gafas, bigote gris, un hombre que llevaba una máscara quirúrgica sobre su rostro. Shelby no se detuvo para quedarse con la boca abierta con cualquiera de ellos, y tuvo razón: Allí, en el extremo posterior del casino, estaba Vera.

Su cabello negro estaba recogido en un moño desequilibrado. Su rostro pálido se veía delgado y flácido. Luce no sentía la misma efusión emocional que había sentido cuando ella miró a sus padres de su vida anterior en Shasta.

Pero, de nuevo, ella todavía no sabía quién era Vera para ella, además de una mujer cansada, de mediana edad, que sostenía las cartas a una mujer pelirroja medio dormida para que cortara. Descuidadamente, la pelirroja cortó el paquete en el centro; entonces las manos de Vera comenzaron a volar.

Otras mesas en el casino estaban abarrotadas, pero la pelirroja y su esposo diminutivo fueron las dos únicas personas con Vera. Sin embargo, era un buen espectáculo para ella, rompiendo las cartas con una destreza que el trabajo pareciera sin esfuerzo. Luce podía ver un lado elegante de Vera que no había notado antes. Un gusto por lo dramático.

—Por lo tanto... —dijo Miles, cambiando su peso junto a Luce.

—Sí, vamos a... o... —las manos de Shelby, de repente sobre los hombros de Luce, prácticamente la jalaron a uno de los asientos de cuero vacíos en la mesa.

A pesar de que estaba muriendo por mirarla, Luce evitaba el contacto con sus ojos en un primer momento. Ella estaba nerviosa de que Vera pudiera reconocerla antes de que ella tuviera la oportunidad. Pero los ojos de Vera pasaron por cada uno de ellos con sólo el más suave interés, y Luce recordó lo diferente que parecía ahora que había blanqueado su cabello. Ella tiró de si misma con nerviosismo, sin saber qué hacer a continuación.

Luego Miles dejó caer un billete de veinte dólares frente a Luce, y recordó el juego que se suponía que debía estar jugando. Ella deslizó el dinero sobre la mesa. Vera frunció la ceja. —¿Tienes Identificación?

Luce negó con la cabeza. —¿Tal vez sólo pudiera ver?

Al otro lado de la mesa, la pelirroja se quedó dormida, con la cabeza sobre el hombro rígido de Shelby. Vera rodó los ojos por la escena y empujó el dinero de Luce, apuntando a las luces de neón de la publicidad del Circo du Soleil.

—El circo era para niños. —Luce suspiró. Iban a tener que esperar hasta que Vera saliera de trabajar. Y para entonces probablemente ella tendría menos interés en hablar con ellos. Sintiendo derrotada, Luce se acercó a retirar el dinero de Miles.

Los dedos de Vera fueron alejándose así como los de Luce se extendían por el dinero, y tocaron sus yemas. Ambas asintieron. El choque raro de Luce brevemente fue cegador. Contuvo el aliento. Ella miró los ojos color avellana de Vera.

Y lo vio todo: Una casa de dos pisos en una ciudad canadiense cubierta de nieve. Los copos de hielo en las ventanas, el viento susurrando en los cristales. Una niña de diez años de edad viendo la televisión en la sala, meciendo a un bebé en su regazo. Era Vera, pálida y en vaqueros deslavados y un suéter con un cuello de tortuga marina grueso, una manta de lana barata amontonada entre ella y el respaldo del sofá. Un tazón de palomitas de maíz en

la mesa de café, reducido a un puñado de granos, no hechos. Un gato naranja gordo rondando la chimenea, silbidos en el radiador.

Y Luce era su hermana, ella era el bebé en sus brazos.

Luce sintió meciéndose en la silla del casino, por el dolor de recordar todo esto. Con la misma rapidez, la impresión se desvaneció, reemplazada por otra.

Luce como una niña persiguiendo a Vera, escaleras arriba, escaleras abajo, con los zapatos de gama por debajo de sus pies, su presión en el pecho por la risa sin aliento, cuando el timbre sonó y un muchacho rubio, de pelo liso llegó a recoger a Vera para una cita, ella se detuvo, se enderezó su ropa y le dio la espalda, y dio la vuelta... Un latido más tarde y Luce era la misma adolescente, con un lío de pelo rizado hasta los hombros color negro.

Tumbada en la colcha de mezclilla de Vera, el tejido grueso de alguna manera como un consuelo, hojeando el diario secreto de Vera. *Él me ama*, Vera había escrito una y otra vez y otra en cursiva. Y a continuación, las páginas se apartaron, por la cara furiosa de su hermana que se aproximaba, con las huellas de sus lágrimas claras...

Y, de nuevo, una escena diferente, Luce aún mayor, tal vez diecisiete años. Ella se preparó para lo que se aproximaba.

La nieve caía del cielo suave blanco y estático. Vera y algunos amigos de patinaje estaban en el hielo del estanque detrás de su casa, haciendo círculos rápidamente, feliz riendo, y en el borde de hielo de la laguna, Luce se agachó, el frío se filtraba a través de la ropa fina, mientras que anudaba sus patines, con prisa, como de costumbre, para alcanzar a su hermana. A su lado, sintió calidez que no tenía que mirar para identificar. Daniel estaba en silencio, de mal humor, sus patines ya bien atados. Podía sentir la necesidad de darle un beso y, sin embargo, ninguna sombra era visible. La noche con todas sus estrellas de puntos brillantes, claras y llenas de posibilidades.

Luce buscó las sombras, entonces se dio cuenta de que su ausencia tenía sentido. Estos eran los recuerdos de Vera. Y la nieve hizo que todo fuera más difícil de ver. Sin embargo, Daniel debía saber, como lo hizo cuando se zambulló en el lago. Debe haberlo sentido cada hora. ¿Alguna vez importaba lo que pasaba con la gente como Vera después de que Luce fuera asesinada?

Hubo un sonido de estallido a un lado de Luce del lago, como la caída de un paracaídas. Y después: Un tiro floreciente de fuego en medio de una tormenta de nieve. Una enorme columna de llamas de color naranja brillante se disparó hacia el cielo en el borde del estanque.

En donde había estado Luce. Los patinadores acometieron inconcientemente hacia ella y se dispararon a otro lado del charco. Pero el hielo se derretía, rápidamente, catastróficamente, sus patines se sumergían en el agua fría. Vera gritó, resonó en la noche azul, su mirada congelada por la agonía de todo lo que podía ver Luce.



En el casino, Vera tiró de su mano, temblando como si hubiera sido quemada. Sus labios temblaban un par de veces antes de que se formaran las palabras: —Eres tú. —Ella sacudió la cabeza—. Pero no puede ser.

—Vera —susurró Luce, llegando de nuevo a la mano de su hermana. Quería abrazarla, tomar todo el dolor que a Vera le había provocado y transferirlo a sí misma.

—No —Vera negó con la cabeza, retrocediendo y moviendo el dedo hacia Luce—. No, no, no... —Tropezó con la mesa a su espalda y envió una gigantesca pila de fichas de póquer en cascada fuera de la mesa. Los discos de color se deslizaron por el suelo, provocando una oleada de exclamaciones y suspiros de los jugadores que saltaron de sus asientos para recogerlos.

—¡Maldita sea, Vera! —Gritó un hombre en cuclillas encima del estruendo. Mientras él se contoneaba de su mesa con un traje gris de poliéster barato y zapatos negro desgastados, Luce dio una mirada de preocupación compartida con Miles y Shelby. Tres chicos menores de edad no querían tener nada que ver con el distribuidor. Pero él seguía masticando hacia Vera, con el labio curvado en disgusto—. ¿Cuántas veces...?

Vera había establecido sus pies de nuevo, pero seguía mirando, aterrada, a Luce, como si Luce fuera el diablo en lugar de su hermana muerta. Los ojos delineados de Vera eran blancos de terror mientras ella tartamudeaba: —Ella no p-p-puede estar aquí.

—Cristo —murmuró el jefe de la sala, mirando a Luce y sus amigos, a continuación, hablando y caminando—. Envíame a seguridad. —Consiguió decir a un matón.

Luce retrocedió entre Miles y Shelby, quien dijo entre dientes: —¿Qué tal uno de esos paseos, Miles?

Antes de que Miles pudiera contestar, tres hombres con enormes muñecas y cuello aparecieron por encima de ellos. El jefe de la sala agitó las manos.

—Llevarlos a la pluma. Vean qué otro tipo de problemas han causado.

—Tengo una idea mejor —gruñó la voz de una muchacha detrás de la pared de los guardias de seguridad.

Todas las cabezas se dieron media vuelta para buscar la voz, pero sólo el rostro de Luce se iluminó. —¡Arriane!

La pequeña chica brilló en una sonrisa hacia Luce cuando se deslizó entre la multitud. Con zapatos de plataforma de cinco pulgadas, su pelo recogido todo loco, y sus ojos casi tragados por el delineador oscuro, Arriane encajaba con la extraña clientela del casino perfectamente. Nadie parecía saber muy bien qué hacer, menos Shelby y Miles.

El jefe de la sala se desvió para afrontar a Arriane. Olía a betún de zapatos y medicamentos para la tos.

—¿Necesita llevarlos a la pluma, también, señorita?



—Oh, suena divertido —dijo ella, abriendo mucho los ojos—. ¡Ay, estoy con exceso de reservas esta noche! Tengo boletos de primera fila al Grupo de los Hombres Azules, y por supuesto que hay una cena con Cher después de la feria. Una cosa más que tenía que hacer... —Ella se golpeó el mentón, y luego miró a Luce—. Ah, sí... llevar a estos tres chicos fuera de aquí.

—¡Nosotros lo haremos! —Ella lanzó un beso al jefe de la sala humeante, se encogió de hombros en disculpa a Vera, y chasqueó los dedos.

Entonces todas las luces se apagaron.

# Capítulo 13

*Traducido por Veroniica; Majo; Bautiston*

*Corregido por Lorena*

## Seis Días

Moviéndonos rápidamente a través del laberinto oscuro, Arriane se movía como si tuviese visión nocturna.

—Manténganse frescos los tres —cantó—. Los sacaré de aquí en un instante.

Ella sostuvo la muñeca de Luce con un estricto control, y Luce, a su vez, la mano de Miles. Miles sostenía la de Shelby, mientras ella maldecía al ultraje de tener que ser la última en la cola de escape.

Arriane los llevaba inequívocamente, y aunque Luce no podía ver lo que estaba haciendo, podía oír a la gente gruñir y gritar mientras Arriane les decía: “¡Lo siento por eso!” “¡Oops!” y “¡Lo siento!”

Los llevó por los pasillos oscuros llenos de turistas ansiosos utilizando sus teléfonos celulares como linternas. Subieron escaleras oscuras, mal ventiladas por el desuso y repletas de cajas de cartón vacías. Por último, ella abrió de una patada una puerta de salida de emergencia, conduciéndolos a un callejón oscuro y estrecho. El callejón estaba escondido entre el Mirage y otro hotel. Una hilera de contenedores de basura enviaba el mal olor de los caros alimentos en descomposición mientras un canal de agua verde formaba un pequeño y vil río, dividiendo el callejón por la mitad. Al frente, en medio de las brillantes y animadas luces de neón en el Strip, un antiguo reloj negro daba las doce.

—Ahhh. —Arriane inhaló profundamente—. El comienzo de otro glorioso día en La Ciudad del Pecado. Me gusta empezar bien, con un gran desayuno. ¿Quién tiene hambre?

—Um... eh... —balbuceó Shelby, mirando a Luce, a continuación a Arriane, y después al casino—. ¿Qué acabas...? ¿Cómo lo...?

La mirada de Miles se fijó en la brillante y jaspeada cicatriz brillante que se extendía por un lado del cuello de Arriane. Luce ya se había acostumbrado a Arriane, pero estaba claro que sus amigos no sabían qué hacer por ella.

Arriane le agitó su dedo a Miles. —Este chico parece como si pudiese comer su peso en galletas. Vamos, conozco un mugriento sitio para comer.

A medida que iban por el callejón hacia la calle, Miles se giró hacia Luce y vocalizó.

—Eso fue impresionante.

Luce asintió. Era lo único que podía hacer para mantener el paso de Arriane mientras trotaba por el Strip. Vera. Ella no podía superarlo. Todos esos recuerdos, vislumbrados en un instante. Habían sido dolorosos y alarmantes, y sólo podía imaginar lo que había sido para Vera. Pero para Luce también había sido profundamente satisfactorio. Más que con ninguna de sus visiones a través de los Mensajeros hasta el momento, esta vez se sentía como si hubiera experimentado una de sus vidas pasadas. Extrañamente, ella había visto también algo que ni siquiera había visto antes. La vida de su anterior yo. Vida que había sido plena y significativa antes de que Daniel hubiese aparecido.

Arriane los llevó a un IHOP<sup>7</sup>, un estuco edificio que parecía tan antiguo que podría ser anterior a todo lo que había en el Strip. Parecía más claustrofóbico y más triste que otros IHOP.

Shelby entró, empujando la puerta de cristal, haciendo sonar los baratos cascabeles atados con cinta adhesiva en el techo. Ella agarró un puñado de monedas de la taza junto a la caja registradora antes de reclamar un lugar en el rincón más alejado. Arriane se deslizó a su lado, mientras que Luce y Miles tomaron asiento al otro lado del naranja y agrietado sofá de cuero.

Con un silbido y un gesto circular rápido, Arriane ordenó una ronda de café de la rellenita y bella camarera con el lápiz clavado en el pelo. El resto de ellos se centraron en el grueso menú laminado sujeto en espiral. Girar las páginas era una batalla contra el antiguo jarabe de arce, manteniendo toda la cosa junta. Y una buena manera de evitar hablar acerca de los problemas de los que habían escapado por poco.

Finalmente, Luce tuvo que preguntar. —¿Qué estás haciendo aquí, Arriane?

—Ordenando algo con un nombre gracioso. Rooty Tooty<sup>8</sup>, supongo, ya que aquí no tienen quesadillas. No me decido.

Luce rodó los ojos. Arriane no necesitaba actuar de manera tan evasiva. Era evidente que su esfuerzo de rescate no había sido una coincidencia. —Sabes lo que quiero decir.

—Estos son días extraños, Luce. Yo pensé en pasarlos igualmente en una extraña ciudad.

—Sí, bueno, están a punto de terminar. ¿No están ellos de acuerdo con la tregua de la línea de tiempo?

Arriane dejó su taza de café y acunó la barbilla con la palma de su mano. —Bueno, aleluya. Ellos les están enseñando algo en esa escuela, después de todo.

---

<sup>7</sup> **The International House of Pancakes (IHOP)** es un restaurante establecido en los Estados Unidos especializado en desayunos.

<sup>8</sup> **Rooty Tooty** : Es un menú del IHOP que contiene dos huevos, dos tiras de tocino, dos salchichas de cerdo, dos tiras de jamón, croquetas de patatas, dos tortitas de mantequilla suave y esponjosa (presumiblemente con un poco de fruta).

—Sí y no —dijo Luce—. Oí a Roland decir algo acerca de cómo Daniel estaría contando los minutos. Él dijo que tenía algo que ver con una tregua, pero no sabía exactamente de cuántos minutos estábamos hablando.

A su lado, el cuerpo de Miles parecía haberse endurecido ante la mención de Daniel. Cuando la camarera llegó para tomar sus órdenes, él las ladró casi empujando el menú hacia ella. —Solomillo y huevos, poco hechos.

—¡Oooh!, varonil —dijo Arriane, mirando a Miles con aprobación en medio del juego *pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan bonito. A la era verdadera, pim, pam fuera...*<sup>9</sup> al que estaba jugando con su menú—. Rooty Tooty Fresh 'n' Fruity<sup>10</sup>. — Enuncia ella correctamente como si fuese la Reina de Inglaterra, manteniendo una cara recta.

—Pigs in a blanket<sup>11</sup> —dijo Shelby—. En realidad, hagan eso y una tortilla de clara de huevo, sin queso. Aw, qué demonios. Pigs in a blanket.

La camarera se dirigió a Luce. —¿Y qué hay de ti, cariño?

—Desayuno simple. —Luce sonrió en tono de disculpa en nombre de sus amigos—. Revueltos, mantenga la carne.

La camarera asintió con la cabeza, yendo hacia la cocina.

—Bueno, ¿y qué más has oído? —Preguntó Arriane.

—Um. —Luce empezó a jugar con la jarra de miel que estaba junto a la sal y la pimienta—. Hubo algunas charlas de... ya sabes... el fin de los tiempos.

Riendo disimuladamente, Shelby salpicó tres pequeñas cucharadas de crema en su café. —¡El Fin de los Tiempos! ¿Realmente crees en esa mierda? Quiero decir, ¿cuántos milenios hemos estado esperando por eso? ¡Y los humanos creen que han sido pacientes por un par de escasos cientos de años! *Ja*. Como si algo alguna vez fuera a cambiar.

Arriane miró a su alrededor un segundo antes de poner a Shelby en su lugar, pero luego dejó su café. —Cuán grosero de mi parte no presentarme a tus amigos, Luce.

—Um, sabemos quién eres —dijo Shelby.

—Sí, había un capítulo entero de ti en mi libro de Historia de Ángeles en octavo grado —dijo Miles.

---

<sup>9</sup> Es un cántico infantil que se utiliza para elegir algo cuando no sabes que escoger, yo lo puse como se dice en España, por ejemplo en algunos sitios de América Latina lo ponen como de tin marín de dó pingüé cuca la máscara títere fue, yo no fui, fue teté, pégale pégale que ella fue"

<sup>10</sup> Es un menú del IHOP que contiene dos huevos, dos tiras de tocino, dos salchichas de cerdo, dos tiras de jamón, croquetas de patatas, dos tortitas de mantequilla suave y esponjosa y que lleva algo de fruta.

<sup>11</sup> **Blanket:** Es una comida que se prepara de diferentes formas de acuerdo al país, pero por lo general es una salchicha (hot dog) envuelta en una masa o en una tira de tocino



Arriane aplaudió. —¡Y ellos me dijeron que el libro había sido prohibido!

—¿En serio? ¿Estás en un libro? —Luce rió.

—¿Por qué estás tan sorprendida? ¿No me encuentras histórica? —Arriane se volvió hacia Shelby y Miles—. Ahora díganme todo sobre ustedes. Necesito saber con quién ha estado haciendo amigos mi chica.

—Nephilim no practicante, ni creyente. —Shelby levantó su mano.

Miles miraba fijamente su comida. —Y el ineficaz... tátara- tátara- tátara... nieto de enésimo grado de un ángel.

—Eso no es verdad —Luce le dio un golpe al hombro de Miles—. Arriane, debes haber visto cómo nos ayudó a andar a través de la sombra esta noche. Él era estupendo. Eso es por lo que estamos aquí, porque él leyó este libro y lo siguiente ya lo sabes, él podía...

—Sí, me estaba preguntando sobre eso —Arriane dijo sarcásticamente—. Pero me preocupa más esta. —Ella gesticuló hacia Shelby. El rostro de Arriane era mucho más serio de lo que Luce estaba acostumbrada. Incluso sus maníacos y claros ojos azules parecían estables—. No es un buen momento para ser un no-practicante de nada. Todo está en proceso de cambio, pero habrá un ajuste de cuentas. Y tendrás que escoger un lado o el otro.

Arriane se quedó mirando deliberadamente a Shelby. —Tenemos que saber dónde estamos parados.

Antes de que alguien pudiera responder, la mesera reapareció, blandiendo una enorme bandeja marrón de plástico con comida. —Bien, ¿cómo es esto de servicio rápido? —preguntó ella—. Ahora, ¿cuál de ustedes quería los cerdos?

—¡Yo! —Shelby sobresaltó a la mesera con la rapidez con la que alcanzó el plato.

—¿Alguien necesita salsa de tomate?

Ellos sacudieron sus cabezas.

—¿Mantequilla extra?

Luce apuntó abajo, a la bola de helado de mantequilla ya en sus panqueques. —Estamos listos. Gracias.

—Si necesitamos cualquier cosa —dijo Arriane, batiendo abajo el batido de crema con cara feliz en su plato—, gritaremos.

—Oh, sé que lo harán. —La mesera rió entre dientes, metiendo la bandeja bajo su brazo—. Gritan como si el mundo estuviera a punto de acabar.

Después de que se marchara, Arriane fue la única que comió. Ella arrancó un arándano de la nariz del panqueque, lo hizo estallar en su boca y lamió sus dedos con deleite. Finalmente echó un vistazo alrededor de la mesa. —Manos a la obra —dijo

Arriane—. No hay nada bueno sobre la carne y los huevos fríos. —Suspiró—. Vamos, chicos. Han leído los libros de historia. Ya saben sobre el entrenamiento.

—Yo no. —dijo Luce—. No sé nada sobre ningún entrenamiento.

Arriane succionó meditativamente de su tenedor. —Buen punto. En ese caso, permíteme presentarte mi versión. La cual es más divertida que los libros de historia, porque de todos modos no censuraré las grandes peleas y las maldiciones y todas las cosas sexys. Mi versión tiene todo, menos el efecto 3D, el cual, tengo que decirlo, es totalmente sobrevalorado. Vieron esa película con... —ella se dio cuenta de todas las miradas en blanco en sus rostros—. Oh, no importa. Bien, esto inicia hace miles de años. Ahora, ¿tengo que ponerles al día con Satanás?

—Emprendió una temprana lucha de poder contra Dios. —La voz de Miles era una monotonía, como si estuviera repitiendo un plan de clase de tercer grado mientras clavaba un poco de carne con su tenedor.

—Antes de eso eran muy cercanos —añadió Shelby, sumergiendo sus cerdos en mantas de miel—. Quiero decir, Dios llamó a Satanás su “estrella de la mañana”. Así que no es como si Satanás no fuera digno o amado.

—Pero él prefirió reinar en el Infierno que servir en el Cielo —intervino Luce. Ella podía no haber leído las historias de Nephilim, pero había leído *Paradise Lost*<sup>12</sup>. O al menos, *CliffsNotes*<sup>13</sup>.

—Muy bien. —Arriane emitió, inclinándose hacia Luce—. Ya sabes, Gabbe era un gran amigo de las hijas de Milton en sus días. A ella le gusta tomar el crédito por esa frase, y yo soy toda como “¿no eres suficientemente querida ya?” Pero, lo que sea. —Arriane llevó hacia adentro un bocado de los huevos de Luce—. Maldita sea, estos están buenos. ¿Podemos conseguir alguna salsa picante aquí? —Ella bramó hacia la cocina—. Bien, ¿dónde estábamos?

—Satanás —dijo Shelby a través de su boca llena de panqueque.

—Así es. Así que... di lo que quieras acerca de El Diablo Grande<sup>14</sup>, pero él es... —Arriane sacudió la cabeza—, un poco responsable al introducir la idea de la libre voluntad entre los ángeles. Quiero decir: Él realmente nos dio al resto de nosotros en qué pensar. “¿De qué lado estás?” Considerando la opción, un montón de ángeles cayeron.

---

<sup>12</sup> **Paradise Lost** :El paraíso perdido es un poema narrativo de John Milton. Milton responde a través de una descripción psicológica de los principales protagonistas del poema: el diablo, Dios, Adán y Eva, cuyas actitudes acaban por revelar el mensaje esperanzador que se esconde tras la pérdida del paraíso original.

<sup>13</sup> **CliffsNotes**: Esta guía de estudio completa proporciona un enfoque único para la lectura de la Santa Biblia y ayuda a los lectores de buceo profundo en el Nuevo Testamento para analizar las enseñanzas de Jesús a través de la poesía y la parábola. La guía también conduce a los lectores a través del Antiguo Testamento, la fundación para el judaísmo y el cristianismo y el faro moral y político de muchas naciones del mundo occidental.

<sup>14</sup> **El Diablo Grande**: En español original

—¿Cuántos? —preguntó Miles.

—¿Los Caídos? Suficientes para causar algo como un callejón sin salida. —Arriane pareció pensativa por un momento, luego hizo una mueca y gritó a la camarera—. ¡Salsa Picante! ¿Existe en este establecimiento?

—¿Qué hay de los ángeles que cayeron, pero que no se aliaron con...? —Luce se interrumpió, pensando en Daniel. Ella era consciente de que estaba susurrando, pero esto se sentía como algo verdaderamente importante como para estarlo discutiendo a la mitad de una cena. Incluso en un restaurante en su mayor parte vacío en medio de la noche.

Arriane bajó su voz también. —Oh, hay un montón de ángeles que cayeron pero todavía técnicamente están aliados con Dios. Pero entonces están esos que se arrojaron con Satanás. Los llamamos demonios, a pesar de simplemente ser ángeles caídos que tomaron muy malas decisiones. No es como si hubiera sido fácil para alguien. Desde la Caída, ángeles y demonios han estado juntos, dividiéndose en el medio, bla bla bla. —Ella untó mantequilla en el panqueque.

—Pero todo eso puede estar a punto de cambiar. Luce miró hacia sus huevos, incapaz de comer.

—Así que, um, antes, tú parecías estar sugiriendo que mi lealtad tenía algo que ver con eso... —Shelby parecía ligeramente menos dudosa de lo que generalmente estaba.

—No la tuya exactamente —Arriane sacudió la cabeza—. Sé que se siente como si todos nosotros hubiéramos estado en “veremos” por siempre. Pero al final, va a bajar un poderoso ángel escogiendo un lado. Cuando eso ocurra, la balanza finalmente se inclinará. Ahí es cuando importa en qué lado estás.

Las palabras de Arriane recordaron a Luce ser encerrada con llave en toda la subida en esa pequeña capilla con la señora Sophia, como ella se mantuvo diciendo que el destino del universo tenía algo que hacer con Luce y Daniel. Había sonado loco en el momento. Y aunque Luce pensó no estar exactamente segura de lo que todos estaban hablando, ella sabía que tenía que ver con Daniel regresando por aquí.

—Es Daniel —ella dijo suavemente—. El ángel que puede inclinar la balanza es Daniel.

Eso explicaba la agonía que él llevaba todo el tiempo, como una maleta de dos toneladas. Eso explicaba por qué él había estado lejos de ella tanto tiempo. Lo único que no explicaba era por qué parecía haber algunas preguntas en la mente de Arriane acerca de qué lado de la balanza se inclinaría. Qué lado ganaría la guerra.

Arriane abrió la boca, pero en vez de responder, atacó el plato de Luce de nuevo. —¿Puedo conseguir un poco de la maldita salsa picante aquí? —Gritó.

Una sombra cayó sobre la mesa. —Te daré algo llameante.

Luce miró detrás de ella y retrocedió la vista: un chico muy alto con un abrigo largo marrón, desabotonado para que Luce pudiera ver un destello de algo plateado metido dentro de su cinturón. Tenía la cabeza rapada, una delgada y recta nariz, y una boca llena



de dientes perfectos. Y ojos blancos. Ojos totalmente vacíos de color. Sin iris, sin pupilas, nada en absoluto.

Su expresión extraña y vacante le recordó a Luce a la chica Desterrada. A pesar de que Luce no hubiera visto lo suficientemente cerca a la chica para entender lo que estaba mal con sus ojos, ahora tenía una conjetura bastante buena.

Shelby miró al chico, tragó con fuerza, y se remitió en su desayuno. —Nada que ver conmigo —mascullo.

—Ahórratelo —Arriane le dijo al chico—. Puedes poner tu puño en el sándwich que estoy a punto de servirte.

Luce miró con los ojos ensanchados cuando la diminuta Arriane se levantó y limpió sus manos en sus vaqueros. —Vuelvo en seguida, chicos. Oh, y, Luce, recuérdame regañarte por esto cuando vuelva. —Antes de que Luce pudiera preguntar qué tenía ese chico que hacer con ella, Arriane lo había agarrado por el lóbulo de la oreja, lo había torcido fuertemente, y golpeó ruidosamente su cabeza contra el cristal de la vitrina cercana a la barra.

El ruido rompió la pereza tranquila de la tarde-noche del restaurante. El chico aulló como un niño cuando Arriane torció su oreja del otro lado y se subió encima de él. Bramando en dolor, empezó a dar saltos bruscos con su delgado cuerpo hasta que arrojó a Arriane lejos, y sobre la vitrina.

Ella rodó a lo largo de su longitud y se detuvo al final, derribando una tarta de merengue de limón de mucha altura, luego saltó a sus pies en la barra. Dio un salto mortal hacia él y lo atrapó por el cuello con las piernas, entonces se puso a trabajar golpeando su rostro con sus pequeños puños.

—¡Arriane! —Gritó la mesera—. ¡No en mis pasteles! ¡Trato de ser tolerante! ¡Pero necesito de mi sustento para cuidarme!

—Oh, ¡bien! —Gritó Arriane—. Vamos a llevarlo a la cocina. —Ella soltó al chico, que se deslizó hasta el suelo, y le dio una patada con su tacón de plataforma. Él tropezó ciegamente hacia la puerta que daba a la cocina del restaurante—. Vamos, ustedes tres —llamó a su mesa—. Bien podrían aprender algo.

Miles y Shelby arrojaron sus servilletas, recordándole a Luce a los niños en Dover que acostumbraban a dejarlo todo y salir corriendo por los pasillos gritando “¡Pelea! ¡Pelea!” en cualquier momento cuando había un mínimo rumor de una riña.

Luce siguió detrás, un poco más vacilante. Si Arriane estaba sugiriendo que este chico había aparecido a causa suya, esto levantaba muchas otras preguntas descabelladas. ¿Qué pasa con las personas que habían tomado a Dawn? ¿Y por qué dispararon flechas a la chica Desterrada que Cam había matado en Noyo Point?

Un fuerte golpe sonó desde el interior de la cocina y tres hombres aterrorizados con delantal sucio salieron rápidamente. Para el momento en que Luce se colocó junto a ellos a través de la puerta giratoria, Arriane estaba sujetando con fuerza al chico con el pie en su



cabeza, mientras que Miles y Shelby lo ataban con el tipo de hilo utilizado para asegurar un filete.

Sus ojos vacíos miraron a Luce, pero también a través de ella.

Lo habían amordazado con un trapo de cocina, así que Arriane se burló. —¿Quieres relajarte un poco? ¿En el refrigerador de la carne? —El chico sólo podía gemir. Él había dejado de poner cualquier tipo de lucha.

Agarrándolo por el cuello, Arriane lo arrastró a través del suelo hacia la cámara frigorífica, le dio unas patadas más en buena medida, entonces cerró la puerta con calma. Ella quitó el polvo a sus manos y se volvió hacia Luce con un gesto de represión en su rostro.

—¿Quién está detrás de mí, Arriane? —La voz de Luce estaba temblando.

—Un montón de gente, nena.

—¿Era eso...? —Luce pensó en su reunión con Cam— ¿un Desterrado?

Arriane se aclaró la garganta. Shelby tosió.

—Daniel dijo que no podía estar conmigo porque atraía demasiado la atención. Me dijo que estaría a salvo en Shoreline, pero fueron allí también.

—Sólo porque rastrean tu camino. Tú atraes la atención también, Luce. Y cuando estás en el mundo rompiendo casinos, podemos sentirlo. Eso va para los chicos malos, también. Es por eso que estás en esa escuela en primer lugar.

—¿Qué? —Dijo Shelby—. ¿Ustedes la esconden con nosotros? ¿Qué pasa con nuestra seguridad? ¿Y si esta gente Desterrada sólo se presenta en la escuela?

Miles no dijo nada, sólo miraba con alarma de Luce a Arriane.

—¿No entiendes qué es el camuflaje Nephilim? —Preguntó Arriane—. ¿Daniel no te dijo sobre su... como es... la coloración de protección?

La mente de Luce volvió a la noche en que Daniel la dejó en Shoreline. —Tal vez ha dicho algo acerca de un escudo, pero... —Había tantas cosas dando vueltas en su cabeza esa noche. Había sido suficiente con intentar procesar que Daniel la dejaría. Ahora, ella sintió una oleada de náuseas de culpa—. Yo no entendía. No dio más detalles, sólo repetía que tenía que quedarme en el campus. Pensé que estaba siendo demasiado protector.

—Daniel sabe lo que está haciendo. —Arriane se encogió de hombros—. La mayoría de las veces. —Ella metió su lengua en la esquina de su boca pensativamente—. Bueno, a veces. De vez en cuando.

—¿Quieres decir que después de eso no puede verla cuando ella está con un grupo de Nephilim? —Ese fue Miles, que parecía haber encontrado su lengua otra vez.

—En realidad, un Desterrado no puede ver todo —dijo Arriane—. Estaban cegados durante la revuelta. Yo estaba aparte de la historia... ¡lo que es bueno! Los ojos puestos

fuera y todo el jazz de Edipo. —Suspiró—. Oh, bueno. Sí, los Desterrados. Pueden ver la llama de tu alma... que es mucho más difícil de ver cuando estás con un montón de Nephilim.

Los ojos de Miles se agrandaron. Shelby se mordía nerviosamente las uñas.

—Así que esa es la forma en que confundió a Dawn.

—No es como si fueras un niño congelado esta noche, de todos modos —dijo Arriane—. Infierno, es la forma en que te encontré. Eres como una vela en una cueva oscura aquí. —Cogió una lata de crema batida del mostrador y se disparó un chorro en la boca—. Me gusta un poco de crema después de una pelea. —Bostezó, lo que hizo a Luce mirar el reloj digital de color verde sobre el mostrador. Eran las dos y media de la mañana—. Bueno, tanto como me encanta patear culos y tomar nombres, ustedes tres están pasando el toque de queda. —Arriane silbó entre dientes y una gota gruesa de un Mensajero sangró de las sombras debajo de las mesas de la preparatoria—. Nunca hago esto, ¿de acuerdo? Si alguien pregunta, yo nunca hago esto. Viajar en Mensajeros es m-u-y peligroso. ¿Escuchaste eso, héroe? —dijo golpeando la frente a Miles, luego chasqueó sus dedos. La sombra recuperó al instante la forma de una puerta perfecta en el centro de la cocina—. Pero estoy aquí en este momento y es la forma más rápida de llegar a casa y llevarlos a un lugar seguro.

—Bien —dijo Miles, como si estuviera tomando notas.

Arriane negó con la cabeza. —No te hagas ilusiones. Te voy a llevar de vuelta a la escuela, donde te quedarás —hizo contacto visual con cada uno de ellos—. O tendrás que responderme.

—¿Tú vienes con nosotros? —Preguntó Shelby, finalmente, mostrando sólo un pequeño atisbo de respeto hacia Arriane.

—Míralo de esta manera. —Arriane guiñó un ojo a Luce—. Te has convertido en una especie de cohete. Alguien tiene que mantener un ojo sobre ti.

Viajar con Arriane fue aún más suave de lo que había sido en el camino a Las Vegas. Se sentía como entrar a casa después de estar fuera en el sol: La luz era un poco tenue cuando cruzó la puerta, pero parpadeó un par de veces y se acostumbró a ella. Luce se decepcionó un poco cuando se encontró de nuevo en su dormitorio después de el flash y la emoción de Las Vegas. Pero entonces pensó en Dawn y en Vera. Casi decepcionada. Sus ojos se fijaron en todos los signos familiares que estaban de vuelta: dos literas sin hacer, el desorden de las plantas en el alféizar de la ventana, las colchonetas de yoga de Shelby apiladas en la esquina, la copia de Steven de la República de Platón en el escritorio de Luce y una cosa que no esperaba ver. Daniel, vestido de negro, prendiendo fuego en el hogar.

—¡Aaaugh! —Gritó Shelby, cayendo de nuevo en brazos de Miles—. ¡Quieres aterrorizarme con el infierno! Y en mi propio lugar de refugio. No es gracioso, Daniel. —Dijo, lanzándole una mala mirada a Luce, como si hubiera tenido algo que ver con su aparición.

Daniel, ignorando a Shelby, le dijo con calma a Luce: —Bienvenida de nuevo.

Ella no sabía si correr a él o echarse a llorar. —Daniel.

—¿Daniel? —Jadeó Arriane. Sus ojos se abrieron como si hubiera visto un fantasma.

Daniel se quedó inmóvil, no tenía previsto encontrarse con Arriane, tampoco. —Yo... yo apenas la necesito un momento. Luego me voy. —Parecía culpable, incluso asustado.

—Bien —dijo Arriane, agarrando a Miles y Shelby por la nuca—. Nos estábamos yendo. Ninguno de nosotros lo vio aquí. —Se los llevó con ella—. Te buscaremos más tarde, Luce.

Shelby parecía que no podía salir del dormitorio con la suficiente rapidez. Los ojos de Miles la miraron tempestuosos, y se quedaron fijos en Luce hasta que Arriane prácticamente lo lanzó al pasillo, cerrando la puerta detrás de ellos con un gran golpe. Entonces Daniel se acercó a Luce. Ella cerró los ojos y dejó que el calor de su cercanía le llegara. Inhalándolo, feliz de estar en casa. Shoreline no era su casa, pero Daniel la hacía sentir en casa. Incluso cuando estaba en los lugares más extraños. Aun cuando su relación era un desastre.

Así se veía ahora.

No la estaba besando aun, ni siquiera la había abrazado. Se sorprendió de que ella quisiera que él hiciera esas cosas, incluso después de todo lo que había visto. La ausencia de su toque le causó un profundo dolor en el pecho. Cuando abrió los ojos, estaba de pie allí, a escasos centímetros de distancia, estudiando minuciosamente cada parte de ella con sus ojos violeta.

—Me asustaste.

Ella nunca le había oído decir eso. Estaba acostumbrada a ser ella la única que tenía miedo.

—¿Estás bien? —Preguntó.

Luce negó con la cabeza. Daniel le tomó la mano y la guió sin decir palabra a la ventana, fuera de la abrigada habitación cerca del fuego y de nuevo en la noche fría, sobre la cornisa de la ventana por donde había llegado a ella antes.

En el cielo, la luna era alargada y pequeña. Las lechuzas estaban durmiendo en los bosques de secuoyas. Desde aquí Luce podía ver las olas rompiendo suavemente en la orilla, por el otro lado del campus, una sola luz en lo alto del albergue de los Nephilim, pero no podía decir si era de Francesca o de Steven.

Ella y Daniel se sentaron en la cornisa, balanceando las piernas. Se apoyó en la ligera inclinación de la cubierta detrás de ellos y miró a las tenues estrellas, que se hallaban escondidas en el cielo, como si estuvieran envueltas por el más fino halo de una nube. No pasó mucho tiempo antes de que Luce se echara a llorar.



Porque él estaba enojado con ella o porque ella estaba enojada con él. Debido a que su cuerpo había pasado por tantas cosas, dentro y fuera de los Mensajeros, a través de las fronteras estatales, en el pasado reciente y de vuelta aquí. Debido a que su corazón y su cabeza estaban enredados y confundidos, y estar cerca de Daniel lo complicaba aun más. Debido a que Miles y Shelby parecían odiarlo. Debido al terror en el rostro de Vera cuando reconoció a Luce. Debido a todas las lágrimas que su hermana debió haber llorado por ella, y debido a que Luce la había herido de nuevo al presentarse a la mesa de Blackjack. Debido a todas sus familias anteriores, sumidos en la tristeza porque sus hijas tuvieron la mala suerte de ser la reencarnación de una niña tonta en el amor. Porque pensar en esas familias hacía que Luce quisiera desesperadamente ver a sus padres de nuevo en Thunderbolt. Porque ella era responsable por el secuestro de Dawn. Porque ella tenía diecisiete años, y aún estaba con vida, contra miles de años de probabilidades. Porque ella sabía lo suficiente como para temer lo que el futuro traería. Porque, mientras tanto, eran las tres y media de la mañana, y ella no había dormido en días, y no sabía qué más hacer.

Ahora él la sostenía, cubriendo su cuerpo con su calidez, mientras ella se apretaba contra él, que la mecía en sus brazos. Ella sollozaba e hipaba y deseaba un pañuelo para sonarse la nariz. Se preguntó cómo era posible sentirse tan mal por tantas cosas a la vez.

—Shhh —Daniel susurró—. Shhh.

Hace unos días, ella había estado enferma viendo a Daniel enamorado en el olvido, en ese Mensajero. La ineludible violencia pegada a su relación parecía insuperable. Pero ahora, especialmente después de hablar con Arriane, Luce podía sentir que algo grande venía. Algo había cambiado, tal vez todo el mundo cambiara con Luce y Daniel flotando justo en el borde. Estaba alrededor de ellos, en el éter, y afectaba la forma en que ella veía, y Daniel también.

El aspecto desvalido que había visto en sus ojos en esos momentos justo antes de morir. Ahora se sentía como si estuvieran en el pasado. Recordó la forma en que la había mirado después de su primer beso en esta vida en la playa pantanosa cerca de Espada y Cruz. El sabor de sus labios sobre los de ella, la sensación de su aliento en su cuello, sus manos fuertes envueltas alrededor de ella. Todo había sido tan maravilloso, excepto por el miedo en sus ojos.

Pero Daniel no la había mirado así desde hace tiempo. La forma en que la miraba era como que no se rendiría. Él la miró como si fuera a quedarse, casi como si tuviera que hacerlo. Las cosas eran diferentes en esta vida. Todo el mundo lo decía, y Luce podía sentirlo también: una revelación de crecimiento cada vez mayor dentro de ella.

Ella se había visto morir a sí misma, y sobrevivió. Daniel no tenía que asumir su castigo solo. Era algo que podrían hacer juntos.

—Quiero decir algo —dijo contra su camisa, secándose los ojos con la manga—. Quiero decirlo antes de hablar de cualquier cosa.

Podía sentirle la barbilla cepillando la parte superior de su cabeza. Él asentía con la cabeza.



—Sé que tienes que tener cuidado con lo que me dices. Sé que he muerto antes. Pero no me iré a ninguna parte esta vez, Daniel, puedo sentirlo. Al menos no sin una lucha. — Ella trató de sonreír—. Creo que nos va a ayudar dejar de tratarme como si fuera una frágil pieza de vidrio. Así que te pido, como tu amiga, como tu novia, como tú sabes, el amor de tu vida, que des un poco más por mí. De lo contrario me siento aislada y ansiosa y...

Él le cogió la barbilla con el dedo y echó la cabeza hacia arriba. Estaba mirándola con curiosidad. Ella esperó a que la interrumpiera, pero no lo hizo.

—No puedo dejar Shoreline —continuó—. Me fui porque no entendía por qué importaba. Y puse a mis amigos en peligro a causa de ello.

Daniel giró su cara hacia él. Sus ojos violetas brillaban prácticamente. —He fracasado muchas veces antes —susurró—. Y en esta vida quizás me equivoqué siendo cauteloso. Yo debería haber sabido que pasarías cualquier prueba que te hicieran. No podrías ser... la chica que amo si no lo hicieras. —Luce esperó a que sonriera para ella. Él no lo hizo—. Hay tantas cosas en juego en esta ocasión. He estado tan enfocado en...

—¿Los Desterrados?

—Ellos son los que tomaron a tu amiga —dijo Daniel—. Difícilmente pueden identificar entre la derecha de la izquierda, y mucho menos de qué lado están trabajando.

Luce pensó en la niña a la que Cam había disparado con la flecha de plata, en el chico guapo de ojos vacíos en el comedor. —Debido a que son ciegos.

Daniel miró sus manos, frotándose los dedos juntos. Parecía como si fuera a estar enfermo. —Ciegos pero letales. —Se acercó a ella y trazó uno de sus rizos rubios con el dedo—. Fuiste inteligente tiñéndote cabello. Te mantuvo a salvo cuando yo no podía llegar lo suficientemente rápido.

—¿Inteligente? —Luce se horrorizó—. Dawn podría haber muerto debido a que tenía en mis manos una botella barata de agua oxigenada. ¿Cómo es eso inteligente? Si... si me tiñera el pelo de negro mañana, ¿significa que los Desterrados serían capaces de encontrarme?

Daniel, más o menos, negó con la cabeza. —No deberían encontrar tu camino en este campus en lo absoluto. Nunca deberían ser capaces de poner sus manos en ninguno de ustedes. Estoy trabajando día y noche para protegerte a ti y a la escuela entera. Alguien los está ayudando, y no sé quién.

—Cam. —¿Qué más podría estar haciendo aquí?

Pero Daniel negó con la cabeza. —Quienquiera que sea, se va a arrepentir.

Luce cruzó los brazos sobre su pecho. Su rostro todavía se sentía caliente de tanto llorar. —¿Supongo que esto quiere decir que no iré a casa para Acción de Gracias? —Ella cerró los ojos, tratando de no tener una imagen triste de sus padres—. No puedo responderte eso.

—Por favor. —La voz de Daniel era seria—. Es sólo un poco más.

Ella asintió con la cabeza. —La tregua temporal.

—¿Qué? —Se apoderó de sus hombros con fuerza—. ¿Cómo dices?

—Ya lo sé. —Luce esperaba que no pudiera sentir que su cuerpo había comenzado a temblar. Se puso peor cuando ella trató de actuar más segura de lo se sentía—. Y sé que en algún momento cercano, tú inclinarás la balanza entre el Cielo y el Infierno.

—¿Quién te dijo eso?

Daniel fue arqueando los hombros hacia atrás, lo que ella sabía que significaba que estaba tratando de mantener sus alas sin desplegar.

—Yo me lo imaginé. Pasan muchas cosas aquí cuando tú no estás.

Un toque de envidia pasó por los ojos de Daniel. Al principio se sentía casi bien ser capaz de provocar eso en él, pero Luce no quiso darle celos. Sobre todo con tantas cosas mejores a mano.

—Lo siento —dijo—. Lo último que necesitas ahora es que te distraiga. Lo que estás haciendo... suena como algo muy importante.

Ella lo dejó ahí, con la esperanza de que Daniel se sintiera lo suficientemente cómodo para decirle más. Esta era la conversación más abierta, honesta y madura que había tenido, quizás nunca.

Pero, luego, demasiado pronto, la nube que ni siquiera ella sabía que había estado temiendo pasó por el rostro de Daniel. —Sácate todo eso de la cabeza. No sabes lo que crees saber.

La decepción inundó el cuerpo de Luce. Todavía la trataba como una niña. Un paso adelante, diez pasos hacia atrás.

Ella levantó sus pies y se puso de pie en la cornisa.

—Yo sé una cosa, Daniel —dijo ella, mirándole fijamente—. Si fuera yo, no sería una pregunta. Si el universo entero estuviera esperándome para inclinar la balanza, yo elegiría el lado del bien.

Lo ojos violetas de Daniel miraban hacia adelante, hacia el bosque sombrío.

—Acabas de elegir bien —repitió. Su voz sonaba entre adormecida, triste y desesperada. Más triste de lo que nunca lo había escuchado.

Luce tuvo que resistir el impulso de agacharse y pedir disculpas. En su lugar, se dio la vuelta, dejando a Daniel atrás. ¿No era obvio que él tenía que elegir el bien? ¿Lo dudaría alguien?

# Capítulo 14

*Traducido por Darkgirl*

*Corregido por Andre27xl*

## Cinco Días

Alguien los había delatado.

El domingo por la mañana, mientras el resto del campus aún estaba en temprana calma, Shelby, Miles y Luce se sentaron a un lado de la oficina de Francesca a la espera de ser interrogados. Su oficina era más amplia que la de Steven y más clara también, con un alto techo inclinado y grandes ventanas con vistas al bosque del norte, cada una con cortinas gruesas de terciopelo color lavanda, separadas para mostrar un cielo azul impactante.

Una gran fotografía enmarcada de una galaxia, colgada sobre el escritorio de mármol, era la única pieza de arte de la habitación. Las sillas estilo barroco en las que se sentaron eran elegantes pero incómodas. Luce no podía dejar de estar inquieta.

—Dato anónimo, mi trasero —murmuró Shelby citando el duro correo que habían recibido cada uno de Francesca esta mañana—. Este inmaduro chismoso huele a Lilith.

Luce no pensaba que fuera posible que Lilith —o cualquiera de los estudiantes realmente— hubiera sabido que ellos habían dejado el campus. Alguien más había involucrado a sus profesores en esto.

—¿Por qué se demoran tanto? —Miles asintió hacia la oficina de Steven al otro lado de la pared, donde podían oír a sus profesores discutiendo en voz baja.

—Es como si ya vinieran con nuestro castigo sin ni siquiera saber el resto de la historia. —Él mordió su labio inferior—. ¿Cuál es nuestro lado de la historia, por cierto?

Pero Luce no estaba escuchando. —Realmente no veo qué es tan difícil —dijo, sosteniendo el aliento, más para ella misma que para los demás—. Debes escoger un lado y seguir adelante.

—¿Huh? —dijeron al unísono Miles y Shelby.

—Lo siento —dijo Luce—. Es sólo... tú sabes, ¿lo que Arriane dijo sobre inclinar la balanza, la otra noche? Le conté a Daniel, y se volvió muy raro, de verdad. ¿No es obvio que aquí hay una respuesta correcta y una equivocada?

—Es obvio para mí —dijo Miles—. Hay una buena elección y una mala.

—¿Cómo puedes decir eso? —Preguntó Shelby—. Esa clase de pensamiento es exactamente lo que nos metió en este lío en primer lugar. ¡La fe ciega! Aceptación de una dicotomía prácticamente obsoleta.

Su rostro estaba tomando un color rojo y su voz se había vuelto tan ruidosa que Steven y Francesca probablemente la habían oído.

—Estoy tan cansada de todos esos ángeles y demonios tomando lados... blah blah blah, ellos son malos, no, ellos son malos, siguen y siguen, como si supieran qué es lo mejor para todos en el universo.

—¿Así que estas sugiriendo que Daniel está aliado con el mal? —Se burló Miles—. ¿Trayendo el fin del mundo?

—Me importa muy poco lo que Daniel está haciendo —dijo Shelby—. Y francamente me resulta difícil creer que todo depende de él, de todos modos.

Pero tenía que ser así. Luce no podía pensar en otra explicación.

—Mira, tal vez las líneas no están cortadas tan claramente como pensamos que estaban —continuó—. Quiero decir, ¿quién dice que Lucifer es tan malo...?

—Um, todo el mundo —dijo Miles, mirando a Luce por apoyo.

—Mal —ladró Shelby—. Un grupo muy persuasivo de ángeles que buscan mantener su estatus quo. Sólo porque ganaron una gran batalla hace mucho tiempo, ellos piensan que les da el derecho.

Luce observó las cejas levantadas de Shelby mientras ella se desplomaba contra el respaldo rígido de su silla. Sus palabras la hicieron pensar sobre algo que había oído en otra parte...

—Los vencedores reescribirán la historia —murmuró. Eso era lo que Cam le había dicho ese día en el Noyo Point. ¿No era eso a lo que se refería Shelby? ¿Que los perdedores terminarán con una mala reputación? Ambos puntos de vista eran similares —por supuesto, Cam era legítimamente malo, ¿verdad? Y Shelby sólo estaba hablando.

—Exacto. —Shelby asintió hacia Luce—. Espera... ¿Qué?

Sólo entonces Francesca y Steven caminaron a través de la puerta. Francesca se sentó en la silla negra giratoria de su escritorio. Steven estaba detrás de ella, sus manos descansando ligeramente en el respaldo de la silla.

Parecía como Brisa en sus Jeans y una camisa bien planchada mientras Francesca lucía severa en su vestido negro a medida con el cuello rígido de corte cuadrado.

Trajo a la mente de Luce el pensamiento de Shelby sobre líneas difusas y las connotaciones de palabras como “ángel” y “demonio”. Por supuesto, era superficial hacer juicios basados únicamente en la ropa de Steven y Francesca, pero, de nuevo, no era sólo eso. De muchas maneras, era fácil de olvidar quién era quién.



—¿Quién va primero? —preguntó Francesca, descansando sus manos con manicura entrelazadas en el escritorio de mármol—. Sabemos qué pasó, así que ni se molesten en hablar de esos detalles. Esta es su oportunidad de decirnos por qué.

Luce inhaló profundo. A pesar que había estado para que Francesca regresara a la habitación, pronto ella no quería que Shelby o Miles la cubrieran.

—Fue mi culpa —dijo ella—. Quería... —Ella miró la elaborada expresión de Steven, luego miró hacia abajo a su regazo.

—Vi algo en los Mensajeros, algo sobre mi pasado, y quería ver más.

—¿Entonces fuiste a dar una vuelta peligrosa, un paseo no autorizado a través de un mensajero, poniendo en peligro a dos de tus compañeros, quienes deberían haberlo pensado mejor... el día después que otro de tus compañeros fuera secuestrado? —preguntó Francesca.

—Eso no es justo —dijo Luce—. Usted fue la única que minimizó lo que le sucedió a Dawn. Pensamos que íbamos a buscar algo, pero...

—¿Pero...? —Acusó Steven—. ¿Pero ahora te das cuenta de lo absolutamente estúpida que era esa línea de pensamiento?

Luce se agarró a los apoyabrazos de su silla, tratando de contener las lágrimas. Francesca estaba enojada con ellos tres, pero parecía que toda la furia de Steven estaba enfocada únicamente en Luce. No era justo.

—Sí, está bien, nos escapamos de la escuela y fuimos a las Vegas —dijo ella finalmente—. Pero la única razón por la que estábamos en peligro fue porque usted me mantuvo en la oscuridad. Usted sabía que alguien estaba detrás de mí y probablemente sabía por qué. No hubiera dejado el campus si me lo hubiera dicho.

Steven miró a Luce con ojos de fuego. —Si estás diciendo que honestamente debemos ser tan explícitos contigo, Luce, entonces estoy decepcionado. —Él puso la mano en el hombro de Francesca—. Tal vez tenías razón sobre ella, querida.

—Espere... —dijo Luce.

Pero Francesca hizo una señal de detenerla con su mano.

—Necesitamos ser explícitos también sobre el hecho de que la oportunidad que se te ha dado en Shoreline en cuanto a educación y crecimiento personal es, para ti, ¿una experiencia de miles de años? —Una mancha rosada se formó en sus mejillas—. Has creado una situación muy incómoda para nosotros. La escuela en general —ella hizo un gesto a la parte sur del campus—, tiene detenciones, y sus programas de servicio comunitario para estudiantes que se salen de la línea. Pero Steven y yo no tenemos un sistema de castigo como tal. Hemos tenido la fortuna hasta ahora de tener estudiantes que no cruzaron nuestros muy indulgentes límites.

—Hasta ahora —dijo Steven, mirando a Luce—. Pero Francesca y yo estamos de acuerdo en que una rápida y severa sentencia debe ser dictada.

Luce se inclinó en la silla.

—Pero Shelby y Miles no...

—Exacto —Francesca asintió—. Por lo que, cuando sean despedidos, Shelby y Miles se reportaran al Sr. Kramer en la escuela principal de servicio a la comunidad. El Festival anual de la cosecha de Shoreline comienza mañana. Así que tendrá trabajo para ustedes.

—Qué fácil —dejó salir Shelby, mirando a Francesca—. Quiero decir, el festival de la cosecha suena como mi clase de diversión.

—¿Qué hay de Luce? —preguntó Miles.

Los brazos de Steven se cruzaron, y sus complicados ojos avellana miraron hacia abajo a Luce sobre la montura de sus gafas.

—En efecto, Luce no tiene permiso de salir.

¿No tenía permiso de salir? ¿Eso es todo?

—Clases, comida, dormitorio. —Francesca recitó—. Hasta que escuche algo diferente de nosotros, y mientras esté bajo nuestra supervisión, esos son los únicos lugares que le son permitidos, y nada de sumergirse en los mensajeros. ¿Entendido?

Luce asintió.

Steven agregó: —No nos provoques de nuevo. Incluso nuestra paciencia llega a un final.

Clase-comidas-dormitorio, no dejaba a Luce muchas opciones un domingo por la mañana. El alojamiento era oscuro y el comedor no abría hasta las once. Después que Miles y Shelby salieran arrastrando los pies de mala gana hacia el campamento del Sr. Kramer, Luce no tuvo más remedio que volver a su habitación.

Ella cerró la cortina de la ventana que a Shelby le gustaba dejar siempre abierta, luego se hundió en la silla de su escritorio. Podría haber sido peor. En comparación con las celdas de hacinamiento en solitario de bloques de cemento en Espada y Cruz, casi parecía como si todo fuera más fácil.

Nadie estaba sellando un par de pulseras de seguimiento en su mano. De hecho, Steven y Francesca le habían dado prácticamente las mismas restricciones que Daniel. La diferencia era que sus profesores sí podían observarla día y noche. Daniel, por su parte, no debía estar allí en absoluto.

Molesta, encendió el computador, casi esperando que su acceso a Internet estuviera restringido. Pero ella inició sesión como de costumbre y encontró tres mensajes de sus padres y uno de Callie. Tal vez el lado bueno de estar encerrada era que estaría obligada a tener finalmente un mejor contacto con sus amigos y familiares.

**Para: lucindap44@gmail.com**

**De: thegaprices@aol.com**

**Enviado: Viernes, 11/20 at 8:22 am**

**Asunto: Perro—Pavo**

*¡Mira esta foto! Vestimos a Andrew de Pavo para la fiesta de otoño del vecindario, como puedes ver las marcas de mordidas en las plumas: Le encantaron ¿Qué crees? ¿Deberíamos hacer que lo usara de nuevo para cuando vengas para acción de gracias?*

**Para: lucindap44@gmail.com**

**De: thegaprices@aol.com**

**Enviado: Viernes, 11/20 at 9:06 am**

**Asunto: Pd**

*Tu padre leyó mi mensaje y pensó que tal vez te había hecho sentir mal. Ningún sentimiento de culpa, cariño.*

*Si se les permite volver a casa para Acción de gracias, nos encantaría... si no puedes, reprogramaremos para otro momento. Te amamos.*

**Para: lucindap44@gmail.com**

**De: thegaprices@aol.com**

**Enviado: Sábado, 11/21 at 12:12 am**

**Asunto: Sin asunto**

*Déjanos saber de todos modos ¿de acuerdo?, besos y abrazos. Mamá.*

Luce sostuvo su cabeza en sus manos. Había estado equivocada. Todos los castigos del mundo no harían más fácil responderles a sus padres. Ellos vestían a su Poodle como un pavo, ¡por Dios!, le rompía el corazón pensar en decepcionarlos. Así que se demoró abriendo el mensaje de Callie.

**Para: lucindap44@gmail.com**

**De: callieallieoxenfree@gmail.com**

**Enviado: Viernes, 11/20 at 4:14 pm**

**Asunto: ¡AQUÍ ESTÁ!**

*Creo que la reserva del vuelo habla por sí misma. Mándame tu dirección y tomaré un taxi cuando llegue el jueves por la mañana. ¡Mi primera vez en Georgia! ¡Con mi más antigua y mejor amiga! ¡Va a ser taaaan divertido! ¡Te veo en SEIS DIAS!*

En menos de una semana, la mejor amiga de Luce estaría apareciendo en la casa de sus padres, sus padres estarían esperándola, y Luce estaría justo aquí, encerrada en su dormitorio. Una enorme tristeza la engulló. Habría dado cualquier cosa por ir con ellos, pasar algunos días con gente que la amaba, que le daría un descanso de las agotadoras y confusas dos semanas que había pasado encadenada en esas paredes de madera.

Ella abrió un nuevo mensaje apresurado, integrado por un mensaje apresurado.

**Para: cole321@swordandcross.edu**

**De: lucindap44@gmail.com**

**Enviado: Domingo, 11/22 at 9:33 am**

*Hola, Sr Cole. No voy a rogarle que me deje ir a casa para Acción de Gracias. Conozco una desesperada pérdida de esfuerzo cuando veo una. Pero no tengo el corazón para decirles a mis padres ¿Les dejaría saber? Dígales que lo siento. Las cosas están bien. Más o menos. Estoy nostálgica.*

*Luce.*

Un golpe en la puerta hizo saltar a Luce, y dio clic en *enviar*, sin revisar los errores tipográficos o admisiones embarazosas de emoción.

—¡Luce! —La voz de Shelby se escuchó desde el otro lado—. ¡Abre! Mis manos están llenas de basura del festival de la cosecha. Quiero decir, generosidad. —Los golpes continuaron en el otro lado de la puerta, más fuertes ahora, con un ocasional lloriqueo.

Abriendo la puerta, Luce se encontró con una jadeante Shelby, caída bajo el peso de una enorme caja de cartón. Había varias bolsas de plástico a través de sus dedos. Sus rodillas temblaban cuando se tambaleó en la habitación.

—¿Puedo ayudarte con algo? —Luce tomó el ligero cuerno de la abundancia de mimbre que descansaba en la cabeza de Shelby como un sombrero cónico.

—Me pusieron en decoraciones —Shelby se quejó, lanzando la caja al suelo—. Daría cualquier cosa por estar en la basura como Miles. ¿Sabes lo que pasó la última vez que alguien usó la pistola de silicona?

Luce se sintió responsable por los castigos de Shelby y Miles. Se imaginó a Miles peinando la playa con una de esas varas para basura que había visto en convictos a la orilla de la vía en Thunderbolt.

—Ni siquiera sé lo que es el festival de la cosecha.



—Odioso y pretencioso, eso es lo que es —dijo Shelby, cavando a través de la caja y tirando las bolsas de plástico llenas de plumas al suelo, tubos de brillos, y una resma de papel de construcción de color otoño—. Es básicamente un gran banquete donde todos los donantes de Shoreline recaudan fondos para la escuela. Todos vuelven a casa sintiéndose caritativos porque descargaron unas pocas latas de judías verdes de un banco de alimentos en Fort Bragg. Ya verás mañana por la noche.

—Lo dudo —dijo Luce—. Estoy castigada, ¿recuerdas?

—No te preocupes, serás arrastrada a esto, algunos de los mayores donantes son ángeles defensores, así que Frankie y Steven tienen que poner un espectáculo. Lo que significa que todos los Nephilim tenemos que estar ahí, sonriendo.

Luce frunció el ceño, mirando su reflejo no Nephilim en el espejo. Otra razón más por la que debería quedarse aquí.

Shelby maldijo en voz baja. —Dejé la estúpida pintura del pavo en la oficina del Sr Kramer —dijo ella, poniéndose de pies y dándole una patada a la caja de decoraciones—. Tengo que volver, —Cuando Shelby pasó junto a ella hacia la puerta, Luce perdió el balance y empezó a tambalearse, tropezó con la caja y su pie se atascó en algo frío y húmedo mientras caía.

Aterrizó primero en el suelo de madera, la única cosa que detuvo su caída fue la bolsa de plumas, que pareció soltar pelusas coloridas debajo de ella. Luce miró hacia atrás para ver cuánto daño había hecho, esperando que las cejas de Shelby se unieran en exasperación. Pero Shelby aún estaba con una mano apuntando hacia el centro de la habitación. Un Mensajero, de color marrón estaba flotando tranquilamente ahí.

—¿No es un poco arriesgado? —Preguntó Shelby—. ¿Convocar un mensajero una hora después de ser atrapados por convocar a un mensajero? Realmente no escuchaste nada, ¿cierto? Casi admiro eso.

—Yo no lo convoqué. —Luce insistió, quitándose un montón de plumas de la ropa—. Me tropecé y estaba ahí, esperando, o algo. —Se acercó para examinar la nebulosa de color pardo, era tan delgada como una hoja de papel y no tan grande como un mensajero, pero la forma en que flotaba por el aire frente a ella, casi retándola a rechazarlo, la ponía nerviosa.

No parecía necesitar guía de forma alguna. Flotaba, apenas moviéndose, luciendo como su pudiera flotar allí todo el día.

—Espera un minuto —murmuró Luce—. Esta vino con la otra el otro día, ¿lo recuerdas?

Esta era la extraña sombra marrón que había flotado a la par con la sombra negra que los había llevado a Las Vegas. Ambos habían entrado por la ventana el viernes en la tarde; esta era la que había desaparecido. Luce lo había olvidado hasta el momento.

—Bueno —dijo Shelby apoyada en la escalera de la litera—. ¿Vas a buscar una visión o qué?

El mensajero era del color de una habitación llena de humo, de nocivo color marrón, y nebuloso al tacto. Luce la alcanzó, corriendo sus dedos a lo largo de sus húmedos límites. Sentía su nubloso aliento sacudiendo su pelo. El aire alrededor del mensajero era húmedo, aunque salubre. Un dulce canto lejano de gaviotas hizo eco desde dentro.

Ella no podía vislumbrar nada. Pero ahí estaba el mensajero, pasando de una malla de humo marrón en algo claro y perceptible. Independientemente de Luce. Ahí estaba el mensaje lanzado por la sombra a la vida. Era una vista aérea de una isla. Al principio estaban muy alto, así que todo lo que Luce pudo ver fue un pequeño oleaje de roca negra escarpada con una franja de árboles de pino repicando en su base.

Luego, lentamente el mensajero se sumergió en él, como un pájaro descendiendo para descansar en la copa de un árbol, en una pequeña y desierta playa. El agua estaba turbia por la arena arcillosa de plata. Un puñado de rocas rodeaba la suave marea.

Y de pie, discretamente entre dos de las más altas rocas, Daniel miraba el mar. La rama de un árbol estaba cubierta de sangre.

Luce jadeó cuando se acercó más y vio lo que Daniel estaba mirando. No era el mar. Sino un hombre muerto tendido sobre la dura arena. Cada vez que las olas llegaban al cuerpo, ellas retrocedían, tiñéndose de un rojo oscuro e intenso.

Pero Luce no podía ver la herida que había causado la muerte del hombre. Alguien más, en un largo abrigo negro, se inclinó sobre el cuerpo, atándolo con una gruesa cuerda. Su corazón latía. Luce miró nuevamente a Daniel, no tenía ninguna expresión, pero sus hombros se contraían.

—Date prisa. Estás perdiendo el tiempo, la marea está bajando, de todos modos. — Su voz era tan fría que hizo temblar a Luce.

Un segundo después, la escena del mensajero desapareció. Luce contuvo la respiración hasta que cayó al suelo en una pila. Luego, a través del cuarto, la sombra de la ventana que Luce había derribado antes se sacudió.

Luce y Shelby se miraron inquietas, luego vieron como una ráfaga de viento atrapaba al mensajero y lo dirigía hacia la ventana. Luce agarró la muñeca de Shelby.

—Te diste cuenta. ¿Quién más estaba ahí con Daniel? ¿Quién estaba inclinado sobre ese... —ella tembló de nuevo—, hombre?

—Dios, no lo sé, Luce. Estaba un poco distraída por el hombre muerto. Sin mencionar la rama ensangrentada que tu novio estaba sosteniendo. —El intento de Shelby de ser sarcástica se disminuyó ante lo terrorífico de su voz—. ¿Así que él lo mató? —Le preguntó a Luce—. ¿Daniel mató a quien quiera que fuera ese?

—No lo sé. —Luce parpadeó—. No lo digas de esa manera, tal vez hay una explicación lógica...

—¿Qué crees que estaba diciendo al final? —Preguntó Shelby—. Vi sus labios moverse, pero no entendí nada... odio eso de los mensajeros.

“Date prisa. Estas perdiendo tiempo, la marea está bajando, de todos modos”.

Shelby no había oído eso, ¿Cuán insensible y sin remordimiento Daniel sonaba?

Luego Luce recordó: No hace mucho tiempo ella pudo oír a los mensajeros, antes que los ruidos fueran sólo eso, ruidos: gruesos susurros a través de las copas de los árboles. Fue Steven quien le dijo cómo sintonizar esas voces en su interior. En cierto modo, Luce lo deseaba. Tenía que haber más que este mensaje.

—Tengo que vislumbrarlo de nuevo —dijo Luce, dando un paso hacia la ventana abierta. Shelby la jaló hacia atrás.

—Oh, no, no lo harás. Ese mensajero puede estar en cualquier lugar ahora, y estás bajo arresto domiciliario, ¿recuerdas? —Shelby empujó a Luce en la silla de su escritorio—. Te vas a quedar aquí mientras yo voy a la oficina de Kramer para recuperar mi Pavo. Vamos a olvidar que esto alguna vez pasó, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, estaré de vuelta en cinco minutos, así que no desaparezcas.

Pero tan pronto como la puerta se cerró, salió por la ventana, subiendo a la parte plana de la cornisa donde Daniel y ella se habían sentado la noche anterior. Sacar lo que estaba en su mente en estos momentos era imposible. Tuvo que llamar a la sombra de nuevo. Incluso si se metiera en más problemas. Incluso si ella viera algo que no le gustara.

El final de la mañana se había convertido en ventoso, y Luce tuvo que agacharse y agarrarse de las tejas de madera para mantener el equilibrio. Sus manos estaban frías. Su corazón se sentía entumecido. Ella cerró los ojos.

Cada vez que trataba de convocar a un mensajero, se acordó de la poca formación que había tenido.

Siempre había sido afortunada... si ver a tu novio mirar a alguien que había matado, era considerarse afortunado. Un húmedo toque se deslizó a través de sus brazos. Era la sombra marrón. La cosa horrible que le había mostrado, ¿otra cosa horrible? Sus ojos se abrieron de golpe. Lo era. Arrastrándose hacia su hombro como una serpiente. Lo arrancó y lo sostuvo frente a ella, tratando de girarlo, e hizo una bola con las manos. El mensajero rechazó su toque, flotando hacia atrás, fuera de su alcance, un poco más allá del borde del techo.

Ella miró hacia abajo, dos pisos hasta el suelo. Un rastro de los estudiantes que salían de los dormitorios, dirigiéndose al comedor para almorzar, un flujo de color en movimiento a lo largo de una hoja de hierba de color verde brillante. Luce se tambaleó con un golpe de vértigo y sintió que caía hacia adelante.

Pero entonces la sombra se precipitó como un jugador de fútbol, golpeando su espalda contra la inclinación del techo. Allí se quedó, pegada contra las tejas, jadeando cuando el mensajero bostezó de nuevo. El humeante velo se difuminó en la luz. Y Luce estaba de nuevo con Daniel y su rama ensangrentada. De nuevo al graznido de las gaviotas

volando en círculos, y el hedor de la putrefacción surgió a lo largo de la costa, la vista de olas heladas que rompían en la playa, y de nuevo a las dos figuras que estaban en el suelo.

El muerto estaba atado. El vivo se paró junto a Daniel.

Cam.

No, tenía que ser un error. Ellos se odiaban entre sí. Acababan de librar una gran batalla el uno contra el otro. Ella podía aceptar que Daniel hiciera cosas oscuras para protegerla de la gente que venía tras ella. Pero, ¿qué clase de cosa le haría buscar a Cam? Trabajar con Cam... ¿quien se complacía con la muerte?

Ellos estaban en una acalorada discusión de algún tipo, pero Luce no podía distinguir las palabras. Ella no podía oír nada más allá del reloj en el centro de la terraza, que acababa de dar las once.

Ella tensó sus oídos a la espera que los *gongs* parasen. —Déjame llevarla a Shoreline. —Al fin oyó a Daniel decir. Esto debía haber sido antes que llegaran a California. ¿Pero por qué Daniel tenía que pedirle permiso a Cam? A menos que...

—Está bien —dijo Cam uniformemente—. Llévala a la escuela y luego encuéntrame. No cometas errores, estaré observando.

—¿Y luego? —Daniel sonó nervioso. Cam pasó los ojos sobre el rostro de Daniel.

—Tú y yo tenemos trabajo que hacer.

—¡No! —Gritó Luce reduciendo la sombra con sus dedos, con rabia. Pero tan pronto como sus manos rompieron a través de la fría y resbaladiza superficie, se lamentó. La sombra se rompió en fragmentos, instalando una pila de cenizas a su lado. Ahora no podía ver nada. Ella trató de reunir los fragmentos de la manera en que Miles lo había hecho, pero estaban temblando y no podía. Ella agarró un puñado de piezas sin valor, sollozando entre ellas.

Steven había dicho que a veces los mensajeros distorsionan lo que era real. Al igual que las sombras proyectadas en la pared de una cueva.

Pero siempre había algo de verdad en ellos, también. Luce pudo sentir la verdad en las húmedas y frías piezas, incluso aunque las retorciera tratando de exprimir toda su agonía.

Daniel y Cam no eran enemigos, eran compañeros.



# Capítulo 15

*Traducido por Flochi*

*Corregido Por Aguamarina*

## Cuatro Días

—¿Más Tofurky<sup>15</sup>? —Connor Madson, un chico de cabello rubio muy claro de la clase de biología de Luce y uno de los camareros estudiantes de Shoreline, se acercó a ella con una bandeja de plata en el Festival de la Cosecha el lunes a la noche.

—No, gracias —Luce apuntó a la pila de gruesas rebanadas tibias de carne falsa todavía en su plato.

—Tal vez más tarde. —Connor y el resto de los meseros becados de Shoreline eran apropiados para el Festival de la Cosecha, en traje y ridículos sombreros de peregrino. Se deslizaban pasándose los unos a los otros por la terraza, que estaba casi irreconocible como el lugar pretencioso y casual para agarrar algunos panqueques antes de clases; había sido transformado en un salón de banquetes al aire libre a toda regla.

Shelby todavía estaba refunfuñando mientras pasaba de una mesa a otra, acomodando tarjetas de lugar y encendiendo velas. Ella y el resto del Comité de Decoraciones habían hecho un trabajo hermoso: hojas de seda roja y naranja habían sido esparcidas sobre los largos manteles blancos, panecillos recién horneados fueron acomodados en cornucopias pintadas en dorado, lámparas de calor suavizaban la brisa fresca del océano. Incluso las piezas centrales de pavo coloreadas por números lucían estilizadas.

Todos los estudiantes, la facultad, y los cerca de cincuenta más grandes donantes de la escuela habían acudido en lo mejor para la cena. Dawn y sus padres habían llegado para la noche. A pesar de que Luce no había tenido la oportunidad de hablar con Dawn todavía, ella parecía recuperada, incluso feliz, y había saludado a Luce alegremente desde su asiento junto a Jasmine.

La mayoría de los veinte, más o menos, Nephilim estaban sentados juntos en dos mesas circulares adyacentes, con la excepción de Roland, que estaba sentado en un rincón lejano con una cita misteriosa. Después, la cita misteriosa se levantó, levantó su amplio sombrero en forma de capullo, y le dio a Luce un pequeño saludo furtivo.

Arriane.

---

<sup>15</sup> **Tofurky:** Marca de comida vegetariana

A pesar de si misma, Luce sonrió... pero un segundo después, se sintió cercana a las lágrimas. Ver a esos dos riendo juntos le recordó a Luce la asquerosamente siniestra escena que había observado en el Anunciador el día anterior. Cómo Cam y Daniel, Arriane y Roland se suponía que estaban en lados opuestos, pero todos sabían que eran un equipo.

Aún así, eso se sintió diferente de alguna manera.

El Festival de la Cosecha se supone que era un último “hurra” antes del Día de Acción de Gracias antes que las clases terminaran. Después, todos tendrían otro Día de Acción de Gracias, un real día de Acción de Gracias, con sus familias. Para Luce, era el único Acción de Gracias que iba a tener. El Sr. Cole no le había escrito de vuelta. Después del castigo de anteayer y después de la revelación en la azotea, ella estaba pasando un momento difícil como para sentirse agradecida por casi nada.

—Apenas estás comiendo —dijo Francesca, dando una gran porción de puré de papas en el plato de Luce. Luce se estaba sintonizando cada vez más al resplandor emocionante que caía sobre todos cuando Francesca les hablaba. Francesca poseía un carisma místico, simplemente por la virtud de ser un ángel.

Ella le sonreía a Luce como si no se hubieran encontrado en su oficina el día de ayer, como si Luce no hubiera estado encerrada bajo llave.

A Luce se le había dado el asiento de honor en la cabecera de la gran mesa del profesorado, junto a Francesca. Todos los donantes llegaron en multitud para estrechar manos con el profesorado. Los otros estudiantes en la cabecera de la mesa —Lilith, Beaker Brady, y una chica coreana de melena oscura que Luce no conocía— habían aplicado para sus asientos en un concurso de ensayos. Todo lo que Luce tenía que hacer era fastidiar a sus maestros lo bastante para que tuvieran suficiente miedo de dejarla fuera de su vista.

La comida estaba finalmente terminando cuando Steven se inclinó hacia adelante en su silla. Como Francesca, él no demostró nada del veneno de ayer. —Asegúrate que Luce se presente a sí misma al Dr. Buchanan.

Francesca metió el último pedazo de un bollo de pan de maíz untado con mantequilla en su boca. —Buchanan es uno de los mayores defensores de la escuela —le dijo a Luce—. ¿Puede ser que hayas escuchado hablar de su programa “Demonios en el extranjero”?

Luce se encogió de hombros mientras los camareros reaparecían para llevarse los platos.

—Su ex-esposa tenía linaje de ángel, pero después de su divorcio cambió algunas de sus alianzas. Aún así... —Francesca miró a Steven—, una buena persona para conocer. ¡Oh, hola, Sra. Fisher! Qué agradable que viniera.

—Sí, hola. —Una anciana con un afectado acento británico, un abrigo de visón voluminoso, y más diamantes alrededor de su cuello de los que Luce nunca antes había visto, extendió una mano enguantada a Steven, quien se puso de pie para saludarla. Francesca se levantó también, inclinándose hacia adelante para saludar a la mujer con un beso sobre cada mejilla—. ¿Dónde está mi Miles? —preguntó la mujer.

Luce saltó. —Oh, usted debe ser la... ¿abuela de Miles?

—Dios mío, no —retrocedió la mujer—. No tengo hijos, nunca me casé, bah. Soy la Sra. Ginger Fisher, de la rama NorCal del árbol familiar. Miles es mi sobrino nieto. ¿Y tú eres?

—Lucinda Price.

—Lucinda Price, sí. —La Sra. Fisher bajó la vista de su nariz a Luce, entrecerrando los ojos—. Leí sobre ti en una u otra historia. Aunque no puedo recordar qué fue exactamente lo que hiciste...

Antes de que Luce pudiera responder, las manos de Steven estaban sobre sus hombros. —Luce es una de nuestras nuevas estudiantes —él tronó—. Estarás feliz de saber que Miles ha trabajado a su modo para hacerla sentir cómoda aquí.

Los ojos de la Sra. Fisher estaban entrecerrados, mirando más allá de ellos, buscando el césped lleno de gente. La mayoría de los invitados habían dejado de comer, y ahora Shelby estaba encendiendo las antorchas tiki fijas al suelo.

Cuando la antorcha más cercana a la cabeza de la mesa se volvió brillante, iluminó a Miles, inclinado sobre una mesa de al lado para quitar algunos platos.

—¿Es ése mi sobrino-nieto... atendiendo las mesas? —La Sra. Fisher presionó una mano enguantada en su frente.

—En realidad... —dijo Shelby, metiéndose en la conversación, el encendedor de las antorchas en una mano—, él es el recolector de basu...

—Shelby —la cortó Francesca—. Creo que esa antorcha cerca de las mesas de los Nephilim acaba de apagarse. ¿Podrías arreglarlo? ¿Ahora?

—¿Sabe qué? —dijo Luce a la Sra. Fisher—. Voy a traer a Miles aquí. Debe estar ansiosa por ponerse al día.

Miles había cambiado la gorra de los Dodgers y la sudadera por un par de pantalones tweed marrones y una camisa abotonada de un brillante color naranja. De alguna manera una elección audaz, pero lucía bien.

—¡Hey! —él saludó con la mano con la que no estaba equilibrando una pila de platos sucios. A Miles parecía no importarle ser ayudante de las mesas. Estaba sonriendo, en su elemento, charlando con cualquiera en el banquete mientras él limpiaba los platos.

Cuando Luce se acercó, puso los platos boca abajo y le dio un gran abrazo, apretándola más cerca al final.

—¿Estás bien? —preguntó él, inclinando su cabeza a un costado para que su cabello marrón cayera sobre sus ojos. No parecía acostumbrado a la forma en que se movía sin su gorra arriba, y el flequillo rápidamente volvió—. No luces muy bien. Quiero decir... luces fantástica, eso no es lo que quise decir. En absoluto. Realmente me gusta ese vestido. Y tu pelo luce bonito. Pero también luces como... —él frunció el ceño—, caída.

—Eso es perturbador. —Luce pateó el césped con la punta de su tacón negro—. Porque es lo mejor que me he sentido en toda la noche.

—¿En serio? —El rostro de Miles se iluminó bastante tiempo para tomarlo como un cumplido. Después cayó—. Sé que debe apestar estar castigada. Si me lo preguntas, Frankie y Steven de esta manera están exagerando. Manteniéndote bajo sus manos toda la noche...

—Lo sé.

—No parece ahora, pero estoy seguro que nos están mirando. Oh, estupendo —gruñó—. ¿Es esa mi tía Ginger?

—Acabo de tener el placer —rió Luce—. Ella quiere verte.

—Estoy seguro de que sí. Por favor, no pienses que todos mis parientes son como ella. Cuando conozcas a todo el resto del clan el Día de Acción de Gracias...

El Día de Acción de Gracias con Miles. Luce se había olvidado completamente de eso.

—Oh —Miles estaba mirando su rostro—. ¿No piensas que Frankie y Steven van a hacer que te quedes el Día de Acción de Gracias?

Luce se encogió de hombros. —Pensé que eso era lo que se significaba “hasta nuevo aviso”.

—Entonces eso es lo que te está poniendo triste. —Él puso una mano sobre el hombro desnudo de Luce. Ella había estado lamentando el vestido sin mangas hasta ahora, hasta que sus dedos pasaron sobre su piel. No era parecido al toque de Daniel, que era electrificante y mágico cada vez, pero era reconfortante, sin embargo.

Miles dio un paso más cerca, bajando su rostro al de ella. —¿Qué es?

Ella alzó la vista a sus ojos azul oscuro. Su mano todavía sobre su hombro. Sintió a sus labios separándose con la verdad, o lo que pensaba que era la verdad, lista para desahogar su interior con alguien.

Que Daniel no era quien ella pensaba. Lo que tal vez significaba que ella no era quien creía que era. Que todo lo que sintió sobre Daniel en Espada y Cruz todavía estaba ahí —la hizo marearse, pensar en todo eso—, pero ahora también era todo tan diferente. Y que todos seguían diciendo que esta vida era diferente, que este era el momento de romper el ciclo... pero nadie le decía lo que significaba. Que tal vez no terminaría con Daniel y Luce juntos. Que quizás se suponía liberarse a sí misma y hacer algo por ella misma.

—Es difícil ponerlo todo en palabras —dijo ella finalmente.

—Lo sé —dijo Miles—. Tuve un momento difícil como eso yo mismo. En realidad, hay algo que he estado queriendo decirte...

—Luce —Francesca repentinamente se encontraba ahí, prácticamente apretujándose entre nosotros dos—. Es tiempo de irse. Te escucharé de vuelta a tu cuarto ahora.



*Hasta ahí llegó lo de hacer algo por mí misma.*

—Y, Miles, a tu tía Ginger y a Steven les gustaría verte.

Miles le lanzó una mirada comprensiva a Luce antes de atravesar penosamente la terraza hacia su tía.

Las mesas estaban limpias, pero Luce pudo ver a Arriane y Roland partiéndose de la risa cerca del bar. Un grupo de chicas Nephilim apostadas alrededor de Dawn. Shelby estaba parada al lado de un chico alto con el pelo rubio teñido y de pálida, casi blanca piel.

Saeb. Tenía que ser. Estaba inclinado sobre Shelby, claramente todavía interesado, pero ella estaba claramente enfadada. Tan enfadada, que ni siquiera notó a Luce y Francesca caminando cerca... pero su ex-novio lo hizo. Su mirada pendiente de Luce. El pálido no tan azul de sus ojos era espeluznante.

Entonces alguien gritó que la fiesta posterior se iba a trasladar a la playa, y Shelby enganchó la atención de Saeb, dándole la espalda, diciendo que sería mejor que no la siguiera a la fiesta.

—¿Deseas poder unirme a ellos? —preguntó Francesca en tanto se movían lejos de la conmoción de la terraza. El ruido y el viento, ambos silenciosos, mientras caminaban por el largo sendero de grava hacia los dormitorios. Luce empezó a preguntarse si Francesca era responsable del silencio absoluto.

—No. —A Luce le habían gustado todos ellos bastante, pero si llegara a adjuntar la palabra “deseo” a cualquier cosa ahora mismo, no sería para ir a alguna fiesta sobre la playa. Ella desearía... bueno, no estaba muy segura de eso. Algo que tuviera que ver con Daniel, era lo que sabía... ¿pero qué? Que él le dijera lo que estaba pasando, tal vez. Que en vez de protegerla ocultándole la verdad, lo hiciera confiándole la verdad.

Ella aún amaba a Daniel. Por supuesto que sí. Él lo sabía más que nadie.

Su corazón se aceleraba cada vez que lo veía. Lo anhelaba. ¿Pero qué tan bien, realmente, lo conocía ella?

Francesca fijó sus ojos en la hierba recubriendo el sendero de acceso al dormitorio. Muy sutilmente, sus brazos extendidos a ambos lados, como una bailarina de ballet en la barra.

—Ni lilas ni rosas —murmuró entre dientes mientras sus dedos cerrados empezaban a temblar—. ¿Qué, entonces?

Vino un suave sonido de roces, como las ramas de una planta siendo tiradas de una cama del jardín y, repentinamente, milagrosamente, un borde de flores como rayos de luna surgió a ambos lados del camino.

Gruesas y exuberantes, y una altura de unos treinta centímetros, no eran cualquier flor. Eran raras y delicadas peonías salvajes, con capullos tan grandes como pelotas de béisbol. Las flores que Daniel le había llevado a Luce cuando ella estuvo en el hospital, y tal

vez otras veces anteriores a esa. Terminando el camino en Shoreline, ellas brillaban en la noche como estrellas.

—¿Qué fue eso? —preguntó Luce.

—Para ti —dijo Francesca.

—¿Por qué?

Francesca tocó brevemente su mejilla. —A veces las cosas hermosas entran en nuestra vida de la nada. No siempre podemos entenderlas, pero tenemos que confiar en ellas. Sé que quieres cuestionar todo, pero a veces vale la pena tener sólo un poco de fe.

Estaba hablando de Daniel.

—Me ves a mí y a Steven —continuó Francesca—, y sé que podemos ser confusos. ¿Lo amo? Sí. Pero cuando la batalla final venga, tendré que matarlo. Esa es nuestra realidad. Ambos sabemos exactamente dónde nos encontramos.

—¿Pero tú no confías en él?

—Confío en que sea fiel a su naturaleza, la cual es de demonio. Necesitas confiar en que aquellos que te rodean serán fieles a sus naturalezas. Incluso cuando parece que están traicionando quiénes son.

—¿Y si no es tan fácil?

—Eres fuerte, Luce, independiente de todo y de cualquiera. El modo en que respondiste ayer en mi oficina, pude verlo en ti. Y me hizo sentir muy... contenta.

Luce no se sentía fuerte. Se sentía tonta. Daniel era un ángel, así que su naturaleza tenía que ser buena. ¿Se supone que iba a aceptar eso ciegamente? ¿Y qué había acerca de su verdadera naturaleza? No todo era tan blanco y negro. ¿Luce era la razón de por qué las cosas eran tan complicadas entre ellos? Mucho tiempo después de que entró en su cuarto y cerró la puerta detrás suyo, no podía sacar las palabras de Francesca de su cabeza.

Cerca de una hora después, un golpe en la ventana hizo a Luce saltar mientras se quedaba mirando fijamente el fuego disminuyendo en el hogar. Antes de que incluso pusiera levantarse, hubo un segundo golpe en el panel, pero este sonó más vacilante. Luce se levantó del piso y se dirigió a la ventana. ¿Qué estaba haciendo Daniel aquí? Después de hacer semejante escándalo sobre cómo era de inseguro verse, ¿por qué seguía apareciendo?

Ni siquiera sabía lo que Daniel quería de ella... además de atormentarla, la manera en que ella había sido atormentada por él en esas otras versiones de ella en los Anunciadores. O, como él dijo, amó las tantas versiones de ella. Esta noche, todo lo que ella quería de él, era ser dejada en paz.

Abrió los postigos de las persianas de madera, después subió el panel, golpeando una de las miles de plantas de Shelby. Apuntaló sus manos en el alféizar, y luego sumió la cabeza en la noche, preparada para atacar a Daniel.

Pero no era Daniel quien estaba parado en la cornisa de la ventana a la luz de la luna.

Era Miles.

Había cambiado sus extravagantes ropas, pero no había incluido la gorra de los Dodgers. La mayor parte de su cuerpo estaba en las sombras, pero el contorno de sus hombros anchos era claro contra la profunda noche azul. La tímida sonrisa de él trajo una sonrisa de respuesta en el rostro de ella. Estaba sosteniendo una cornucopia dorada llena de lirios naranjas arrancados de uno de los centro de mesa del Festival de la cosecha.

—Miles —dijo Luce. La palabra se sintió graciosa en su boca. Fue matizada con una agradable sorpresa, cuando hace sólo un momento había estado tan preparada para ser desagradable. El latido de su corazón se reanimó, y no pudo dejar de sonreír.

—¿Qué loco es que yo pueda caminar de la cornisa fuera de mi ventana a la tuya?

Luce sacudió su cabeza, demasiado asombrada. Ella nunca había estado en el cuarto de Miles en el lado de la residencia de los chicos. Ni siquiera sabía dónde estaba.

—¿Ves? —Su sonrisa se ensanchó—. Si no hubieras sido castigada, nunca nos habiéramos conocido. Está bastante bonito aquí fuera, Luce; deberías salir. ¿No te asustan las alturas o algo así?

Luce quiso salir a la cornisa con Miles. No quería recordar las veces que había estado ahí fuera con Daniel. Ellos dos eran tan diferentes. Miles... fiable, dulce, preocupado. Daniel... el amor de su vida. Si sólo fuera tan simple. Parecía injusto, e imposible, compararlos.

—¿Cómo es que no estás en la playa con todos? —preguntó ella.

—No todos están en la playa —Sonrió Miles—. Tú estás aquí. —Él ondeó la cornucopia de flores en el aire—. Traje estas para ti de la cena. Shelby tiene todas esas plantas en su lado del cuarto. Pensé que podrías poner estas sobre tu escritorio.

Miles empujó el cuerno por la ventana para ella. Estaba rebosante con las brillantes flores naranja. Sus estambres negros temblaban en el viento. No eran perfectas, algunas incluso se estaban marchitando, pero eran muchas más hermosas que las peonías más grandes que Francesca había hecho florecer. *A veces las cosas hermosas entran a nuestra vida de la nada.*

Esta era probablemente la cosa más linda que alguien había hecho por ella en Shoreline... o la vez que Miles había irrumpido en la oficina de Steven para robar el libro así Luce aprendería cómo pasar a través de una sombra. O la vez que Miles la había invitado a desayunar, el primer día que la conoció.

O qué rápido Miles la había incluido en sus planes del Día de Acción de Gracias. O la ausencia absoluta de resentimiento en el rostro de Miles cuando le habían asignado el deber de la basura después que ella lo había metido en problemas por escabullirse. O el modo en que Miles...

Ella podía seguir, se dio cuenta, toda la noche. Llevó las flores por la sala y las puso sobre el escritorio.

Cuando volvió, Miles le estaba tendiendo una mano para que pasara por la ventana. Ella podría inventar una excusa, algo pobre para no romper las reglas de Francesca. O simplemente podría tomar su mano, cálida, fuerte y segura, y deslizarse por la misma. Podía olvidarse de Daniel por sólo un momento.

Afuera, el cielo era una explosión de estrellas. Brillaban en la oscura noche como los diamantes de la Sra. Fisher, pero más claros, más brillantes, e incluso más bellos. Desde aquí, el dosel de secoyas al este de la escuela parecía espeso, oscuro y amenazante; al oeste estaba el agua agitando incesantemente y el distante resplandor de la hoguera ardiendo en la playa ventosa. Luce había notado esas cosas antes desde la cornisa. Océano. Bosque. Cielo. Pero todas las otras veces que había estado aquí, Daniel había consumido toda su atención. Casi cegándola, hasta el punto que ella nunca había tomado realmente la escena.

Era realmente impresionante.

—Probablemente te estarás preguntando por qué vine —dijo Miles, lo que hizo a Luce darse cuenta que ambos habían permanecido en silencio por un momento—. Empecé a decírtelo antes, pero... yo no... no estoy seguro...

—Me alegra que hayas venido. Me estaba aburriendo un poco allí, mirando el fuego. —Ella le dio una media sonrisa.

Miles metió las manos en sus bolsillos. —Mira, sé que tú y Daniel...

Luce gruñó involuntariamente.

—Tienes razón, no debería mencionar esto...

—No, ese no es el por qué gruño.

—Es sólo que... Sabes que me gustas, ¿verdad?

—Um.

Por supuesto que le gustaba a Miles. Eran amigos. Buenos amigos.

Luce se mordió el labio. Ahora ella era la que estaba haciendo el tonto, lo que nunca era una buena señal. La verdad: Miles le gustaba. Y ella le gustaba a él, también. Con sus ojos azules como el océano y la sonrisita que él daba cada vez que rompía a sonreír. Además, transmitía que era la persona más amable que jamás había conocido.

Pero ahí estaba Daniel, y antes de él había estado también Daniel, y Daniel de nuevo, otra vez, y otra vez y... era infinitamente complicado.

—Lo estoy estropeando —Miles hizo una mueca—. Cuando todo lo que quería decir era buenas noches.

Ella lo miró y encontró que él la estaba mirando. Sacó sus manos de sus bolsillos, encontrando las suyas y juntándolas en el espacio entre sus pechos. Él se fue inclinando



lentamente, deliberadamente, dándole a Luce otra oportunidad para sentir la espectacular noche alrededor de ellos.

Ella sabía que Miles iba a besarla. Sabía que no debería permitírselo. Debido a Daniel, por supuesto... pero también por lo que había sucedido cuando besó a Trevor. Su primer beso. El único beso que ella había tenido con alguien más aparte de Daniel. ¿Podía estar ligada a Daniel la razón de que Trevor muriera? Y si al momento en que ella besaba a Miles, él... ella ni siquiera podía soportar pensar en eso.

—Miles —Lo presionó para que retrocediera—. No deberías hacer esto. Besarme es... —ella tragó—, peligroso.

Él sonrió. Por supuesto que él lo haría, porque él no sabía nada sobre Trevor. —Creo que correré mis propios riesgos.

Ella trató de empujarlo de vuelta, pero Miles tenía una manera de hacerla sentirse bien acerca de casi todo. Incluso esto. Cuando su boca cayó sobre la de ella, contuvo la respiración, esperando lo peor.

Pero nada sucedió.

Los labios de Miles eran como suaves plumas, besándola lo bastante gentilmente como para que todavía lo sintiera como su buen amigo... pero con suficiente pasión para probarle que había más de donde este había venido. Si ella quería.

Pero aunque no hubieran llamas, ni piel quemada, ni muerte o destrucción —¿y por qué no estaban allí?— el beso se supone que debía sentirse equivocado. Por tanto tiempo, todo lo que sus labios habían querido eran los de Daniel, todo el tiempo. Solía soñar con su beso, su sonrisa, sus preciosos ojos violetas, su cuerpo sosteniendo el de ella. Se supone que nunca iba a haber nadie más.

¿Y si había estado equivocada sobre Daniel? ¿Y si ella podía ser muy feliz —o simplemente feliz— con otro chico?

Miles la alejó, pareciendo contento y triste al mismo tiempo. —Entonces, buenas noches. —Él se volvió, casi como para irse corriendo de vuelta hacia su cuarto. Pero entonces se dio la vuelta. Y tomó su mano.

—Si alguna vez sientes que las cosas no están funcionando, ya sabes, con... —él alzó la vista al cielo—, estoy aquí. Sólo quiero que lo sepas.

Luce asintió, ya luchando contra una ola batiente de confusión. Miles apretó su mano, luego despegó en la otra dirección, saltando sobre el techo de tejas inclinado, de vuelta a su lado de la residencia estudiantil.

Sola, ella recorrió sus labios donde los de Miles habían estado. La próxima vez que viera a Daniel, ¿sería capaz de decirle? Le dolía la cabeza por todos los altibajos del día, y quería meterse en la cama.

Mientras se deslizaba a través de la ventana de su cuarto, se volvió una vez más para asimilar la vista, para recordar cómo todo había lucido en la noche, cuando tantas cosas habían cambiado.

Pero en vez de estrellas, árboles y olas chocando, los ojos de Luce se fijaron en algo más detrás de una de las muchas chimeneas del techo. Algo blanco y ondulante. Un par de alas iridiscentes.

Daniel. Agachado, sólo la mitad de él oculta de la vista, a sólo unos centímetros de distancia de donde ella y Miles se habían besado.

Había vuelto a ella. Su cabeza estaba colgada.

—Daniel —llamó, sintiendo a su voz atrapar su nombre.

Cuando él giró su rostro a ella, la mirada dibujada en su rostro era de agonía absoluta. Como si Luce hubiera arrancado su corazón. Dobló sus rodillas, desplegó sus alas, y despegó hacia la noche.

Un momento después, él parecía como cualquier otra estrella en el brillante cielo negro.

# Capítulo 16

*Traducido por Ruthiee, Berenaissss y Clo*

*Corregido Por Anelisse*

## Tres Días

En la mañana siguiente, en el desayuno, Luce apenas podía comer algo.

Era el último día de clases antes de que Shoreline despidiera a los alumnos para el descanso del Día de Acción de Gracias, y Luce ya se estaba sintiendo sola. Soledad entre una multitud de gente era el peor tipo de soledad, pero ella no podía evitarlo. Todos los estudiantes alrededor de ella estaban hablando felizmente acerca de ir a casa con sus familias. Acerca de la chica o chico que no habían visto desde las vacaciones de verano. Acerca de las fiestas que sus mejores amigos lanzarían en el fin de semana.

La única fiesta a la que Luce iría en ese fin de semana sería la penosa fiesta en su dormitorio vacío.

Claro que unos pocos estudiantes de la escuela original se quedarían para aplazar las vacaciones: Connor Madson, que ha venido a Shoreline desde un orfanato en Minnesota. Brena Lee, cuyos padres vivían en China. Francesca y Steven también se quedaban... sorpresa, sorpresa... y estaban organizando una cena para el Día de Acción de Gracias para los desplazados en el revoltijo del pasillo la noche del jueves.

Luce sostenía una esperanza: Que el trato con Arriane de mantener un ojo sobre ella incluyera las vacaciones del Día de Acción de Gracias. Luego, nuevamente, ella apenas si había visto a la chica desde que Arriane había tomado a los tres con ella de vuelta al Shoreline. Sólo en ese breve momento del Festival de la Cosecha.

Todos los demás estarían buscando el próximo día o el segundo día. Miles y sus familiares tenían a cientos de personas a las cuales atender. Dawn y Jasmine se reunirían con sus familias en la reunión en la mansión de Jasmine Sausalito. Incluso Shelby —a pesar de que no le había dicho ni una palabra a Luce acerca de volver a Bakersfield— había estado en el teléfono con su mamá el día anterior, gimiendo: “Sí. Lo sé. Estaré ahí”.

Era el peor posible momento para que Luce estuviera sola. El guiso interno de su confusión crecía agrandándose cada día, hasta que no sabía cómo sentirse respecto a Daniel o alguien más. Y ella no podía dejar de maldecirse por cuán estúpida había sido la noche anterior, dejándole a Miles ir tan lejos.

Toda la noche ella siguió llegando a la misma conclusión: Aunque estaba molesta con Daniel, lo que había pasado con Miles no era culpa de nadie más que de ella. Ella fue la quien lo engañó. Le hacía sentirse físicamente enferma el pensar en Daniel sentado ahí

afuera, viendo, diciendo nada mientras ella y Miles se besaban; el imaginarse cómo debió sentirse cuando se fue de su techo. La manera en la que se sintió cuando por primera vez había escuchado lo que fuera que pasó entre Daniel y Shelby... sólo que peor, porque esto fue un auténtico engaño. Una cosa más para añadir a la lista de pruebas de que ella y Daniel no parecían estarse comunicando.

Una suave risa la trajo de vuelta al almuerzo sin comer.

Francesca se deslizaba alrededor de las mesas en una larga capa con lunares blancos y negros. Cada vez que Luce echaba una mirada sobre ella, tenía esa sonrisa socarrona pegada en su cara, y estaba en una profunda conversación con un estudiante u otro, pero Luce aún se sentía debajo de un pesado control. Como si Francesca pudiera taladrar en la mente de Luce y supiera lo que hacía que Luce perdiera el apetito. Como las salvajes y blancas peonías que habían desaparecido sin dejar rastro por la noche, como así también la creencia de Francesca de que Luce era fuerte.

—¿Por qué tan abatida, amiga? —Shelby tragó una larga porción de rosquilla—. Créeme, no te perdiste casi nada anoche.

Luce no respondió. La fogata en la playa era la cosa más lejana en su mente. Ella acababa de darse cuenta de Miles caminando hacia el almuerzo, más tarde de lo que él usualmente lo hacía. Su gorra Dodgers estaba estirada por debajo de sus ojos, y sus hombros parecían un poco bajos.

Involuntariamente, sus dedos fueron a sus labios.

Shelby estaba agitando ostentosamente, ambos brazos por encima de su cabeza. —¿Qué, está ciego? ¡Tierra a Miles! —Cuando finalmente captó su atención. Miles le dio un torpe saludo a su mesa, prácticamente tropezando hacia el bufete. Él saludo otra vez, luego desapareció detrás del revoltijo del pasillo.

—¿Soy yo o Miles ha estado actuando como un completo torpe recientemente? —Shelby rodó sus ojos e imitó el tonto tropiezo de Miles.

Pero Luce se estaba muriendo por tropezar detrás de él y... ¿Y Qué? ¿Decirle que no se sentía avergonzada? ¿Que ese beso había sido culpa suya, también? ¿Que tener un enamoramiento en un tren descarrilado como ella sólo iba a terminar gravemente? ¿Que a ella le gustaba, pero muchas cosas sobre eso... ellos... era imposible? ¿Que a pesar de que ella y Daniel estaban peleados en este instante, en realidad nada podría amenazar su amor?

—De todas maneras, como estaba diciendo —continuó Shelby, rellenando el café de Luce de la jarra de bronce en la mesa—. Hoguera, hedonismo, bla bla bla. Estas cosas pueden ser tan tediosas. —Un lado de la boca de Shelby se estremeció en una casi-sonrisa—. Especialmente, tú sabes, cuando no estás cerca.

El corazón de Luce se aflojó un poco. De vez en cuando, Shelby dejaba entrar un diminuto rayo de luz. Pero después, su compañera de cuarto rápidamente se encogió de hombros, como si dijera “no dejes que se te suba a la cabeza”.



—Nadie más apreciaba mi interpretación de Lilith. Eso es todo. —Shelby enderezó su espalda, lanzó su pecho hacia adelante, e hizo que la parte derecha de su labio superior se estremeciera con desaprobación.

La interpretación de Shelby sobre Lilith nunca había fallado en matar de risa a Luce. Pero hoy, todo lo que podía controlar era una cerrada y delgada sonrisa.

—Hmmm —dijo Shelby—. No es que te importe lo que te perdiste en la fiesta. Noté a Daniel volando lejos sobre la playa anoche. Ustedes dos deben de haber tenido mucho de lo que ponerse al corriente.

¿Shelby había visto a Daniel? ¿Por qué no lo había mencionado antes? ¿Podía ser que alguien más lo hubiera visto?

—Ni siquiera hablamos.

—Eso es difícil de creer. Él usualmente tiene órdenes que darte...

—Shelby, Miles me besó —la interrumpió Luce. Sus ojos estaban cerrados. Por alguna razón, eso le facilitó el confesarse—. Anoche. Y Daniel vio todo. Él se fue antes de que pudiera...

—Seh, eso lo haría. —Shelby dejó escapar un leve silbido—. Esto es algo grande.

La cara de Luce quemaba con vergüenza. Su mente no podía sacudirse la imagen de Daniel tomando vuelo. Se sentía tan definitivo.

—Entonces está, tú sabes, ¿todo terminado entre tú y Daniel?

—No. Nunca. —Luce ni si quiera podía escuchar la frase sin estremecerse—. Sólo... no lo sé.

Ella no le había contado a Shelby el resto de lo que había vislumbrado en el Anunciador, que Daniel y Cam estaban trabajando juntos. Eran amigos secretos, por lo que ella podía decir. Shelby no sabría quién es Cam, de todas maneras, y la historia era demasiado complicada para explicarla. Además, Luce no podría ser capaz de soportarlo si Shelby, con sus ¡oh! controversiales vistas entre ángeles y demonios, tratara de hacer un caso en el que una amistad entre Daniel y Cam no fuera un gran asunto.

—Sabes que Daniel va a estar arruinado por completo sobre eso ahora. Eso no es gran problema para Daniel... ¿y la inmortal devoción que ustedes comparten?

Luce se puso rígida en su blanca silla de hierro.

—No estaba siendo sarcástica, Luce. Entonces, tal vez, no lo sé, Daniel ha estado involucrado con otra gente. Todo está bastante borroso. El mensaje llevado a casa, como dije antes, es que nunca hubo una duda en su mente en que tú eras todo lo que importaba.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor?

—Yo no estoy pretendiendo estar en el negocio de hacerte sentir mejor, sólo estoy tratando de ilustrar un punto. Bajo todo el molesto alejamiento de Daniel —y hay una gran

cantidad de ello— hay claramente un chico devoto. La verdadera pregunta aquí es: ¿Lo eres tú? Tanto como Daniel sabe, tú podrías dejarlo tan rápido como alguien más viniera. Miles ha venido. Y él es obviamente un gran chico. Un poco tontuelo para mi gusto, pero...

—Yo nunca dejaría a Daniel —dijo Luce en voz alta, desesperadamente queriendo creerlo.

Ella pensó en el horror de su cara la noche en la que discutieron en la playa. Ella estuvo petrificada cuando él había sido rápido en preguntar: “¿Estamos terminando?” Como si él sospechara que era una posibilidad. Como si ella no se hubiera tragado su demente historia acerca de su interminable amor cuando se lo dijo debajo del árbol de duraznos en Espada y Cruz. Ella se lo había tragado, en un solo creyente sorbo, ingiriendo todas sus grietas, también... las piezas rasgadas que no tenían sentido pero que le pedían creerlas en ese tiempo. Ahora, cada día, otra de ellas carcomiendo en sus entrañas. Ella podía sentir la más grande levantándose en su garganta: —La mayoría del tiempo, ni siquiera sé por qué me gusta.

—Por favor —se quejó Shelby—. No seas una de esas chicas. Él es muy bueno para mí, buah buah buah. Te tendré que patear hacia la mesa de Dawn y Jasmine. Ese es su habilidad, no la mía.

—No me refería de esa manera. —Luce se inclinó y bajó su voz—. Me refiero, hace años, cuando Daniel estaba, tú sabes, ahí arriba, él me escogió. A mí, por sobre cualquiera en la Tierra...

—Bueno, tal vez habían pocas opciones en ese entonces... ¡Auch! —Luce la había golpeado fuerte—. ¡Sólo trataba de aligerar el ambiente!

—Él me eligió a mí, Shelby, sobre algún gran rol en el cielo, sobre alguna elevada posición. Eso es muy importante, ¿no te parece? —Shelby asintió con la cabeza—. Tenía que ser más que yo sólo pensara que era lindo.

—Pero... ¿tú ahora no sabes qué era?

—Le he preguntado, pero nunca me dice lo que pasó. Cuando lo menciono, es casi como si Daniel no pudiera recordarlo. Y eso es una locura, porque quiere decir que ambos iremos a través de la moción. Basada en un cuento de hadas de hace miles de años, tal vez ninguno de nosotros incluso pueda regresar.

Shelby frotó su mandíbula. —¿Qué otra cosa está ocultándote Daniel?

—Eso es lo que planeo averiguar.

Alrededor de la terraza, el tiempo había avanzado, la mayoría de los estudiantes se dirigían a clases, los camareros becados se apresuraban al autobús cubierto. En una mesa cercana al océano, Steven estaba bebiendo café solo. Sus gafas estaban plegadas descansando sobre la mesa. Sus ojos encontraron a Luce, y él sostuvo su mirada por largo tiempo, tan largo que... incluso después de que ella se levantara para ir a clases, su intensa expresión vigilante se pegó a ella. Lo que era probablemente su punto.

Luce salió de su clase de biología, bajo las escaleras del edificio principal de la escuela, y afuera, donde fue sorprendida al ver el estacionamiento completamente lleno. Los padres, hermanos mayores y más de un par de choferes formando una larga fila de vehículos de la talla que Luce no había visto desde los coche utilitarios en la secundaria en Georgia.

A su alrededor, los estudiantes se apresuraron a salir de clases y zigzageaban hacia los coches, las maletas rodando detrás de ellos. Dawn y Jasmine se abrazaron despidiéndose antes de que Jasmine se metiera en un auto de la ciudad y los hermanos de Dawn hicieran sitio para ella en la parte trasera del vehículo deportivo utilitario. Ellas dos sólo estaban separadas por un par de horas. Luce se metió de nuevo en el edificio y se deslizó fuera, por la rara vez usada escalera, para caminar a su dormitorio.

Definitivamente no podía hacer frente a las despedidas en este momento.

Caminando bajo el cielo gris, Luce todavía estaba destrozada, culpándose, su conversación con Shelby la había dejado sintiéndose un poco más bajo control.

Estaba fastidiado, ella lo sabía, pero haber besado a alguien más la hizo sentir como si por fin tuviera algo que decir en su relación con Daniel. Tal vez ella sacaría una reacción fuera de él, para variar. Ella podía disculparse. Él podía disculparse. Ellos podían hacer limonada, o lo que fuera. Romper toda esta basura y empezar a hablar realmente.

Justo entonces, su teléfono sonó. Un mensaje de texto del Sr. Cole: **Todos están cuidados.**

Así que el Sr. Cole había pasado la noticia de que Luce no estaba yendo a casa, pero él convenientemente había dejado fuera de su texto si sus padres aún estaban hablándole a ella. No había oído de ellos en días. Era una situación imposible: si ellos le escribían, se sentía culpable acerca de no contestarles. Si ellos no le escribían, se sentía responsable por ser la razón de que ellos no pudieran llegar. Ella aún no había descubierto qué hacer con Callie.

Golpeó las escaleras del dormitorio vacío. Cada paso hizo eco en el cavernoso edificio. No había nadie alrededor.

Cuando se dirigió a su habitación, esperaba encontrar a Shelby ya marchándose, o al menos, ver su maleta repleta y esperándola en la puerta. Shelby no estaba ahí, pero sus ropas aún estaban esparcidas por todo su lado de la habitación. Su chaleco rojo estaba en su gancho, y su equipo de yoga aún estaba amontonado en la esquina. Tal vez ella no se iba hasta mañana por la mañana.

Antes de que Luce hubiera cerrado completamente la puerta detrás de ella, alguien golpeó el otro lado. Ella asomó su cabeza al pasillo.

Miles.

Se le humedecieron las palmas de las manos y pudo sentir cómo se le aceleraba el corazón. Se preguntó cómo lucía su cabello, si había recordado o no hacer la cama por la mañana, y por cuánto tiempo él había estado caminando detrás de ella. Si la había visto



esquivar la caravana de despedida de Acción de Gracias, o si había visto la dolorosa expresión en su rostro cuando comprobó sus mensajes de texto.

—Hola —dijo ella en voz baja.

—Hola.

Miles llevaba un grueso suéter marrón sobre una camisa blanca con cuello. Llevaba esos jeans con el agujero en la rodilla, los que siempre hacían a Dawn saltar a seguirlo para que ella y Jasmine pudieran desmayarse a sus espaldas.

Miles torció la boca en una sonrisa nerviosa. —¿Quieres hacer algo?

Tenía los pulgares metidos debajo de las correas de la mochila azul marino, y su voz hacía eco en las paredes de madera. A Luce se le cruzó por la cabeza que ella y Miles podrían ser las dos únicas personas en todo el edificio. La idea era a la vez emocionante y exasperante.

—Estoy castigada por toda la eternidad, ¿recuerdas?

—Por eso traje la diversión hasta ti.

Al principio, Luce pensó que Miles se refería a sí mismo, pero luego se deslizó la mochila de un hombro y abrió la cremallera del compartimento principal. Dentro había un tesoro de juegos de mesa: Boggle. Conectar los Cuatro. Parcheesi. El juego de High School Musical. Incluso Scrabble. Era tan agradable, y para nada incómodo, que Luce pensó que podría llorar.

—Me imaginé que te estarías yendo a casa hoy —dijo ella—. Todos los demás se están yendo.

Miles se encogió de hombros. —Mis padres me dijeron que sería genial que me quedara. Estaré en casa de nuevo en un par de semanas y, además, tenemos opiniones diferentes en cuanto a las vacaciones perfectas. La suya es cualquier cosa digna de una reseña en la sección de Estilo del New York Times.

Luce se echó a reír. —¿Y la tuya?

Miles metió la mano un poco más profundamente en su bolso y sacó dos paquetes de sidra de manzana instantánea, una caja de palomitas de maíz para microondas, y un DVD de la película de Woody Allen: Hannah y sus hermanas. —Bastante humilde, pero lo estás contemplando —sonrió él—. Te pedí que pasaras Acción de Gracias conmigo, Luce. Sólo porque estemos cambiando el lugar no significa que debamos cambiar nuestros planes.

Ella sintió que una sonrisa se le extendía en el rostro, y dejó abierta la puerta para que Miles entrara. El hombro de él la rozó al pasar, y trabaron las miradas por un momento. Ella sintió que Miles se bamboleaba en sus talones, como si fuera a doblar la espalda y besarla. Se puso tensa, esperando.

Pero él sólo sonrió, dejó caer la mochila en medio del suelo, y comenzó a descargar lo de Acción de Gracias.



—¿Tienes hambre? —preguntó él, agitando un paquete de palomitas de maíz.

Luce hizo una mueca. —Soy realmente un desastre haciendo palomitas de maíz.

Estaba pensando en la ocasión en que ella y Callie casi habían quemado el dormitorio en Dover. No podía evitarlo. La hacía echar de menos a su mejor amiga de nuevo.

Miles abrió la puerta del microondas. Levantó un dedo. —Puedo pulsar cualquier botón con este dedo, y hago en el microondas la mayoría de las cosas. Tienes suerte de que sea tan bueno en esto.

Era extraño que antes hubiera estado destrozada acerca de besar a Miles. Ahora se daba cuenta de que él era lo único que la hacía sentirse mejor. Si él no hubiera venido, ella habría estado girando en otro negro abismo de culpa. Aunque no podía imaginarse besándolo de nuevo... no porque no quisiera, necesariamente, sino porque sabía que no estaba bien, que no le podía hacer eso a Daniel —que no quería hacerle eso a Daniel—, pero la presencia de Miles era extremadamente reconfortante.

Jugaron Boggle hasta que Luce finalmente entendió las reglas, al Scrabble hasta que se dieron cuenta que al juego le faltaban la mitad de la letras, al Parcheesi hasta que bajó el sol que entraba por la ventana y estaba demasiado oscuro para ver el tablero sin encender la luz. Luego, Miles se puso de pie, encendió el fuego, y deslizó Hannah y sus hermanas en el reproductor de DVD del ordenador de Luce. El único lugar para sentarse y ver la película era la cama.

De repente, Luce se sintió nerviosa. Antes, habían sido simplemente dos amigos jugando juegos de mesa en una tarde de la semana. Ahora, habían aparecido las estrellas, el dormitorio estaba vacío, el fuego crepitaba, y... ¿en qué los convertía esto?

Se sentaron uno junto al otro en la cama de Luce, y ella no podía dejar de pensar en la posición de sus manos, si se vería poco natural si las mantenía clavadas en su regazo, si rozarían los dedos de Miles si las apoyaba a los costados. Por el rabillo del ojo, podía ver que a él se le movía el pecho mientras respiraba. Lo podía escuchar rascarse la nuca. Él se había sacado la gorra de béisbol, y ella podía oler el champú cítrico en su delicado pelo castaño.

Hannah y sus hermanas era una de las pocas películas de Woody Allen que ella no había visto nunca, pero no podía prestar atención. Había cruzado y descruzado las piernas tres veces antes de que rodaran los títulos del comienzo.

La puerta se abrió. Shelby se precipitó dentro de la habitación, echó un vistazo al monitor de la computadora de Luce, y exclamó: —¡La Mejor Película de Acción de Gracias de todos los tiempos! ¿Puedo verla con...? —Luego miró a Luce y a Miles, sentados en la cama en la oscuridad—. Oh.

Luce saltó fuera de la cama. —¡Por supuesto que puedes! No sabía cuándo te estarías marchando para ir a casa...

—Nunca. —Shelby se arrojó sobre la litera de arriba, enviando un pequeño terremoto hacia Luce y Miles en la litera de abajo—. Mi mamá y yo tuvimos una pelea. No

preguntas, fue totalmente aburrido. Además, preferiría mucho más pasar el tiempo con ustedes, chicos, de todos modos.

—Pero, Shelby... —Luce no podía imaginar una pelea tan grande que le impidiera ir a casa en Acción de Gracias.

—Mejor sólo disfrutemos del genio de Woody en silencio —comandó Shelby.

Miles y Luce entrecruzaron una mirada cómplice. —Lo que quieras —le dijo Miles a Shelby, dándole una sonrisa a Luce.

A decir verdad, Luce estaba aliviada. Cuando se acomodó de nuevo en su asiento, sus dedos rozaron los de Miles, y él les dio un apretón. Fue sólo por un momento, pero duró lo suficiente para que Luce supiera que, al menos en cuanto a lo que durara el fin de semana de Acción de Gracias, las cosas iban a estar bien.

# Capítulo 17

*Traducido por Anelisse*

*Corregido Por Haushiinka*

## Dos Días

Luce se despertó con el roce de una percha siendo arrastrada a través de la barra en su armario.

Antes de que pudiera ver quién era el responsable del ruido, un montón de ropa la bombardeó. Ella se sentó en la cama, empujando para salir de debajo de la pila de pantalones vaqueros, camisetas y suéteres. Ella se sacó un calcetín de rombos de la frente.

—¿Arriane?

—¿Te gusta el rojo? ¿O el negro? —Arriane estaba sujetando dos de los vestidos de Luce en contra de su pequeño marco, balanceándose como si ella modelara cada uno.

Los brazos de Arriane estaban desnudos de la terrible pulsera de seguimiento que había tenido que usar en Espada y Cruz. Luce no lo había notado hasta ahora, y se estremeció al recordar la cruel tensión enviada a correr por el cuerpo de Arriane cada vez que se salía de la línea. Todos los días en California, los recuerdos de Espada y Cruz de Luce crecían duramente, incluso en un momento como éste le sacudía la espalda en la agitación de su estancia allí.

—Elizabeth Taylor dice que sólo algunas mujeres pueden vestirse de rojo — continuó Arriane—. Se trata de escisión y coloración. Por suerte, tienes ambas cosas. — Ella liberó el vestido rojo de su suspensión y lo arrojó sobre la pila.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó Luce.

Arriane puso las manos en sus pequeñas caderas. —Ayudarte a hacer las maletas, tonta. Te vas a casa.

—¿Qu... Qué casa? ¿Qué quieres decir? —balbuceó Luce.

Arriane se echó a reír, dando un paso adelante para tomar una de las manos de Luce y tirarla fuera de la cama. —Georgia, mi durazno. —Ella acarició la mejilla de Luce—. Con el viejo Harry y Doreen. Y, al parecer, alguna amiga tuya también volará allí.

Callie. ¿Ella en realidad iba a llegar a ver a Callie? ¿Y a sus padres? Luce se tambaleó, de repente sin habla.

—¿No quieres pasar Acción de Gracias con tu familia?

Luce estaba esperando por la trampa. —¿Qué pasa con...?

—No te preocupes. —Arriane cogió la nariz de Luce—. Fue idea del señor Cole. Tenemos que mantener el engaño de que todavía estás justo en el camino de tus padres. Esto parecía la forma más sencilla y divertida de hacerlo.

—Pero cuando él me envió un mensaje ayer, todo lo que dijo fue...

—No quería que te hicieras ilusiones hasta que tuviera cada pequeña cosa atendida, entre ello... —Arriane hizo una reverencia— a la escolta perfecta. Una de ellas, de todos modos. Roland debería estar aquí en cualquier momento.

Un golpe en la puerta.

—Él es tan bueno. —Arriane señaló el vestido rojo todavía en la mano de Luce—. Ponte ese, bebé.

Luce rápidamente se introdujo en el vestido, a continuación se metió en el baño para lavarse los dientes y el cabello.

Arriane la había presentado con una de esas raras “¡Salta!.. ¿Qué tan difícil es?” situaciones. No te molestas con preguntas. Simplemente saltas.

Ella salió del baño, esperando ver a Roland y Arriane hacer algo del estilo Roland-y-Arriane, algo como uno de ellos de pie en la parte superior de la maleta mientras que el otro trataba con la cremallera.

Pero no era Roland quien había golpeado. Eran Steven y Francesca.

*Mierda.*

Las palabras podían explicarlo, formándose en la punta de la lengua de Luce. Sólo que ella no tenía idea de cómo hablar para salir de esta situación. Miró a Arriane por ayuda. Pero Arriane seguía lanzando zapatillas de deporte en la maleta de Luce. ¿No sabía el tipo de problemas en los que iban a estar?

Cuando Francesca se adelantó, Luce se preparó. Pero entonces la variedad de mangas de campana carmesí de Francesca envolvieron el cuello de Luce en un abrazo inesperado. —Hemos venido a desearte lo mejor.

—Por supuesto, te perderás lo que nosotros organizamos para mañana, la Cena de los Desplazados, como dicen las malas lenguas —dijo Steven, tomando la mano de Francesca y alejándola de Luce—. Pero siempre es mejor para un estudiante estar con la familia.

—No entiendo —dijo Luce—. ¿Sabían de esto? Pensé que estaba castigada hasta nuevo aviso.

—Hemos hablado con el señor Cole esta mañana —dijo Francesca.



—Y no te quedabas aquí como castigo, Luce —explicó Steven—. Era la única manera en que podíamos asegurarnos de que estarías a salvo en nuestro poder. Pero estarás en buenas manos con Arriane.

No quedaban nadie más para darle la bienvenida, Francesca ya dirigía a Steven hacia la puerta. —Nosotros escuchamos que tus padres están ansiosos por verte. Algo acerca de tu madre llenando un congelador con pasteles. —Le hizo un guiño a Luce, y ella y Steven agitaron las manos y luego se fueron.

El corazón de Luce se hinchó ante la perspectiva de llegar a casa con su familia. Pero no antes de despedirse de Miles y Shelby. Estarían cabizbajos si ella se fuera a su casa en Thunderbolt y los abandonaba aquí. Ni siquiera sabía dónde estaba Shelby. Y no podría salir sin...

Roland asomó la cabeza por la puerta abierta de Luce. Él se veía profesional con su chaqueta de raya diplomática y una crujiente camisa de cuello blanco. Sus rastas negras y doradas estaban más cortas, más puntiagudas, haciendo a sus oscuros y profundos ojos aún más sorprendentes.

—¿Está la costa limpia? —él preguntó, echándole a Luce su familiar sonrisa diabólica—. Tenemos un parásito.

Él asintió con la cabeza a alguien detrás... quién apareció un momento después, con una bolsa de lona en la mano.

Miles.

Él destelló a Luce con una perfecta sonrisa avergonzada y se sentó en el borde de su cama. Una imagen de presentárselo a sus padres corrió por la mente de Luce. Él quitándose la gorra de béisbol, agitando las dos manos, elogiando el bordado a medio terminar de su mamá...

—Roland, ¿qué parte de “misión de alto secreto” no entendiste? —Preguntó Arriane.

—Es mi culpa —admitió Miles—. Vi a Roland dirigiéndose aquí... y le obligué a traerme. Es por eso que él llegó tarde.

—Tan pronto como este chico oyó las palabras “Luce y Georgia” —Roland señaló con el pulgar a Miles—, le llevó de un nanosegundo hacer las maletas.

—Nosotros teníamos un acuerdo para Acción de Gracias —dijo Miles, mirando sólo a Luce—. No podía dejar lo rompieras.

—No... —Luce sonrió un poco—. No podía.

—Mmm-hmm. —Arriane levantó una ceja—. Me pregunto lo que Francesca tendría que decir acerca de esto. Si alguien debería correr por sus padres antes que nada, Miles...

—Oh, vamos, Arriane. —Roland agitó la mano con desdén—. ¿Desde cuándo se protege con autoridad? Voy a mirar hacia fuera con el chico. No voy a meterlo en problemas.

—¿Meterlo en ningún problema, dónde? —Irrumpió Shelby en la habitación, con su estera de yoga colgando de una cadena a través de su espalda—. ¿A dónde vamos?

—A casa de Luce en Georgia para Acción de Gracias —dijo Miles.

En el pasillo detrás de Shelby, una cabeza teñida de rubio flotó. El ex-novio de Shelby. Tenía la piel de un blanco fantasma, y Shelby tenía razón: había algo extraño en sus ojos. ¡Qué pálidos que eran!

—Por última vez, te dije adiós, Phil. —Shelby rápidamente le cerró la puerta en las narices.

—¿Quién era? —preguntó Roland.

—Mi estúpido-y-medio-ex-novio.

—Parece un tipo interesante —dijo Roland, mirando a la puerta, distraído.

—¿Interesante? —Resopló Shelby—. Una orden de restricción sería interesante. —Ella tomó un vistazo a la maleta de Luce, luego a la de Miles, y a continuación se puso en cuclillas y comenzó a lanzar sus pertenencias en un baúl negro sin orden ni concierto.

Arriane alzó las manos. —¿No puedes hacer nada sin un séquito? —le preguntó a Luce. Luego se giró hacia Roland—. Supongo que quieres asumir la responsabilidad de ésta, también...

—¡Ese es el espíritu de las fiestas! —Se echó a reír Roland—. Vamos con los Price para Acción de Gracias —dijo a Shelby, cuyo rostro se iluminó—. Cuantos más, mejor.

Luce no podía creer lo bien que todo estaba funcionando. Acción de Gracias con su familia y Callie y Miles y Arriane y Roland y Shelby. Ella no podría haber escrito un mejor guión que este.

Sólo una cosa le molestaba. Y la fastidiaba seriamente.

—¿Qué pasa con Daniel?

Ella quería decir: ¿Ya sabe él acerca de este viaje?, y ¿cuál es la verdadera historia entre él y Cam?, y ¿todavía está enojado conmigo acerca de ese beso?, y ¿no es correcto que Miles venga también?, y también ¿cuáles son las probabilidades de que Daniel aparezca mañana en casa de mis padres, aunque él dice que no puede verme?

Arriane se aclaró la garganta. —Sí, ¿qué pasa con Daniel? —Repitió en voz baja—. El tiempo lo dirá.

—¿Así que tenemos los boletos de avión o algo así? —Preguntó Shelby—. Porque si vamos volando, tengo que empacar mi equipo de serenidad, aceites esenciales, y almohadilla de calefacción. No quieres verme a treinta y cinco mil pies sin ellos.

Roland chasqueó los dedos.

Cerca de sus pies, la sombra proyectada por la pelada puerta abierta se proyectaba sobre los tablones de madera, ascendiendo su camino hacia la forma de una trampilla que podría llevar hasta un sótano. Una ráfaga de frío barrió el suelo, seguida por la explosión de sombrías tinieblas. Olía a heno húmedo, ya que se reducía en una pequeña y compacta esfera. Sin embargo, entonces, en un gesto de Roland, fue disparada hacia un alto portal negro. Parecía el tipo de puerta que daría lugar a una cocina de un restaurante, el tipo de movimientos balanceantes de una ventana circular de vidrio en la parte superior. Sólo que estaba hecha de niebla oscura de Mensajeros, y lo único que era visible a través de la ventana era aún más oscuridad, en un negro remolino.

—Eso se parece a lo que leímos en el libro —dijo Miles, claramente impresionado—. Todo lo que puedo hacer es una especie rara de ventana trapezoidal. —Sonrió a Luce—. Pero aún nos queda hacer el trabajo.

—Quédate conmigo, muchacho —dijo Roland—, y verás lo que es viajar con estilo.

Arriane rodó los ojos. —Él es un cuentista.

Luce ladeó la cabeza hacia Arriane. —Pero pensé que habías dicho...

—Ya lo sé. —Arriane levantó una mano—. Sé que ya dije toda la perorata sobre lo peligroso que es viajar por Mensajeros. Y no quiero ser uno de esos estúpidos se-hace-como-yo-digo-no-lo-que-hacen-los-ángeles. Pero todos nosotros estuvimos de acuerdo... Francesca y Steven, el Sr. Cole, todo el mundo.

¿Todo el mundo? Luce no podía agruparlos sin ver la flagrante pieza que faltaba. ¿Dónde estaba Daniel en todo esto?

—Además. —Arriane sonrió con orgullo—. Estamos en presencia de un maestro. Ro es uno de los mejores con viajes con anunciadores. —Y luego le susurró a Roland—: No dejes que se te suba a la cabeza.

Roland abrió la puerta del anunciador. Esta gimió como bisagras oxidadas y la sombra se volvió y abrió, un pequeño bostezo de vacío.

—Um... ¿qué es lo que hace que viajar por anunciador sea tan peligroso? —Preguntó Miles.

Arriane señaló por la habitación, a la sombra bajo la lámpara de escritorio, detrás de la estera de yoga de Shelby. Todas las sombras temblaban. —Un ojo inexperto puede no saber cómo pasar a través de un anunciador. Y créeme, siempre hay mirones sin invitación, esperando que alguien los abra accidentalmente.

Luce recordó la enfermiza sombra marrón con la que ella tropezó accidentalmente. El merodeador sin invitación le había dado la visión de pesadilla de Cam y Daniel en la playa.

—Si eliges un mal anunciador, es muy fácil perderse —explicó Roland—. No tienes ni idea de a dónde —o cuándo— estás pasando a través. Pero siempre y cuando estés con nosotros, no tienes nada de qué preocuparte.

Nerviosa, Luce señaló en el vientre del anunciador. Ella no se acordaba que las otras sombras a través de las que había caminado hubieran tenido un aspecto tan turbio y oscuro. O tal vez no había sabido las consecuencias hasta ahora. —No vamos sólo a aparecer en el centro de la cocina de mis padres, ¿no? Porque creo que mi mamá se desmayaría de la impresión...

—Por favor. —Arriane chasqueó la lengua, dirigiendo a Luce, luego a Miles, y luego Shelby para ponerlos ante el anunciador—. Tengan un poco de fe.

Era como ser empujado a través de una turbia niebla húmeda, pegajosa y desagradable. Se deslizó y enrolló sobre la piel de Luce y se atrapó en sus pulmones cuando respiró. Un eco del ruido claro e incesante llenó el túnel como una cascada. Las otras dos veces que Luce había viajado por el anunciador, se había sentido torpe y apresurada, catapultada de la oscuridad para salir en alguna parte de luz. Esto era diferente. Había perdido la pista de dónde y cuándo era, ni siquiera de quién era y dónde iba.

Luego hubo una fuerte mano que tiró de ella hacia fuera.

Cuando Roland la dejó ir, oyó el eco de una cascada, y su nariz se llenó de olor a cloro. Un trampolín. Uno familiar, bajo un alto techo arqueado lleno de paneles de vidrieras rotas. El sol pasaba por las altas ventanas, pero su luz todavía era débil en el elenco de prismas de colores de la superficie de una piscina de tamaño olímpico. A lo largo de las paredes, las velas parpadeaban en las hendiduras de piedra, tirando una luz tenue, inútil. Ella reconocería esta iglesia-gimnasio en cualquier lugar.

—Oh, Dios mío —susurró Luce—. Estamos de vuelta en Espada y Cruz.

Arriane escaneó la habitación de forma rápida y sin afecto. —Por lo que tus padres no estarán preocupados cuando nos recojan mañana por la mañana. Has estado aquí todo el tiempo. ¿Entendido?

Arriane actuó como si volver a pasar una noche en Espada y Cruz no fuera diferente de entrar en un motel indescriptible. La sacudida del regreso a esta parte de su vida, sin embargo, golpeó a Luce como una bofetada en la cara.

Ella no hubiera querido estar aquí. Espada y Cruz era un lugar miserable, un lugar donde muchas cosas le habían pasado. Se había enamorado de aquí, había visto morir a una amiga cercana. Más que en cualquier otro, este era un lugar en el que ella había cambiado.

Cerró los ojos y se rió con amargura. Ella no había sabido nada entonces en comparación con lo que ahora sabía. Y sin embargo, se había sentido más segura de sí misma y de sus emociones de lo que nunca podría imaginar sentirse de nuevo.

—¿Qué demonios es este lugar? —Preguntó Shelby.

—Mi última escuela —dijo Luce, mirando a Miles. Parecía incómodo, acurrucado contra la pared junto a Shelby. Luce recordó: Eran buenos chicos, y aunque ella nunca había hablado mucho sobre su tiempo aquí, las habilidades de los Nephilim fácilmente



podrían haber llenado sus mentes con suficientes vívidos detalles para pintar una noche de miedo en Espada y Cruz.

—Ejem —dijo Arriane, mirando a Shelby y Miles—. Y cuando los padres de Luce pregunten, ustedes también estudian aquí.

—Explícame cómo es esta escuela —dijo Shelby—. ¿Qué, nadan y rezan al mismo tiempo? Esto es un nivel monstruoso de eficiencia que no volvería a ver en la Costa Oeste. Creo que me da nostalgia.

—¿Crees que esto es malo? —dijo Luce—. Debes ver el resto del campus.

Shelby arrugó la cara, y Luce no podía culparla. En comparación con Shoreline, este lugar tenía la espantosa suerte del Purgatorio. Por lo menos, a diferencia del resto de los niños de aquí, se irían después de esta noche.

—Lucen cansados —dijo Arriane—. Lo cual es bueno, porque le prometí a Cole que nos encontraríamos débiles.

Roland se había apoyado en el trampolín, frotándose las sienes, los fragmentos del anunciador temblando a sus pies. Ahora se puso de pie y comenzó a hacerse cargo. —Miles, conmigo en una litera en mi antigua habitación. Y Luce, tu habitación aún está vacía. Vamos a meter un catre para Shelby. Vamos todos a colgar nuestras bolsas y regresaremos a mi habitación. Voy a usar mi antigua red de mercado negro de pedir una pizza.

La mención de la pizza fue suficiente para sacudir a Miles y Shelby de su coma, pero a Luce le tomó más tiempo adaptarse. No era raro que su habitación siguiera vacía. Contando con los dedos, se dio cuenta de que había estado ausente de este lugar menos de tres semanas. Parecía mucho más tiempo, como que cada día había sido un mes, y para Luce era imposible imaginarse Espada y Cruz sin que ninguna de las personas —o los ángeles o demonios— hubieran formado su vida aquí.

—No te preocupes. —Arriane estaba junto a Luce—. Este lugar es como una puerta giratoria. La gente viene y va todo el tiempo a causa de algún problema de libertad condicional, padres locos, lo que sea. A nadie le importa. Si alguien te da una segunda mirada... sólo les das una tercera. O me los envías a mí. —Ella hizo un puño—. ¿Estás lista para salir de aquí? —Dijo, y señaló a los demás, que ya seguían a Roland hacia la puerta.

—Luego los alcanzo —dijo Luce—. Hay algo que tengo que hacer primero.

En el extremo este del cementerio, junto a la parcela de su padre, la tumba de Penn era modesta, pero limpia.

La última vez que Luce había visto este cementerio, parecía que se había cubierto de una gruesa capa de polvo. Las consecuencias de todas las batallas de ángeles, Daniel le había dicho. Luce no sabía si el viento ya se había llevado el polvo o si el polvo de ángel desaparecía con el tiempo, pero el cementerio parecía estar de vuelta en su viejo aspecto descuidado. Aún rodeado por un bosque siempre avanzado de enredaderas envueltas

alrededor de los robles. Todavía árido y empobrecido, bajo un cielo sin color. Sólo que faltaba algo, algo vital.

Luce no podía poner el dedo encima, pero todavía la hacía sentirse sola.

Una capa rala de hierba de color verde pálido se había vuelto hacia arriba y alrededor de la tumba de Penn, por lo que no se veía tan desfasadamente nueva, en comparación con las tumbas de siglos de antigüedad que la rodeaban. Un ramo de lirios frescos estaba delante de la sencilla lápida gris, que Luce se inclinó hacia abajo para leer:

**PENNYWEATHER VAN SYCKLE-LOCKWOOD**

**Una querida amiga**

**1991-2009**

Luce inhaló una respiración irregular, y las lágrimas brotaron de sus ojos. Ella había dejado Espada y Cruz antes de que hubiera habido tiempo para enterrar a Penn, pero Daniel se había ocupado de todo. Era la primera vez en varios días que su corazón sufría por él. Debido a que había sabido, mejor que ella misma, exactamente qué debería leerse en la lápida de Penn. Luce se arrodilló sobre la hierba, las lágrimas ahora fluyendo libremente, peinando inútilmente con sus manos la hierba.

—Estoy aquí, Penn —susurró—. Lo siento, tenía que salir. Lamento en primer lugar que te mezclaras conmigo. Te merecías algo mejor que esto. Una amiga mejor que yo.

Ella quería que su amiga siguiera aquí. Deseó poder hablar con ella. Sabía que la muerte de Penn era su culpa, y casi le rompió el corazón.

—Ya no sé lo que estoy haciendo, y tengo miedo.

Quería decirle a Penn que la había añorado todo el tiempo, pero lo que añoró realmente era la idea de que hubieran sido más amigas si la muerte no la hubiera apartado antes de tiempo.

—Hola, Luce.

Ella tuvo que enjugar las lágrimas antes de poder ver al señor Cole de pie en el otro lado de la tumba de Penn. Se había acostumbrado tanto a sus profesores elegantemente vestidos en Shoreline, que el señor Cole le parecía casi desaliñado en su traje de color leonado, con su bigote y su cabello castaño separados rectamente por encima de su oreja izquierda como un gobernante.

Luce se puso de pie, sollozando contra su muñeca. —Hola, señor Cole.

Él sonrió amablemente. —Lo has hecho muy bien por allá, me han dicho. Todo el mundo dice que estás haciéndolo muy bien.

—Oh... no... —balbuceó ella—. Yo no sé nada de eso.

—Bueno, yo sí. También sé que tus padres están muy contentos de poder verte. Es bueno cuando estas cosas se pueden trabajar.

—Gracias —dijo ella, esperando que él entendiera lo agradecida que estaba.

—No voy a retenerte, sólo para una pregunta.

Luce esperaba que le preguntara acerca de algo profundo y oscuro, de Daniel y Cam, del bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, la confianza y el engaño... Pero todo lo que dijo fue: —¿Qué te hiciste en el pelo?

La cabeza de Luce sobre el lavabo en el baño de las chicas en el pasillo fuera de la cafetería de Espada y Cruz. Shelby puso las dos últimas rebanadas de pizza apiladas en un plato de papel para Luce. Arriane le tendió una botella barata de tinte de cabello negro — el mejor de Roland podía conseguir en tan poco tiempo, pero no un mal partido para el color natural de Luce.

Ni Arriane ni Shelby habían cuestionado a Luce sobre su repentina necesidad de un cambio. Había estado agradecida por ello. Ahora veía que habían estado esperando que ella estuviera en una posición medio teñida vulnerable para comenzar con su inquisición.

—Creo que Daniel estará encantado —dijo en su Arriane con su tono de cuestión principal en la voz—. O no hiciste esto por Daniel. ¿Verdad?

—Arriane —advirtió Luce. Ella no iba allí. No esta noche.

Pero Shelby parecía quererlo. —¿Sabes lo que siempre me ha gustado de Miles? El hecho de que le gustas por lo que eres, no por lo que haces con tu pelo.

—Si ustedes dos iban a ser tan obvias al respecto, ¿por qué no llevan sus camisetas de “Team Daniel” y “Team Miles”?

—Tenemos que pedir las —dijo Shelby.

—La mía está en la lavandería —dijo Arriane.

Luce se giró hacia ellas, centrándose en cambio en el agua caliente y la confluencia de las cosas extrañas que fluían sobre su cabeza, en su cuero cabelludo, y por el desagüe: los dedos regordetes Shelby habían ayudado con el trabajo del primer tinte de Luce, en la época que Luce pensó que era la única manera de empezar de nuevo. El primer acto de amistad de Arriane hacia Luce había sido pedirle que le cortara el pelo negro, para parecerse a Luce. Ahora sus manos trabajaban a través del cuero cabelludo de Luce en el mismo cuarto de baño donde Penn la había limpiado y enjuagado del pastel de carne que Molly había vertido sobre su cabeza su primer día en Espada y Cruz.

Era agridulce, y hermoso, y Luce no podía entender cualquiera de sus significados. Sólo que no quería ocultarse más, no de sí misma, o de sus padres, no de Daniel, o incluso de los que querían hacerle daño.

Había estado buscando una barata transformación cuando fue por primera vez a California. Ahora se dio cuenta que la única manera en que valía la pena hacer un cambio

era hacer uno de verdad. Matando su pelo negro no era la respuesta —aunque ella sabía que no estaba allí todavía—, pero al menos era un paso en la dirección correcta.

Arriane y Shelby dejaron de discutir sobre qué chico era el alma gemela de Luce. La miraron en silencio y ella asintió con la cabeza. Lo sintió antes de ver su reflejo en el espejo: El pesado peso de la melancolía, que ella ni siquiera sabía que estaba asumiendo, se había levantado de su cuerpo.

Ella estaba de vuelta a sus raíces. Estaba preparada para ir a casa.



# Capítulo 18

*Traducido por melo y cYeLy DiviNNA*

*Corregido Por Lorena*

## Acción De Gracias

Cuando Luce entró por la puerta principal de la casa de sus padres en Thunderbolt, todo estaba igual: el perchero en el vestíbulo aún parecía a punto de caer por el peso de tantas chaquetas. El olor de las cortinas secas hacía que la casa se sintiera todavía más limpia de lo que estaba.

El sofá de flores, en la sala, estaba desteñido por el sol de la mañana que caía a través de las persianas. Una pila de revistas de decoración manchadas cubrían la mesa de café, las páginas favoritas estaban marcadas con recibos de comestibles. Por un tiempo atrás, sus padres soñaban con que se hiciera realidad el pago de su hipoteca y que por fin tuvieran un poco de dinero extra para la remodelación.

Andrew, el poodle histérico de su madre, trotó para oler a los invitados y darle a Luce su familiar mordida en la parte posterior del tobillo. El papá de Luce dejó su maleta de lona en el hall de entrada, pasando un brazo alrededor de su hombro. Luce vio su reflejo en el espejo estrecho de la entrada: padre e hija.

Sus gafas sin montura se deslizaron hacia abajo en la nariz, mientras le besaba la coronilla de su pelo negro.

—Bienvenida a casa, Lucie —dijo—. Te extrañamos por aquí.

Luce cerró los ojos. —Te eché de menos, también. —Fue la primera vez en semanas que no le había mentado a sus padres.

La casa estaba caliente y llena de aromas embriagadores del día de Acción de Gracias. Ella inhaló y pudo instantáneamente imaginarse cada envoltura de aluminio en el plato manteniéndose caliente en el horno. Pavo frito con relleno de champiñones, la especialidad de su padre. Había salsa de arándanos y manzana, en el aire se respiraba el olor de la levadura de los panecitos, y suficiente pastel de nuez y calabaza de su madre como para alimentar a todo el estado. Debió haber estado cocinando toda la semana.

La madre de Luce se apoderó de sus muñecas. Sus ojos castaños estaban un poco húmedos en los bordes. —¿Cómo estás, Luce? —Preguntó ella—. ¿Estás bien?

Fue un gran alivio estar en casa. Luce podía sentir sus ojos demasiado húmedos también. Ella asintió con la cabeza, dándole a su madre un abrazo.

Su madre tenía el cabello oscuro a la altura del mentón, completamente arreglado, como si acabara de estar en el salón de belleza el día anterior. Lo cual, que ella supiera, probablemente era cierto. Se veía más joven y más guapa de lo que recordaba. En comparación con los padres ancianos que había intentado visitar en Mount Shasta, incluso en comparación con Vera, la madre de Luce parecía feliz y viva, sin contaminación por el dolor.

Era porque ella nunca había tenido que sentir lo que los demás habían sentido, la pérdida de una hija. La pérdida de Luce. Sus padres habían hecho toda su vida a su alrededor. Quedarían destrozados si ella muriera.

Ella no podía morir de la manera que lo había hecho en el pasado. Ella no podía arruinar la vida de sus padres en esta ocasión, ahora que sabía más sobre su pasado. Ella haría lo que fuera para mantenerlos felices.

Su mamá reunió los abrigos y los sombreros de los cuatro adolescentes que estaban de pie en el vestíbulo. —Espero que tus amigos traigan apetito.

Shelby sacudió el pulgar a Miles. —Sea cuidadosa con lo que desea.

Era como si los padres de Luce no tuvieran en mente el cuidado que tenían en los últimos minutos con los invitados a la mesa de Acción de Gracias. Cuando su neoyorquino padre había atravesado las altas puertas de hierro forjado de Espada y Cruz, poco antes del mediodía, Luce lo había estado esperando, de hecho no había podido dormir en toda la noche. Entre la extrañeza de estar de vuelta en Espada y Cruz y sus nervios sobre la rara mezcla de personas para Acción de Gracias del día siguiente, su mente no iba a estar serena.

Por suerte, la mañana pasó sin incidentes, y después de dar a su padre el más largo abrazo, más apretado del que le había dado alguna vez a alguien, mencionó que tenía algunos amigos, sin lugar a donde ir para las vacaciones. Cinco minutos más tarde, todos estaban en el coche.

Ahora ellos pululaban en torno a la infancia en casa de Luce, recogiendo imágenes enmarcadas de ella en diferentes épocas, mirando la misma ventana francesa que ella había estado mirando, con una cuenca de cereales, por más de una década. Todo fue un poco surrealista. Arriane saltó a la cocina para ayudar a su mamá a batir la crema, y Miles salpicó a su padre con preguntas sobre la enorme pieza de telescopio que tenía en su oficina. Luce sintió una oleada de orgullo por sus padres, por hacer que todos se sintieran bienvenidos.

El sonido de una bocina de coche afuera la sobresaltó.

Se sentó en el blando sofá y levantó el listón de la persiana. Afuera, un taxi rojo y blanco permanecía en frente de la casa con el aire frío del otoño. Las ventanas estaban polarizadas, pero el pasajero sólo podía ser una persona.

Callie.

Una de las altas botas de cuero rojo de Callie, que llegaban hasta la rodilla, se mostró en la puerta de atrás, permaneciendo en la acera de hormigón. Un segundo después, la cara de corazón de la mejor amiga de Luce apareció a la vista. La piel de porcelana de Callie se sonrojó, su pelo castaño corto, cortado de una forma elegante en un ángulo próximo a la barbilla. Sus ojos brillaban de color azul pálido. Por alguna razón, ella no dejaba de mirar dentro de la cabina.

—¿Que miras? —Preguntó Shelby, tirando hacia arriba otra persiana para poder ver. Roland se deslizó al otro lado de Luce y se asomó también, justo a tiempo para ver a Daniel deslizándose del taxi, seguido de Cam, desde el asiento delantero.

Luce contuvo el aliento al verlos.

Los dos chicos llevaban oscuros abrigos largos, como los escudos que habían llevado en la orilla de la escena que había vislumbrado. Sus cabellos brillaban a la luz del sol. Y, por un momento, Luce recordó por qué había estado inicialmente intrigada por ambos en Espada y Cruz. Eran hermosos. No había manera de evitarlo. Surrealista, innaturalmente sorprendentes.

Pero, ¿qué diablos estaban haciendo aquí?

—Justo a tiempo, —murmuró Roland.

Al otro lado, Shelby preguntó: —¿Quién los invitó?

—Eso estaba pensando, exactamente —dijo Luce, pero no podía evitar sentir que se desmayaba poco a poco con la visión de Daniel.

A pesar de que las cosas entre ellos eran un desastre.

—Luce. —Roland se reía al ver su expresión mientras miraba a Daniel—. ¿No crees que debes responder a la puerta?

El timbre sonó.

—¿Es Callie? —La mamá de Luce llamó desde la cocina sobre el zumbido de la batidora.

—¡Yo atiendo! —Luce gritó, sintiendo un dolor frío que se difundía a través de su pecho. Por supuesto que quería ver a Callie. Pero más abrumadora que su alegría por ver a su mejor amiga, ella se dio cuenta, era su ansia por ver a Daniel. Por tocarlo, abrazarlo y respirarlo. Para presentarle a sus padres.

¿Serían capaces de verlo? No, ¿verdad? Ellos serían capaces de decir que Luce había encontrado a la persona que había cambiado su vida para siempre.

Abrió la puerta.

—¡Feliz día de Acción de Gracias! —Sonó una aguda voz del sur arrastrando las palabras. Luce tenía que abrir y cerrar la puerta varias veces antes de que su cerebro pudiera unir lo que veía ante sus ojos.

Gabbe, la más bella y perfectamente educada ángel de Espada y cruz, estaba de pie en el porche de Luce con un vestido de jersey rosa. Su cabello rubio era una cantidad de trenzas hermosas, fijadas con algunos remolinos en la parte superior de su cabeza. Su piel tenía un suave y hermoso brillo no muy diferente al de Francesca. Ella sostuvo un ramo de gladiolos blancos en una mano y un cubo de helado en la otra.

Junto a ella, con el pelo teñido de rubio con marrón en las raíces, estaba el demonio Molly Zane. Los jeans negros desgarrados hacían juego con su suéter negro deshilachado, como si estuviera todavía siguiendo el código de vestimenta de Espada y Cruz. Sus piercings faciales se habían multiplicado desde la última vez que Luce la había visto. Tenía una pequeña cafetera negra de hierro fundido en el hueco de su brazo. Estaba mirando a Luce.

Luce podía ver a los otros caminando por el curvo camino. Daniel sostenía la maleta de Callie encima de su hombro, pero era Cam quien estaba inclinado, sonriendo, con su mano en el antebrazo derecho de Callie mientras hablaba con ella. Ella parecía no saber si estar un poco nerviosa o absolutamente encantada.

—Estábamos en el vecindario. —Gabbe sonrió, sosteniendo las flores hacia Luce—. Hice mi helado de vainilla casero, y Molly puso un aperitivo.

—Camarones Diablo. —Molly levantó la tapa de la caldera, y Luce respiró un caldo de ajo picante—. Receta de familia. —Molly colocó la tapa y luego empujó a Luce, pasando al hall, tropezando con Shelby en su camino.

—Perdóname —dijeron con brusquedad al mismo tiempo, mirándose entre ellas con recelo.

—Ah, bueno. —Gabbe se inclinó para darle un abrazo a Luce—. Molly ha hecho una amistad.

Roland llevó a Gabbe a la cocina, y Luce tenía su primera visión clara de Callie. Cuando se miraron a los ojos, no podían sostenerse ellas mismas: las dos chicas sonrieron de oreja a oreja involuntariamente y corrieron hacia la otra. El impacto del cuerpo de Callie dejó sin aliento a Luce, pero no importaba. Sus brazos estuvieron alrededor de la otra, el rostro de cada una enterrado en el pelo de la otra. Se reían de la forma en que sólo se ríe un buen amigo después de una separación de mucho tiempo.

A regañadientes, Luce se apartó y se giró hacia los dos hombres de pie a unos metros atrás. Cam lucía como siempre: controlado y cómodo, ingenioso y apuesto. Daniel se veía incómodo, y tenía buenas razones para estarlo. No habían hablado desde que la había visto besando a Miles, y ahora estaban de pie con la mejor amiga de Luce y el viejo enemigo de Daniel... o lo que fuera Cam para Daniel ahora. Pero...

Daniel estaba en su casa. A un grito de distancia de sus padres. ¿Podría perderlo si sabían quién era en realidad? ¿Cómo ella presentaba a este chico, que era el responsable de un millar de sus muertes, por quien se sentía atraída magnéticamente casi todo el tiempo, que era imposible, escurridizo, secreto y, a veces, incluso, cuyo amor ella no entendía, que estaba trabajando con el diablo? ¡Por el amor de Dios! Y si él creía que



mostrándose aquí sin ser invitado con ese demonio era una buena idea, tal vez no la conocía muy bien.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Su voz era completamente seca porque no podía hablar con Daniel sin hablarle a Cam, tampoco podía hablar con Cam sin quererle tirar algo pesado.

Cam habló primero.

—Feliz día de Acción de Gracias a ti también. Hemos escuchado que tu casa era el lugar para estar hoy.

—Nos encontramos con tu amiga aquí, en el aeropuerto —agregó Daniel, con el tono plano que usaba cuando él y Luce estaban en público. Era más formal, haciendo que el anhelo de estar sola con él se hiciera más real... para poder agarrarlo por las solapas de su estúpido abrigo y agitarlo hasta que le explicara todo. Esto había ido demasiado lejos.

—Tuvimos una charla, compartimos el taxi —Cam señaló, guiñándole un ojo a Callie. Callie sonrió a Luce—. Estaba imaginando que había alguna reunión íntima en el hogar de los Price, pero esto está mucho mejor. Ahora puedo obtener la verdadera exclusiva.

Luce podía sentir a su amiga buscando su rostro para tener una pista acerca de cuál era el trato que se le debía dar a estos dos chicos.

El día de Acción de Gracias estaba a punto de volverse incómodo, realmente rápido. Esta no era la manera en que las cosas tenían que ir.

—¡Hora del pavo! —Su madre llamó desde la puerta. Su sonrisa se transformó en una mueca de confusión al ver la multitud afuera—. ¿Luce? ¿Qué está pasando? —Su viejo delantal de rayas verdes y blancas estaba atado alrededor de su cintura.

—Mamá —dijo Luce, haciendo un gesto con la mano—, esta es Callie, y Cam, y... —Ella quería poner su mano sobre Daniel, o hacer algo, cualquier cosa para que su mamá supiera que él era especial, que era único. Para hacerle saber a él, también, que ella todavía lo amaba, que todo entre ellos iba a estar bien. Pero no pudo. Ella se quedó allí—. Daniel.

—Está bien. —Su madre miró a cada uno de los recién llegados—. Bueno, bueno, bienvenidos. Luce, cariño, ¿puedo hablar contigo?

Luce fue con su madre hasta la puerta, levantando un dedo para que Callie supiera que estaría de regreso. Luego siguió a su madre a través del hall, a través del pasillo oscuro adornado con cuadros enmarcados de la infancia de Luce, y llegó al acogedor dormitorio de sus padres. Su madre se sentó en la colcha blanca y se cruzó de brazos.

—¿Te animarías a decirme algo?

—Lo siento, mamá —dijo Luce, hundiéndose en la cama.

—No quiero dejar a nadie fuera de una comida de Acción de Gracias, ¿pero no te parece que tenemos que marcar una línea en alguna parte? ¿No deberías tener cuidado con la cantidad de personas?

—Sí, por supuesto que tienes razón —dijo Luce—. Yo no invité a todas estas personas. Estoy tan atónita como tú por todos los que se presentaron.

—Es que tenemos tan poco tiempo contigo. Nos encantaría conocer a tus amigos, —dijo la mamá de Luce, acariciándole el pelo—, pero debemos cuidar más nuestro tiempo contigo.

—Sé que esto es una imposición muy grande, pero mamá... —Luce giró la mejilla sobre la palma abierta de su madre—, él es especial. Daniel. Yo no sabía que iba a venir, pero ahora que él está aquí, necesito este tiempo con él, tanto como lo necesito contigo y con papá. ¿Tiene algún sentido?

—¿Daniel? —Su mamá repitió—. ¿Ese muchacho rubio hermoso? Ustedes dos son...

—Estamos enamorados. —Por alguna razón, Luce estaba temblando. A pesar de que tenía sus dudas acerca de su relación, decirle en voz alta a su madre que amaba a Daniel lo hizo parecer cierto, le hizo recordar que, a pesar de todo, realmente lo amaba.

—Ya veo. —Cuando su madre asintió con la cabeza, sus arreglados rizos castaños permanecieron en su lugar. Ella sonrió—. Bueno, podemos echar a algunos, pero a él no, ¿verdad?

—Gracias, mamá.

—Gracias a tu padre, también. Y, ¿cariño? La próxima vez, danos un aviso previo, por favor. Si yo hubiera sabido que ibas a traerlo a casa, habría agarrado tu álbum de bebé del ático. —Ella le hizo un guiño, y le dio un beso en la mejilla a Luce.

De regreso en la sala de estar, Luce corrió primero donde Daniel.

—Me alegro de poder estar con tu familia después de todo —dijo.

—Espero que no estés enojada con Daniel por traerme —señaló Cam. Luce buscó un poco de orgullo en su voz, pero no lo encontró—. Estoy seguro de que los dos preferirían que yo no estuviera aquí, pero... —miró a Daniel—, un trato es un trato.

—Estoy segura —dijo Luce, calmada. La cara de Daniel lucía distante. Entonces se oscureció. Miles entró desde el comedor.

—Um, bueno, tu padre está a punto de hacer un brindis. —Los ojos de Miles estaban fijos en Luce de una manera que le hizo pensar que estaba tratando de no cruzarse con la mirada de Daniel—. Tu mamá me dijo que te preguntara dónde quieres sentarte.

—Oh, donde sea. ¿Tal vez junto a Callie? —Un leve golpe de pánico sintió Luce cuando pensó en todos los otros invitados y la necesidad de mantenerlos lo más lejos posible entre sí. Y a Molly lejos de casi todo el mundo—. Debería haber hecho un plano de la sala.

Roland y Arriane habían hecho un trabajo rápido con la creación de un juego de mesa en el borde de la mesa del comedor, por lo que el banquete ya se extendía a la sala de estar. Alguien había arrojado un blanco y dorado mantel, y sus padres aún no habían

dispuesto la porcelana. Las velas se encendieron y se llenaron las copas de agua. Y pronto Shelby y Miles llevaron humeantes platos de judías verdes y puré de papas, mientras que Luce se sentó entre Callie y Arriane.

Su íntima cena de Acción de Gracias era ahora servida a doce: cuatro personas, dos Nephilim, seis ángeles caídos (tres del lado del Bien y tres del Mal), y un perro vestido como un pavo, con su plato de sobras debajo de la mesa.

Miles se fue al asiento justo en frente de Luce, hasta que Daniel le dio una mirada amenazante. Miles se retractó, y Daniel estaba a punto de sentarse cuando Shelby se deslizó y se sentó sonriente, luciendo un poco victoriosa. Miles se sentó en la izquierda de Shelby, frente a Callie, mientras que Daniel, luciendo vagamente molesto, se sentó a su derecha, frente a Arriane.

Alguien estaba pateando a Luce debajo de la mesa, tratando de llamar su atención, pero ella mantuvo los ojos en el plato.

Una vez que todos estuvieron sentados, el padre de Luce se puso de pie en la cabecera de la mesa, frente a su madre. Él tintineó el tenedor contra su vaso de vino tinto. —He sido conocido por hacer un discurso largo hasta quedarme sin aliento, o quizás dos en esta época del año. —Se rió entre dientes—. Pero nunca antes hemos servido a tantos niños hambrientos, así que voy a ir al grano. Estoy agradecido por mi dulce esposa, Doreen, mi hermosa hija, Lucie, y por todos ustedes que están con nosotros. —Se fijó en Luce, mientras unos hoyuelos se dibujaban sus mejillas como lo hacía cuando estaba especialmente orgulloso—. Es maravilloso verte prosperando, convirtiéndote en una joven bella con tantos buenos amigos. Esperamos que todos regresen. Salud, a todos. A los amigos.

Luce forzó una sonrisa, para evitar las miradas furtivas que todos sus “amigos” estaban compartiendo.

—Concuerdo. —Daniel rompió el exquisito e incómodo silencio, levantando su copa—. ¿De qué sirve la vida sin verdaderos, confiables amigos?

Miles apenas lo miró, sumergiendo profundamente una cuchara de servir en el puré de papas.

—Lo dice el propio Sr. confiable.

Los Prices fueron pasando los platos, demasiado ocupados en los extremos opuestos de la mesa como para notar la mirada sucia que Daniel le dirigió a Miles. Molly estaba repartiendo un montón de cucharadas de Camarones Diablo, que aún nadie había tocado, en el plato de Miles.

—Sólo dime cuando sea suficiente, tío.

—Whoa, Missouri, ahorra un poco de eso para mí. —Cam tomó el tazón de camarones—. Oye, Miles. Roland me dijo que mostraste algunas locas habilidades de esgrima el otro día. Apuesto a que las chicas se volvieron locas. —Se inclinó hacia delante—. ¿Tú estabas allí, verdad, Luce?

Miles se había quedado con el tenedor en el aire. Sus grandes ojos azules parecían confundidos acerca de las intenciones de Cam, quien parecía estar esperando oír que Luce dijera que sí, que las chicas, incluida ella misma, efectivamente se habían vuelto locas.

—Roland también dijo que Miles perdió —dijo Daniel plácidamente, y clavó el tenedor en un trozo de relleno.

En el otro extremo de la mesa, Gabbe cortó la tensión con un ronroneo fuerte y satisfecho. —Oh, Dios mío, señora Price. Estas coles de Bruselas son una pequeña muestra del Cielo. ¿No lo son, Roland?

—Mmm —coincidió Roland—. Realmente me trae de vuelta a un tiempo más sencillo.

La madre de Luce comenzó a recitar la receta, mientras que el papá de Luce contó cómo era la producción local. Luce estaba tratando de disfrutar de esta rara ocasión con su familia, y Callie se le inclinaba para decirle al oído que todo el mundo parecía estar muy bien, sobre todo Arriane y Miles, pero había otras situaciones por controlar. Luce sentía que podría tener que desactivar una bomba en cualquier momento. Unos minutos después, pasada toda la situación de la mesa, por segunda vez, la madre de Luce, dijo: —Sabes, tu padre y yo nos conocimos cuando teníamos tu edad.

Luce había oído la historia tres mil quinientas veces antes.

—Él era el mariscal de campo en Atenas High. —Su madre le hizo un guiño a Miles—. Los chicos atléticos ponían locas a las chicas, también.

—Sí, los troyanos fueron doce veces campeones. —El papá de Luce sonrió, y esperó para seguir con su línea—. Yo sólo tenía que mostrarle a Doreen que no era el mismo tipo duro fuera de la cancha.

—Creo que es genial el matrimonio tan fuerte que ustedes dos tienen —dijo Miles, cogiendo otro de los famosos bollos de la madre de Luce—. Luce es suertuda por tener padres tan honestos y abiertos con ella, y entre ellos.

La madre de Luce sonrió de oreja a oreja.

Pero antes de que pudiera responder, Daniel intervino: —Hay mucho más que amor, Miles. ¿No lo diría, señor Price, que una relación real es algo más que simple diversión y juegos? ¿Que se necesita un poco de esfuerzo?

—Por supuesto, por supuesto. —El padre de Luce le dio unas palmaditas a sus labios con la servilleta—. ¿Sino por qué iban a llamar compromiso al matrimonio? Claro, el amor tiene sus altibajos. Así es la vida.

—Bien dicho, Sr. P. —dijo Roland con calma, luciendo mayor de diecisiete años, con una vieja cara—. Dios lo sabe, he visto algunos altibajos.

—Oh, vamos. —Intervino Callie, para sorpresa de Luce. Pobre Callie, mostrando su cara llena de valor—. Ustedes, chicos, hacen que suene pesado.



—Callie tiene razón —dijo la mamá de Luce—. Ustedes, niños, son jóvenes y llenos de entusiasmo, y realmente deberían divertirse.

Diversión.

¿Así que ese era el objetivo en ese momento? ¿Era divertido incluso para Luce? Echó un vistazo a Miles. Él estaba sonriendo.

—Me estoy divirtiendo —murmuró él.

Eso marcó una diferencia en Luce, que miró alrededor de la mesa de nuevo y se dio cuenta de que, a pesar de todo, se estaba divirtiendo demasiado. Roland le estaba haciendo una demostración del lenguaje del camarón a Molly, quien posiblemente se reía por primera vez en la historia. Cam, quien adoraba a Callie, incluso le ofrecía mantequilla para su rollo, lo cual negó, con las cejas levantadas y una tímida sacudida de cabeza. Shelby comía como si estuviera entrenando para una competición. Y alguien aún estaba jugueteando con los pies de Luce debajo de la mesa.

Ella conoció los ojos violetas de Daniel. Él le guiñó un ojo, dándole mariposas a su estómago.

Había algo remarcable acerca de este encuentro. Era el día de Acción de Gracias más animado que había tenido desde que la abuela de Luce murió y los Price dejaron de ir a los pantanos de Louisiana para las vacaciones.

Así que esta era su familia ahora: todas estas personas, ángeles, demonios, y todo lo que eran. Para bien o para mal, complicado, peligroso, lleno de altibajos, e incluso a veces divertido. Justo como su padre había dicho: esta era la vida.

Y para una chica que había tenido alguna experiencia con la muerte, la vida, el tiempo, era algo con lo que sentirse abrumadoramente agradecido.

—Bueno, he tenido suficiente —anunció Shelby después de unos minutos más—. Ya sabes. Los alimentos. ¿Todo el mundo terminó? Vamos a terminar con esto —ella silbó e hizo un gesto de lazo con el dedo—. Estoy ansiosa por volver a la escuela reformada que todos van a... um...

—Voy a ayudar a limpiar la mesa. —Gabbe se levantó de un salto y empezó a apilar los platos, arrastrando a una reacia Molly en la cocina con ella.

La mamá de Luce seguía disparando sus miradas furtivas, tratando de ver el encuentro a través de los ojos de su hija. Lo cual era imposible. Se había aferrado a la bonita idea de Daniel muy rápidamente y siguió mirando de ida y vuelta entre los dos. Luce quería una oportunidad para mostrar a su mamá que lo de ella y Daniel era algo sólido, maravilloso y único en el mundo, pero había muchas otras personas alrededor. Todo lo que debía haber sido fácil, era duro.

Entonces Andrew dejó de masticar las plumas que sentía alrededor de su cuello y empezó a ladrar a la puerta. El padre de Luce se levantó y cogió la correa del perro. —Alguien quiere caminar después de la cena. —Anunció.

Su madre se puso de pie, también, y Luce la siguió hasta la puerta y la ayudó a ponerse el abrigo. Luce le entregó a su padre su bufanda. —Gracias chicos por venir en esta noche tan fría. Vamos a lavar los platos, mientras van.

Su madre sonrió. —Haces que nos sintamos orgullosos, Luce. No importa lo que pase. Recuérdalo.

—Me gusta ese Miles —dijo el padre de Luce, recortando la correa de Andrew a su cuello.

—Y Daniel es... simplemente sorprendente —dijo su madre a su padre en un tono de voz líder.

Las mejillas de Luce se sonrojaron, y miró de nuevo a la mesa. Ella dio a sus padres una mirada de por-favor-no-me-avergüencen. —¡Está bien! ¡Tienen una larga caminata por delante!

Luce abrió la puerta y los vio salir a la noche con el perro ansioso prácticamente atragantándose con su correa. El aire frío, que entraba a través de la puerta abierta, era refrescante. La casa estaba caliente, porque mucha gente la llenaba. Justo antes de que sus padres desaparecieran por la calle, Luce creyó ver un destello en el exterior.

Algo que parecía un ala.

—¿Viste eso? —dijo, sin estar segura de a quién se estaba dirigiendo.

—¿Qué? —Llamó su padre, volviéndose hacia ella. Se veía tan pleno y feliz que casi rompió el corazón de Luce.

—Nada. —Luce forzó una sonrisa mientras cerraba la puerta. Podía sentir a alguien detrás de ella. Daniel. El calor de él dominó el lugar donde ella se encontraba.

—¿Qué viste? —Su voz era helada, no con ira sino con miedo. Ella lo miró, tratando de alcanzar sus manos, pero se había vuelto hacia otro lado.

—Cam —gritó él—. Consigue tu arco.

Al otro lado de la habitación, la cabeza de Cam se disparó. —¿Ya?

Un sonido zumbando fuera de la casa le hizo callar. Se apartó de la ventana y alcanzó el interior de su chaqueta. Luce vio el destello de plata, y recordó las flechas que había recogido de la chica desterrada.

—Dile a los demás —dijo Daniel antes de pasar frente a Luce. Sus labios entreabiertos y la mirada desesperada de su rostro le hicieron pensar que podía darle un beso, pero lo único que hizo fue decir—: ¿Tienes un sótano para tornados?

—Dime lo que está pasando —dijo Luce. Podía oír el agua corriendo en la cocina, y a Arriane y Gabbe cantando en armonía “Heart and Soul” con Callie, mientras lavaban los platos. Ella podía ver las expresiones asustadizas de Molly y Roland mientras limpiaban la mesa. Y, de repente, Luce sabía que la cena de Acción de Gracias era toda una actuación. Un encubrimiento. Sólo que no sabía para qué.

Miles apareció al lado de Luce. —¿Qué está pasando?

—Nada que te concierne —dijo Cam. No bruscamente, sino afirmando los hechos—. Molly. Roland.

Molly dejó la pila de platos. —¿Qué necesitas que hagamos?

Fue Daniel quien respondió, hablando con Molly como si de repente estuvieran en el mismo lado. —Dile a los otros. Y encuentren escudos. Van a estar armados.

—¿Quiénes? —preguntó Luce—. ¿Los Desterrados?

Los ojos de Daniel aterrizaron en ella y su cara cayó. —No deberían habernos encontrado esta noche. Sabíamos que era una posibilidad, pero realmente no quería hacer esto aquí. Lo siento.

—Daniel —Cam le interrumpió—. Lo único que importa ahora es luchar.

Un pesado golpeteo dio un vuelco a través de la casa. Cam y Daniel se movieron instintivamente hacia la parte delantera, rumbo a la puerta, pero Luce negó con la cabeza. —La puerta de atrás —susurró—. A través de la cocina.

Todos ellos se detuvieron un momento y escucharon el crujido de la puerta trasera. Luego vino un largo y penetrante grito.

—¡Callie! —Luce echó a correr por la sala, temblando al imaginar el escenario al que se enfrentaba su mejor amiga. Si Luce hubiera sabido que los desterrados se presentarían, no habría dejado venir a Callie. Ella nunca debería haber venido a casa en lo absoluto. Si algo malo le pasaba, Luce nunca se perdonaría.

Atravesando la puerta de la cocina de sus padres, Luce vio a Callie, escudada tras Gabbe en el estrecho marco. Ella estaba a salvo, al menos por ahora. Luce suspiró, casi colapsando de espaldas en la pared muscular que Daniel, Cam, Miles, y Roland habían formado detrás de ella.

Arriane estaba en la puerta, con un martillo de carnicero gigante levantado en sus manos. Ella parecía a punto de golpear a alguien que Luce no podía ver todavía.

—Buenas noches —dijo la voz de un chico, rígida con la formalidad.

Cuando Arriane bajó el martillo de carnicero, allí en la puerta había un muchacho alto y delgado atrincherado en un abrigo café. Estaba muy pálido, con un rostro estrecho y una nariz fuerte. Él resultaba familiar. Tenía el pelo teñido de rubio. Ojos blancos.

Un Desterrado.

Pero Luce lo había visto en otro lugar antes.

—¿Phil? —Gritó Shelby—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Y qué pasó con tus ojos? Están todos...

Daniel volvió sobre Shelby. —¿Sabes que él es un Desterrado?

—¿Desterrado? —La voz de Shelby tembló—. Él no es uno... él es mi penosamente idiota ex novio.

—Ha estado usándote —dijo Roland, como si supiera algo que el resto de ellos no sabía—. Debería haberlo sabido. En caso de haberlo reconocido por lo que era.

—Pero no lo hiciste —dijo el desterrado, su voz extrañamente tranquila. Metió la mano dentro de su abrigo, y de un bolsillo interior sacó un arco de plata. De su otro bolsillo vino una flecha de plata, que él golpeó rápidamente. Señalando a Roland, a continuación recorrió la multitud, buscando en cada uno de ellos—. Por favor, perdonen mi interrupción. He venido a buscar a Lucinda.

Daniel dio un paso hacia el desterrado. —No vas a buscar a nadie ni a nada —dijo—, con excepción de una muerte rápida, a menos que salgas ahora mismo.

—Perdón, pero no, no puedo hacer eso —respondió el chico, con los musculosos brazos sin soltar la tensa flecha de plata—. Hemos tenido tiempo para prepararnos para esta noche de la restitución bendecida. No vamos a irnos con las manos vacías.

—¿Cómo pudiste, Phil? —gimió Shelby, volviéndose a Luce—. Yo no sabía... honestamente, Luce, no lo sabía. Sólo pensé que era un desgraciado.

Los labios del chico se acurrucaron en una sonrisa. Sus ojos horribles, sin fondo, eran directamente de una pesadilla. —Me la dan sin una pelea, o ninguno de ustedes va a ser salvado.

Luego Cam estalló en una carcajada larga, riendo profundamente. Sacudió la cocina e hizo que el muchacho en la puerta se contrajera, incómodo.

—¿Tú y cuál ejército? —Dijo Cam—. Sabes, creo que eres el primer desterrado con sentido del humor que he conocido. —Él miró alrededor de la cocina—. ¿Por qué no lo haces y aprovecho para sacarte fuera? Acaba de una vez, ¿de acuerdo?

—Con mucho gusto —respondió el chico, con una sonrisa plana en sus labios pálidos.

Cam puso los hombros hacia atrás, como si estuviera trabajando en un nudo, y allí, justo en sus hombros, un enorme par de alas de oro atravesó su suéter gris de cachemira. Ellas se desplegaron detrás de él, ocupando la mayor parte de la cocina. Las alas de Cam eran tan brillantes que casi te dejaban ciego.

—¡Santo infierno! —Callie susurró, parpadeando.

—Más o menos —dijo Arriane mientras Cam arqueaba sus alas hacia atrás y chocaba más allá del chico marginado, atravesando la puerta y saliendo al patio trasero—. Luce te lo explicará, ¡estoy segura!

Las alas de Roland se desplegaron con un sonido como el de una parvada de aves tomando vuelo. La luz de la lámpara en la cocina destacó su oro oscuro y negro jaspeado cuando salió por la puerta detrás de Cam. Molly y Arriane fueron detrás de él, empalmándose la una en la otra, mientras las iridiscentes alas de Arriane aplastaban a



Molly, devolviendo lo que se parecía un poco a las chispas eléctricas empujando hacia la puerta. A continuación fue Gabbe, cuyas suaves alas blancas se difuminaban abiertas con la gracia de una mariposa, pero con tal velocidad que enviaba una ráfaga de viento con olor a flores a través de la cocina.

Daniel tomó las manos de Luce en las suyas. Cerró los ojos, inhalando, y dejó que se desplegaran sus enormes alas blancas. Completamente extendidas, habrían llenado toda la cocina, pero Daniel las contrajo, junto a su cuerpo, que brillaba y brillaba y parecía por completo demasiado hermoso. Luce extendió la mano y las tocó con ambas manos. Cálido satén liso en el exterior, pero por dentro, lleno de energía. Ella podía sentir que corría a través de Daniel, en su interior. Se sentía tan cerca de él, entendiéndolo por completo. Como si se hubieran convertido en uno.

La sueva voz de él pareció hablar en su mente: “No te preocupes. Todo va a estar bien. Siempre voy a cuidar de ti”. Pero lo que dijo en voz alta fue: —Mantente a salvo. Quédate aquí.

—No —declaró ella—. Daniel...

—Yo volveré. —Luego arqueó sus alas hacia atrás y voló hacia la puerta.

A solas en el interior, los no ángeles estaban reunidos. Miles estaba presionado contra la puerta de atrás, por la ventana abierta. Shelby tenía la cabeza entre las manos. La cara de Callie se veía tan blanca como si estuviera congelada.

Luce deslizó una mano en Callie. —Creo que tengo algunas cosas que explicar.

—¿Quién es ese chico con el arco y la flecha? —Callie susurró, inmutándose pero cuidando mucho de la mano de Luce—. ¿Quién eres tú?

—¿Yo? Yo sólo soy... yo. —Luce se encogió de hombros, sintiendo un escalofrío propagándose a través de ella—. No lo sé.

—Luce —dijo Shelby, claramente tratando de no llorar—. Me siento como una tonta. Te juro que no tenía ni idea. Las cosas que le dije, yo estaba ventilándolo. Siempre estaba preguntando por ti, y él era un buen oyente, pero lo que yo... quiero decir, es que no tenía ni idea de lo que era en realidad... yo nunca, nunca...

—Te creo —dijo Luce. Se trasladó a la ventana, junto a Miles, que daba a la pequeña cubierta de madera que su padre había construido hace unos años—. ¿Qué crees que quiere él?

En el patio, las hojas caídas del roble habían sido rastrilladas y ordenadas en pilas. El aire olía a hoguera. En alguna parte, en la distancia, una sirena estaba sonando. A los pies de tres pasos de la cubierta, Daniel, Cam, Arriane, Roland, y Gabbe estaban uno al lado del otro, frente a la valla.

No, no era la valla, se dio cuenta Luce. Se enfrentaban a una multitud oscura de Desterrados, en posición de firmes con sus flechas de plata destinadas a la fila de los ángeles. El chico desterrado no estaba solo. Había acumulado un ejército.

Luce tuvo que mantener su equilibrio apoyándose en el mostrador. Además de Cam, los ángeles estaban desarmados. Y ya había visto lo que podían hacer las flechas.

—¡Luce, detente! —Miles le gritó, pero ella ya estaba corriendo hacia la puerta.

Incluso en la oscuridad, Luce se dio cuenta de que todos los desterrados eran similares, viéndose sin expresión. Había tanto chicas como chicos, todos ellos pálidos y vestidos con la misma ropa marrón, con el pelo muy corto teñido de rubio para los chicos y las colas de caballo apretadas, casi blancas, para las chicas. Las alas de los desterrados se arquearon hacia fuera de la espalda. Estaban en muy, muy mala forma, en estado calamitoso, y deshilachadas y asquerosamente cubiertas de suciedad. Nada que ver con las gloriosas alas de Daniel o Cam, o cualquiera de los ángeles y demonios que Luce conocía. De pie, con sus extraños ojos vacíos mirando hacia fuera, la cabeza inclinada en distintas direcciones, un desterrado hizo una horrible pesadilla de un ejército. Solamente que Luce no podía despertar.

Cuando Daniel la vio de pie con los otros en la cubierta, se dobló hacia atrás y la agarró con las manos. Su rostro parecía perfecto y salvaje con miedo. —Te dije que permaneciera en el interior.

—No —susurró—. No me quedaré encerrada mientras el resto de vosotros lucha. No puedo seguir viendo morir a la gente a mí alrededor por ninguna razón.

—¿Ninguna razón? Vamos a tener esta pelea en otra ocasión, Luce. —Sus ojos se lanzaron hacia la línea oscura de desterrados cerca de la valla.

Ella apretó los puños a los costados. —Daniel.

—Tu vida es demasiado preciosa para malgastarla en un berrinche. Entra. Ahora.

Un fuerte grito resonó en medio del patio. La primera línea de diez desterrados levantó sus armas hacia los ángeles, y soltaron sus flechas. La cabeza de Luce se disparó justo a tiempo para coger la vista de algo, alguien, catapultándose de la azotea.

Molly.

Bajo ella, un coágulo oscuro blandiendo dos rastrillos, haciéndolos girar como bastones en cada una de sus manos.

Los desterrados escucharon, pero no pudieron ver su venida. Molly giró los rastrillos, labrando las flechas en el aire como si fueran los cultivos en un campo. Ella aterrizó en sus botas de combate negras, la plata que componía las flechas haciendo un ruido sordo y rodando por el suelo, luciendo tan inofensivas como ramitas. Pero Luce lo sabía mejor.

—¡No habrá misericordia ahora! —Un desterrado gritó desde el otro lado del patio.

—¡Ve adentro, y consigue la estrella fugaz! —Cam le gritó a Daniel, montándose en la barandilla de la cubierta y sacando su propio arco de plata. En rápida sucesión, sacó y soltó tres rayos de luz. Los desterrados se retorcieron cuando tres de sus filas desaparecieron en nubes de polvo.

Con la velocidad del rayo, Arriane y Roland se lanzaron por el patio, barriendo las flechas con sus alas.

Una segunda línea de desterrados avanzaba, preparando una nueva fila de flechas. Cuando estaban en el punto de disparo, Gabbe saltó sobre la baranda de la cubierta.

—Vaya, vamos a ver. —Con una mirada feroz en sus ojos, señaló la punta de su ala derecha en el suelo debajo de los desterrados. El césped se estremeció, y luego una costura limpia de tierra, de la longitud del patio trasero y unos cuantos pies más, se abrió, creando una división.

Tomó por lo menos veinte desterrados en lo profundo del abismo negro. Su grito sonó hueco, sólo llorando en el camino hacia abajo. Hasta Dios sabía dónde. Los desterrados detrás de ellos se deslizaron, deteniéndose justo en frente de la horrible garganta que Gabbe había sacado de la nada. Sus cabezas moviéndose de izquierda a derecha, como para ayudar a sus ojos ciegos a encontrar el sentido de lo que acababa de suceder. Unos desterrados más se tambaleaban en el borde y cayeron dentro. Sus lamentos se hicieron más débiles, hasta que no se escuchó ningún sonido. Un instante después, la tierra crujió como una bisagra oxidada y se cerró.

Gabbe señaló suavemente de nuevo su ala a su lado con la máxima elegancia. Se secó la frente. —Bueno, eso debe ayudar.

Pero entonces otra ducha brillante de astillas de plata llovió del cielo. Uno de ellos cayó en el pasillo superior de la cubierta, a los pies de Luce. Daniel tiró la flecha de madera que tenía en su brazo y la arrojó bruscamente, como un dardo letal, directamente en la frente del desterrado de avanzaba.

Hubo un destello de luz, como un flash de cámara y a continuación el chico de ojos blancos ni siquiera tuvo tiempo de gritar con el impacto, sólo se desvaneció en el aire.

Los ojos de Daniel corrieron sobre el cuerpo de Luce, y le dio una palmada abajo, como con incredulidad de que ella aún estaba viva.

A su lado, Callie tragó saliva. —¿Acaba...? —Dijo—. ¿Ese tipo realmente...?

—Sí, —dijo Luce.

—No hagas esto, Luce —dijo Daniel—. No me arrastres contigo adentro. Tengo que luchar. Tienes que irte de aquí. Ahora.

Luce había visto lo suficiente como para estar de acuerdo. Se volvió hacia la casa, para llegar a Callie, pero entonces, a través de la puerta abierta de la cocina, ella alcanzó a ver a unos brutales desterrados.

Tres de ellos. De pie dentro de su casa. Con los arcos de plata destinados a disparar.

—¡No! —gritó Daniel, corriendo para proteger a Luce.

Shelby salió de la cocina hacia la cubierta, cerrando la puerta detrás de ella.

Tres golpes de distintas flechas se clavaron al otro lado de la puerta.



—¡Oye, está exonerada! —Cam llamó desde el césped, asintiendo con la cabeza en breve hacia Shelby antes de golpear una flecha en el cráneo de una joven relegada.

—Está bien, nuevo plan —musitó Daniel—. Encuentren un lugar para refugiarse en algún lugar cercano. Todos ustedes. —Se dirigió a Callie y a Shelby y, por primera vez en toda la noche, a Miles. Agarró a Luce por los brazos—. Mantente alejada de las estrellas fugaces —declaró él—. Prométemelo. —La besó rápidamente, a continuación, estampó a todos contra la pared posterior de la cubierta.

El brillo de las alas de los ángeles era lo bastante brillante como para que Luce, Callie, Shelby y Miles tuvieran que dar sombra a sus ojos. Se agacharon y se arrastraron por la cubierta, la sombra de la barandilla danzando por delante de ellos, mientras que Luce dirigía a todos al patio lateral. A la vivienda. Tenía que haber alguna, en algún lugar.

Más desterrados salieron de las sombras. Aparecieron en las altas ramas de los árboles lejanos, llegando a deambular alrededor de las camas del elevado jardín y el masticar de las termitas comiendo la casa del árbol que Luce había utilizado cuando era niña. Sus arcos de plata brillaban en la luz de la luna.

Cam fue el único en el otro lado con un arco. Él nunca hizo una pausa para contar el número de desterrados que fueron desgranados. Él sólo lanzaba una flecha tras otra con una precisión letal hacia sus corazones. Sin embargo, por cada uno que se iba, otro aparecía.

Cuando se quedó sin flechas, arrancó la mesa de picnic de madera del suelo y la sostuvo en frente de él como un escudo. Descarga tras descarga, las flechas rebotaban fuera de la mesa y caían al suelo a sus pies. Él sólo se agachó, cogió y disparó, se agachó, y disparó.

Los otros tuvieron que ser más creativos.

Roland movió sus alas de oro con tal fuerza que el aire alrededor de las flechas las envió de vuelta en la dirección de la que habían venido, golpeando a varios desterrados a la vez. Molly se encargó de la línea una y otra vez, con sus rastrillos en espiral como espadas de samuráis.

Arriane tiró del viejo columpio de Luce en el árbol y le dio vueltas como un lazo, desviando flechas en la valla, mientras que Gabbe corría alrededor, recogiendo flechas. Ella giró y cortó como un derviche, tomando a cualquier desterrado que se acercaba demasiado, sonriendo dulcemente cuando las flechas penetraban su piel.

Daniel había comandado las herraduras de hierro oxidado por debajo del porche.

Lanzándolas a los desterrados, a veces dejando a tres de ellos sin sentido con una herradura que rebotaba de sus cráneos. Entonces se abalanzaba sobre ellos, deslizaba las estrellas de sus arcos, y hundía las flechas en sus corazones con sus propias manos.

En el borde de la cubierta, Luce vio el almacén cubierto de su padre y les indicó a los demás que la siguieran. Ellos se pusieron encima de la barandilla con la hierba por debajo y, agachándose, se apresuraron al cobertizo.



Estaban casi a la entrada cuando Luce escuchó un rápido quejido. Callie gritó de dolor.

—¡Callie! —Luce giró en redondo.

Pero su amiga todavía estaba allí. Ella se frotaba el hombro donde la flecha la rozó, pero fuera de eso, estaba ilesa. —¡Eso es totalmente una picadura!

Luce alcanzó a tocarla. —¿Cómo...?

Callie sacudió la cabeza.

—¡Al suelo! —Shelby gritó.

Luce se dejó caer de rodillas, tirando de los demás hacia abajo con ella y tirando de ellos en el interior del cobertizo. Entre las sombras de las sucias herramientas del padre de Luce, la cortadora de césped, y los viejos equipos deportivos, Shelby arrastró a Luce. Sus ojos brillaban y sus labios estaban temblorosos.

—No puedo creer que esto esté sucediendo —susurró, agarrando el brazo de Luce—. No sabes cuánto lo siento. Todo es mi culpa.

—No es tu culpa —dijo Luce rápidamente. Por supuesto, Shelby no sabía lo que Phil era en realidad. Qué era lo que realmente quería de ella. Lo que esta noche traería. Luce sabía lo que era llevar a todas partes la culpa por hacer algo que no entendías. Ella no se lo habría deseado a nadie. Menos a Shelby.

—¿Dónde está él? —Preguntó Shelby—. Yo podría matar a ese penoso monstruo idiota.

—No. —Luce palmeó la espalda de Shelby—. No vas por ahí. Podrías morir.

—No lo entiendo —dijo Callie—. ¿Por qué alguien querría hacerte daño?

Fue entonces cuando Miles dio un paso hacia la entrada, en un haz de luz de luna. Él llevaba un kayak del padre de Luce sobre su cabeza.

—Nadie va a herirte, Luce —dijo al momento que salió.

Directo a la batalla.

—¡Miles! —gritó Luce—. Vuelve...

Ella se puso de pie para correr detrás de él, entonces se quedó inmóvil, sorprendida por la visión que le arrojaba el lado derecho del kayak, era uno de los desterrados.

Era Phil.

Sus ojos se abrieron en blanco y chilló, cayendo sobre la hierba cuando el kayak lo golpeó. Pálido y desvalido, sus alas sucias se retorcían en el suelo.

Por un instante, Miles parecía orgulloso de sí mismo, y Luce se sentía un poco orgullosa también. Pero a continuación, una pequeña chica relegada dio un paso adelante,

ladeó la cabeza como cuando un perro escucha un silbido en silencio, levantó el arco de plata, dirigido a quemarropa al pecho de Miles.

—Sin piedad —dijo con voz apagada.

Miles estaba indefenso frente a esta chica, que parecía que no tenía conocimiento de la misericordia, ni siquiera por los más agradables, como la mayoría de los niños inocentes en el mundo.

—¡Alto! —Luce gritó, con el corazón palpitante en sus oídos mientras corría fuera del cobertizo. Ella podía sentir la batalla pasando a su alrededor, pero todo lo que podía ver era la flecha, a punto de entrar en el pecho de Miles.

A punto de matar a otro de sus amigos.

La cabeza de la chica relegada se inclinó en su cuello. Sus ojos vacíos encendidos sobre Luce, a continuación, se ampliaron ligeramente. Al igual que Arriane había dicho, realmente podía ver la luz del alma de Luce.

—No le dispares a él —Luce levantó sus manos en señal de rendición—. Yo soy a quien quieres.

# Capítulo 19

*Traducido por Kuami*

*Corregido Por Andre27xl*

## La Tregua Está Rota

La chica Desterrada bajó su arco. Cuando la flecha se relajó a lo largo de su cuerda, la cadena emitió un sonido chirriante, como la apertura de la puerta de un ático. Su cara estaba tan tranquila como un estanque en un día sin viento.

Ella era de la altura de Luce, con la piel clara, cubierta de rocío, los labios pálidos, y hoyuelos, incluso en ausencia de una sonrisa.

—Si quieres que el chico viva —dijo, con voz monótona—. Voy a cedértelo.

Alrededor de ellos, los otros habían detenido la lucha. El balanceo del neumático rodó hasta detenerse, haciendo un ruido sordo contra la esquina del cerco. Las alas de Roland desaceleraron con suaves golpes y lo llevaron abajo, a tierra. Todo el mundo estaba en silencio, pero el aire estaba cargado de un silencio eléctrico.

Luce podía sentir el peso de las muchas miradas cayendo sobre ella: Callie, Miles, y Shelby. Daniel, Arriane y Gabbe. Cam, Roland, y Molly. La mirada ciega de los propios Desterrados. Pero ella no podía apartarla de la niña con los ojos sin fondo blanco.

—No lo matarás... ¿sólo porque yo lo diga? —Luce estaba muy sorprendida, ella se echó a reír—. Pensé que querías matarme.

—¿Matarte a ti? —La voz mecánica de la chica ascendió, registrando sorpresa—. No, en absoluto. Nos gustaría morir por ti. Queremos que vengas con nosotros. Tú eres nuestra última esperanza. Nuestra entrada.

—¿Entrada? —Miles expresó lo que Luce tan sorprendida fue incapaz de decir—. ¿A qué?

—Al Cielo, claro. —La chica miró a Luce con los ojos muertos—. Tú eres el precio.

—No. —Luce negó con la cabeza, pero las palabras de la chica golpearon en el interior de su mente, haciendo eco de una manera que la hacía sentirse tan vacía que apenas podía soportarlo.

La entrada al Cielo. El precio.

Luce no entendía. Los Desterrados se la llevarían, ¿y para qué? ¿Para utilizarla como alguna clase de moneda de cambio? Esta chica ni siquiera podría ver o saber cómo era

Luce. Si Luce había aprendido una cosa en Shoreline, era que nadie podía mantener los mitos, sinceramente. Ellos eran demasiado viejos, demasiado enrevesados.

Todo el mundo sabía que había una historia, una en la que Luce había estado involucrada durante mucho tiempo, pero nadie parecía saber por qué.

—No le hagas caso, Luce. Ella es un monstruo. —Las alas de Daniel temblaban. Como si él pensara que ella podría estar tentada a irse. Los hombros de Luce comenzaron a picar, con un cosquilleo caliente que dejó al resto de su cuerpo frío.

—¿Lucinda? —Llamó la Desterrada.

—De acuerdo, espera un minuto —dijo Luce. Y se volvió a Daniel—. Quiero saber: ¿Qué es esta tregua? Y no me digas “nada”, no me digas que no puedes explicarlo. Dime la verdad. Me lo debes.

—Tienes razón —dijo Daniel, sorprendiendo a Luce. Él mantuvo la mirada furtiva en la Desterrada, como si ella puede tomar el espíritu de Luce en un momento—. Cam y yo lo preparamos. Estuvimos de acuerdo en dejar a un lado nuestras diferencias durante dieciocho días. Todos los ángeles y los demonios. Nos reunimos para cazar a otros enemigos. Como ellos. —Él apuntó a los Desterrados.

—Pero, ¿por qué?

—Por ti. Debido a que necesitabas tiempo. Nuestro objetivo final puede ser diferente pero, por ahora, Cam y yo... y todos nuestros familiares, trabajan como aliados. Tenemos una prioridad en común.

La visión que Luce había visto en el Anunciador, esa escena repugnante con Daniel y Cam trabajando juntos... ¿se suponía iba a estar bien porque habían acordado una tregua? ¿Para darle tiempo?

—No, incluso tú estás atrapado por la tregua. —Cam escupió en dirección a Daniel—. ¿De qué sirve una tregua si no la respetas?

—Tú no la has mantenido en pie tampoco —dijo Luce a Cam—. Tú estuviste en el bosque fuera de Shoreline.

—¡Protegiéndote! —Dijo Cam—. ¡No sacándote a pasear a la luz de la luna!

Luce se volvió a Arriane. —Cualquiera que sea la tregua, no se ha terminado, y una vez que se acabe, ¿significa que Cam... de repente es enemigo otra vez? ¿Y Roland, también? Esto no tiene ningún sentido.

—Di la palabra, Lucinda —dijo la Desterrada—. Y te llevaré lejos de todo esto.

—¿A qué? ¿A dónde? —Luce preguntó. Había algo atractivo simplemente en alejarse. De todo el dolor y la lucha y la confusión.

—No hagas algo de lo que puedas arrepentirte, Luce —le advirtió Cam. Era extraña la forma en que sonaba, como la voz de la razón, frente a Daniel, que parecía prácticamente paralizado.



Luce miró a su alrededor por primera vez desde que salió de la caseta. Los combates habían cesado. El mismo polvo que había cubierto el cementerio de Espada y Cruz ahora cubriendo la hierba de su patio trasero.

Mientras su grupo de ángeles parecía totalmente intacto y presente, los Desterrados habían perdido a la mayoría de su ejército. Aproximadamente unos diez estaban de pie a distancia, observando. Con sus arcos de plata bajados.

La muchacha Desterrada todavía estaba esperando que Luce contestara. Sus ojos brillaron en la noche, y sus pies se movieron poco a poco hacia atrás cuando los ángeles se aproximaron más a ella. Cuando Cam se acercó, la chica levantó su arco plateado de nuevo, despacio, y lo apuntó a su corazón.

Luce lo vio tensarse.

—Tú no quieres ir con los Desterrados —le dijo a Luce—, sobre todo no esta noche.

—No le digas lo que tiene o no que hacer —Shelby dijo implacable—. No estoy diciendo que ella deba ir con los monstruos albinos o algo así. Simplemente que todos dejemos de mimarla y le permitamos hacer lo que quiera por una vez. Así que, ya basta.

Su voz retumbó en el patio, haciendo saltar a la chica Desterrada. Ella se dio la vuelta para apuntar con su flecha a Shelby. La flecha de plata temblaba en las manos de la Desterrada. Ella tensó de nuevo la cuerda del arco. Luce contuvo la respiración. Pero antes de que pudiera disparar, sus ojos brillantes se ensancharon. El arco cayó de las manos. Y su cuerpo desapareció en un instante gris tenue de luz.

Dos metros detrás de donde la Desterrada había estado, Molly bajó un arco de plata. Ella había disparado a la niña limpiamente por la espalda.

—¿Qué? —Gritó Molly cuando todo el grupo se volvió a ella con una mirada de asombro—. Me gusta esa Nephilim. Me recuerda a alguien que conozco.

Ella sacudió un brazo con un gesto a Shelby, quien dijo: —Gracias. En serio. Eso fue genial.

Molly se encogió de hombros, indiferente a la presencia imponente de oscuridad que se levantaba detrás de ella. El chico Desterrado que Miles había golpeado en el suelo con el kayak. Phil.

Él giró el kayak detrás de su cuerpo, como si fuera un palo del béisbol, y bateó a Molly a través del césped. Ella aterrizó con un gruñido en la hierba. Echando el kayak a un lado, el Desterrado metió la mano en el abrigo por una última flecha brillante.

Sus ojos muertos eran la única expresión de su rostro. El resto de él, su rugido, su frente, incluso sus pómulos altos eran totalmente feroces. Su piel blanca parecía estirada a través de su cráneo. Sus manos parecían más bien garras. La ira y la desesperación le habían cambiado de ser un chico pálido y extraño, pero bien parecido, a un monstruo real. Levantó su arco de plata y apuntó a Luce.

—He estado esperando pacientemente por mi oportunidad contigo durante semanas. Ahora no me molesta ser un poco más fuerte que mi hermana —gruñó—. Vas a venir con nosotros.

A ambos lados de Luce, se levantaron los arcos de plata. Cam sacó el suyo fuera de su chaqueta de nuevo, y Daniel corrió a la tierra para recoger el arco que la chica había dejado caer.

Phil parecía esperar esto. Su cara se torció en una sonrisa oscura.

—¿Tengo que matar a tu amante para conseguir que te unas a mí? —Preguntó, apuntando su flecha ahora a Daniel—. ¿O tengo que matar a todos?

Luce miró fijamente la punta extraña y plana de la flecha de plata, a menos de tres metros de pecho de Daniel. No había posibilidad que Phil errara ese tiro. Ella había visto las flechas extinguir una docena de ángeles esta noche con esa despreciable llamarada de luz. Pero también había observado la flecha en la piel de Callie, como si no fuera nada más que el afilado palo que parecía ser.

Las flechas de plata mataban a los ángeles, se dio cuenta de repente, pero no a los humanos.

Ella saltó delante de Daniel. —No voy a dejar que le hieras. Y tus flechas no pueden hacerme daño.

Un sonido escapó de Daniel, una risa medio rara, medio sollozo. Ella se volvió hacia él, con los ojos desorbitados. Él parecía asustado, pero más de eso, parecía culpable.

Ella pensó en la conversación que ellos habían tenido bajo el árbol del melocotón retorcido en Espada y Cruz, la primera vez que le habló de sus reencarnaciones. Recordó sentándose con él en la playa de Mendocino cuando hablaba de su lugar en el cielo antes que ella. Cómo una lucha había conseguido que se abrieran sobre los primeros días. Todavía se sentía como si hubiera más. Tenía que haber más.

El crujido de la cuerda del arco llamó su atención hacia el Desterrado que estaba tirando de la flecha de plata hacia atrás. Apuntando ahora a Miles.

—Basta de charla —dijo—. Tomaré a tus amigos de uno en uno hasta que te entregues a mí.

En su mente, Luce vio un destello de luz brillante, un remolino de color y un montaje vertiginoso de su vida intermitente ante sus ojos: su madre, su padre y Andrew. Los padres que ella había visto en Shasta. Vera patinando sobre el hielo en el estanque helado. La niña que había sido, nadando debajo de la cascada en un traje de baño amarillo. Otras ciudades, casas, y tiempos que no podría reconocer todavía. La cara de Daniel desde mil ángulos diferentes, bajo mil luces diferentes. Y el fuego después del resplandor de la llama.

Entonces ella parpadeó y regresó al patio. Los Desterrados se fueron acercando, acurrucándose juntos y susurrando a Phil. Él siguió ondeándolos atrás, agitado, intentando enfocarse en Luce. Todo el mundo estaba tenso.

Ella vio a Miles mirándola. Él debía haber estado aterrorizado. Pero no, no tenía miedo. La miraba con tanta intensidad que su contemplación parecía vibrar en su corazón. Luce se mareó y la visión se le nubló. Lo que siguió fue una sensación desconocida de algo alzarse fuera de ella.

Como una cáscara removiéndose de su piel.

Y oyó su voz que decía: —No disparen. Me rindo.

Las palabras se hacían eco, incorpóreas, sólo que Luce no llegó a decirlas realmente. Siguió el sonido con los ojos, y su cuerpo se puso rígido por lo que vio.

Otra Luce de pie detrás del Desterrado, tocándole el hombro.

Pero esta no era otra visión de una vida anterior. Era ella, con sus delgados jeans negros y la camisa a cuadros con el botón perdido. Con su pelo negro cortado y teñido recientemente. Con sus ojos avellanas mofándose del Desterrado. Con el calor intenso de su misma alma claramente visible a él. Claramente visible para todos los otros ángeles, también. Ésta un reflejo de ella. Esto era... lo estaba haciendo Miles.

Su regalo. Él había fragmentado a Luce fuera de sí misma en un segundo, tal como le había dicho que él podría hacer el primer día en Shoreline.

“Ellos dicen que es fácil de hacer con las personas a quienes amas”, le había dicho.

Él la amaba.

Ella no podía pensar sobre eso ahora mismo. Mientras los ojos de todos se sintieron atraídos por su reflejo, la Luce real retrocedió dos pasos y se escondió en el interior del cobertizo.

—¿Qué está pasando? —Cam gritó a Daniel.

—¡No lo sé! —susurró Daniel roncamente.

Sólo Shelby pareció entender. —Él lo hizo —dijo en voz baja.

El Desterrado giró su arco alrededor para apuntar en esta nueva Luce. Como si no acabara de confiar en la victoria realmente.

—Hagamos esto —Luce escuchó su propia voz diciendo en medio del patio—. No puedo quedarme aquí con ellos. Demasiados secretos. Demasiadas mentiras.

Una parte de ella se sentía de esa manera. Que no podía seguir así. Que algo tenía que cambiar.

—¿Vendrás conmigo, y te unirás a mis hermanos y mis hermanas? —le dijo el Desterrado, sonando esperanzado.

Sus ojos le hicieron sentir nauseas. Él le ofreció su mano blanca, fantasmal.

—Así lo haré —proyectó la voz de Luce.

—Luce, no. —Daniel contuvo la respiración—. No puedes.

Ahora los Desterrados restantes elevaron sus arcos hacia Daniel y Cam y al resto de ellos, para que no interfieran.

El reflejo de Luce dio un paso adelante. Deslizó su mano dentro de Phil. —Sí, puedo.

El monstruoso Desterrado la acunó en sus rígidos brazos blancos. Hubo un gran colgajo de alas sucias. Una nube de polvo añejo irrumpió desde el suelo. En el interior del cobertizo, Luce contuvo la respiración.

Oyó a Daniel jadear cuando el reflejo de Luce y el Desterrado salió disparado hacia arriba y fuera del patio. El resto de ellos miraron incrédulos. A excepción de Shelby y Miles.

—¿Qué demonios ha pasado? —Dijo Arriane—. Lo hizo realmente.

—¡No! —Gritó Daniel—. ¡No, no, no!

El corazón de Luce dolió cuando él rasgó su pelo, girando en un círculo, y dejando que sus alas se desplegaran completamente.

Inmediatamente, la flota de los Desterrados restantes extendió sus propias alas de color marrón oscuro y tomaron vuelo.

Sus alas eran tan delgadas, que tenían que golpear frenéticamente sólo para mantenerse en el aire. Ellos estaban acercándose a Phil. Tratando de formar un escudo alrededor de él para que pudiera tomar a Luce a dondequiera que él pensara llevarla.

Pero Cam fue más rápido. Los Desterrados probablemente estaban a unos seis metros en el aire cuando Luce oyó una última flecha suelta en su arco.

La flecha de Cam no iba dirigida a Phil. Era para Luce.

Y su objetivo era perfecto.

Luce se heló cuando su imagen reflejada desapareció con una gran flor de luz blanca. En el cielo, las alas andrajosas de Phil se estremecieron abiertas. Vacías. Un rugido horrible escapó de su boca. Comenzó a precipitarse hacia Cam, seguido por su ejército de Desterrados. Pero entonces se detuvo a la mitad del camino. Como si hubiera comprendido que no había ninguna otra razón para volver.

—Por lo tanto, volvemos a empezar —gritó a Cam. A todos ellos—. Podría haber terminado apaciblemente. Pero esta noche has hecho una nueva secta de enemigos inmortales. La próxima vez, no vamos a negociar

Entonces los Desterrados desaparecieron en la noche.



De vuelta al patio, Daniel se enfrentó a Cam, arrojándolo al suelo. —¿Qué te pasa? — Gritó, con los puños bajo la lamentable cara de Cam—. ¿Cómo pudiste?

Cam se esforzó por detenerlo. Rodaron uno sobre el otro en la hierba.

—Fue un buen final para ella, Daniel.

Daniel estaba furioso, luchando contra Cam, golpeando su cabeza en la tierra. Los ojos de Daniel ardieron. —¡Te mataré!

—¡Sabes que tengo razón! —gritó Cam, sin luchar en absoluto.

Daniel se congeló. Cerró los ojos. —No sé nada ahora. —Su voz estaba rota. Había estado agarrando a Cam por la solapa, pero ahora sólo se desplomó al suelo, enterrando la cara en la hierba.

Luce quería ir con él. Caerse sobre él y decirle que todo iba a estar bien.

Pero no lo hizo.

Lo que ella había visto esta noche era demasiado. Se sintió mal al ver la imagen reflejada de sí misma, que Miles había reflejado, muerta hecha pedazos.

Miles le habían salvado su vida. Ella no podría superarlo.

Y el resto de ellos pensó que Cam la había eliminado.

Su cabeza se desplazó cuando dio un paso adelante en las sombras, teniendo intención de decir a los demás que no se preocuparan, que ella todavía estaba viva. Pero luego sintió la presencia de otra cosa.

Un Anunciador temblaba en la puerta. Luce salió del cobertizo y se acercó.

Poco a poco, se liberó de la sombra proyectada por la luna. Se deslizó por la hierba hacia ella unos pocos metros, recogiendo una chaqueta sucia del polvo dejado por la batalla. Cuando llegó a Luce, se estremeció y se levantó a lo largo de su cuerpo, hasta cubrir con las alas sobriamente sobre su cabeza.

Ella cerró los ojos y sintió que se levanta su mano para hacerle frente. La oscuridad cayó para descansar en la palma de su mano. Haciendo un frío sonido chisporroteante.

—¿Qué es eso? —La cabeza de Daniel chasqueó alrededor al ruido. Él se levantó del suelo.

—¡Luce!

Ella se quedó como los demás, sin aliento, al mirar delante del cobertizo. Ella no quería vislumbrar un Anunciador. Había visto suficiente por una noche.

Ni siquiera sabía por qué estaba haciendo esto, hasta que lo hizo. No estaba buscando una visión, buscaba una salida. Algo lo suficientemente lejos para caminar. Había pasado demasiado tiempo desde que había tenido un momento para pensar por su cuenta. Lo que necesitaba era un descanso. De todo.

—Es hora de irse —se dijo a sí misma.

La sombra de la puerta que se presentó delante de ella no era perfecta, era dentada alrededor de los bordes y apestaba a aguas residuales. Pero Luce se separó de su superficie de todos modos.

—¡Tú no sabes lo que estás haciendo, Luce! —La voz de Roland le llegó al borde de la puerta—. ¡Ellos podrían tomarte en cualquier parte!

Daniel se puso de pie, corriendo hacia ella. —¿Qué estás haciendo? —Ella podía oír el profundo alivio en su voz al ver que todavía estaba viva, y el pánico de que ella pudiera manipular al Anunciador.

Su ansiedad sólo la incitó.

Ella quería pedir disculpas a Callie, dar las gracias a Miles por lo que había hecho, decirle Arriane y Gabbe que no se preocuparan de la manera que ella iban a hacerlo, dejarles unas palabras a sus padres.

Decirle a Daniel que no la siguiera, que tenía que hacer esto por sí misma. Pero su oportunidad para liberarse estaba cerrando. Así que ella se adelantó y gritó por encima del hombro a Roland. —Supongo que simplemente tendré que deducirlo.

Por el rabillo del ojo, vio a Daniel corriendo hacia ella. Al igual que él, no había creído hasta ahora que lo haría.

Sintió las palabras subiendo en su garganta. *Te amo*. Lo hacía. Y lo haría por siempre. Pero si ella y Daniel se tendrían siempre, su amor podía esperar hasta que descubriera algunas cosas importantes acerca de sí misma. Sobre su vida y la vida que había delante de ella. Esta noche sólo había tiempo para decir adiós, tomar una respiración profunda, y saltar a la lúgubre sombra.

Hacia la oscuridad.

Hacia su pasado.

# Epílogo

*Traducido por Emii\_Gregori*

*Corregido Por Elli*

## Caos

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde ha ido?

—¿Quién le enseñó a hacer eso?

Las voces frenéticas en el patio sonaban temblorosas y distantes a Daniel. Él sabía que los otros ángeles caídos estaban discutiendo, en busca de Anunciadores en las sombras del patio. Daniel era una isla, cerrado a todo menos a su propia agonía.

Él le había fallado. Había fracasado.

¿Cómo pudo pasar? Durante semanas él había huido, derrotado, su único objetivo era mantenerla a salvo hasta el momento en que ya no podría ofrecerle protección. Ahora que el momento había llegado y se había ido... y también lo había hecho Luce. Cualquier cosa podría pasarle. Y ella podría estar en cualquier lugar. Nunca se había sentido tan vacío y avergonzado.

—¿Por qué no sólo encontramos a la Anunciadora por la que ella caminó, y vamos tras ella?

El chico Nephilim. Miles. Estaba de rodillas, peinando el césped con los dedos. Como un idiota.

—No funciona de esa manera —gruñó Daniel—. Cuando caminas en el tiempo, te llevas a la Anunciadora contigo. Es por eso que nunca lo haces, si no...

Cam miró a Miles, casi con lástima. —Por favor, díganme que Luce sabe más acerca de los Mensajeros que tú.

—Cállate —dijo Shelby, de pie junto a Miles, protegiéndolo—. Si él no hubiera lanzado la reflexión de Luce, Phil se la habría llevado.

Shelby lucía cautelosa y asustada, fuera de lugar entre los ángeles caídos. Años atrás, ella había tenido un flechazo con Daniel... que él nunca había correspondido, por supuesto. Pero hasta esta noche, él había pensado siempre en el bien de la chica. Ahora ella estaba sola en el camino.

—Dijiste que Luce estaría mejor muerta que con los Desterrados —dijo ella, todavía en defensa de Miles.

—Todos los Desterrados fueron guiados hasta aquí. —Arriane entró en la conversación, mirando a Shelby, cuyo rostro estaba enrojecido.

—¿Por qué supones que un Nephilim podría detectar al Desterrado? —Desafió Molly a Arriane—. Tú estabas en la escuela. Debiste haber notado algo.

—Todos ustedes: Silencio. —Daniel no podía pensar con claridad. El patio estaba lleno de ángeles, pero la ausencia de Luce se sentía completamente vacía. Apenas podía soportar ver a alguien más. Shelby, caminando en línea recta hacia la trampa de los Desterrados. Miles, pensando que tenía algún interés en el futuro de Luce. Cam, por lo que había tratado de hacer...

¡Oh, ese momento cuando Daniel pensó que la había perdido por la estrella fugaz de Cam! Sus alas se habían sentido demasiado pesadas para levantarlas. Más frías que la muerte. En ese instante, había perdido toda esperanza.

Pero fue sólo un truco. Una reflexión, nada especial en circunstancias normales, pero esta noche, era la última cosa que Daniel había estado esperando. Le habían dado un golpe terrible. Uno que casi lo mató. Hasta la alegría de su resurrección.

Todavía había esperanza.

Mientras él pudiera encontrarla.

Había estado aturdido, viendo a Luce abrir la sombra. Asombrado e impresionado y dolorosamente atraído hacia ella... pero más que todo eso, aturdido.

¿Cuántas veces lo había hecho antes sin siquiera saberlo?

—¿Qué te parece? —Preguntó Cam, acercándose a su lado. Sus alas se señalaron una hacia la otra, como la vieja fuerza magnética.

—Voy tras ella —dijo.

—Buen plan. —Cam se burló—. Sólo “ir tras ella”. A cualquier lugar en el tiempo y el espacio a través de varios miles de años. ¿Por qué necesitas una estrategia? —Su sarcasmo hizo a Daniel querer golpearlo a una segunda vez.

—No estoy pidiendo tu ayuda o tus consejos, Cam. —Sólo dos estrellas fugases permanecieron en el patio: él había recogido la de los Desterrados que Molly había matado, y Cam había encontrado una en la playa al inicio de la tregua. No habría habido una simetría agradable si Cam y Daniel hubieran estado trabajando como enemigos en este momento... dos arcos, dos flechas, dos enemigos inmortales.

Pero no. Todavía no. Tendrían que eliminar a muchos otros antes de que giraran uno contra el otro de nuevo.

—¿Qué significa, Cam? —Roland estaba entre ellos, hablando con Daniel en voz baja—. Esto podría tomar algún esfuerzo de equipo. He visto la forma en que estos niños fracasan a través de los Mensajeros. Ella no sabe lo que está haciendo, Daniel. Se va a meter en problemas bastante rápido.

—Ya lo sé.

—No es un signo de debilidad que nos ayuden —dijo Roland.



—Yo puedo ayudar —dijo Shelby. Ella había estado susurrando con Miles—. Creo que podría saber dónde está.

—¿Tu? —Preguntó Daniel—. Has ayudado lo suficiente. Ambos.

—Daniel...

—Conozco a Luce mejor que nadie en el mundo. —Daniel giró lejos de todos ellos, hacia el espacio oscuro y vacío en el patio donde ella había caminado—. Estaré mucho mejor lejos de cualquiera de ustedes. No necesito su ayuda.

—Conoces su pasado —dijo Shelby, caminando delante de él, así tendría que mirarla—. Pero no sabes lo que ha estado pasando las últimas semanas. Yo soy la que ha estado alrededor mientras vislumbraba sus vidas pasadas. Yo soy la que vio su rostro cuando se enteró de la hermana que perdió cuando la besaste, y ella... —Shelby se apagó—. Sé que todos me odian ahora. Pero te lo juro por Dios, o lo que sea que ustedes crean, puedes confiar en mí de aquí en adelante. Y en Miles, también. Queremos ayudar. Vamos a ayudar. Por favor. —Ella alcanzó a Daniel—. Confíen en nosotros.

Daniel se quitó la mano de ella de encima. La confianza era como una actividad que siempre le había inquietado. Lo que tenía con Luce era inquebrantable. Nunca hubo ninguna necesidad de trabajar en su confianza. Su amor vino solo.

Sin embargo, por toda la eternidad, Daniel nunca había sido capaz de encontrar la fe en alguien o algo más. Y él no quería empezar ahora.

Por la calle, un perro ladró. De nuevo, más fuerte. Más cerca.

Los padres de Luce regresaban de su paseo.

En el patio oscuro, los ojos de Daniel se encontraron con los Gabbe. Ella estaba de pie cerca de Callie, probablemente consolándola. Ella ya había retractado sus alas.

—Sólo ve —le articuló Gabbe en el jardín desolado, lleno de polvo. Lo que quería decir era “ve por ella”. Ella se ocuparía de los padres de Luce. Vería que Callie llegara a su casa. Ella cubriría todas las bases para que Daniel pudiera ir por lo que importaba—. Vamos a encontrarte y ayudarte tan pronto como nos sea posible.

La luna apareció saliendo detrás de la niebla de una nube. La sombra de Daniel se alargaba sobre la hierba a sus pies. Observó que se hinchaba un poco, luego comenzó a crear al Mensajero en su interior. Cuando la fría y húmeda oscuridad rozó contra él, Daniel se dio cuenta de que no había caminado a través del tiempo en años.

Mirar hacia atrás no era su estilo.

Pero los movimientos todavía estaban en él, enterrados en sus alas o en su alma o en su corazón. Él se movió rápidamente, peleando con la Anunciadora de su propia sombra, dándole un pellizco rápido para separarla del suelo. Luego la lanzó, como un pedazo de arcilla de alfarero, en el aire directamente frente a él.

Se formó un portal limpio, ilimitado.

Había sido parte de cada una de las vidas pasadas de Luce. No había ninguna razón para que no fuera capaz de encontrarla.

Abrió la puerta. No hay tiempo que perder. Su corazón le llevaría a ella.

Tenía un sentido innato de que algo estaba mal a la vuelta de la esquina, pero la esperanza de que algo increíble estaba esperando en la distancia.

Tenía que ser.

Su ardiente amor por ella corría a través de él hasta que se sintió tan lleno que no sabía si iba a pasar por el portal. Envolvió sus alas contra su cuerpo y saltó en la Anunciadora.

Detrás de él, en el patio, había una conmoción lejana. Susurros y gruñidos y gritos. No le importaba. No le importa nada en verdad.

Sólo ella.

Él gritó mientras se rompía.

—Daniel.

Voces. Detrás de él, siguiéndolo, cada vez más cerca. Llamando su nombre mientras él hacía un túnel cada vez más y más profundo al pasado.

¿La encontraría?

Sin lugar a dudas.

¿La salvaría?

Siempre.

Fin

# Sobre La Autora

## Bio de Lauren Kate

<http://laurenkatebooks.net>

Lauren Kate creció en Dallas, fue a la escuela en Atlanta y empezó a escribir en Nueva York. Ella es la Autora de *Fallen* (Oscuros), primera parte de una serie de cuatro libros, que será llevada al cine por Disney. Antes que su primera novela *The Betrayal of Natalie Hargrove*.

Ha trabajado como editora de literatura juvenil en HarperCollins y hecho un Master of Arts de escritura creativa, experiencia esta última que le permitió dedicarse a escribir y sólo a eso. «Tiempo es uno de los bienes máspreciados que un escritor novel puede atesorar —ha declarado—, y yo tuve casi un año sólo para escribir, lo cual es fabuloso.»

Ella vive en Laurel Canyon con su esposo, y espera poder trabajar en la cocina de un restaurante, tener un perro y aprender a surfear. Actualmente está trabajando en la secuela de *Torment*: *Passion*.



# Siguiente Libro

De la Saga Fallen



## Passion



(Fan art, aún no hay cover oficial)

*“A la Venta el 14 de junio del  
2011”*

# Torment



No Dejes de Visitarnos en:

<http://www.purplerose1.com/>

